MANUEL CHIAPUSO

EL IMPERTINENTE ANDARIEGO

LUZ Y PENUMBRA

AMETZAK
1948

EL
IMPERTINENTE
ANDARIEGO

Copyright by Manuel Chiapuso
Toulouse, 1948

MANUEL CHIAPUSO

EL IMPERTINENTE ANDARIEGO

LUZ Y PENUMBRA

1948

AMETZAK

A MIS AMIGOS
ARCE Y SERNA,
M. CH.

INDICE

UMBRAL de Juan Bernat.

CAPITULO PRIMERO. El Pensamiento.

I. — Curioso encuentro .....

II. — El pensamiento cuenta sus tribulaciones .....

III. — Luego, comenta las ciencias biológicas .....

IV. — Y también las ciencias físicas .....

CAPITULO SEGUNDO. El sueño.

I. — A la búsqueda de dos principios: el de la vida y el de la materia .....

II. — Dios expone su estado .....

III. — La Filosofía hace una autocrítica .....

IV. — Charla amigable con la Ciencia .....

V. — Inacabada conversaciôn con el Pensamiento ....

CAPITULO TERCERO. El Despertar.

UMBRAL

DE

JUAN BERNAT

UMBRAL

ESCRIBIR un libro, contribuir con serio y valiente esfuerzo intelectual a iluminar un poco la ruta del hombre, es tarea noble entre todas. Estudiarlo detenidamente, desmenuzarlo en sus menores partes, auscultando sus palpitaciones vitales, como acostumbran a hacerlo los críticos, esos temibles roedores de nuestras flaquezas, lo considero faena utilísima, porque toda obra, cuya perfección es relativa, debe hacer sus pruebas. Analizar un libro, todos los libros, tiene siempre dos tareas en puerta: una de maestro, otra de discípulo; pero si la crítica sana e hidalga es necesaria, líbrenos el destino del crítico ojerizo, del que se inclina sobre un texto para ondear, como cuadra a su soberbia, las tristes banderas de un desaguisado histórico presunto o verdadero, de una errónea afirmación supuesta o cabal, pues ese Aristarco a contrapelo que se llama, o lo llaman, Zoilo, es susceptible de echarnos al muladar, con delectuoso satanismo, la màs hermosa perla literaria

Sin que el autor lo sepa, y cargando con mi sola responsabilidad, yo pongo este libro bajo el alto patronazgo de la crîtica severa, sî, pero hecha a alta tensiôn cardiaca, es decir, templada con lo que de tanto carecen los idólatras de la crítica.

Aldous Huxley, al describir nuestra civilización moderna como una civilizaciôn idôlatra, la hace girar en torno a un triple eje: idolatría tecnológica, política y moral. ?No creen ustedes que se le quedó en el fondo del tintero la idolatría crítica?

Porque idolatrîa crítica quiere decir esto: culto deformado,

desproporcionado, vicioso — si oso declararlo — del estudio que comporta toda creación humana. El objeto de la crítica llega a confundirse y esfumarse con el sujeto, la crítica se vuelve principio y fin de sí misma y no afán de generosa corrección. Hecha la salvedad, es probable que el autor de este libro se muestre indulgente, con respecto a mi atrevida idea de "alto patronazgo", después de formular este distingo: escarben, cotejen, rompan, rasguen, opinen, alaben o condenen cuanto les plazca todos los críticos que se asomen a estas páginas, pero que los dioses nos protejan y vengan en alivio del autor, si el cuarto azote, que pasó por alto al sagaz escritor británico, se entromete en el avío.

□□□

Cuando he aceptado el encargo de plantar mis reales en este pórtico o zaguán, me he prometido como soberana puja indicar con pocas palabras el carácter que su autor da al libro.

"Un andariego impertinente" tiene derecho a eso: a ser un infatigable devorador de espacios y a jalonar la marcha con paradas al borde del camino, reposarse de la caminata, tomar refrigerio, echar un vistazo atrás, percibir con mirada chamuscada por el sol o el cierzo la lontananza y volver a su marcha interrumpida. En cuanto a la impertinencia, se me antoja a mí un vocablo intencionado que el escritor nos sitúa a título de desafección por las ideas hechas, por los sistemas estàticos, y hasta oso afirmar que por los mitos no por más rudimentarios menos enseñoreados de nuestro espíritu tan fantasmagórico.

El tinte escéptico con que se cubren los oropeles superiores del personaje que anda y escruta con esa porfiada impertinencia, no es tan corrosivo como pueda parecer al observador no diré superficial, pero sí uniangular. Un escepticismo disolvente, paralizante, sería aquel en que el hombre se siente como vaciado de su instintiva (?) impulsión hacia formas de comportamiento más elevadas. Y este no es el caso de nuestro 'impertinente".

El, al contrario, si todo lo husmea, si todo lo somete a disec-

ción y observa con lente un tanto ahumado por nuestra angustia, es con ánimo de que las ideas muelan y den harina. Aceptando ocasionalmente la metáfora que Ganivet le brinda a Unamuno en sustanciosa carta dirigida por aquél a éste, tendremos que para dicha clase de "escépticos" las ideas no son "picudas", es decir, que se pierden en el vacío, sino "redondas" como las muelas que giran constantemente. en esta bendita molienda que nos proporciona cosa tan buena y nutritiva cual es una apetitosa hogaza.

Escribir un libro, plantar un árbol y darle un hijo a la especie. es el ideal máximo, sentencia cierto proverbio hebraico. Pero mejor es plantar un árbol de buena casta, contribuir a la progenie de un excelente retoño y escribir un libro con muchas ideas "redondas" de esas que muelen para ofrendarnos harina presta a la cochura.

□□□

El autor ha intentado, me consta, dar una mano a los que, implacables consigo mismo y con nuestra especie, siguen enardecidos e inquietos por todos los derroteros del alma y del espíritu contemporáneos.

Nuestra civilización actual, puesta en el trance de encontrarse un equilibrio para sus fuerzas materiales y morales, de congraciar técnica y espíritu, es también una civilización algo — o mucho — escéptica. Pero este desencanto que en unos trócase en trivialidades, para otros es aguijón de búsqueda, de pesquisa. Quien busca tiene que andar, tiene que adentrarse en las tupidas florestas de lo abstracto para salir luego fuera de ellas, colocándose en un espacio menos enmarañado y donde las cosas humanas cobran mayor concreción y utilidad.

Las corrientes intelectuales de hoy son tan diversas, y tan opuestas, a veces; el fárrago de doctrinas es tan desordenado e incoherente, que sólo afrontar la tarea de escudriñarlas con el juvenil entusiasmo del amigo Chiapuso, significa ya poseer en alto grado predisposiciones heroicas. Yo, que conozco íntimamente su pensamiento sobre muchos problemas actuales que queman a su sólo roce, estoy seguro de que este libro no le cumple a satisfac-

ción (?quién se siente hoy satisfecho de lo que hace?); pero también me parece que su modestia no le impedirá ufanarse por la grandiosa faena que representa esa caminata llena de espinos, o esa penetración resuelta en los cotos enigmáticos de un siglo que nos está casi dejando desnudos de cuerpo y alma.

Dice un buen escritor americano, cuyo nombre no recuerdo ahora, que aun cuando Hobbes creó para nosotros el Estado totalitario del siglo XX, no quita para creer que el hombre vale un poco más que eso; que cuando Rousseau, escribiendo páginas sin cesar plagadas de prosa angélica, nos aseguraba que nuestra naturaleza es inexorablemente perfectible, al releer hoy "Las Confesiones" y quedarnos tan frescos al comprobar que, después de un acceso de optimismo, no apercibimos el brote de unas alas en nuestros huesos, nunca sospechó el triste destino que tendrían sus predicamentos si viera cómo no sabemos qué hacer de ellos.

El quid de la cuestión quizá resida en conciliar posiciones tan extremas, tan rigurosamente esquemáticas. Posturas que hoy contesta la ciencia porque ésta no ha querido dejarnos poner una ortopedia de bronce. De bronce, sí, porque igual aprieta la tenaza del Estado fenomenal concebido y realizado, como esas alas que nunca vemos surgir por artes de hechicería.

Habida cuenta de ello, si el escepticismo es de buena ley, si lleva en sí la levadura de nuevas fermentaciones que nos hagan reír y cantar mientras andamos con prisa hacia unos horizontes apenas presentidos, ¡venga en buena hora!

No nos arredre, ¿verdad? Que nos no dé miedo pecar de impertinentes. Ni de caminadores con mucha impertinencia metida en el zurrón de viaje. Lo terrible para estas nuevas formas sociales y políticas que el autor insinúa con leves pinceladas llenas de una fe que caracteriza su hondo "escepticismo", su "despego" de lo banal, fuera pararse y reverenciar, que sería tanto como despojarse de dos calidades excelsas: ser andariego y fisgón.

Primero hay que saber mirar, luego saber preguntar, más tarde tener aptitudes para responder y andar. Sin detenerse más que lo preciso, lo justo.

?Habéis pensado alguna vez en que el grado de nuestras impertinencias se mide por las cuestiones que preguntamos, que inquirimos, y no por las que respondemos? ?No nos producen escalofríos de miedo — y a veces de rabia — ciertas preguntas que nos hacen los niños? ?Háse visto nunca más grandes "impertinencias", como las que suelen cometer todos los chiquillos del mundo?

Pues en ser un poco niño, un poco hombre, un poco andariego — todo ello armoniosamente ensamblado —, tal vez estribe la sal y las especias de nuestra vida... Que el autor y lectores me disculpen estas atrocidades y sepan ser lo bastante "impertinentes", como para recordarme que he cumplido mi tarea con torpe decir y romo pensar.

J. BERNAT.

CAPITULO I

EL PENSAMIENTO

I

CURIOSO ENCUENTRO

PARIS sonreîa. Lîmpido cielo cobijaba la urbe. Los organismos, influenciados por la lumînica y azulada inmensidad, registraban la sensaciôn de lo eterno, cual si el tiempo interior de los hombres hubiese detenido su ritmo irrevertible. Y, paradoja excitante, las horas transcurrîan ágiles — demostración del convencionalismo de nuestras medidas del tiempo físico —, mostrando la contradicción flagrante entre la duraciôn interna y el tiempo físico.

!Nociôn de eternidad! Ilusiôn peregrina que dibuja al tiempo — en suspenso — aplicado en grabar, perennemente, en la mente de los hombres esos ramalazos de sus almas, esos atisbos indefinibles de conservar cuanto es joven y bello, inteligente y práctico. !Noción de eternidad! Sensación abstrusa que pretende fundamentar el brote de nobles instantes. Pero también ambición extrema e irrealizable, donde todo está sellado por el marchamo de la duraciôn. Los individuos de las especies, como los planetas, las constelaciones, las nebulosas y los universos, tienen su tiempo específico. Nada es eterno y, sin embargo, por reacciones inexplicables, surge a la superficie esta nociôn.

?Dónde y cómo puede pronunciarse la eternidad, si a toda duración sucede otra, como en las formas de la materia?' ?No es el tiempo una dimensión más del universo? ?Por qué el hombre no ahuyentará de su espîritu, la producciôn que puebla el edificio sensorial con arabescos caprichosos y desatinados, convirtiéndose en velo que oculta la verdadera lînea de su arquitectura y crea el embrollo

en la apreciaciôn del conjunto? ?Podrá vigilar en lo sucesivo su propia creación imaginativa, interesado en evitar la caîda en esos abismos delirantes, donde con frecuencia se debate en sus pretensiones de conquistar lo absoluto, agotando asî las fuentes vivas del pensamiento? Se le escapa la realidad del desfile de los tiempos a cadencias desiguales.

El ambiente de ese espléndido dîa, invitaba a un paseo de caminar vagabundo por calles y avenidas. Propiciaba a la imaginaciôn el cuadro favorable para la pérdida de captación de lo real, diluída en un mundo del cual no se aciertan a descubrir sus lîmites imprecisos. Ambiente característico también a que, brotando al choque de los reflejos, el pensamiento se saturara en la colección de recuerdos. Como rescoldos avivados por la acciôn del aire, se presentan etéreos o aparecen sin contornos fijos, en imágenes desdibujadas.

La historia humana se enriqueciô de recuerdos, desde que sus sensaciones se subdividieron en una gama floreciente. El recuerdo ya no sólo es aquella sensación biológica, camino del pensamiento, incitante de un número limitado de acciones mecánicas, sino también psicológica. Ora enardece, emociona o sume en honda amargura. Un caudal abundante de recuerdos implica acciones intensas del pasado, siempre presto a emerger, cuando se es incapaz de producir nada duradero en el instante, cuando la senilidad se apodera del ser. Pero el recuerdo, cuando no trata fundamentalmente de mantener una ley biolôgica, establecida en la evoluciôn, no graba con intensidad el fondo de nuestra consciencia, a causa de la riqueza actual de los actos humanos. Su número, su variedad, hacen interponerse, entrechocarse, originando la facultad de olvidar pronto. Sin impedir la continuidad de la existencia, permite dirigir una mirada retrospectiva a nuestra historia.

Y olvidar los actos que poblaron la lînea del individuo, es un factor evolutivo de primer orden. Si las acciones vividas no se borraran de nuestra mente por la pátina de los años, continuarîamos uncidos a un pasado que evitarîa la marcha ascensional de la especie en la pendiente del conocimiento. Serîamos devorados por el propio recuerdo, a manera de los virus cuando atacan los organismos. El peso de nuestros actos pretéritos nos sumirîa en lamentaciones histé-

ricas, ocultándonos el porvenir e incluso el presente. Nos meceríamos, ilusoriamente, recorriendo la línea temporal, aun en la estima de observarla para obtener fecundos análisis. Desdeñamos el concepto de que el recuerdo frena la acción presente y fosiliza al individuo.

No obstante, recordar tiene un sabor matizadísimo. Surgen coloridos en la mente que excitan sentimientos contradictorios. Así los masoquistas — hijos directos del sadismo —, complacientes en recordar las páginas dolorosas de su vida, hurgando en una llaga trágica, reviven instantes penosos de su anterior existencia; los nostálgicos — hijos de la debilidad — se regodean rememorando jornadas agradables y sonrientes, apegados a su visión; los sentimentales — hijos de los reflejos biológicos — juegan su cuerda musical, nutriendo el espíritu de momentos idílicos; los vencedores — hijos de la fuerza, del poder, de la voluntad — encuentran en las páginas del recuerdo, la satisfacción de haber colmado ambiciones materiales y espirituales; los derrotados — hijos del sentimiento amargo de la vida — se desvanecen en recuerdos informes y en insípidas interpretaciones.

Cuanto más oscuro e insubstancial es el presente del hombre, más propicio se siente a alimentarse del pasado, máxime si aquél ha sido activo. Y este factor le erige en fósil desplazado del momento. Triste condición humana que la senilidad y la pérdida de actividad societaria proporcionan. Ahora bien, nos gusta remembar episodios, en nuestra corta existencia, de los que hemos sido protagonistas, jugueteando alegremente o rezumando melancolía por los poros del recuerdo, en nuestra pretensión de vigorizar la ficción de un presente sin valía.

Y aunque lo anterior sirve de base a lo actual, no se olvide que la vida es una suma de presentes. En esencia, la única realidad es el presente. Es éste quien domina en la existencialidad. Es autoritario. Se impone con fuerza indomable en la mayoría de los hombres. Y por él olvida, la especie, con esa facilidad que tanto sorprende. La vida encuentra motivos de proseguir y de perdurar, soslayando cuanto impida su desarrollo.

El pasado es inferior al presente. Por ello, no puede glorificarse. Evitemos la fosilización en vida, iniciando una fuga de la trama del pasado. Y, en última instancia, recoger del pasado, únicamente, aquello que avive la condición presente. El hombre debe entregarse al

presente con todas las posibilidades, porque fomenta un porvenir más completo y hasta se le adhiere un tono ideal, más o menos disfrazado. Vivir la actualidad con mucho brío, es proyectarse hacia el futuro. Es la única irradiación hacia el avenir. Se dan pruebas de vitalidad, al mismo tiempo que se salpica de idealismo. Pero nutrirse sôlo de ideal es condenarse a la inacción. Y ésta es el suicidio. La acción es el barómetro de la intensidad de vida. No crean polîticos y sociólogos que el hombre mira al mañana por idealismo. Serîa negar la condiciôn humana. Un presente fatal, más o menos activo, determinado por motivos accidentales, es el motor de la vida. Pero idealiza, a sabiendas del idealismo precario y difuso.

La lucha desigual entre la realidad y el idealismo — significación de la lucha entre la actualidad y el futuro, entre el conformismo y la inquietud — verá aun durante mucho tiempo, el triunfo del presente. Quizás perennemente. No obstante, es mucho más constructivo proyectarse hacia adelante — aun imaginariamente — que hacia atrás. Ahî germina el futuro y puede enquistarse la savia del idealismo.

La causa de que los militantes y autores de doctrinas sociales y teológicas — constructores de sociedades donde hacen evolucionar al hombre en una atmôsfera de perfecciôn — vean fracasadas sus teorîas, reside en que los hombres no se representan el porvenir de la especie y del individuo como actualidad palpitante, sino que su campo de actividades es el presente. Obedecen a una constituciôn biológica que parece negar todo fundamento ideal de la sociedad y del ser. Sólo una mutaciôn importante y capital de algunos elementos orgánicos, producirîan resultados que satisfarîan la consciencia de esos mundos maravillosos. Entonces, las facultades nobles dominarîan en el individuo, acentuando el carácter humano que, tîmidamente, florece en la evolución animal. Serîa la realización del magnîfico sueño de los utopistas, ora religiosos, como polîticos y sociôlogos, en un universo episôdico.

El recuerdo, dentro de su variedad, tiene una tonalidad agridulce que deja indiferente al conjunto de la especie, porque en éste dominan los individuos activos, que vivifican el presente. Entre el pasado y el presente hay una opugnación indiscutible. Y lo anterior no deja

de ser considerado con cierta conmiseraciôn, cuanto más lejano. A veces con desdén. Su balance no arroja un saldo saludable. Fije, pues, el hombre su mirada en el porvenir, aun decepcionado por una realidad cruel. Será el espejismo que le excitará a evadirse de la contradicción humana. Y viva el presente, con todos los arrestos de sus fuerzas físicas y psîquicas, que cimentará nuevos estadios a la evoluciôn de la especie.

□□□

A tenor de estas reflexiones, sentado en un banco del Jardín de las Tullerîas, El pasaba revista a los acontecimientos que grabaron con más firmeza su cerebro. La vida no le habîa ahorrado ningún dolor. Conoció el presidio y las cárceles en su juventud, con su cortejo de miserias físicas y morales, por su rebeldîa ante un deplorable estado social. Vivió la guerra, durante muchos años. Y todavîa era joven. !Cômo habîan sacudido su juventud los actos que ahora revivîa imaginariamente! Oriundo de un pueblo situado en plena montaña de los Pirineos españoles, renacîa nuevamente a la vida. Animal pletôrico, resurgîa potente, aun asaltado por su situación desmoralizante y su pena de la tragedia que asolaba a España. Remontando la crisis que evolucionô favorablemente, se disponîa a adaptarse a un nuevo medio, muy distinto al que conoció antes. Su cerebro ardîa al examinar el porvenir incierto, la transplantaciôn violenta a causa de la guerra civil, el exilio indefinido, su estado y sus posibilidades de enfrentarse con el nuevo género de vida. Se preparaba a proseguir la existencia, rechazando al subsconsciente las imágenes vivas de un pasado doloroso, factor de una fuerte desmoralizaciôn. Habîa que vencer el presente.

Recordaba su llegada a Francia huyendo del régimen fascista de su país, primero, del campo de concentración, después moralmente roto por la tremenda injusticia de las naciones, cômplices del espectáculo de la agonîa colectiva de un pueblo. Cómo fué recogido en Parîs por un amigo de sus padres, persona grata, quien para darle a conocer la gran ciudad, le hizo recorrer y visitar aquéllo que encerraba interés manifiesto. Atormentado por reflejos dolorosos, no prestaba verdadero interés a cuanto le presentaba su huésped. El despliegue

del genio humano le dejaba indiferente. No captaba el valor de las exposiciones culturales, artísticas y científicas. Su espíritu rumiaba la tragedia que vivió su generación, en ese desgraciado país, en un ambiente internacional de cobardía. Se aferraba a los recuerdos, como una necesidad del momento. Le costaba eliminar del presente, aquellas jornadas preñadas de intensidad, donde la desesperación, el sacrificio y el egoísmo, matizaron un penoso instante de la historia de un pueblo.

La agitación, el movimiento, el ambiente de la llamada Ciudad Luz no le atrajeron sobremanera. La rapidez de movimientos, en una multitud indiferente, le confundía. El metro maloliente, con su atmósfera tibia, le causaba reparo. Las carreras atropelladas de los transeuntes, como si corrieran tras fines capitales, le hacían gruñir. El prefería la placidez del villorrio que le vió nacer y el ambiente sano que desprendía. Pero la vida tenía más compartimentos en París que en su pueblo natal y el parisién debía ocuparlos. Por ello, en ese medio especial, aligeró la marcha de sus movimientos para llegar a tiempo a las múltiples formas de palpitar de la capital. Corría para abordar el autobús, el metro, el tren y también por las calles, esclavo del minuto, creyendo vivir más intensamente o temiendo la huída de un momento vital. El no alcanzaba a comprender esa significación y estimaba la intensidad de vida de los parisinos, como una concepción peregrina.

Sin embargo, comprendía netamente el inmenso tesoro intelectual que encerraba en sus museos, bibliotecas, institutos, laboratorios y el valor de sus magníficas realizaciones de gran ciudad. El ingenio del hombre para construir poblaciones de esa categoría tenía límites extensos. Era el emporio de la riqueza material y espiritual de un pueblo, como también el espejo donde se advertían los contrastes más exultantes. París tenía gran interés, como centro cultural que irradiaba su inteligencia en todas direcciones.

Del fárrago de visitas llevadas a cabo con su nuevo amigo, se le representaba con contornos más vivos, con trazos más profundos, la que realizaron al Palacio del Descubrimiento. Descollaba esta visita en sus recuerdos, por la impresión que le causó tamaña exposición de valores. Su amigo le dirigió allí para mostrarle las posibilidades del

genio francés en el campo de la ciencia. Este palacio se elevó y se inauguró cuando la Exposición Universal de 1937. Honra al espíritu creador de los sabios franceses que, con gran dignidad intelectual, presentaban a las multitudes, parte de sus importantes trabajos, con la idea de atraerlas a esa interesante rama del saber. Ejemplo que debiera cundir en todos los países, al objeto de que la ciencia salga del limitado perímetro de los iniciados. Puede equipararse a un museo, donde están expuestos los trabajos realizados en el dominio científico, con la diferencia sensible, que ante los visitantes se reproducen fenómenos de física u otros, ofreciendo mayor realidad a la presentación. Es como si, en el museo de arte, un autor enseñara las técnicas de la pintura y de la escultura y, ante los espectadores, hiciese surgir sus obras. Impresionaría vigorosamente el intelecto de éstos y fomentaría la emulación en el trabajo artístico.

Recorrió las distintas dependencias con rapidez deseada, sin que su mente asimilara aquel despliegue de la inteligencia y del ingenio humanos. No comprendía el alcance, ni el significado de la producción de tales fenómenos, ni el inmenso horizonte que a la sociedad se le brindaban. Todo aquello necesitaba un detenido análisis. Visitas continuas para penetrarse de la esencia de los hechos científicos. Y El no estaba preparado, ni su mente asimilaría el fundamento de esas realizaciones, por su estado sentimental, origen de un complejo de inferioridad. El deseaba, en su morriña patética, que el subconsciente recogiese esas impresiones favorables de la visita y alentase las actividades del futuro. Y que esas impresiones brotasen al influjo de una situación íntima más vital, acompañados del deseo de bucear en ese campo atractivo de la ciencia, cuyas aplicaciones revolucionarían los conceptos conocidos sobre las sociedades.

No se detuvo en los detalles que le remarcaba su acompañante. Mirada distraída, impreparación, afectividad doliente, moral baja, producto del hundimiento de la resolución que le animó antes y durante la contienda civil, se asociaban para no apreciar el entusiasmo y el interés con que su nuevo amigo le anunciaba algunos hechos. En cierto modo, pasó como una sombra por ese lugar. Casi fué un recorrido de sonámbulo, quien no advierte cuanto le rodea. Unica-

mente, eso sî, en su cerebro quedô grabada la idea de retornar. El subconsciente quedó tocado.

Los mismos factores influyeron para no familiarizarse con la producciôn intelectual de los franceses. El no se extasiaba ante la exuberancia del espîritu galo. La variedad polîcroma de éste era de una elegancia helénica, tanto más en las explicaciones abstractas. Y su profundidad presagiaba gran madurez intelectual, aventajando a otros espîritus nacionales. Prueba de su preparación intelectual, era la expansión profusa en múltiples órdenes. La producciôn del intelecto francés, era una demostraciôn palpable de las fronteras que puede abarcar el pensamiento en dirección de lo cognoscible. Se le podîa considerar, como heraldo del inmenso campo ofrecido a su brote y expansiôn, cuando la materia desbordase espiritualidad. Entusiasmaban esos cerebros analîticos, desmenuzadores del todo con minuciosidad desconcertante, marcando los detalles con precisión. Era el triunfo de la observación fría y estudiada. !Y qué sîntesis amplîsimas abordaban temas de todo género! Ciencia, literatura, filosofîa, religión, poesîa, ensayo, brindaban estudios de valor. Anunciaban espîritus preclaros y potentes. El genio francés ocupaba un puesto predominante en el área mundial. En el dominio del intelecto su poder influenciaba las producciones del hombre, por su elegancia, corrección, erudicciôn y profundidad.

Francia determinó más los destinos humanos por su intelectualidad, que por sus formas de vida, pálidos reflejos de aquélla. Quizás en un momento histôrico se complementaron para que la expansión gala adquiriese carácter universal, convirtiéndose en centro y mira del orbe. Y, entonces, fué foco de gran irradiaciôn espiritual y societaria, imitada en todo punto. Mas, indudablemente, es su cerebro quien influenció abiertamente en el ámbito de la civilización occidental.

En esos momentos difíciles, El estimô que cuando la fuerza de adaptación y el trabajo, imprimiesen serenidad en su pensamiento y en su organización, como individuo, comenzarîa a vibrar en su espîritu la inquietud por la producciôn literaria, artîstica y cientîfica. Y luego, naturalmente, las visitas a los puntos neurálgicos, donde se concentran los productos del intelecto, se multiplicarîan. Entrarîa en relaciôn con la producción europea, particularmente francesa.

Súbitamente se preguntó: ?Y por qué no de inmediato, como preludio al interés que aportaría a tales trabajos? ?Quizás hallaría nuevos atractivos?

Levantóse con el ánimo dispuesto a visitar de nuevo el Palacio del Descubrimiento. Esperaba que su atención visaría la importancia de los trabajos expuestos y trataría de asimilar ese compendio, en sus ganas de familiarizarse con los problemas científicos. Presumía que esta segunda visita le aportaría juicios más exactos sobre el carácter de esa manifestación.

Atravesó la plaza de la Concordia y comenzó a remontar los Campos Elíseos en dirección de la plaza de la Estrella. Lentamente, caminando bajo la sombra protectora de los árboles, imaginaba la aureola que revistió a los Campos Elíseos y tanto significaron en la historia moderna de París. Fueron cita de la elegancia y de la galantería mundiales y centro de una exposición de valores, como también de la pedantería y de la vanidad. Hoy son punto de convergencia de multitudes dispares, de origen y de condición, que se entremezclan con la mayor naturalidad. La moderna Babilonia atrae por su sex-appeal, su elegancia femenina y su exhibición espiritual, a una población típica. A proxenetas que gustan de la vida fácil y lujuriosa, aportada por la capital; a elegantes que consideran al vestir como un arte, y a París, centro de la moda; a literatos que quieren impregnarse de la finura del genio francés, en su propia cuna; a poetas que persiguen la gloria en el mismo escenario que sonrió dadivosamente a célebres antepasados; a pintores y escultores, en busca del ambiente típico de algunos círculos, de donde el arte fué irradiado a fronteras lejanas. Todos deseaban saturarse de la atmósfera parisina, atractiva a todas las mentalidades por su multiformidad. Cual imán potente atraía a un mundo heterogéneo que evolucionaba, en su perímetro, en magnífica confusión. La ciudad se enriquecía, por un constante vaivén humano, de abundantes valores espirituales y de todos los vicios y virtudes de que el hombre pueda ser receptáculo.

Y discurriendo de esta manera, divisó, entre el follaje de los árboles, el gran rótulo indicador del destino del soberbio edificio. En su interior se mostraban los trabajos científicos, con la intención de avivar la pasión en la gran masa y anunciarle principios elemen-

tales. No en espera de hacer hombres de ciencia, sino para interesarle en un terreno apenas explorado. Ello le incitaría a la lectura de las ediciones científicas, de escasos lectores y, por tanto, ¡cuán importantes trabajos publicaban! Ante el edificio se esfumaron París y los Campos Elíseos, como su historia. Sin vacilar, con agilidad, subió la escalinata en cuatro saltos y se dirigió al interior.

Cruzó el amplio hall con la idea de dirigirse al primer piso, donde recordaba situada la sala de Astronomía. Aquí, grandes fotografías, mecanismos ingeniosos, dibujos en relieve, muestran los secretos del firmamento. Pueden observarse los movimientos de algunas estrellas, el fenómeno de los eclipses lunares y solares y cuya predicción es matemática. El conocía las duraciones del recorrido en las órbitas de los cuerpos planetarios y estelares, de forma comparativa. Siempre se vió atraído por esa población sideral y su imaginación se divertía en los mayores absurdos, teniendo como campo la inmensidad del espacio.

Tomó la subida maciza que conduce a la sala aludida, pero antes de adentrarse en ella, torció a la izquierda y siguió el pasillo estrecho formado por el parapeto y el gran muro, donde se dibujaban típicas nebulosas. Se detuvo al final del pasillo para observar mejor el funcionamiento del sistema solar en miniatura, montado en el techo, justamente, sobre el cuerpo de la ancha escalera.

Este sistema, conservaba la graduación correspondiente entre todos los cuerpos que lo componen. Ante el espectador, el mecanismo se ponía en movimiento y las distancias, los volúmenes, las órbitas y las velocidades que a los planetas de este sistema le son atribuídos en su carrera a través del espacio, quedaban reflejados, dando así una noción del sistema real de forma comprensiva. Su mirada se entretuvo en la observación de los movimientos planetarios, flotantes sobre su cabeza.

Luego, acodado sobre la barandilla, observó la entrada de estudiantes con sus profesores, la de profanos, de simples curiosos y de iniciados en la materia científica, quienes se distribuían en las distintas secciones, a escuchar las explicaciones de los profesores de servicio sobre temas variados, o las aclaraciones de algunos pies explicativos de fotografías, que no especificaban debidamente el alcance del trabajo, o pasaban directamente al salón de actos, donde los

hombres de ciencia daban conferencias, acompañadas de ordinario, de proyecciones cinematográficas.

Desde su atalaya espió el movimiento de los visitantes, pretendiendo descubrir las reacciones producidas por las palabras de los profesores, o la simple lectura explicativa, acompañada del catálogo, y la demostración fotográfica. Trataba de identificar qué género de inquietudes animaban a gentes tan dispares y, si la demostración a que asistîan, grabaría su cerebro, como para sentir el anhelo de bucear más a fondo en el conocimiento científico. Se preguntaba asimismo, si olvidarîan inmediatamente el fundamento de aquella obra, sólo recordándola a título de personas que han visitado todos los centros culturales y artísticos, como una cosa de buen tono, cual sucede con los turistas que recorren las pinacotecas principales y comentan con grandilocuencia esas visitas, pero quedan en silencio cuando se les pide las características de La Gioconda. Si, por el contrario, la curiosidad intelectual que les embargaba podrîa impulsarles a este género de recreo.

Retuvo su atención también, el aparato que daba a conocer el mecanismo hereditario por intermedio de los genes. Cierto número de genes maternos y paternos que denunciaban los caracteres más sobresalientes del individuo, se ponîan en movimiento rotatorio, cruzándose y entrecruzándose entre sí, cuando el aparato marchaba. La puesta en marcha indicaba el instante preciso de su fecundación. Los genes que quedan frente al espectador, cuando el mecanismo se detiene, reflejan los caracteres del nuevo ser. Así se comprende la variedad de combinaciones genéticas que se producen en el acoplamiento humano, por el entremezclamiento del gran nùmero de genes conocidos, bien sean dominantes o secundarios. Necesitarîamos mucho tiempo para agotar, sobre el papel, la riqueza de combinaciones. Ello explica la gran variedad de la familia humana, pues basta un solo gene para modificar el carácter del individuo. De ahî, que no haya dos individuos iguales.

De pronto, un corte de luz dejó a oscuras el edificio. El sintió un ligero bienestar que le invadîa al perder la facultad de distinguir, acompañado de una especie de liberación o de pérdida de peso. Siguió en la misma postura, inmóvil, ajeno a todo, excepto al bien-

estar que le embargaba. La penumbra le aislaba del resto, sintiéndose a solas con sus pensamientos. Y quedó ensimismado.

Transcurridos unos instantes notó que alguien se acercaba. Aguzó el oído para cerciorarse. Escuchó un ligero susurro. Luego, una voz suave, queda, le conminó a escucharle, pues le facilitaría datos interesantes, relacionados con el medio ambiente de la exposición.

El tono enigmático que empleó la voz desconocida al comienzo de la charla, avivó aun más el interés de El, ya despierto por la singular presentación.

II

EL PENSAMIENTO CUENTA SUS TRIBULACIONES

—SOY el pasado, el presente y el porvenir del hombre. He abarcado la historia humana en su conjunto. Y también la abarcaré hasta su desaparición, porque soy el fundamento de su existencia. De mî, los hombres solo conocen el pasado y el presente. E imperfectamente, pues mi origen brumoso no ha dejado entrever mis primeros trabajos. La humanidad no ha producido individuos capaces de detallar mi riqueza en todos sus matices. Quienes, valientemente, han intentado abrazarme, dejaron puntos vulnerables por donde me escurrî en silencio. Y cuando impacientes quieren proyectarme en el futuro, cometen errores mayúsculos, carentes del poder penetrante y prefijador de mi meta. No tienen conocimientos completos, ni base indispensable, que les permitan concebir las posibidades que encierro. No columbran mi poder de irradiación, ni en intensidad, ni en extensión. Son impotentes para advertir el vuelo que mis rasgos profundos levantarán en la vida futura, capaz de corregir el destino humano, como reactivo a una evoluciôn lenta y pesada, ni el género de vida a que someteré a las sociedades, ni las potentes armas que concederé al hombre.

Hoy me barajan, me trituran, me califican de distintas maneras — cada una es la más perfecta —, me conceden varias direcciones — cada una es la mejor —, escriben mi historia obteniendo los datos de un árbol a deshojar, pero no han comprendido aún la esencia de la realidad humana y universal, y se debaten en vacilaciones perpetuas, en atisbos imprecisos. Soy objeto de profundos estudios de su parte, por la tenacidad con que han admitido la idea de conocer mi pasado y perfilar mi porvenir. Y retroceden ante mi variedad que les enmaraña el camino de mi fuente y de mi primera inspiración. Se ensañan conmigo — crédulos —, esperando obtener de mî la solución de los problemas humanos, tan complejos e intrincados, que rayan en la antinomia. Han pretendido que yo respondiese al angustioso problema social, inspirándoles una solución en plazo corto. Me consultan ardientemente para eliminar el espectro de la guerra que les acucia

en sus sociedades. Me piden la libertad y la potencia personal, como armas de batalla en la existencia, pero la libertad, la guerra, el problema social, son una variaciôn de un mismo problema: la vida. Y animados de una curiosidad insaciable, ensayan toda mi producción, buscando la explicación de las incógnitas atormentadoras.

Los hombres se muestran ante sí mismos y ante el cosmos, en las mismas condiciones que los niños, cuando se mezclan a las conversaciones de los mayores, impelidos por un sentimiento oscuro. Y como no asimilan las razones que escuchan, sus mentes pierden el discernimiento. En un mar de confusiones y conjeturas, pretenden obstinadamente consultarme en toda circustancia.

Atemorizados, me han interrogado con ansiedad, si no les conduciré al abismo, donde desaparecerán como especie, por haberles inoculado — yo — la imaginación, la fantasîa, la inquietud y por encaminarles en direcciones desconocidas. Contrariamente, el dualismo que parece reinar como ley en el universo, les hace estimarme única salida y bálsamo que aminore sus desgracias y temple sus tribulaciones.

Es curioso observar con qué audacia los hombres toman una vîa, cuando estiman que les conducirá a metas imaginadas. Se lanzan impacientes abandonando toda prudencia. Y si encuentran un obstáculo imprevisto, las imprecaciones y lamentos forman un coro desagradable. Entonces, llegan hasta a renegar de la condiciôn humana. Sin embargo, seguir otras direcciones que quizás favorecerîan su evolución, les hace mostrarse excesivamente temerosos. Una aprensión estùpida les embarga, que les impide avanzar. Se tejen la tela de araña que ata sus movimientos, rebuscando argumentos justificativos. Desconocer el terreno que pisan les procura cierta cobardía intelectual, como si el fijismo ideológico fuera una ley humana. Diríase que les anima un pánico animal cuando, a su juicio, se les escapa un factor del problema.

Son osados y timoratos, en franca amalgama, considerando a la producción intelectual en problema de sugestiôn. Caminan por los extremos atraídos por corrientes violentas. Y en las dudas y terrores que pueblan su espîritu ante las incôgnitas universales — les gustarîa resolverlas al instante —, algunos componentes de la especie humana me han colocado en el índice, por considerarme el artífice de la

desolación que reina en sus almas, cuando no pueden dar una respuesta, repentina y agradable, a sus inquietudes. Se lamentan de haber concebido ilusiones que, en lugar de dulcificar la existencia, les hunde en la amargura más sombría. La mente caótica de ellos me estima el mal, porque le he concedido a la especie humana la facultad de discernir, observar y explicar. Y, naturalmente, con ello, les he procurado también la noción de la realidad, nada atractiva, del hombre, en un universo ajeno a su escala. Esos hombres que me califican así, desearían que los seres humanos se limitasen a vivir, sin tener consciencia del medio y de la realidad circundantes, en una reedición propia de las especies inferiores.

Los mundanos sufren también verdaderos delirios. Las fuerzas del intelecto producen desatinos que les alejan de la línea evolutiva, en una visión puramente intelectual de la existencia. Y visan tan alto, en esa concepción, que sienten el vacío inmenso, el abismo existente — imposible de sondear —, entre la realidad y la pronunciación formulada. El influjo de una idea puede tener, en ciertas circunstancias, poderes insospechados. Mi historia está preñada de ejemplos. Se han conocido ideas que han frenado el paso del hombre por el accidente universal.

Las vacilaciones y las dudas, los frenos y las contradicciones, son una cosecha lógica de su existencia, porque no columbran nada definitivo. Ello les produce desaliento. Y retroceden asustados. Y es esta interinidad del conocimiento la que impulsa a concebirme de forma dualística. Los unos opinan que soy la única posibilidad para procurar la noción exacta del mundo exterior y la del introspectivo. Los otros me declaran enemigo mortal de la especie, como originador de la consciencia humana. Y ésta les dicta la improbabilidad de penetrar en los fundamentos de cuanto acontece.

Impresos del sello trágico que han creído descubrir en su existencia, le conceden al vivir ese sentimiento predominante y caen en profundo pesimismo, terminando por minimizar la importancia de todo gesto, intelectual como moral. La producción que pretendió anunciar el alcance de los fenómenos naturales y humanos, se declaraba sin interés. El esfuerzo humano, compendiado en esos trabajos intensos, no tenía finalidad. La existencia era una gran tragedia, donde el hom-

bre jugaba como protagonista. No podîa aislarse y analizar la tragedia con frialdad y sin pasiôn, sino que estaba obligado a vivirla, incapacitándole para eludir esa impresión fatal. La tragedia dominaba en el ámbito universal, siendo el hombre un mero comparsa. Este hecho anulaba fórmulas que concedían a la humanidad motivos de distintas significaciones. Declaraban que la vida no tiene interés supremo.

A la inversa, impresos del optimismo, sustraîdo del equilibrio orgánico, anuncian que el derecho a la vida es sagrado y su propia realidad, sonriente. Manifiestan que vivir merece todos los sacrificios y que los males son pasajeros. La vida es inviolable, es su último grito. Existir es el mejor don que la materia nos procura. Y tener consciencia del medio, aumenta la satisfacción vital. El hombre debe descubrirse ante el fenómeno que perpetúa esa aspiraciôn a la vida. Y barajan la maternidad en fuente de alegrîa y en deber sacrosanto de las mujeres. Llegan a la exaltación de la cópula. La felicidad de las familias numerosas es de una significación moral que enaltece a la especie. La inocencia de los niños, sus sonrisas y sus juegos, rinden mejores a los individuos y les capacitan para amar a la vida con más ahinco. Todo acto parece sonreir a la existencia. Y crean la moral, el arte,, la polîtica, la ciencia, para poetizar la vida y corregir la imperfecciôn que puede irritar al hombre, en su prosaísmo elemental, ajeno a toda elevación.

Se entregan al arte, opinando que la vida es un sentimiento, donde pueden coexistir las más acabadas fantasías. Pero no comprendîan que el arte desfiguraba la realidad humana, dibujando un mundo ideal, opuesto al concepto vital. De la ciencia esperaban posibilidades que mejorase la realidad, en un mundo mecánico, orientado hacia la conquista del espacio y de la distancia. Dominado por la visión científica, extrema la nota, tras la incompatibilidad entre la ciencia y el hombre. Y dieron a luz a la polîtica, para organizar las sociedades sobre moldes que cerebros, más o menos constructivos, fueron promulgando. Manifestaron grandes esperanzas en los sistemas políticos, esfumados, sucesivamente, pese a su buena voluntad. La vida escanciaba en el alma humana, secretamente para el hombre, un licor amargo que le dejaba taciturno, porque no lo comprendía. La polîtica, desconociendo las dos medidas del cerebro y del resto del organismo,

medidas muy distintas, dispares y muchas veces antagônicas, ha demostrado la contradicción, en el hombre, como individuo y como ente social. Y en la fiebre polîtica, amontonaron sistema sobre sistema, credo sobre credo, terminando en una lucha ideolôgica absurda. Fomentaron los sistemas morales en el afán de embellecer los actos individuales y colectivos de una elegancia discreta y humana, que, como hojarasca otoñal, se van derrumbando por el influjo de una realidad implacable.

El escaso conocimiento de las realidades universales, les hace obrar de esa forma desordenada y confusa. Cuando el cerebro aprenda a discernir con más exactitud en los problemas vitales y cósmicos, sus almas adquirirán el sosiego merecido. La sabiduría — sinónimo de sencillez en la explicación y aplicaciôn de motivos —, la comprensión del relativismo de la realidad, les aportarán el reposo y la serena visión. Se hallan muy lejos del estado espiritual, analizador de la existencia con frialdad de monstruo que, indiferente, observa todos los actos humanos sin concederles más importancia que la debida, percatados de lo justificable de la locura humana... Procurada la serenidad en sus espíritus, supondría una conquista de valor sobre las incertidumbres humanas, permitiendo que las pasiones resbalaran en la consciencia, sin producir violencias, pero comentándolas y, entonces, el hombre caminaría con más firmeza en la dirección del tiempo. Favorecería el trabajo y el estudio. Y los velos que ocultaban los secretos se irían desvaneciendo lentamente. Instante favorable a su encuadramiento en la evolución universal, como componente de la misma, imprimiéndola un ritmo más acelerado. Ser actor y director, capaz de presidir la acción universal. Ahî toparía con la razón de ser de su existencia. No en esas finalidades presuntuosas que han imaginado al hombre como un ser excepcional, al margen del universo, con objetivos ajenos a los otros seres y cosas y fuera de la unidad côsmica.

Desaparecerían esas finalidades definitivas, a cual más disparatadas, trazándose finalidades concatenadas en la marcha del tiempo. Y eliminaría de su bagaje intelectual las abstracciones de tipo absoluto que han superpoblado su espíritu de imágenes baldías, ocupándole el tiempo para perseguir otras creaciones fructuosas. Ojearía con desdén el material producido, afanosamente, con la intención de expli-

car el principio y fin de las cosas, ateniéndose a conceptos relativos que se aùnan indefinidamente. Desecharía esa ambición desmedida, de carácter ilusorio y masturbador, que desgrana presuntuosamente la pedantería humana, en el grafismo de las teorías finales.

Mas ?cabe imaginar que la serenidad podrá derivarse de su actual fisiología, siendo ésta, en resumen, motor de sus acciones — y las preside también —, hasta de las más sublimes? ?Cómo eliminará las fuerzas orgánicas que le impiden compenetrarse a tal estado? ?Forzando su evolución natural? ?Buscando nuevas vías a la misma? ?Vencerá el cerebro o, mejor dicho, la idea que el cerebro anuncia, a la materialidad que le domina? En un alarde de idealismo los hombres responden que sí. Auguran los mayores sacrificios para obtener ese objetivo. Pero olvidan que su evoluciôn humoral, visceral y anatómica es imperceptible en el tiempo. Toda variación anatómica necesita muchos siglos de continuidad para promulgarse. Y por mucho que el cerebro promulgue, modifique sus ideas, el hombre, en un todo, queda sujeto a su propia materialidad de conformación y de volumen. No puede abstraeirse de sî mismo por mucho que sus neuronas pretendan eliminar ciertas influencias y reacciones del metabolismo. Tampoco un medio favorable a esas variaciones produciría los efectos deseados, porque no entrarían en la ley de herencia. Son indispensables agentes más directos para modificar la evolución de los individuos de forma rápida.

Además, no debe omitir su anexión a una evolución más amplia de la que él forma parte también. ?Cómo podría escapar a la ley de la gravitación? ?Cômo eliminaría la notable influencia de la atmósfera, si vive en ella? Estos son conceptos que ligan al individuo a otras formas. Siendo un habitante de este planeta está sujeto a determinada densidad y a un medio específico. Escapar a estas leyes no le es dado por el momento. Si este hecho se produjera, la redención del hombre comenzaría, pues adquiriría la facultad de vivir en nuevos medios, donde los cerebros contrastarían datos, atisbando las influencias que favorecerían el retroceso de la materialidad y, contrariamente, el dominio del pensamiento mejoraría su situación, esperando sentar prerrogativas fundamentales sobre la materia.

?Y la influencia de otros astros sobre la Tierra? Particularmente,

?la de su satélite y la del Sol? La trabazón cósmica es una realidad que subyuga a la materia a un sistema mecánico de proporciones gigantescas. Son otros tantos motivos de reflexión para considerar a los hombres impropios a obrar con esa individualidad que prescribiría la libertad de regir sus propios destinos. !Cuán lejos de la libertad se hallan! Casi están en el polo opuesto. Se aprestan a conquistarla, olvidando que están abocados a corregir esta noción de libertad. Inmensos obstáculos impiden conseguirla. ?Los sortearán? ?Y si la libertad fuese una abstracción más, entrevista por su imaginación delirante al abordaje de imposibles?

Los hombres son pues una contradicción constante. Una mezcla de muchas realidades y de insignificantes idealismos — ingenuamente se imaginan lo contrario —, que producen aleaciones de dudoso interés. Abundantes imperfecciones y escasas perfecciones pueblan su historia. Las primeras han dominado preferentemente y las segundas, en un centelleo rápido, casi imperceptible, han iluminado la vía humana durante unos instantes. Mi historia — siendo parte integrante de la suya — ha conocido las depresiones que sus almas ignaras y brillantes, sórdidas y altruístas, sabias y torpes, la han impregnado. Mi trayectoria es una línea quebrada y zizagueante, de difícil dibujo, no imprimida con trazos firmes en la materia que, frecuentemente, ha retornado a su punto de partida, en una retirada provisional, a causa de la exacerbación material. Desde que surgí de lo más profundo de su propia conformación y de sus humores, con valentía, he recomenzado mi historia.

— ?Supongo que habrás adivinado quién soy? le interrogó directamente la voz.

— Sí. Eres el pensamiento — contestó El, penosamente, dominado por el sentido que le imprimía a los conceptos, la inflexión de su verbo. He comprendido que eres el pensamiento, porque me has anunciado con amargura tu sinuosa historia. Y porque tus lamentos sobre el materialismo humano eran sinceros, sentidos hondamente. He comprendido que presagian...

La voz no le dejó continuar.

— Calla — atajó con autoridad. No has comprendido nada. No opines que me lamento. Mi existencia es dura, pero me faculta para

humano, convertido en una sinfonía sin medida total, cuyos intérpretes aumentan continua y

con voz más ruda:

-El pensamiento. El producto más noble que el más desinteresado y lo más sublime. ?Qué a mí? ?Y los otros sentimientos anidantes en la existencia humana sin mis atributos? Una sin brillantez, ni altura. Por mi intermedio belleza de los panoramas y ha establecido es, producto de la facultad de sentir que una puesta de sol en las costas marinas; el de comienzos de otoño; la armonía de los imitar la naturaleza; la grandiosidad del mar, o y su dimensión, cuando valeroso aprenlía de las noches que embargaba su alma originándole pensamientos interesantes; el le ha llevado al análisis de sî mismo y ía; la personalidad que imprime el retiro mismo, lejos del espîritu gregario y donde la ntos que facilitan la vida, templando las almas eo; el conocimiento de la ciencia que le en la vida organizada, anunciándole además mejorarán el diario vivir; el interés inherente a en afanes colectivos, hasta llegar a pre- los elementos naturales, concediéndole un abrigo sus necesidades, lo que favorece su evolución. hombre, si no hubiese contado conmigo?

a vida un tono de nobleza al apartarla de un uietud, que solo el egoîsmo natural del hombre animado la existencia, porque le he señalado iéndole de la animalidad primitiva, dotán- es que le alejasen de la elementabilidad do de elevar aquella vida inconsciente y penosa. tortuosa en mis promulgaciones, porque me itud de su funcionamiento corporal, a esa

entidad física posponente de todo a la continuidad orgánica, aunque, bien es verdad, su especifismo ha servido de abrigo a mi aparición. Concurrieron circunstancias especiales que favorecieron mi brote y, después, mi expansión a través de los ámbitos conocidos. Pero de forma muy limitada. Entregado el hombre a la realidad de la existencia, como función esencial de su razôn de ser, como finalidad suprema de su yo, fuera de otros objetivos, insistîa marcadamente en el mantenimiento de su equilibrio vital, estimando que el vivir era lo más fundamental en él, motivo opositor a mi expansión, con la fogosidad y la fuerza necesarias para arrastrar, tras de mí, a toda la especie, en un impulso de desinterés y de valentîa, haciéndole omitir su especîfico carácter de animal plegado a la evoluciôn del universo. Mi brote era tímido y vacilante, como el primer vuelo de los pájaros. Mi dominio era tenue entre las fuerzas desencadenadas del mecanismo vital. Mi expansiôn luchaba penosamente en el mundo de la materia, impenetrable en ese fárrago de intercambios y oxidaciones quîmicas. Nada entendían de elevaciôn y de independencia en la satrapîa del organismo.

Recuerdo mis primeros balbuceos en aquellos tiempos heroicos de mi apariciôn, ante la realidad cósmica. La sorpresa causada al hombre por la comprensión del significado de la consciencia, cuando comenzó a diferenciar los numerosos motivos que componen el universo. Advierte el nuevo horizonte y el nuevo carácter que le puede imprimir a su trayectoria en el tiempo, abandonando por unos instantes el determinismo inelegante en que le sumiô una obediencia total e inconsciente. Cree respirar ya con más libertad y comienza a entusiasmarse. Mira, sonrîe, observa, penetra, concluye. Pero no descubre los límites de ningún motivo, si no son los de su ignorancia y el carácter falible de sus observaciones, por una desfiguración de la realidad, ondulante e informe. Al explicar, no sabe cuándo y cómo se equivoca. No hay nada, ni nadie superior que le aconseje y dirija. Es discîpulo y profesor. Todo es nuevo para él, milenario y heredero de múltiples generaciones. Se sobresalta y se extasîa, sucesivamente. Teme al espejismo y se retrae, para recomenzar tímidamente nuevos ensayos explicativos. Y presiente la libertad y, por ello, quiere rebelarse.

!Pobre hombre entregado a sî mismo, en un mundo hostil y des-

conocido, impenetrable en el tiempo y en el espacio! Producto de un equilibrio de fuerzas que no ha conseguido desentrañar el mecanismo, quiere rebelarse ante el universo, romper las cadenas materiales que le atenazan, duramente, le doblegan por su peso, y anunciar en himnos estentóreos su liberación. Saludar el rompimiento de las cadenas en tonos de triunfo y musicalidad vigorosa, inundando el cosmos con sus influencias saludables. Cantar a la libertad en estrofas brillantes de ingenio y de euforia, declamando ese advenimiento, como el más importante de la historia universal. Ante la libertad del hombre, el cosmos se estremecería de placer y se sometería a sus designios conscientes. Y esta ilusiôn, este espejismo, forjaba en el cerebro la nueva vida a emprender en planos extraños y alucinantes, repletos de misterios y de un cúmulo de héroes y de honores, de sapiencias y de alegrîas.

Poco duraba esa visión graciosa del orgullo humano. La rebeliôn no triunfaba, porque era hija de un instante de desesperación, cuyo origen partía de la consciencia amarga de un medio inhumano y, además, porque, era inconstante. La rebelión aparecîa unos cortos instantes en la acciôn humana, sólo cuando no implicaba un quebranto a la marcha normal del organismo, para caer de nuevo, sin apelación, en la red de la trama universal. Se asustaba de su propia osadía al verse sin fuerzas impulsoras hacia la victoria. Y se encuentra solitario en la inmensidad, con una llama interna que él mismo la apaga en su desventura, cuando se comprende abandonado a sus escasas fuerzas. Pigmeo de un universo ciclópeo, átomo insignificante de la materia incalculable que cubre el cosmos, !cómo pretendía rebelarse contra las fuerzas que rigen los destinos! !Pobre iluso! Sólo ve que un vacîo insondable le rodea.

Balbucea. Solloza. Llora. Diríase que es actor de una tragedia, donde no descubre el argumento, ni el personaje a representar. Toda visiôn ideal se le esfuma. No puede escapar al abrazo material que sin piedad le atormenta y se somete a sus exigencias, comulgando con ellas, en ayuntamiento tenebroso. El incesto se cumple al compás de la aberración inarmónica de las cadenas que le agarrotan. El estupro mata el idealismo, porque sólo persigue la posesión del individuo, para devorarlo, exactamente, como en algunas especies de ani-

males, en el momento del acoplamiento sexual, donde la hembra devora al macho. El fin de un ser y el comienzo de otro, se confunden en la cadena ininterrumpida de la vida. !Qué importa el dolor y la impotencia del ser ante la realidad, si se cumplen los imperativos vitales, aun a costa de la personalidad!

Por mi parte le marqué nuevos horizontes, vastos y atractivos, de una amplitud inabarcable, pero nunca le he proporcionado medios comunicantes con sus fronteras, ni jamás le he indicado, si más allá del límite se hallaba el abismo donde él se hundiría o, contrariamente, al tocar esos límites, fortalecido, podría facilitarle la explicación que calmase su esclavitud temporal y sus temores. Es esta explicación que durante siglos ha esperado de mí, con la finalidad de tomar determinaciones ante la trama de la vida. Es esa respuesta vibrante y aleccionadora que pondría en juego todo el ser, cuando le indicase por qué se encuentra en la Tierra y qué porvenir le espera. Hacia dónde va proyectado, viajero sin billete y sin rumbo, en un desplazamiento planetario. Pero mi poder no ha alcanzado tamaña potencia.

También le he formulado hipótesis ingeniosas que todavía no he podido demostrar. La verdadera tragedia humana es su materialidad absorbente, aumentada por la inquietud espiritual que sólo le define la existencia, como una realidad sin esperanza. E interesa experimentar mis conclusiones, porque una idea que no es acción, no tiene valor probado. Puede ser una abstracción o una aberración, un concepto falso de lo real. Una probabilidad muy hipotética, en la que no debe el hombre mecer su entusiasmo. Quizás una desfiguración total de la realidad. O una ilusión cerebral. Precisamente, en captar la realidad estriba la máxima dificultad.

El universo es tal cual es. No como el hombre quisiera. Tiene su propia existencia. Y el hombre exactamente igual. Es otra unidad. Mas esta idea no debe aceptarse en un sentido absoluto. El mejor conocimiento del hombre ha modificado el sentido del universo y viceversa. Luego hay una relación estrecha entre el hombre y el universo. Sin ser reflejos cerebrales, ni el hombre, ni el universo, hoy los conocemos a través de mis reflejos. La realidad es una curiosa imagen, donde juego en primera línea. Sería interesante mantener una constante de conocimiento entre el hombre y el universo, evitando

alteraciones y deformaciones en la explicaciôn relativa de la realidad. Entonces, podrían marchar al unîsono, hombre, idea y universo, desapareciendo prefiguraciones entorpecedoras del brote de soluciones constructivas que animen a la existencia al ser humano.

En su impotencia irritante, el hombre ha renegado de mî. Ha formulado epitafios lùgubres para mi tumba. Animado por una vitalidad desbordante, ha cantado mis excelencias. Los poetas y literatos me han dibujado con trazos excelsos y belleza subyugante. Me han encomiado hasta el paroxismo. Los pesimistas me han retratado con tonos oscuros, rasgos venenosos y como un peligro para el porvenir de la especie. Han estimado que soy una fuerza revolucionaria negativa que, por una crítica acerba de la vida, ha influenciado en la pérdida de su felicidad natural. Los optimistas, siempre en espera del hecho imponderable, como hombres de fe que son, han puesto en mî sus esperanzas. Confîan en mi poder de penetración, en el sondeo que practico en las profundidades de los hombres y de las cosas. También, almas sensibles que creyeron en el progreso fatal de la humanidad, se me han aproximado con timidez, exhortándome a expresarles la inexistencia de una fatalidad regresiva o negativa, donde el hombre no podrá alcanzar estadios superiores, vinculado a un cîrculo vicioso del que no puede substraerse, juguete de fuerzas superiores a las que él puede blandir.

Pero una mayorîa, adscrita a la animalidad y a la indiferencia intelectual, nada me ha exigido. Ahí no he encontrado colaboración para aventurarme en el dédalo incognital, sino que han servido de contrapeso y de freno a mi desarrollo ôptimo. Quizás han influenciado en esta impotencia explicativa de los fenômenos naturales. El estado de sociedad, mejorando la condición material de la especie e invitando a un aumento de la población, sin cálculo, no es ajeno a esta negación de la selectividad.

Comprendo el sentimiento que anida en el hombre, a tenor de su propia consciencia. Por mi conducto ha formulado proposiciones inasequibles, situándolas en alturas que originan vértigo. Reiterado manifestaciones que jamás podrán cumplirse, fomentando una situación confusa. Asî, lanzando una mirada al porvenir y a la evolución ideal, consideró que sôlo podrîa estimarse libre, cuando eliminase la

materia y no se sometiese a una organización de tipo celular compleja que, constantemente, realiza síntesis químicas para velar por la buena marcha del organismo. Indicó que la vida es fuente de la tragedia o la animalidad manantial de los seres humanos, como si el pensamiento fuera de índole distinta a la animación de la materia. Extremista, no admitía que esa libertad inmaterial a que aspiraba, en esos conceptos, es la muerte y, con ella también, la del pensamiento puro.

En esta visión ideal del conjunto, estimó al pensamiento como fuerza ajena al principio vital. Lo consideró en otro principio que tiene a bien introducirse en el cuerpo de los mortales, con la satánica idea de facilitarles las bellezas del mundo exterior y los platos diabólicos de las elucubraciones desatadas. Seguramente, en vuelo planeado, o en materia radiada, cuyos rayos tienen la facultad de traspasar los cuerpos opacos, como algunos rayos eléctricos, se le insinuaba al hombre en su interior, originando esas contradicciones flagrantes que animan el mundo del intelecto. Y se culpaba a sí mismo y a la vida en general, de la imposibilidad de transcribir en fórmulas concretas y simples, aquello que el propio pensamiento analizaba. Aquí tocaba el hombre las fronteras de lo absurdo.

La pretensión de explicar todo es una reacción legítima. Máxime, si se halla ante situaciones insolubles. El ser humano está sujeto a reacciones de momento, de situación y de receptabilidad, por cuanto escribe sus páginas, de reacción en reacción. Dominado por una de éstas, ha formulado conceptos que los ha opuesto a una situación circunstancial, no precisamente por afán resolutivo, sino en forma restrictiva. Es más impulsivo que cerebral, pasional que calculador, pese a la división arbitraria en hombres de tipo morfológico, o en caracteres sobresalientes, o en razas. Estas divisiones, podrán no ser caprichosas en el análisis del hombre y de su comportamiento en sociedad. Pero ante hechos generales, como la pérdida de libertad, en no importa qué raza o país, la reacción será la misma. Los hombres se diferencian muy ligeramente. Mantienen una fisiología muy semejante. Y ante situaciones que hacen vibrar las entrañas de su ser, reaccionan de la misma manera. Y ante la inquietud intelectual, quienes la sienten, la abordan afanosos para concretar explicaciones. Pocos

hombres siguen una trayectoria intelectual, ajena a las vicisitudes corporales y terrestres.

Las soluciones se perfilan abundantes ante el deseo de explicar, pero conviene especificar que coexisten la masturbación cerebral — sinónimo del hombre que golpea un objeto, sin detenerse y sin finalidad —, y producción constructora del pensamiento — el artífice de trabajos. Si el organismo es presa de lesiones físicas que desequilibran su funcionamiento, ?por qué no el cerebro puede desequilibrar su producción — fatiga, lesión, ilusión — en un hiperintelectualismo desordenado? Los hombres han producido verdaderos monstruos físicos y, posiblemente hayan producido también monstruosidades ideológicas que se hayan aceptado con ignorancia absoluta de su carácter, digno de la psicoteratología. En las monstruosidades orgánicas han sabido discernir, aquéllas que permiten el normal desenvolvimiento del ser, y aquéllas que son un obstáculo activo, en la línea evolutiva. Estriba el interés en descubrir las monstruosidades ideológicas e intelectuales, para anunciar si entran en la evolución normal del pensamiento. O demostrar que ciertas ideas no tienen interés por ser degeneraciones de otras anteriores, una especie de variación regresiva que, como ramificación muy secundaria del pensamiento, sólo producirá desasosiego intelectual. El hombre, instintivamente, evita el acoplamiento con un monstruo físico por espíritu selectivo, para no perpetuar decadencias. Así, debe evitar el abrazo de una monstruosidad intelectual.

La vida es producto de una correlación de reacciones físico-químicas y de típicas asociaciones moleculares. Sin ella, yo no existiría. Luego el pensamiento, sin la materia animada, no es nada. La materia es todo. Vida y pensamiento. Mas éste ha sido influenciado por las tremendas dificultades que el hombre ha tropezado en su evolución. Ha comprobado la contradicción entre el individuo y la especie. Y para evitarla ha producido sistemas contradictorios, creyendo contrarrestar la contradicción de la propia vida, sin imaginarse que el aspecto contradictorio no es un mero accidente, sino una pronunciación de la vida misma en busca del equilibrio entre los extremos. Diríase un factor de evolución. La contradicción podría aceptarse como un motivo de que la realidad se sirve para pronunciarse. Todo cuanto existe es contradictorio para el hombre. Y de contradicción

en contradicción descubrirá el pensamiento — yo — el origen — si lo hay — de la materia y de la vida, conseguirá explicar la finalidad del hombre en el firmamento — si ésta existe —, en cuyo caso formulará las condiciones de organizaciôn donde se cumpla el mandato asignado a tenor de esa finalidad, o declarará a la vida sin objeto remoto, carente de todo sentido universal y telefinalista, considerándola como un mero accidente, como un fenômeno brotado, inocente y esporádicamente, sin más alcances ni más prerrogativas.

La velocidad de transformación y de evolución entre el pensamiento y la vida, es notable. La evolución fisiológica del hombre es lenta, en cambio, la mía es rápida. Y ello ha creado el desequilibrio entre lo real y lo hipotético, lo plausibe y el sueño, lo verosímil y el delirio. Si no se vuelve al equilibrio entre la realidad y el pronunciamiento cerebral, se seguirá alimentando abundante lastre, inútil y nocivo, que se procuró en horas no muy agraciadas. Serenamente, el pensamiento podrîa salir airoso de su cometido en muchas ocasiones.

Podría declarar, resumiendo esta panorámica, que hubo una evolución de nuestro planeta, de la atmósfera y de la temperatura, como punto de partida al surgimiento de la vida. Una estabilidad de fuerzas, un proceso largo y complejo, abocaron en el drama vital y después en la aventura humana. Por otro proceso, no menos complicado y costoso, se fué preparando una nueva particularidad de la sîntesis celular, a través de etapas sucesivas: el pensamiento. Hice yo mi aparición para que el hombre adquiriese consciencia y valorase el medio, facilitándole motivos de mejora en las condiciones de existencia. La consciencia, a pesar de las dificultades inherentes al medio, se va enriqueciendo. Formula propósitos más o menos acertados y plausibles. Construye andamiajes explicativos que atraen. Recomienda ahondar más en el conocimiento del hombre y del firmamento, reproduciendo en lugares especiales las reacciones normales que se originan en el organismo. Y remedando a los agentes naturales, puede topar con la incógnita y descubrirse totalmente a sî mismo, cual revelación que le iluminase la trayectoria existencial, con claridad suficiente, para no sufrir los tropiezos opuestos a una comprensión rápida de su propia realidad. Pluguiese al pensamiento que la luminosidad no le abandone en su caminar a través del cosmos. Y que el drama de

nuestra especie se convierta en un hecho apasionante, de humanismo notable.

Recomendaría también, hurgar con más precisión en el campo psicológico para completar el dibujo humano. La psicología es un terreno quebrado, donde hay que asentar pie con cuidado. Aquî no se han realizado grandes progresos por dificultades de exploración. Y, finalmente, anunciaría su lanzamiento al asalto del espacio interplanetario, con los medios que la astronáutica y las técnicas le proporcionarán. Debe compenetrarse con la escala sideral y no sentirse extraño en el cosmos. Comulgar con él, en espera de sîntesis constructivas. Audaz, penetrará en el espacio. Y la consciencia humana hallará nuevos motivos para enriquecer el patrimonio intelectual y ensanchar el campo de acción de la especie.

Quizás encuentre una medida común para él y el todo.

Y esta interpretación entre el universo y el hombre podrîa facilitar fórmulas que eviten la disparidad entre el sentido de la vida y el mundo físico, buscando una mutua neutralización. La materia, la razón, la consciencia, el pensamiento y toda otra modalidad, deben colaborar en la producción del sistema que abarque en explicación plausible, las organizaciones sociales, los deseos e inquietudes humanas y el universo.

III

LUEGO, COMENTA LAS CIENCIAS BIOLOGICAS

HENOS aquî, en este palacio ofrecido a las multitudes, con la finalidad de mostrarles parte de cuanto el hombre ha inquirido y obtenido en el terreno de la ciencia. Es una demostración del interés manifestado en la expansión de esta disciplina intelectual. Ante nosotros aparecen los resultados de esfuerzos y trabajos constantes y, también, de muchas horas de vigilia. Son producto de teorîas ingeniosas, montadas por el hombre para precisar sus conclusiones. Encontramos importante documentación fotográfica, donde se refleja la situación de distintos conocimientos científicos, mostrando el alcance y resultados del estudio de algunos fenômenos, aparatos diversos que revelan fenómenos de fîsica — sonido, óptica — y un importante bagaje médico, matemático, geométrico y lumínico.

En noble sinceridad, se pretende ilustrar exponiendo las últimas conclusiones en ciertas materias, que son la clave de la sociedad moderna. Se resume y se sintetiza, como expresión de la mejor manera de demostrar, ante los profanos, a quienes no se les puede atosigar con informaciones completas que diluirîan la comprensión más en el detalle que en la esencia. Lo incompleto no determina el desinterés, sino más bien fomenta la exploración. La sencillez atrae a los espíritus, particularmente, en este campo tan extenso y tan ramificado. Asî observamos cómo se pronuncian algunas leyes regidoras de las particularidades de la materia: mecánica, fîsica, quîmica, el proceso de las especies, la biologîa general, geometría, cálculo y astrofîsica. Es un despliegue de conocimientos — en matices variadísimos — que compenetran con la idea científica. Y animan estos trabajos a la consulta, porque están despojados de toda idea preconcebida. No están sometidos a ninguna ideologîa confesional o estatal, por su carácter independiente. La independencia es el mejor atributo para luchar contra la ignorancia y contra la creencia. El abandono del lastre religioso u otro ideológico, permite iniciarse, con más probabilidades de consecución, en la vía que podría encaminar hacia el conocimiento general.

Aquellos espíritus que se acerquen a este lugar, con la intención marcada de conocer el estado actual de algunos trabajos científicos, encontrarán cosecha interesante que le inundarán en un océano de reflexiones, porque los organizadores han sabido rodearse de colabo radores, que han imprimido a la exposiciôn una variedad de temas, notable. Los visitantes impelidos por una inclinación întima, hallarán comentarios sobre sus temas favoritos, que les ahondarán plácidamente en sus aficiones. Una visita a este lugar es una distracción y un complemento a lecturas anteriores. Distracción, por el carácter general y atractivo y, complemento, por el matiz didáctico que ilustra la historia del espîritu.

La voz se calló. Luego, le invitó a quedarse en el edificio, cuando visitantes y empleados lo abandonaran, con el objeto de recorrer ciertas dependencias y comentar motivos científicos y explicar procesos fenomenológicos. La visita sería mejor saboreada en mutua compañîa. Y cuando todo esté en silencio, que nada pueda turbar nuestra soledad, baja a la sección de biologîa y allí me reuniré contigo — concluyó insinuante el pensamiento, al tiempo que se alejaba.

El, obedeció maquinalmente. Se mantuvo, silencioso, para pasar desapercibido. Estaba influenciado por el curioso encuentro. Esperó a que desapareciese el último empleado. Entonces, comenzó a descender las escaleras despacio, en direcciôn del lugar de la cita, reflexionando sobre las manifestaciones que el extraño interlocutor proclamó sobre sí mismo. ?Presagiarîa sorpresas la cita que en la aludida sección convinieron? O contrariamente, ?los comentarios encerrarían interés notable? Estaba intrigado. Avanzó hacia la sala y se detuvo en el dintel.

La voz le instó a entrar y, en tonos persuasivos, le animó a aposentarse. Le rogó su acomodamiento y le escuchase atentamente. Después de una pausa, comenzó su charla asî:

— Las ciencias biológicas ocupan un lugar destacado dentro de la clasificación de las ciencias, por su importancia y nùmero. Han adquirido contornos brillantes en el análisis del fenómeno vital y en los derivados de este principio. Tal es su amplitud y los resultados excelentes, que se han ramificado en buen número de disciplinas intelectuales. Se han convertido en ciencias de primer fundamento. La

biologîa general abraza cierto número de ramas que, al primer intento, se estiman ajenas entre sí y que nada común les aúna, pero un examen más profundo descubre la relación estrecha en su aparente disparidad. Por ejemplo, abarca, desde la sociología, la quîmica y la psicologîa, hasta la teratología, a más de otras ciencias intermedias. Y estas ciencias encuadradas en objetivos biológicos, originan conceptos que sirven de base a nuevas filosofîas, a nuevas maquinaciones metafísicas. Por ello, las recientes conclusiones conceden amplio margen a las imaginaciones desbordantes.

Dadas las nuevas vías abiertas a la experimentación y el cúmulo creciente de datos y observaciones que se producen, las ciencias biológicas comportan un interés extraordinario en la exploración de nuestra especie y del individuo, hasta el punto de la indispensabilidad subdivisoria para mejor orientar los trabajos. Esta subdivisón es la expresión de la entrada en juego de nuevos factores, favoreciendo la eclosión de adelantos notables en los fines perseguidos — sobre el hombre esencialmente.

Esta demostración biológica que tenemos a nuestra vista, es insuficiente para detallar cuanto el hombre conoce sobre sî mismo y la vida. Se necesitarîan amplios salones y en cantidad, a fin de contener la documentación biológica, actualmente en poder del hombre. No obstante, presenta una serie de elementos reveladores del interés de estos trabajos y la incidencia presente de algunos hechos. Y como el futuro de la biología se presenta palpitante y prometedor, es una invitación al aficionado anónimo a penetrar en ese círculo.

El interés hubiese aumentado, si, al propio tiempo, hubiesen dado a conocer las técnicas que se emplean en los trabajos. Toda ciencia tributaria de la técnica en grado sumo, determina que el procedimento técnico alcance casi el mismo prestigio que la propia ciencia. Y la biologîa está muy supeditada a los aparatos y técnicas. A mayor perfección técnica, mayor horizonte. Además, una demostración de la técnica biológica rendirîa más familiar, el espíritu de los visitantes, al concepto en cuestión. Eliminaría de sus cerebros esa pregunta oscura de cómo pueden obtenerse esas enseñanzas que califican al hombre, como explorador ingenioso, que saca partido de los accidentes del terreno desconocido para proseguir el viaje.

Observar la experimentación de tipo biológico contagiaría a imitar el trabajo. Enseñar la manipulación microorgánica aumentaría la atracción hacia ese mundo sugestivo, carente de poesía clásica, pero repleto de sorpresas e incidencias, donde los métodos de trabajo alimentan el interés de la investigación. La biología encierra temas atractivos que producirían gran número de adeptos. Los seres imaginativos tendrían materia para rimar futuros de poesía ardiente. Y el ejército de los trabajadores biólogos, aumentaría, produciendo una extensión saludable a los fines perseguidos en estas manifestaciones.

Por otra parte, el público comenzaría a conocer lo elemental de algunos experimentos. Una nueva página del estudio se le abriría a su mente. Página virgen que sería fecundada por la sed de conocimiento. Estos temas los abordaría con más confianza. Y no los observaría con esa especie de religiosidad que, de ordinario, cree hallar, por ese misterio circundante a la ciencia. Está fuera de duda, el interés instructivo que encerraría mostrar el manejo de los microscopios modernos, los micrótomos, las materias químicas y colorantes, las máquinas fotográficas y eléctricas, la fauna y la flora susceptible de emplearse en las investigaciones, los instrumentos auxiliares, las operaciones de la microcirugía, así como la presentación ante los espectadores de fenómenos fisiológicos, citológicos, genéticos, endocrinológicos, teratogenésicos y partenogenésicos.

Es tan indispensable explicar las técnicas y medio de obtener las conclusiones, como los propios resultados, en una época donde la experimentación se adueña de los espíritus y forja ideas en consonancia con las demostraciones realizadas. Es tan necesario el ingenio humano derrochado para ahondar más en el mundo ignorado, como la misma visión que le fuerza a adentrarse en los arcanos de la incógnita universal. El método experimental se apropia en las disciplinas científicas para desterrar las falsas alarmas que podrían desprestigiar el valor científico. El hombre expulsa ya aquellos conceptos anunciativos de la posibilidad de que, usando de la fuerza de la razón, conseguiría sus objetivos. La razón — se ha demostrado — no es tan poderosa y exclusiva que eluda la experimentación. Por sí sola, hoy no podría abordar gran número de hechos, ni tan sólo con

su concurso no se hubieran descubierto los fenómenos que últimamente han brotado a la luz.

Los conocimientos biológicos deben expandirse a todos los vientos y en todo tiempo. Aportan nueva semilla germinativa de concepciones plausibles sobre los problemas pendientes. Barren las influencias negativas que poblaron el cerebro de los hombres. Borran de los espíritus las reminiscencias de aquellas conclusiones ingenuas que, las religiones, proclamaron en su intento de explicar la aparición de la vida, la formación del hombre y la de las especies, la evolución comparativa de la especie humana y la vida animal. Por estética intelectual y por honradez de la consciencia, esas caricaturas explicativas deben desaparecer a fin de que la claridad y la confianza brille en las almas.

Deben aventarse también para que, a su recepción, aumenten las posibilidades del hombre en la sociedad. Toda nuestra ciencia se basará en el hombre, facilitándole los medios de desarrollar su personalidad, dentro de un mundo exterior mejor conocido. El hombre no debe acomodarse a la ciencia, como tampoco a la teología. Esta es una lógica improbada, producto del más puro razonamiento, intitulada revelación divina, cuyo fundamento es un dogmatismo exacerbado, donde aquél solo cuenta como servidor de un ser hipotético. La ciencia respetará al hombre, porque la única realidad para éste es: él mismo. Fuera de él no existe nada. Todo conocimiento debe colaborar en la pretensión de descubrir la génesis del hombre y de la vida.

Y no ya sólo se conocerán esos conceptos biológicos para diluir las prescripciones teológicas en esta materia, sino también en la espera de conocer el proceso que pudo intervenir en la vida y el hombre. Y mostrar las dificultades que la definición y la experimentación del origen impulsivo de la materia, hacia la consciencia de lo real, presentan en sus trabajos. Conviene se comprendan los obstáculos técnicos que impiden avanzar en la solución de los problemas y se identifiquen con el espíritu de los mismos.

Para la evolución rápida de las sociedades, es de sumo interés conocer los orígenes de estos fenómenos, por las repercusiones intelectuales que pesarían sobre el pensamiento y sobre la estabilidad

societaria. Ya no se planearía más en la duda, dando pábulo a que se mantengan esas teorías abstractas, negativas, reveladoras de designios impenetrables de seres sobrenaturales, basadas en hipótesis, deseos, necesidades políticas y religiosas. Ya no reinaría la fe supina y limitada en génesis cómodas que profesan absurdos que el rigorismo científico no puede admitir. Y por el análisis de las diferentes formas en que, a su manera, explican unas y otras religiones la realidad cósmica, llegan a la demostración negativa de los fundamentos divinos. Primero, porque no concuerdan entre sí en su fantasía. Segundo, porque el principio divino no está experimentado. Es una prefiguración sin base. Se puede creer en dios, pero la creencia jamás demostrará la existencia del ser trascendente e inmanente. Cuando en un laboratorio los teólogos lleguen a originar un dios, entonces los hombres se rendirán a la evidencia, o bien, haga su aparición realizando obras que, en el actual estado de la mentalidad humana, son imposibles de concebir y menos de producir. No puede admitirse la realidad divina, porque cierto día un señor reflexionó en la necesidad de un relojero — el reloj carece de automatismo y necesita de un hombre — cuando lanzó una mirada al firmamento, o porque la imperfección humana es una demostración de la perfección divina.

La explicación que la religión católica — tomamos como ejemplo esta religión — facilita acerca de la creación de los seres y del hombre, reposa sobre un deísmo improbado y sobre un fárrago de inexactitudes, admisible hace dos milenios. Es una exposición afectiva, más que una explicación, dados los precarios conocimientos de astronomía, mecánica planetaria, geometría, física, de aquellos tiempos, y el desconocimiento de la paleontología y de la geología, ciencias que han dado luz sobre la historia de la tierra y de las especies.

Manifestar que la genealogía humana comienza por Adán — primer hombre que ha existido en la tierra, según la tesis católica — y Eva — primera mujer fabricada por dios con una costilla de Adán, mientras éste dormía — es aparentarse grandemente a las mitologías que precedieron a las religiones. No se diferenciaron mucho de otras religiones que, igualmente, pretendían tener la clave de la verdad. El cristianismo no realizó un gran esfuerzo de imaginación para buscar un nuevo sistema de la creación universal, sino que, a lo sumo,

perfeccionó otros. Y montó una especie de relativa juventud que, descendiendo de la pareja paradisîaca, va dibujando el árbol genealógico, con todos los pelos y señales de las primeras parejas. Tiene plenamente el sabor de un cuento de hadas para menores. Se comprende ese infantilismo en el perîodo que esta doctrina planeó su teología e hizo una poda inteligente entre los evangelios que, cual setas, brotaban en la docta familia, compendiando aquel saber en unos límites, pero fué una lástima que aquellos santos doctores no imaginasen la existencia de los vestigios fosilizados de especies desaparecidas, indiferentes al drama del Arca de Noé, y que los paleobiólogos los han descubierto, envejeciendo repentinamente toda la creación, ni conociesen el estudio geológico para no errar en la edad aplicada a Adán y a la Tierra. La geologîa ha aportado datos para calcular aproximadamente el tiempo de la tierra, así como la de cada era geológica, remontando sus orígenes a miles de siglos.

Los doctores de esa época cómo imaginarían que hubo un hombre de Heidelgerg, de Neanderthal, de Grimaldi, de Cro-Magnon, con caracterîsticas muy distintas al hombre del paraîso — Adán —, de un primitivismo acentuado que lanzaba, a una lejanía remota, la aparición del hombre de nuestro globo. Cómo imaginarían la evolución de la temperatura en el planeta para que esos hombres pudiesen afrontar la vida con menos desventajas.Y si el dios eterno e imperecedero de los católicos, creó el hombre de Mauer con su descomunal mandîbula, a su imagen y semejanza, como hizo con Adán, hallamos la figura de dios, más animal que divina y con sus facultades intelectuales en pañales. La reconstrucción del hombre primitivo, junto con sus formas de existencia, nos hace presumir una figura de dios, lamentablemente limitada, sin esa personalidad, acusada y poderosa, que ilustres teólogos han pretendido informarle.

Decîa un naturalista alemán, con mucha gracia e ironía, la lástima de que la biblia no indique si Adán tenía ombligo — detalle resolutorio del problema del origen divino de la humanidad. Si Adán tuvo ombligo, y fué creado por dios a imagen y semejanza suyas, dios tiene ombligo también, signo que echa abajo el carácter eterno y divino del mismo dios, sopena la existencia de una especie generativa de dioses, que no concuerda con el ser único. El ombligo es

la demostración de la descendencia y el punto de unión, en el pimer estadio de la generaciôn a un ascendiente. Asî, dios emanaba de otro ser — diosa o dios hermafrodita — y adiôs eternidad, pues entraba en la ley de la duraciôn, como todo mortal. Y tuvo su gestaciôn, como cualquier criatura.

Pero, si no se admite esta irreverencia para con el divinismo, admitamos a Adán, cual simple descendiente de otra pareja anónima, que dios olvidó de catalogarla por excesivo trabajo. Pareja que sin la venia de la majestad celestial, traidoramente, se entregó a las delicias del amor. ?Qué le quedará a Adán de su personalidad, ya mermada por su debilidad ante Eva, si ahora se le elimina el carácter de primer hombre y de su origen divino, moldeado por dios a su imagen? El Adán de la leyenda, grata y poética, del cristianismo, sobre el origen del hombre y de sus tribulaciones en el planeta, queda totalmente desprovisto de toda particularidad ajena al hombre, selvático y errante, que luchaba contra las fuerzas naturales, sobreviviendo en plena concurrencia, sin más preocupaciones que las de orden fisiológico.

Francamente, la génesis cristiana es errónea e insuficiente. La poesía oriental no es ajena a ella. El hombre, desde tiempos lejanos, ha pretendido musicalizar gratamente el principio de la especie, como también su porvenir. No admitía generación animal en sus antepasados. El descendía de algo grande y poderoso. Sin embargo, hoy ya no se predica con la fogosidad de antaño esta enseñanza — es tan difícil remontar la corriente —, porque el espíritu crîtico ha ganado terreno. Y aunque el hombre ha mostrado buenas tragaderas para engullir píldoras de volumen — la historia está repleta de ejemplos y su ignorancia en la ignorancia no tenía límites —, es un poco aventurado presentárselas al desnudo hoy. La píldora comienza a ser analizada para conocer el tamaño y el contenido. Esta leyenda es meritoria, como demostración que hace veinte siglos existían personas preocupadas en los problemas universales. Es un episodio del estudio histórico del hombre, hoy biológico, que ha tenido gran boga, pero, como toda producciôn humana, es efîmera, habiendo quedado en el proceso del pensamiento, cual piquete heráldico de una época.

Los doctores de la teología cristiana, tampoco contaron con la

invención del microscopio. Este aparato tuvo la virtud de sugerirle al hombre nuevas ideas sobre la generación, poniendo sobre el tapete el problema de la aparición de la vida en el globo terrestre y el de la generación humana. Intuyó que la explicaciôn religiosa estaba repleta de lagunas y de imaginación y que el sistema se gastaba por la usura, como por el poder de las nuevas concepciones apuntadas. Y nace la biologîa con la finalidad de explicar ese mundo paradójico, elemental y complejo, de los organismos celulares, bacterias, virus y moléculas. Imbuído de una curiosidad intelectual, el hombre comienza a penetrar en un terreno fértil, abonado de perspectivas.

Asî principia la experimentación en la naciente biologîa, ajena a todo sentimiento e imaginaciôn embalada, a toda antipatía o simpatîa ideológica. Va pronunciando hechos y la documentación biológica aumenta considerablemente. Y con ésta el marchamo religioso de la generación se esfuma en la claridad del pensamiento. De observaciôn en observaciôn, se han ido abandonando jirones de los fundamentos religiosos en relación con el origen del hombre, para terminar lanzando un saludo de despedida, cortés y valiente, a la génesis cristiana:

!Ignorante génesis que iluminaste al mundo durante tantos siglos! !Cuánta estultez has ocultado! !Pobre espíritu humano sometido a tu esclavitud intelectual! La luz raquîtica que irradiabas sobre los problemas universales han mantenido en un marasmo al espîritu, impotente de reaccionar, por la inyección soporífera de tu contacto. El hombre, ingenuo y batallador, te ha defendido con su pasión caracterîstica, sintiéndose alucinado por la paternidad divina y por la nobleza de su cuna. Ser hijo de dios colmaba oscuras ambiciones. El origen divino le caracterizaba como un ser de alta alcurnia. ?Cómo no considerarse, con tal linaje, el ombligo del mundo? ?Cómo no defender ese origen, ante esa otra concepción, que le hacía derivar de formas orgánicas inferiores, después de una larga y penosa evolución? ?Cómo no ridiculizar al hombre que adquirîa la posición vertical esforzándose y casi en posiciôn simiana disputaba el sustento y el abrigo a las fieras? ? Cómo iba a aparentarse a tal personaje? El, el hombre, de ambiciones desmedidas, en espera de paraîsos eternos, de futuros inmarcesibles, ser hijo de desconocidos, no lo admitía. No reconocîa

genealogîas anónimas. La ilusiôn y la pedanterîa comulgaban amistosamente en el alma de los hombres.

Y los doctores eclesiásticos alimentaban esa rebelión atizando el fuego. Al propio tiempo, creaban el cordón sanitario que defendiese su génesis de la contaminaciôn de esas bárbaras concepciones, de principio demontral. El carácter inmaculado de ella debîa mantenerse sin ser mancillado por la llama de la novedad. Esta no debîa penetrar en el recinto sagrado. Y por ello, la humanidad se resistía al modernismo de estas exposiciones. Por tradición e ignorancia, fe y absolutismo intelectual, se giraba aún hacia la paternidad celeste, creando una atmósfera de desasosiego en el campo de lo espiritual. Y al transcurrir del tiempo, en la actualidad, parte de los hombres aguantan en esa texitura. Persiste en ellos esa creencia de nuestra superioridad de origen, modelado por manos excelsas, en un decorado que el artista mejor dotado no lo crearîa.

Pero la curiosidad, ese impulso creador, origen de grandes realizaciones, acomete al hombre. Y la luz de los hechos penetra en los cerebros. Y en buen número de ellos la duda hace su aparición. Lentamente, aquélla se va imponiendo en los estudios para eliminar esas concepciones arcaicas y considerarlas, como un juego humorîstico de nuestros antepasados que quisieron modelar al hombre, desde su origen, influenciados por visiones estéticas, con una esencia prístina y con una escatologîa digna de las bellezas más sublimes. Pues, si el origen del hombre es brillante en esa concepciôn arbitraria, no lo es menos en su visión futura y ultrahumana. La imagen del juicio final, con la resurrección de los muertos, no tiene solidez. No existe el menor indicio básico para fundamentar esta teoría. La investigación y el conocimiento moderno sirven de esponja para borrar de la pizarra humana semejantes concepciones. Todo aboga en contra de la aceptaciôn de esas imágenes copiadas de religiones más antiguas que el cristianismo. Y si no hay exactitud, tampoco hay originalidad. Es una simple variación del pensamiento antiguo, temeroso e ignorante ante lo desconocido.

La aparición del microscopio modificó la orientaciôn del conocimiento sobre los problemas de la vida, encarrilándolos por nuevas vîas, abiertas ampliamente, para presentar horizontes inimaginados en

anteriores etapas. Este invento facilita un carácter apasionador y original al estudio de la multiplicación vital, modificador de caducas concepciones. Y ya en el dintel de la biologîa, quienes se hallan al contacto de estos trabajos, abandonan la prefiguraciôn de tipo religioso, siguiendo sólo la senda acariciada por la investigaciôn, no sin sufrir rudo choque en sus propias creencias, insufladas del viento católico, ante el capital descubrimiento de las células germinativas, macho y hembra. La imaginación calenturienta de esos hombres, facilitaron el punto de partida de grandes realizaciones biolôgicas. Y también la conmoción primero, y la derrota después, de fórmulas antiquísimas. El problema de le generación, es tratado con argumentos desprendidos de las observaciones que las técnicas procuran a la reciente ciencia.

El descubrimiento del microscopio es un vivo ejemplo de las alternativas intervenidas en el cerebro humano, al tratar de profundizar en una materia, sin conocer las más elementales nociones. Una nueva forma de análisis, un nuevo proceso de investigaciôn, fomentan episodios demostrativos de las direcciones incorrectas, el correr ciego que puede adoptar el pensamiento, llegando a veces a conclusiones disparatadas, para después abandonar lentamente, como arrepentido, el camino equivocado — quizás forzado — y volver hacia otras direcciones. Basta el simple brote de un detalle en el curso de los trabajos, la originalidad de una idea en el razonamiento, el descubrimiento de un fenómeno y la invenciôn de un medio técnico más perfecto. A esto se debe la tortuosidad, el altibajo, el retroceso, el avance del pensamiento, dibujando una lînea entrecruzada constantemente, donde, a través de las edades, él arranca algunos fundamentos a lo desconocido, en el proceso ininterrumpido del conocimiento.

Así, cuando el ojo humano descubrió el espermatozoide y le vió culebrear vivamente en el lîquido espermático, hará aproximadamente tres siglos, se forjô una curiosa idea sobre la generación humana y levantó una tempestad de pasiones que se hicieron famosas en la época. Manifestó que el nuevo ser a surgir del ayuntamiento del macho y de la hembra se hallaba ahî: en la célula germinativa masculina. Habituado a basarse en el razonamiento y en la lógica, como medios de explicaciôn — insuficientes para administrar soluciones potables —, se embaló en una fuga icariana cabalgando sobre

la nueva realidad del espermatozoide. La célula masculina fué considerada con poderes únicos, como elemento esencial y preponderante en la formación del futuro organismo. Las loas a este ser microscópico inundaron las revistas y las publicaciones escasas de esos tiempos que se nos asemejan lejanos. Estimaron que el hombre topô con ese ser diminuto para obtener las conclusiones que satisficieran las interrogantes del espíritu. El animálculo iba a descubrir la trama vital, por lo que se le tributó un recibimiento entusiasta.

Pero la ironîa de la investigación lleva al hombre a descubrir el ôvulo: la célula germinativa femenina. Y por una reacciôn opuesta a la anterior, formula la hipótesis de que el germen femenino es el principal elemento de toda nueva vida. El óvulo es festejado, como lo fué anteriormente el zoospermo, como partîcula elemental del edificio humano. Y surgen los feministas para defender el ôvulo contra los masculinistas, defensores del espermatozoide, estimando que éste es un advenedizo sin importancia, al que le negaban todo poder de fecundación, mientras que el óvulo era la base de la vida.

Se producen serias discusiones. Los partidarios de una y otra tendencia se encabritan. Las polémicas se encienden. Las batallas adquieren proporciones propias del dominio especulativo. Los adversarios se enfrentan con pasión. Se adjudican mutuamente los calificativos derivados de una formaciôn intelectual de tipo absoluto. Del enemigo no se admite nada. Sólo el transcurrir del tiempo aproxima a los contendientes, después de confesar su obcecación y falta de visión real. Al cabo de muchos años, en plena lucha ovulista y zoosperma, conoce mejor el proceso de la generaciôn y, entonces, las teorîas de los dos adversarios se concilian en una explicación común.

Esta lucha entre masculinistas y feministas se complica aún más cuando se pretende explicar toda la vida del nuevo ser. No se sabe cómo explicar la evoluciôn del embrión. Si por preformación o por epigénesis. El hombre no está satisfecho con el descubrimiento del óvulo y del espermatozoide. Comprende que es insuficiente. Quiere conocer también cómo se desarrolla la etapa de la gestación. Unos la explican por la preformación. Otros por la epigénesis. Esta anuncia que el nuevo ser, de origen ovulista como zoospermo, se desarrolla por adiciones sucesivas, a través de impulsos tîpicos, favorecidos

por el medio maternal. La edificaciôn del ser se efectúa por graduaciones sucesivas que completan el nuevo organismo. Niegan como principio vital, todo germen que autoencierra la formación orgánica.

La preformación declara que en las células germinativas se halla ya la contextura y formación del individuo. En la célula está formado con todas sus características. Sólo necesita desarrollarse, aumentar de volumen, seguir un proceso para adquirir la forma definitiva. La célula era para los preformacionistas hombre o mujer en miniatura. Era el ser microscópico, pero dotado de la misma conformación que a su apariciôn en el mundo.

Los contrincantes se niegan mutuamente. Ironizan sobre los despropósitos de cada cual. Absorbidos por ideas preconcebidas defienden valerosamente sus baluartes. Sin otro guîa que la imaginación, faltos de una experiencia propulsada eficazmente, mantiene la polémica durante muchos decenios con acritud, sin que haya victoria aparente en favor de ninguno de los dos bandos, que, a su vez, entran también en la lucha de los feministas y masculinistas.

Mas el número de microscopios en acción aumenta. El poder de penetraciôn y la cifra de unidades de aumento es mayor. Ante los progresos de la óptica, se perfeccionan gradualmente. Paralelamente, el número de investigadores se acrecienta. La curiosidad por conocer ese mundo que obsesiona al cerebro se exacerba. Se hacen observaciones más completas, comparaciones y análisis. En los diversos países existen núcleos importantes que estudian estos problemas. La nueva ciencia biológica adquiere amplios vuelos y se enfrasca en discusiones constructivas. El conjunto humano comienza a prestar interés a las discusiones y a los resultados de los trabajos. Y el hombre se convierte en un ser que ambiciona el conocimiento de todo el problema de la fecundación.

Quiere saber cômo se produce aquélla. A través de qué mecanismo y en virtud de qué fuerzas la hembra queda fecundada. Se interesa por demostrar, si, únicamente, es indispensable el lîquido espermático del macho o el huevo de la hembra para el embarazo. En su defecto, si los dos gérmenes son necesarios para cubrir el objetivo. Se pregunta si habrá esfuerzo conjugado por ambas partes.

Y empleando ingeniosos métodos descubre que es indispensable

la introducción del zoospermo en el óvulo para fecundar. Concluye que es insuficiente aproximar las dos células sexuales para obtener la fecundación. Tiene que haber penetraciôn. El simple acercamiento no producîa alteración alguna. Llega pues a concluir de que la fecundación humana se debe a la introducciôn del espermatozoide en el ôvulo. La fusión de los dos animáculos producen el nuevo organismo que nace berreando, preñando de esperanzas a sus autores. Ahí residîa el origen de la fecundación. No existîa aisladamente en ninguna de las dos células germinativas. Su complemento era la base del proceso generativo.

Esta conclusión dirime la polémica entre masculinistas y feministas. Ante sus ojos ven confundirse los dos seres — en especies inferiores — para crear uno sólo, ligándose en un destino común. Ni unos ni otros tenîan razón. El nuevo ser es una adiciôn de macho y hembra, donde luchan los caracteres de cada uno en combate impositivo. Los dos son material obligado en el nuevo ser.

Y la controversia entre los epigenistas y preformacionistas parecîa favorable a los primeros. En el estadio en que se encontraba el conocimiento de la generaciôn, no podîan concluir definitivamente. Sin embargo, los epigenistas se sintieron animados ante este hecho y añadieron un nuevo argumento a los anteriores. Manifestaron que no había preformación, pues en ese caso el nuevo ser sería parte hembra y parte macho. Este argumento surte efecto explosivo. Los preformacionistas se sienten en mala postura. Los epigenistas creen tocar el triunfo. Elevan la voz imperiosamente. Y para mayor desgracia de los preformacionistas, los investigadores van descubriendo en animales inferiores, cômo se van formando los ôrganos y el esqueleto en el embrión. Y aquéllos se dirigen a éstos, en tono victorioso: ?cómo queréis que haya preformación, si en ei momento de ser fecundado el óvulo no hay ni órganos ni esqueleto? ?No véis que aparecen más tarde, tras un proceso caracteristico? Los preformacionistas quedan aterrados.. Se defienden débilmente. Pero una secreta esperanza les advierte que más tarde la revancha sobre los epigenistas tendrá caracteres capitales. Y no abandonan la posición. Luego rechazarîan el ataque para hacerles retroceder.

Más tarde, la ciencia biológica se enriquece de la nociôn de célula.

Esta comienza a invadir el terreno del conocimiento de la vida. Y tras la nociôn, realiza una magnîfica comprobación que es esencial, base hoy de los conocimientos biológicos: la célula como fundamento de todo principio vital. Es una bella adquisición de que la embriología se enriquecerá, comenzando la serie de importantes trabajos sobre el desarrollo del embrión, después de la fecundaciôn o acoplamiento de las dos células sexuales. La teoría celular se impone para explicar la creación del organismo. Este no es más que una complejidad de células superpuestas, adicionadas, una monstruosa complicación y multiplicaciôn. Las células mantienen al organismo en su estado especîfico, por una diversidad de funciones especializadas. Producen una administración de trabajos que hace resaltar aún más su carácter esencial. La teorîa celular es un progreso fundamental en el conocimiento de los cuerpos vivos y de la vida en general.

Pero cuanto más conoce, el hombre más comprende su ignorancia y más ambicioso se convierte. Entonces, obsesionado por descubrir hechos modificativos de aspectos teóricos que sobrevivîan en su espíritu, quiso responder a una incógnita capital que visaba nuestra propia existencia. Insatisfecho de las explicaciones religiosas, pretende buscar el origen de la vida y hacia esta finalidad orienta sus trabajos. Quería hacer esta demostraciôn para procurar un rudo golpe a todas las nociones que han alimentado, hasta hoy, el principio divino de la creación de las especies. Se encontraba con arrestos para atacar el punto de partida de la evolución de las especies. Formulando la generación espontánea, comienza por negar el origen divino de la vida, como explicaciôn al principio vital. El cordón sanitario fabricado por el catolicismo, es atacado por puntos muy vulnerables. El castillo construîdo con tantos cuidados por sesudos doctores, pese a sus celosos animadores, comienza a resquebrajarse. El espîritu científico se infiltra para disolver las articulaciones del sistema religioso. Sus guardianes no pueden impedir esta invasión intelectual, producto de hechos comprobados. El duelo es encarnizado entre la ciencia y la religión. Esta se defiende ante los resultados que aquélla adquiere. Responde. Contesta golpe por golpe. No se intimida. Tiene un disciplinado ejército de militantes que predican el fundamento religioso, la palabra divina.

Y para reforzar su posición, vemos entonces a los caballeros de cristo, como fuerzas de choque, que acaudillan las respuestas, inclusive apoyándose en datos propiamente biolôgicos, pretendiendo conciliar los resultados científicos con los fundamentos religiosos. Para ello se convierten en hombres de ciencia. Olfateaban el alcance de esta lucha, donde se jugaban el porvenir de los principios sagrados. Su deber es poner la influencia, la riqueza, el intelecto, todo su poderío, para contrarrestar esa avalancha que pudiera enterrarles en las propias ruinas del edificio metafísico, montado por augustos doctores en discutidos concilios. !Qué dirîa dios — que se encuentra en todas partes por su don de ubicuidad — si abandonaran la partida sin lucha! !Ellos que defienden la mansedumbre!

Espontáneos y antiespontáneos, bien en el terreno científico, como en el metafísico, se libran a una batalla encarnizada hasta apasionar a gran número de componentes de la especie, cual si su sensibilidad les anunciara que se ponían en juego la autoridad de distintas cosmogonîas. Los espontaneistas tienen la virtud de plantear el problema crudo, obligándole al espíritu a ahondar en el intrincado problema. Y los hombres bucean en lo desconocido. Los unos para defender la generación espontánea. Los otros para atacarla, eliminándole su virtualidad. El espontaneismo es tratado en todas las publicaciones por detractores y defensores. Esta lucha mantuvo en vilo a la época, cuyos murmullos llegan todavîa a nuestros oídos. Hoy ha perdido virulencia. Los datos biológicos han sobrepasado los límites del problema en que se plantearon en esos tiempos. Es tratado con más originalidad y tolerancia. La indiferencia religiosa no es ajena a este estado de cosas, como también la educación escolar.

No será necesario indicar que, al propio tiempo, la fisiologîa obtenía substanciosos adelantos en el conocimiento del cuerpo humano. Vemos a la histología — rama de la anatomîa —, enriquecida por el descubrimiento del microscopio y, luego, por la teoría celular, se subdivide para crear la citologîa o ciencia de las células. Los cuerpos vivos sufren severas observaciones que facilitan datos abundantes sobre su constituciôn y morfologîa. Por este motivo, el conocimiento de la vida progresa eficientemente. El temor de perezosos y oscurantistas aumenta paralelamente. ?Cómo el espîritu que ha forjado la experi-

mentación en fuente de importantes avances, puede satisfacerse con explicaciones imaginativas sobre las incógnitas universales? Cada día es más exigente. Y espera del campo experimental sus conclusiones. Tanto más en este problema, pues resolvería la desapariciôn de obstáculos que impiden la libre expansión de las teorîas.

La citologîa, por mediación de la técnica moderna, nos muestra la célula somática y la sexual en su forma, en su constituciôn y en su evoluciôn. El proceso vital de una célula es seguido al detalle. Asî, el hombre ve cruzar generaciones, ante su vista, en corto espacio de tiempo. Ve evolucionar las distintas etapas de esos seres vivientes, que le prestan la visión sorprendente de un medio microscópico. Por pasión científica y hasta por fascinaciôn demiúrgica, teniendo como fondo un deseo estético, analiza el nacimiento de faunas y flores que completan más sus observaciones. Sigue interesado en la lucha por la vida, en ese mundo desconcertante. Observa toda una gama de reacciones que le alecciona en su visiôn intelectual de la especie humana. Descubre también cómo declinan las generaciones y los individuos, por la acciôn del tiempo y de leyes ineluctables, caracterîsticas de la materia vitalizada.

Estudiando el desarrollo de la célula hasta llegar a su bipartición, como fórmula reproductiva, se llega a conocer profundamente su constituciôn. Encierra substancias, fácilmente colorables por ciertos productos químicos, que son una parte de la misma, pero que juegan papel importantîsimo en el proceso biológico de la célula, particularmente en la prebipartición y también en el instante del acoplamiento celular del óvulo y del zoospermo, cuando la fecundaciôn se efectúa. Estas substancias se denominan cromosomas. Se tiene la convicciôn de que juegan como factores decisivos en la herencia. Por el fenómeno de la biparticiôn las células se multiplican. Es un medio reproductivo, quizás menos diferenciado y menos poético que el conocido por los humanos, pero menos complicado y más independiente. Una humanidad que se multiplicarîa en esas condiciones, es de imaginar que diferiría de la actual, cerrando las páginas al dulce himeneo y a todas las aberraciones y conflictos amorosos.

Los cromosomas contienen una fila de partîculas muy especîficas, que constituyen los genes, transmisores de los caracteres de las

especies y de los individuos o, si se quiere, del patrimonio hereditario. Cada célula generativa, sea espermatozoide u óvulo, contiene 24 cromosomas que, a su vez, encierran los genes administradores de los distintos caracteres que componen la variabilidad de la especie: color de la cabellera, iris, piel, grupo sanguíneo, morfología, constitución, herencia patológica, etc.

Al descubrir estos hechos, la ciencia biológica se enriquece de la inmensa variedad de datos acumulados, obligándole a crear un nuevo apartado de la biología. Fundamenta la genética con la finalidad de descubrir el mecanismo de la herencia por el análisis genético. E inmediatamente, esta ciencia adquiere popularidad e importancia. Gran número de investigadores se consagran a esta rama.

Los hombres iniciados en esta materia han formulado conclusiones que pueden tener alcances imprevistos. Y la teoría biológica se ha incrustado más en el conocimiento del mundo vitalizado. La técnica para estas investigaciones, se ha perfeccionado en la manipulación del mundo microorgánico, por la aparición del microscopio electrónico — la posible superación de éste por microscopios de otro género de ondas más potentes — y por la microcirugía moderna que realiza cortes de una pequeñez inverosímil, cortando láminas de un espesor de micras. La herencia va desvelando su proceso íntimo, dando a conocer la gama de genes que habitan en las células para presidir la ley evolutiva de la especie y la ley procreativa del individuo. Y los progresos perfilados en los instrumentos de trabajo aportarán nuevos capítulos a este tratado, atractivo si cabe, no ya por su fundamento, sino por la dirección que imprime a la biología general.

Prosigue la especialización de la ciencia biológica. Y un nuevo factor aparece en el proceso de descubrir las maravillas del cuerpo humano: la hormona. Estimulante, reactivo como neutralizador de ciertas glándulas internas y de funciones orgánicas, la fisiología tiene que crear una nueva subdivisión: la endocrinología. El sistema de glándulas que, en el cuerpo, regulan las actividades para mantener el equilibrio de una expansión normal y de un funcionamiento saludable, es estudiado en razón de la importancia con que se impone en el complejo fisiológico. Y las hormonas que son un producto segregado de los órganos de ese sistema, se presentan como una realidad

palpitante. Abren un nuevo episodio en biologîa que descubre una nueva faceta de las actividades orgánicas. Y no ya sólo activan determinadas funciones, sino que son interdependientes entre sí para la buena regulación de las glándulas. El hombre capta el funcionamiento de las propias glándulas y su producciòn hormonal, vertida en la actividad humoral, crea la magnîfica trabazôn fisiológica. El espíritu asimila estos procesos a verdaderos mandos fîsico-quîmicos, reguladores de la fisiología general.

Más tarde, puede anunciar que las hormonas no sólo son segregadas por las glándulas, sino que hasta los tejidos orgánicos las producen. Este hecho aumenta aún la importancia de este producto en el cuerpo humano. El organismo adulto era estimado muy tributario del proceso hormonal, cuyo mal funcionamiento determinaba algunas enfermedades y degeneraciones corporales. Y, ya, últimamente, se declara que la hormona no sólo regula el organismo en el período avanzado de su evolución, sino que hasta en la época embrionaria se manifiesta y, probablemente, en la propia fecundaciôn, mostrando asî que la hormona es un elemento indispensable en la evolución fisiológica, desde que ésta comienza a generarse. Esperemos de esta ciencia fecundos resultados que iluminen el fondo oscuro y capital de las actividades del universo humano, donde la hormona se muestra como un astro radiante.

Y el hombre, empujado por las visiones vîrgenes de esta categorîa de hechos, se apresta a nuevas actividades. Y la necesidad de marchar tras los fundamentos de la generaciôn, le conduce a poner en vigor la embriología experimental. Este es un nuevo método para conocer mejor el proceso evolutivo de los seres, desde su origen hasta su muerte. Quiere acelerar el conocimiento y, para ello, entra en el dominio de la experimentación embriológica, produciéndola con sus propios medios. Se lanza en esta vía confiado en sus recursos científicos y técnicos y abordar la embriologîa experimental, iniciando él mismo el proceso embriológico para seguir paso a paso su desarrollo. Las perspectivas son alentadoras en el futuro de estas actividades.

Dentro de la embriologîa experimental existe un nuevo apartado de la biología: la teratologîa. Anteriormente, esta ciencia se reducía a catalogar y estudiar las monstruosidades aparecidas en las especies.

El desarrollo de la experimentaciôn en este campo, ha producido verdaderas monstruosidades en la época embrionaria, que han aportado nueva luz al origen de esos fenómenos corporales y que tanto chocan en la pretendida uniformidad de la especie. El hombre emplea los rayos X, como modificadores del ciclo embrionario, alterando totalmente el proceso del individuo, produciendo morfologîas que se alejan de la de sus generadores, realizando una idea de nueva creación de especies. Recurre también a los pinchazos en determinados puntos del embrión para producir modificaciones profundas en la morfologîa. Y en su fantasía ha soldado varios embriones que producen monstruos, a cuyo lado, los legendarios son obras armoniosas. La fealdad de los resultados de estos trabajos, son comparables a la osadîa del hombre en el empleo de combinaciones estrambôticas a la búsqueda del proceso embriológico.

La teratología, como la partenogénesis, en este recreo del hombre por esa trayectoria, produce ideas alucinantes sobre una nueva humanidad, derivada de un método semejante e influenciada por reacciones distintas a las naturales, bien en un sentido favorable a la producción de una humanidad inteligente, sana o enferma, o monstruosa. Es decir; la imaginación crea humanidades que diferirîan esencialmente entre sî por la conformaciôn, la psicología, los sentimientos. Darîa vértigo imaginarse a la teratología experimentando sobre la especie humana. Podrîa extirpar, como exacerbar, las facultades innobles del individuo, crear el hombre sin inteligencia, como el sabio dotado de facultades intelectuales excepcionales, capaz de traducir el mundo exterior, fabricar el hombre sin sentimientos, sin pasiones, frío, como un témpano, ante la realidad vital. Si asî fuera, la vigilancia de estos trabajos se haría necesaria.

Hemos mencionado la partenogénesis, que sigue a la embriologîa experimental. Esta nueva ciencia que elimina la acción del espermatozoide en la fecundación del óvulo, por una punciôn tîpica o por la acción de un baño químico, sugiere motivos curiosos acerca de las relaciones sexuales de las parejas. La eliminaciôn del elemento macho de la cópula fecundativa, altera sensiblemente las perspectivas del ayuntamiento sexual fecundo. Abre un campo magnífico a la especulación sin bridas, persiguiendo las posibilidades que se le ofrecen

al hombre en las realizaciones societarias. !Adónde quedaría relegada la superioridad que se ha querido atribuir el macho sobre la hembra! !Pero qué libertad para el hombre, si al propio tiempo lograse eliminar los impulsos genésicos!

Luego, las ciencias biológicas entran en una nueva fase. Impenitente, el ser humano quiere conocer el mecanismo productor del paso de la materia inanimada a la materia con vida. Alucinado, corre tras el origen de la vida. Y da a luz la plasmogenia. Ambicioso, desea producir con materias inorgánicas, las células germinativas de nuestra especie. Se han producido síntesis notables de células de animales inferiores, pero les han faltado el impulso de la multiplicación. Los conocimientos aportados por el mundo genético con técnicas más perfectas, favorecerán a esta ciencia. Los genes reguladores de la herencia y el proceso de multiplicaciôn celular, deben aparecer en las síntesis construídas por el hombre, al objeto de que dichas células puedan reproducirse y, en última visión, acoplarse, para comenzar el conocido ciclo de la generaciôn. Alucinante idea que colmaría a las imaginaciones audaces. ?Se logrará ese objetivo? ?Y se perfeccionarán las soluciones químicas que han dado origen a la vida elemental en los laboratorios, con vistas a desflorar el conjunto del proceso biológico?

Podemos resumir la línea seguida por el pensamiento, en el bien fundado de explicar los orígenes de la vida. Primero, estima que dios, omnipotente y omniscente, produjo la vida para recrearse en su obra. Animado de aficiones esculturales, creó la obra imperfecta del bípedo humano. Segundo, anuncia que, si no fué dios quien creô la vida, existía el soplo vital de origen divino. Este se introducía en la materia para independizarla y rendirla consciente. Denuncian el fundamento metafísico todavía. Tercero, en conocimiento de los últimos datos biológicos, le conducen a declarar que la vida es un conjunto de reacciones químicas y mecánicas, de un ciclo fisico-químico determinado. La vida es un equilibrio característico de ciertas funciones orgánicas, asimilaciones nucleares y reacciones de tipo químico de las asociaciones de aquellos elementos interventores, en la edificación de los cuerpos vivos.

?Abandonará el pensamiento esta última concepción, estimando

que nuevas fórmulas más perfectas, expliquen, con mayor rigorismo, el origen del fenômeno vital? ?Y por qué no? En fin de cuentas, la ciencia se emplea, como el medio más viable, para captar el medio fenomenológico. Cierto dîa puede detenerse, sin poder avanzar más en sus conclusiones. Entonces, será abandonada por otros medios que le inicien en el conocimiento del mundo exterior y de la realidad humana.

Paralelamente, el pensamiento había abordado el estudio de las especies. No contentándose con las fórmulas clásicas de las religiones — ejemplo el arca de Noé, como origen de las especies después del diluvio — atacó a las disciplinas metafîsicas. Quiso pronunciarse por otros procedimientos. Escogiô la ciencia. Deseaba indicar, si la vida era una cadena continuada de especies mutadas por una larga evolución o, si la vida realizaba verdaderos saltos morfológicos en el tiempo, tras la perfección o la declinaciôn vital. Esta incógnita duró largo tiempo, hasta dar con la soluciôn.

Emprendió un trabajo de titán, al objeto de clasificar los seres vivos conocidos, por afinidades y tipos, formando grupos y géneros, dando entrada a la nomenclatura binaria, consistente en que cada especie tiene un doble nombre: el género y la especie. El esfuerzo fué compensado, pues sirvió al nacimiento de fecundas ideas. El parentesco y la afinidad de distintas especies, sirvieron a catalogarlas en familias. Realizada esta labor, descubre la semejanza de especie a especie. Entonces, el espîritu se pregunta si todas las especies no se derivan unas de otras, de un contado número de especies que dieron base al proceso múltiplemente milenario de la trayectoria vital. O, por lo menos, cada familia no tuviese un tronco común que, al propio tiempo, fuese rama del tronco general de la vida. La hipôtesis de la evolución nacía.

Esta clasificaciôn, corregida y aumentada constantemente, porque el número de las especies conocidas crecîa y que, en la actualidad, es de un número impresionante, hizo dudar de la existencia del arca de Noé. Si a las especies vivas añadimos las especies fosilizadas, las parejas que, según la tradición bîblica, habitaron el arca, ocuparîan un espacio inmenso que las dimensiones de los barcos de la antigüedad no permitían. El hacinamiento de cada pareja de todas las espe-

cies en una isla flotante, es vulnerable. Se conocen las embarcaciones usadas por el hombre a través de las edades. Y en los tiempos bîblicos, eran de dimensiones reducidas. No tenîan ni material, ni técnica suficiente para montar un astillero, capaz de construir tamaña embarcación, con la capacidad de contenciôn de ese superpoblado pasaje. Además, a ese espacio, debiera añadirse el ocupado por los alimentos, pues no se comprende que resistiesen el encierro prolongado en ayunas. La empresa se asevera imposible al genio de la época.

Dominado aún el espîritu por conclusiones de tipo religioso, anuncia el fijismo de las especies. Dios creó exactamente el número de especies conocidas y éstas no han sufrido alteraciôn en su larga vida. Niegan, por lo tanto, la transformación de las especies y la evoluciôn. Mas los espíritus disconformes, no se someten a tales conceptos. Rebuscan las diferencias y las afinidades entre los seres, tratando de encontrar motivos que les anexione a un origen común. La intuición les anima a persistir en sus indagaciones. En aquel entonces, el preformacionismo y la epigénesis se disputaban el campo biológico.

La observaciôn aporta un nuevo factor a la soluciôn del problema: el medio. Es invocado como una realidad decisiva que interviene en la transformación o en la mutabilidad. El medio se les aparece, como agente capital en el transformismo. Se invocan también propiedades tîpicas de la materia para asegurar una evolución ascendente. Se habla de la selecciôn natural. Se comparan el medio y la selecciôn. Se concede más importancia a ésta que a aquél. Los sabios polemizan originando cierto interés por las ciencias naturales. La historia natural se da a conocer como una disciplina educativa, donde gravitan datos recientes, obtenidos en el estudio de las especies.

El fijismo y la evoluciôn, la intransmutabilidad y la variabilidad, se codean en lucha cerrada. Sus adeptos parten a la exploración de nuevos argumentos en defensa de sus tesis. La pasión se enardece. El pensamiento se entrega con afán al estudio difícil del mundo viviente, en una atmósfera viciada por la intolerancia, frenando su marcha. Entonces, brota un nuevo medio de trabajo y de investigaciôn. El hombre descubre la materia fôsil, ensanchando los límites del problema, pero enriqueciéndole sus resultados. La fosilización, siendo conservadora de formas de animales que habitaron en tiempos remotos en el globo terráqueo,

ilumina el campo árido de la existencia animal. Da luz a la paleontología — ciencia de los fósiles, animales y plantas. La corteza terrestre ha conservado las huellas de animales muy alejados en la evolución vital. Los vestigios revelan la riqueza de las formas vivas, al quedar grabados en la tierra sin ningún afán abstracto. Los fósiles son documentos reales de seres desaparecidos. Las capas geológicas han servido de tumba fiel a una población pintoresca, evolucionando en un medio que no lo es menos.

La paleontología muestra nuevas especies que vienen a colmar algunas lagunas silenciadas por la hipótesis de la evolución. Comienza a completarse la escala animal. Estos hechos apoyan la tesis transformista. La evolución de las especies se afirma. Y el prejuicio teológico de la creación divina de todas las especies se tambalea. Más tarde, un nuevo hecho apoya también la tesis evolucionista. Se trata del proceso embriológico. Observándolo, distingue que, especies dispares en morfología, sufren una evolución embrionaria que les asemeja en distintas formas. El parentesco de las especies se fortalece en el umbral de la vida de los seres.

Ahora será conveniente volver a la genética, porque en cierto modo, ha ayudado a cristalizar la hipótesis evolucionista. El problema de la generación de las especies superiores de la escala animal se iba perfilando así. Copulando el elemento del macho y de la hembra, espermatozoide y óvulo, producen el huevo, punto de partida del nuevo ser. Estas dos células están compuestas de un núcleo y de un protoplasma, que se unen cuando la copulación celular. La doble célula que se forma contiene pues los 24 cromosomas del macho y los 24 de la hembra. En total, 48. Por lo tanto, los genes se multiplican también por dos. Ahora bien, la célula comienza a dividirse, siguiendo el proceso embriológico, en dos partes aproximadamente iguales. Mas instantes antes, por un mecanismo preciso denominado mitosis, cada cromosoma se divide en dos, es decir, que un momento dado la célula base de la generación encierra 96 cromosomas. Este mecanismo celular mantiene la constante cromática en cada especie. Sin este proceso,. en cada división celular el número cromático se reduciría a la mitad. Y por un problema de progresión geométrica, cuya razón es descendiente, la materia cromática — y naturalmente

genética — desaparecería en la infinita multiplicación celular y con ella la especie humana. Así, las dos células nacientes siguen manteniendo el número de cromosomas intacto. Estas dos células continúan subdividiéndose y diferenciándose en la fase constructiva y de multiplicación celular del huevo siguiendo el mismo proceso, hasta que etapa por etapa, el embrión se forma: surge el feto y, finalmente, de aquella célula madre sale a luz el niño, con el número inicial de cromosomas, en su constitución celular.

Descubierto este mecanismo de la división celular que prepara, perennemente, la continuidad hereditaria del número de cromosomas, el espritu queda intrigado en el por qué no aumenta la constante cromática cuando las dos células, macho y hembra, se unen en la fecundación. Y comprueba que la célula somática encierra 48 cromosomas y la célula germinativa 24. Entonces quiere conocer en virtud de qué fenómeno la célula humana contiene 48 y la propiamente sexual 24.

Y concluye. Cuando el niño nace, todas sus células contienen el número 48 de cromosomas. Sin embargo, al aproximarse a la edad púber las células sufren una nueva diferenciación. El organismo se apresta a realizar una nueva función y comienza a producir las células generativas, previo un proceso de reducción cromática — meiosis —, estrictamente de la mitad. Es decir, para haber células sexuales es obligado que hayan sufrido esta reducción. Por este mecanismo se evita que cada generación viese aumentado geométricamente el caudal cromosômico. Esta se mantiene pues, primero por el aumento de los cromosomas antes de la división celular y por una substracción cromática de las células sexuales. Así queda explicado el proceso de los cromosomas, mantenedor del equilibrio cromático que le caracteriza a a la especie humana.

Naturalmente. se comprenderá que la fluctuación de los genes es capital en estas adiciones y substracciones de la materia cromática. En fin de cuentas, son todo el patrimonio hereditario de cada especie. Sería interesante seguir al detalle aquellos genes maternales y paternales que se adicionan al acoplamiento de las células generativas. Veríamos un proceso de influencias de caracteres. Se fundamentaría sólidamente la ciencia genética si se observaría a los genes recono-

cidos, obrar en unas y otras circunstancias para imponerse. Retener el mecanismo por el cual los genes van construyendo el ser con sus caracteres definitivos, relegando unos, dominando otros, neutralizando aquéllos, abriría amplios ventanales a la generación, pues aquí hallaríamos la exuberante variedad de tipos, formas, colores, de cada órgano y tejido del hombre. La investigación en esta rama de la ciencia puede colmar lagunas, pues la complejidad de la herencia es manifiesta, dada la riqueza genética de nuestra especie que puede valorarse en algunos cientos y quizás miles de genes.

Y el futuro organismo se conforma cuando la lucha genética ha determinado los genes que le dominarán, procurándole sus caracteres definitivos. Ahora cabe preguntarse: ?qué papel juega el medio en la promulgación de los caracteres hereditarios? Según el transformismo, el medio era considerado, como factor importante en la mutabilidad de los espacios. La temperatura, la nutrición, el ambiente, ?podrían influenciar en el carácter de ciertos genes? Sin embargo, se ha comprobado que no hay inscripción genética de los efectos derivados del medio. Sólo modifica caracteres externos del individuo. La herencia de las especies no está particularmente influenciada por el medio.

Las investigaciones en genética han producido, por experimentación, mutaciones que se han fijado por herencia en generaciones sucesivas, tratando sobre especies muy alejadas del hombre. Esto ha dado nueva luz al problema del origen de las especies y al árbol genealógico de la vida. Y al espíritu asoma la interrogante: ?es el origen de la evolución la mutación de los genes? Como también ?será la variación genética, el origen de las enfermedades, por una intempestividad mutativa? La mutación y la evolución se compenetran pues en una síntesis, la primera como factor que determina la variación y la segunda, como una línea prolongada a través de las edades planetarias.

La hipótesis de la evolución es la más plausible de las conocidas para explicar el sentido de las especies. Es una demostración gráfica de la curva existencial, que determina la eliminación del origen divino del hombre y de las especies. Descendemos de una especie inferior y ésta a su vez de otra. Si somos barro, hemos sido modelados a través de cientos de siglos de existencia orgánica en el

planeta. La taxinomia, que es la ciencia biológica de la clasificación de los seres por sus órganos, cuando están en reposo, ocupa un espacio importante en el conocimiento de la evolución. Potente método que, por comparación, sirve de base a la pronunciaciôn evolutiva. Trabajo de detalle y de constancia, de estadîstica variada, indispensable a la gigantesca teoría de las especies, ha favorecido la imposiciôn intelectual de esta hipótesis, en las explicaciones del proceso de la escala zoológica.

Si reducimos la evolución a la especie humana únicamente, aceptando la divisiôn geológica en las edades, capas y perîodos conocidos, la paleobiología del hombre, nos hace topar con aquellos seres que dieron base al edificio humano. Muy alejados por su conformación al actual, particularmente en su proyecciôn intelectual y de quienes será dificultoso obtener las fichas antropométricas. Quizás tampoco podrá definirse exactamente, dónde comienza la especie humana y dônde termina la que le dió origen. La noción de especie ha marcado fronteras bien delimitadas entre las mismas, pero es más bien un signo convencional que una realidad. Las variaciones especîficas son una simple imagen que apoya el discernimiento de la clasificación en la escala animal. La delimitaciôn primera entre dos seres de una especie, de la que por variación local uno de ellos gesta la apariciôn de otra nueva y el otro persiste en la forma, no puede probarse. La vida es una correlación de formas y una variación incesante en el tiempo. Y la noción de especie, tal cual la conocemos hoy, se esfuma ante la evidencia de una evolución lenta y localizada de los seres.

El hombre actual ha dejado tras de sî antepasados que va identificándoles por métodos difíciles y costosos. Estos le van aproximando a la rama de los simios. Sin embargo, es algo aventurado indicar los tipos inferiores que evolucionaron hacia el hombre, pues existe una gran variedad para discernir nuestros padres. Nuevas investigaciones podrîan dar la clave definitiva y anunciar que el primer ser de características, propiamente humanas, tuvo vida de cierta especie quien, por una modificación morfolôgica, perdió sus caracteres especîficos. Sólo entonces, seguirîamos su desarrollo en la historia,

sus variaciones típicas hasta presentar el hombre, convertido en observador y en artista.

No obstante, pese al desconocimiento de algunas etapas de la evoluciôn en toda la escala animal, conocedores de efectos mutativos experimentados en nuestros laboratorios, comprendemos cómo se efectúan las génesis de las modificaciones en los caracteres y forma de los seres. Enseñanza de valor que aclara puntos dudosos en este apartado de la ciencia. Quién sabe si mañana produciremos mutaciones en breve tiempo para seguir el proceso de las mutaciones en puntos locales hasta llegar a obtener nuevas especies. O que la mecánica embriológica nos procurase el secreto de las variaciones en zoologîa. Trabajo de paciencia y de observaciôn que puede converger en la aclaración del desarrollo de las especies.

La evolución es una hipôtesis fecunda que ha facilitado concepciones acertadas sobre el universo y la vida. Ha indicado la dirección a este trabajo y a su estudio. Quizás con la subconsciente idea de querer escapar al determinismo de la muerte con un conocimiento del fenómeno vital, más que por idea estética o intelectual. Por ello ha desterrado el vitalismo y proclamado la funciôn mecanoquímica de la vida, situando a las ciencias biológicas en el centro de importantes trabajos que aportarán interesantes ventajas al hombre, como en el aumento de su longevidad, mayor energîa vital y servirán de asiento a concepciones sociales que eliminarán el tono gregario y supertricioso de las sociedades actuales. Y el individuo podrîa evolucionar en un medio favorable al bienestar de toda la especie, en su marcha a través del tiempo hacia finalidades sin meta.

Callô el pensamiento. El, que escuchó con interés las manifestaciones de la voz, reflexionaba sobre algunos argumentos expuestos. Y tímidamente le interrogó:

— ?La mutación ha sido un factor preponderante en los tipos superiores y, particularmente, en el hombre?

El esperô la respuesta unos segundos. Y la misma voz respondió:

— La mutación local es más plausible que la mutaciôn total productora del salto especîfico. ?Por qué no estimar al hombre, como derivado de una variedad del simio, quien sufrió primeramente una mutación independiente del cráneo y del cerebro o, viceversa, de la

mandíbula y de los dientes, de las extremidades inferiores y superiores, de las uñas y de los dedos, de la columna vertebral, que le fueron proporcionando aisladamente el carácter humano? ?Y que los simios hayan derivado de otra forma, por el mismo mecanismo de una mutaciôn localizada? Y así sucesivamente a lo largo de la escala animal. Esta teoría elimina la nociôn de especie tan reconocida en la clasificaciôn de los seres.

— ?No hay otros caracteres que indiquen en el hombre su descendencia inferior? preguntô nuevamente El.

— Podrían argumentar en favor de esa tesis las reacciones humorales y las de tipo psicológico. También el fundamento de su vida, que es sumamente despótica y exigente. El género de vida es profundamente inmoral para que el hombre aplique con afán sus especulaciones. No se inmola por conceptos abstractos. Honrosas excepciones se sacrifican por una idea o por un sentimiento. La sociedad sólo puede modificar algunos caracteres externos, por la educaciôn y su almacenamiento intelectual y de experiencias, al prestarle este caudal y que aquélla conserva a través de generaciones. El hombre especula intelectual y sentimentalmente con la moral, la sociología, la justicia, el amor. Dibuja nuevos hombres y nuevas sociedades. Pero continúa siendo hombre vigilante de su equilibrio orgánico, que nada entiende de bellezas morales y que le enfrenta con la contradicciôn permanente de la vida, tanto individual como colectiva.

Eso sí, no lo olvides. El hombre no es un mono. Sî un simio humanizado que tiene pretensiones de bondad, moral y belleza, muy aleatorias, ya que la menor contrariedad, el menor fenómeno sociológico le aparenta, invitablemente, a aquellos primeros hombres que en la antigüedad remota vieron la luz.

Del seno de la especie han surgido variedades de tipos dominantes del conjunto de la especie o gran parte de la misma. La historia y la misma prehistoria están pobladas de ejemplos. Razas fuertes y violentas, de espíritu combativo, han aplastado y dominado a otras menos combativas y más inteligentes. Diríase que es una ley renovadora para imponer, ante todo, la vitalidad de la especie. Una dictadura del proceso evolutivo para evitar la declinación del hombre. Se han atravesado momentos críticos que han marcado un jalôn en

la historia de la humanidad, solventándolos violentamente. ?Podrá un dìa la inteligencia humana dominar a la fuerza bruta, aplastarla y reducirla a un mero resabio ancestral de la especie? ?Particularmente, hoy que el poder científico demuestra la posibilidad de terminar con el hombre, si le place por el empleo de armas mortîferas?

En este devenir del tiempo, el hombre es más cruel y expeditivo consigo mismo. Las guerras son hoy una organización inteligente que se asemeja a una asociaciôn criminal de gran volumen. Multiplica, en la época moderna, aquéllas luchas de la selva, que eran verdaderos juegos infantiles, en una matanza general. ?Cómo podrá argumentarse en favor de un hombre de esencias superiores? No ha podido escapar a su propia realidad. Y si ésta hubiera sido superior, él hubiese alcanzado estadios superados.

El hombre sólo es superior en el arrepentimiento. Pero éste es un destello fugaz que no deja huellas a pesar de la buena voluntad. Es un viajero fugitivo que planea en el horizonte sin ambientarse, siendo mantenido a distancia, como limitador de la acciôn, porque ésta mantiene en equilibrio permanente la actividad del cuerpo. Y en la vida activa es fácil delinquir ante las leyes morales que él mismo se ha forjado, avergonzado de algunas acciones humanas.

Y ahora, demos un ligero repaso a otra ciencia biológica: la microbiología. Acerquémonos a las fronteras de la no vida, a los lîmites del mundo inorgánico constructor de la vida. Quizás descubramos el mecanismo secreto que produce la aventura vital. Una visita a este apartado de la biologîa nos aproxima a un medio microscôpico y aún más insignificante, por su tamaño, que no por su intervención en el drama universal. La penetración en este terreno está preñada de enseñanzas. Se evolucionó rápidamente, desde el momento en que el hombre descubriô la célula. Esta es de proporciones colosales comparada a la bacteria — aún mayor respecto al virus — pero tan complicada. La bacteria, de forma semejante a la célula, es una célula exigua, más elemental, que realiza funciones muy importantes en la evolución de la vida orgánica.

Las bacterias cierran los ciclos de los elementos químicos biôgenos, como el carbono, azufre, fósforo, que se encuentran en la

superficie terrestre. Dotadas de actividades químicas variadísimas, juegan particularmente en la destrucción de las materias orgánicas residuarias. Son magníficas desintegradoras. Y las bacterias patógenas, productoras de enfermedades crueles para el hombre, juegan también en la destrucción de los organismos, como si persiguieran la mineralización de la vida. Son fundamental factor en este proceso destructivo. Las bacterias patôgenas no esperan a la muerte para comenzar el trabajo asignado de destrucciôn. Atacan a los organismos vivos en toda ocasión favorable. De ahî, esa fauna importante de la patología.

Un ejemplo de cierre cîclico interesante, es el carbono. Transformado en ácido carbónico, como última etapa, se prepara a que nuevamente las plantas edifiquen materia orgánica. Los fenómenos quîmicos tienen interés notable por la riqueza inagotable de sus síntesis, de los cambios mutuos de materias necesarias al funcionamiento químico. Su complicación es extrema. La mente humana la sigue difícilmente hasta los límites conocidos y, más allá, las conjeturas abundan para explicar procesos complicados de la bioquímica.

La destrucciôn de cadáveres y materias orgánicas se debe pues a las bacterias. Facilitan la continuidad de la existencia, ya que la acumulación de aquéllos invadirîan el suelo y las aguas, impidiendo el desarrollo vital. Y el mundo sería un lamentable amontonamiento de organismos muertos. La facultad putrefactiva de las bacterias es capital. Pero no debe olvidarse, que si éstas encontraran medios favorables a su desarrollo, se multiplicarían al infinito, alcanzando en pocos días masas superiores al propio globo terráqueo. Efectivamente, no transcurren más de 20 a 30 minutos en bipartirse, como órgano monocelular que es. Su poder de reproducciôn es tan rápido, que una sola bacteria puede producir mil descendientes en un lapso de cuatro horas.

Su exigua pequeñez no permite interpretar con exactitud su estructura interna, aunque como organismo vivo contiene las substancias orgánicas normales. Se ha comenzado el cultivo de las bacterias patôgenas y, aunque no es muy corriente, los bacteriolôgos progresan. Se ha comprobado su actividad fundamental en las fermentaciones y en el cierre cíclico de varios elementos biôgenos. Su estudio ha hecho progresar en la explicación del mecanismo complicado de

la combustión y de la oxidación, tan indispensable propiedad de los seres vivos.

Los virus son denominados corpúsculos elementales y son invisibles al microscopio y ultramicroscopio. Mas el microscopio electrónico ha llegado a ver y fotografiar las moléculas aisladas del virus, creando una nueva técnica en los métodos de estudio de esta rama, en la que se fundan fecundos trabajos para el avenir. Por este método, el objeto a examinar es aumentado cien mil veces de volumen, cuando los mejores microscopios ôpticos aumentan un máximo de dos mil.

En estas investigaciones se han llegado a disociar los virus en monomoleculares — los más simples — y en polimoleculares — los más complejos. Se asimilan en cierto modo a las bacterias. Aceptando como más elemental el virus nucleoproteîna, compuesto de nucleina y de proteína, sorprende su semejanza con la constituciôn de los genes. Estos realizan las mutaciones en los seres superiores y complejos y que, como se sabe, forman parte de los crosmosomas de las células animales. Son los genes quienes presiden, por un mecanismo desconocido aún, la mecânica de las células. Como es natural, este parentesco se presta a conclusiones de alcances imprevistos.

Y al instante cabe preguntarse, si los nucleoproteinas virus, con ligero poder modificable en su constitución y en sus propiedades, por un mecanismo propio, surgen en un medio sin tener antecesor, sirviendo por tanto de base a la estructura vital — en oposición manifiesta a las células animales y vegetales, como bacterianas, que descienden de otra célula — o bien, los nucleoproteinas virus son, biológicamente hablando, autónomos, que se multiplican sus moléculas en un medio determinado, sin que este medio haya sido el originador de su existencia. ?Cômo captar ese mecanismo de multiplicación de los virus? La multiplicación se presenta como el equilibrio de toda materia, como un proceso universal y como la condición esencial de la materia orgánica.

El hombre, experimentalmente, ha producido sîntesis de algunas células animales, pero no ha podido concederle la facultad de la reproducciôn, de la multiplicación. Y ante esta carencia, el espîritu se encuentra obstaculizado en el sondeo de ese mecanismo impor-

tante, básico para adelantarse en juicios fundados sobre tan capital problema.

Nos hallamos cerca de la frontera de la vida. Estamos a punto de resolver el problema capital de la vitalizaciôn de la materia en nuestro globo. El ingenio en los métodos de trabajo, la confianza en el poder de penetración y de investigación en que está dotado el hombre, podrán aumentar para resolver este problema, teóricamente primero y, prácticamente, luego. No dudamos que nos hallamos en el sendero del descubrimiento. Quizás sólo una tenue pantalla se opone al anuncio de la sensacional noticia: ha quedado descubierto el origen de la vida y el mecanismo por el que se ha desarrollado.

Y entonces, con voz doctoral, serena, el hombre explicará que una asociaciôn de átomos distintos, producen moléculas particulares con poderes catalizadores, que dan pie a las reacciones facultativas de la marcha de ese complejo mecanismo de la vida. Mostrará la trama con elegancia y facilidad. Se disipará el fortín imaginativo de esos sistemas que muestran a los dioses, en sü omnipotencia, realizando trabajos que el hombre creyô ingenuamente superhumanos. Y sus defensores no podrán parapetarse en su última salida capciosa, cuando se veîan acorralados por los descubrimientos, manifestando que el principio de la vida pertenecía a dios y que, a lo sumo, el ser humano descubriría las leyes y formas regidoras. ?Serán entonces caballeros para confesar su derrota? ?O silenciarán tamaño acontecimiento, como tantos otros? ?O se adaptarán a la existencia del enfermo crónico y grave, para desaparecer sin brillantez, acosado por toda una fauna patológica, y que, en este caso, serîan los argumentos probados de la experimentación científica?

Terminemos este episodio de las ciencias biolôgicas, recordando el cultivo de los tejidos in vitro, que están demostrando en potencia el carácter enormemente longevo de las células superiores, mantenidas y alimentadas en un medio caracterîstico, fuera de su propio organismo, del cual han sido separadas. ?Qué alcances pueden tener estos cultivos? ?Es la secreta esperanza de salvar a la vida humana de una muerte rápida, empleando motivos adecuados? Dejemos al espíritu que busque la luz en el horizonte fijado a sî mismo en la biologîa, para ver con más claridad, para tener consciencia de sí mismo

y de lo que es y representa. Iluminado, podrá apartar de la vida ese concepto trágico y desesperanzador de que está impregnado en la actualidad, y producir horizontes de imágenes más risueñas.

Y el canto a la vida resonaría potente y dinámico. Dibujaría gráficamente su evolución en tonos líricos y desbordantes de satisfacción, por haber descubierto toda la trama vital, desde su origen hasta la época. Declamaría: !Oh vida sencilla y tímida! !Qué preparación más larga la tuya! !Qué parto más difícil y doloroso soportaste! Eres un producto de mecanismos adaptados por afinidades. El tiempo y el espacio han servido de laboratorio para que complicaras tu mecanismo y produjeras organismos más perfectos. !A costa de cuánto sacrificio! Tus órganos se multiplican. Tus sentidos también. Te defiendes ante el medio. Vas abandonando ligeramente su presión. Vas ganando en sensibilidad. Tienes sensaciones acreditativas de un nuevo estadio a tu existencia. !Qué línea más prolongada tu duración! Y cuando adquieres consciencia te observas. Y sufres. Sufres de tu debilidad ante el complejo corporal. Te consideras excesivamente atada al medio y a tu propio mecanismo. Pero lanzas una mirada a tu aparición — lejana y brumosa — y te animas. Has divisado al animal sin conocimientos, sin sentimientos, sin reflejos, con unas reacciones de tipo químico elementales y con una constitución primitiva y simple: Observas tu progreso y te explicas a tí misma. Te diriges al porvenir esperanzada. Preconizas nuevas formas y nuevas perfecciones. Anuncias estadios superiores que facilitarán tu viaje imprevisto. Y anhelas abandonar tu estado actual para sumirte en bellezas inmarcesibles. No desfallezcas, que podrás alcanzar tus deseos de hoy. Aun sin motivo aparente, avanza. Sin recompensas, subsiste. No te acobardes al comprender lo que eres, ante lo que puedes ser. Fíjate en cuanto fuíste. Más lamentable fué tu principio. Persiste. Eres artista en potencia, que no usa ni ideas, ni técnica, pero que observas tu obra todos los días y das un brochazo o una pincelada, observándola con desmayo o con pasión y dejándola siempre inacabada. Y si cualquier catástrofe universal te redujera a la nada, exis-

tirías en potencia para recomenzar tu obra — que eres tu misma — en un instante de inspiración cósmica. !Salud vida!

Se hizo el silencio.

— ?No me interrogas nada? se dirigió la voz a El.

Este no respondiô. Se sumiô en profunda meditación, privilegio humano tan poco usado, auxiliar para desembarazarse del materialismo ingente que se respira en la sociedad moderna, cuyo espîritu narcotiza la facultad de pensar en el individuo. Sintió una ligera presión en el brazo, al propio tiempo que la voz le invitaba a pasar a otras dependencias, donde comentarîan procesos mecánicos, químicos y físicos de la materia.

Se levantó y dirigiéndose a su invisible interlocutor le indicó:

— ?Por qué no detenernos donde se explica la fîsica nuclear? Es un motivo interesante en el proceso físico de la materia.

— A tu guisa — respondiô el pensamiento.

IV

Y TAMBIEN LAS CIENCIAS FISICAS

APOSENTADOS en la nueva sala y teniendo enfrente la gran pizarra indicadora de la tabla de los cuerpos simples, el pensamiento tomô la palabra:

— Penetramos en un terreno que no le cede en interés al de las ciencias biológicas. Muy remotamente ya, el hombre quiso responder a esa otra incógnita que ha cegado la pasión especulativa. Me refiero al conocimiento del principio de la materia y al de su constitución. Interesado, quería descubrir y explicar el universo. Obsesionado por la idea absoluta — característica propia del pensamiento antiguo y también moderno — corrîa tras el principio universal, afanoso en indicar cômo se produjo cuanto choca a nuestros ojos.

Explicô primeramente con mitos y religiones. Hoy quiere enunciar con motivos más amplios y más reales. Desearîa demostrar que el universo se ha originado de cierta manera y que la materia, realidad tangible, pero modificable a tenor de nuestro saber, tiene determinadas propiedades y está compuesta de elementos básicos que entran en su composición con porcentajes propios. Inspirado por este deseo, se imaginó un universo estrechamente ligado a la mecánica, fundando concepciones mecánicas explicativas del cosmos. Muy incompletas, las fué eliminando unas tras otras, al comprender que sólo la mecánica no podîa explicar los fenómenos materiales. La materia era mucho más complicada que su asimilaciôn a simples fenômenos mecánicos.

Entonces, edificó conceptos físicos que ampliaron las propiedades del mundo percibido. Tampoco obtuvo resultados definitivos. Las teorías fîsicas no rompîan el dique de la materia para identificarla y se desvanecîan, dando paso a otras. Por ello se entregó a la química, ampliando el horizonte de la investigación. Confiaba que esta disciplina, cuyo trabajo consiste en estudiar las reacciones de los primeros compuestos quîmicos y de su constitución, pudiese facilitarle una respuesta. Pretendiô que la variedad de las reacciones quîmicas — modifican hondamente la estabilidad de los cuerpos — sustentaba la clave del misterio.

Transcurriô cierto tiempo hasta que el hombre comprende la íntima correlación de la física y de la quîmica en la materia. Dado el actual estado de los conocimientos es muy difícil delimitar las fronteras de estas dos ciencias, pues mutuamente son tributarias. Por ello, hoy se enuncian conjuntamente, denominándolas ciencias fisico-quîmicas.

Acontece un hecho notable para que el espîritu intuya con más acierto en la intimidad de la materia. Se trata del descubrimiento del átomo y de la constitución. El enunciado de este conocimiento ha sentado base a prodigiosos trabajos. Los horizontes que le facilita el átomo y los derivados de su conocimiento, le instiga a crear la física atómica y cuyas conclusiones han cambiado la faz de la propia física. Rinde caducas, concepciones arraigadas durante siglos en el caudal intelectivo, visando la explicación del mundo material.

Antes de este acontecimiento, la fîsica — enriquecida por datos que afluîan y por el descubrimiento de nuevas propiedades de la materia y la observaciôn de nuevos hechos en el campo de la fenomenología — se fué subdividiendo, con la preconcebida consideraciôn de que cada nueva subdivisión era un fenómeno aparte de la materia. Creaba fronteras imaginarias en la unidad de la materia. Pero en el dintel del mundo atómico coteja que no pueden disociarse los fenómenos y las propiedades, constriñéndole a alterar y modificar enunciados físicos. Por ejemplo, materia y energía no pueden disociarse. Las encontramos estrechamente compenetradas en la menor partîcula material, hasta adquirir, el convencimiento de que la materia es energîa y la energîa es materia. La energía tiene masa, como la materia.

El muro que se oponía a revelar la constituciôn întima de la materia, la barrera que interceptaba este paso fecundo, era el átomo. Este era considerado como un ente metafîsico, al cual no se le podía exigir revelara su secreto. Era el tabú fîsico... Tras él se ocultaba toda la ignorancia de un mundo diminuto en extensiôn, pero rico en propiedades, al presentar amplios ventanales a la investigación. Y el espîritu queda empotrado en él, sin poder perforar el misterio. No obstante, insistía, estimando que la fecundidad de la

teoría atómica repercutiría en toda la ciencia. Constancia que fué premiada, dando resultados sorprendentes.

El hombre se ingenió para penetrar en ese coto secreto. Y descubrió un corpúsculo que formaba parte del edificio atômico: el electrôn, partîcula menor que el átomo y cargada de electricidad negativa, llamado también negatón. Este elemento fué incorporado rápidamente al diccionario científico. Más tarde, percibe que los átomos son eléctricamente neutros, deduciendo, por este hecho, de que el átomo debe contener otra partícula cargada de electricidad positiva. Por intuición, comprende la existencia del protón. Esta teoría fué confirmada. Y el protôn fué asimilado a un corpúsculo, a mismo título que el negatôn. Técnicas apropiadas han anunciado la carga y la masa de estos dos corpúsculos, anexiándolos definitivamente al átomo. Durante decenios, protón y negatôn, fueron considerados como únicos constituyentes del átomo.

Siguiendo otra vîa, los quîmicos, después de laboriosos trabajos, fueron simplificando la lista de cuerpos simples que, químicamente, son diferentes. Aceptan la división de la materia en noventa y dos cuerpos simples, productores de la inmensa variedad de combinaciones conocidas en el mundo orgánico e inorgánico. Finalmente, establecieron la tabla de los cuerpos simples, conocida hoy mundialmente, después de varios perfeccionamientos.

Y los físicos, prosiguiendo la dirección emprendida, descubren un nuevo corpúsculo que entra en la composiciôn del átomo: el neutrón. Su masa se aproxima al protón y su carga eléctrica es neutra. Ya tenemos otro elemento a añadir a la arquitectura atômica. Esta se perfila mejor con este nuevo dato. El átomo es dibujado de la siguiente forma: un núcleo en el centro, compuesto de protones y neutrones y la periferia con los negatones girando alrededor del núcleo que, al propio tiempo, es centro del sistema atómico. La velocidad con que se mueven estas partîculas, es fantástica y el vacîo formado entre sî, es también de enormes dimensiones, comparadas a las de los corpúsculos en cuestión. Como ejemplo del vacío importante en el átomo, se da a conocer el caso del cuerpo humano. Si a éste se le eliminara el vacío y los átomos se reuniesen en un bloque compacto, quedarîa reducido a una bola de tres centîmetros, aunque seguirîa manteniendo

el mismo peso. Es decir, que el hombre seguiría pesando 70 kgs. aproximadamente.

La tabla de los cuerpos simples indica que el hidrôgeno, clasificado número uno, está constituído con un protón y un neutrón en el centro y un negatôn satélite. Es el átomo más ligero que se conoce. Por ello, tiene el número 1 en la escala. El helio tiene el número 2. Está compuesto de 2 protones, 2 neutrones y 2 negatones. El carbono el número 6, con seis corpúsculos de cada. El oxígeno el número 8. El magnesio 12. El fôsforo 15. El hierro 26. La plata 47. El plomo 82. Y el uranio 92, último cuerpo simple de la tabla y el más pesado, con sus 92 protones y negatones.

Además de los 92 cuerpos de la tabla, se conocen más de 600 cuerpos simples que se derivan de los 92, pero que difieren por ligeras variantes. Estos cuerpos encierran en su núcleo más o menos neutrones que el cuerpo simple al cual se le asimila, aunque los negatones son los mismos que el cuerpo simple clasificado. A estos cuerpos se les ha denominado isotopos. Así, cada cuerpo simple, tiene sus isotopos, que sirven de contacto con el elemento superior o inferior de la tabla. Van colmando las distancias para dar saltos bruscos en la composición nuclear. De esto se desprende que la variaciôn quîmica de los cuerpos, es debida a una cantidad variable de corpúsculos, huéspedes del átomo clasificado o en estudio.

Las propiedades químicas tan distintas del hidrógeno y del oro, como ejemplo, no es en realidad más que una diferencia de cantidad eléctrica y de masa. Los átomos se diferencian únicamente entre sî por la carga, la masa y la dimensión, procuradas por el mayor o menor número de protones, negatones y neutrones. Si partículas elementales hay en el átomo ligero, las encontramos también en el átomo más pesado, pero en mayor cantidad. Mas no dejan de chocar esas diferencias tan enormes entre el hidrôgeno y el uranio, que sólo una visión de sîntesis hace comprender la relaciôn existente en la materia, sea cual fuere su estado, temperatura y combinación. En consecuencia, esa variedad riquîsima de combinaciones, derivada de la propia asociación de los átomos, es fruto de los elementos básicos que componen la atomística.

Pero, en el fondo, esta visión de la constituciôn del átomo no es

exacta. Es más bien aproximativa. Estudios más profundos sobre la composiciôn atómica, anuncian un nuevo corpúsculo que tiene la misma masa y la misma carga que el negatón, pero de sentido opuesto: el electrón positivo, denominado positôn. Es un nuevo habitante de la población atómica, cuyo domicilio es desconocido. ?Cuál es su existencia en el átomo? ?Dônde y cómo se encuentra situado en el sistema atômico? ?Qué representa en ese mundo ignorado?

En los laboratorios de trabajo son bombardeados, con rayos alfa, los átomos de boro y de aluminio. Estos emiten protones al choque, acompañados de neutrones y de positones. Hecho deductor de que el protón es una combinación de corpúsculos, más que un corpúsculo simple de la materia. Y se indica que el protón es la asociación de un neutrôn con un positôn, aparecido recientemente a la luz. Este desentrañamiento del misterio que rodeaba a la materia y la penetración más honda en esos arcanos desconocidos de un universo ultramicroscópico, es un paso firme hacia la conquista de la esencia atomística. Ya tenemos pues el protón que pierde su carácter de partícula elemental. Debe rayársele como corpúsculo individual. Los netamente simples son el neutrôn, el negatón y el positôn. ?Será ésta la contextura definitiva del átomo?

La respuesta tiende más a ser negativa. Nuevos corpúsculos pueden aparecer en el horizonte atômico que varîa su constitución y su presentaciôn. Sin embargo, ya conocemos ahora mejor la estructura del átomo para producir teorías que vayan perfilando el fundamento de la materia. Pero el hombre no descansa. Infatigable, se interroga a sî mismo y quiere conocer el mecanismo preparatorio de esas variaciones atómicas. Quiere aprisionar el motivo por el cual, un átomo de hidrógeno puede convertirse en helio. El de helio en litio y asî, sucesivamente, a través de toda la escala. Le interesa bucear en el análisis de las reacciones que presiden esos cambios, la intimidad reinante en el complejo atômico para que se efectúen esas metamorfosis nucleares o atómicas. Esto es, descubrir en razôn de qué causas se van asociando o disociando los negatones, protones y neutrones, en distintos átomos de propiedades químicas tan diferenciadas.

De la fase ilustrativa de la composición del átomo, se pasa a la fase creadora que estudia el fenômeno de transmutaciôn, bien por

asociaciôn, bien por desintegración. La inquietud no se satisface con conocer el edificio. Quiere saber cómo ha sido construído y con qué propiedades y abarcar la totalidad de un mundo. ?El afán del conocimiento le llevará a perderse sobre rutas equivocadas y quizás imposibles? ? Se encontrará en un desierto falto de materiales para avanzar y sucumbir sin haber llegado a la meta? Caben todas estas interrogantes. Pero es más creador sufrir decepciones amargas por imposibilidad de penetrar en un campo vedado, que no adolecer de una abulia y de un enquistamiento intelectual, estéril, sin procurar ni emociôn, ni sabidurîa. La curiosidad puede producir desilusiones, falsas esperanzas, pero también momentos de goces y de conocimiento.

Impulsado pues por inquietudes, el hombre descubre la radioactividad de la materia. Esste fenômeno le origina la idea ambiciosa de producir con sus medios la radioactividad artificial. Observando la radioactividad natural, cosecha datos de valor que le van iniciando en el conocimiento de las transmutaciones operadas constantemente en el universo, como si la materia fuera la fuente perenne de la inestabilidad y la transmutación el fundamento de la evolución universal. Y al columbrar que la radioactividad es manantial de inagotables energîas, comprende el significado de este trabajo para el futuro de la propia humanidad. Ya no sôlo le asiste su afán intelectual, sino que comprende la aplicaciôn de la radioactividad a las sociedades en fuente de riqueza. Abarca un género de posibilidades que deja atónito al más audaz.

El poder radioactivo dominado por el hombre, infundirîa a éste tal palanca de acciôn, que modificarîa las concepciones societarias de ridículas ideologías — aunque necesarias — en su pretensión de dirigir los actos humanos, convertidas en verdaderas estampas antiguas del pensamiento, producto de una humanidad ignorante, de un proletariado aquejumbrado, de la burguesîa pancesca y especulativa, de todas las barbas divinas y humanas y de una abstracciôn impotente. Las sociedades se convertirîan a un ritmo de movimiento, de producciôn y de conocimiento, que dejarîan muy atrás las concepciones vislumbradas por los apóstoles de las doctrinas redentoras.

Analiza el fenómeno de la radioactividad y concluye. Los cuerpos más ligeros, ocupantes de los primeros puestos en la clasificaciôn

de los cuerpos simples, tienen los átomos muy estables. Guardan una constante entre protones y neutrones en su núcleo. En los cuerpos más pesados, los átomos se transmutan por una inestabilidad del sistema atômico muy compuesto, menos individual. Puédese indicar, en términos generales, que el fenómeno de la radioactividad natural radica en que el número de neutrones sobrepasa al de los protones en el núcleo, lo que origina la inestabilidad típica de los cuerpos radioactivos y, como consecuencia, la explosiôn del átomo y la liberación de energía. Al variar la constante nuclear se origina la radiaciôn.

La estructura tan compleja del átomo de radio con sus 88 protones, 138 neutrones y 88 negatones o la del uranio con sus 92, 146 y 92 respectivamente, emite espontáneamente una radiaciôn que se ha clasificado en rayos alfa — positivos —, en rayos beta — negativos — y en rayos gama — análogos a los rayos X, pero más penetrantes. Imaginémonos un instante un átomo de uranio. Primero, su núcleo compuesto de 92 protones — el protón hemos dicho que está compuesto de neutrón y de positôn — y 146 neutrones, formando en el centro la masa más importante del átomo. Y en su periferia hallamos 92 negatones que giran en derredor del núcleo, repartidos en varias circunferencias u órbitas concéntricas. Los negatones varían de ôrbita, produciendo sobre el núcleo variaciones de masa y de energía — ya por su composiciôn muy inestable — y hasta la desintegraciôn atómica. Los productores del desequilibrio atômico del uranio, buscan las vías para hundirse en un mundo más estable y, quizás, más armónico.

Esta radioactividad natural la ha imitado el hombre en sus laboratorios. La ha producido en gran parte de los cuerpos simples, rindiéndolos radioactivos artificialmente. Y por este medio se han procurado magníficas transmutaciones, siendo una de las más típicas la del radio. Este emite, al desintegrarse, rayos alfa — protones a los cuales se les añade dos negatones, quedándose convertido en isotopo de helio. Aun cuando se trabaja sobre cantidades ínfimas, si interesase producir metales que en la superficie terrestre fueran raros y hasta desconocidos, pues se pueden realizar nuevas creaciones, está dentro de la posibilidad, acumular cantidades interesantes. No ya

para producciôn de explosivos potentes, como es el caso de la bomba atómica, sino para aleaciones de metales indispensables en el transporte del futuro, movido por fuerza atômica o por la energîa de los rayos cósmicos.

Se comprende el interés teôrico y práctico que encierra el campo de la radioactividad artificial. La teorîa acompañadà de la aplicación, en este terreno, puede motivar la soluciôn de las fuentes de energîa de la civilización moderna. La liberaciôn de esas partículas elementales de un sistema atómico — en los choques y rompimientos — al que pertenecîan, a su vez, implica una gran liberaciôn de energía que, de ser captada en gran volumen, resolverîa el problema de las reservas de energîa, un tanto escasas, para un porvenir no muy lejano. Serîa una fuente inagotable, comparable a un foco estelar. Todos conocemos cuán tributaria de la electricidad es la sociedad industrial. Las grandes canalizaciones y los inmensos pantanos que se construyen para dotarla de ese elemento, presuponen un esfuerzo gigantesco y una esclavitud material del hombre.

Y al proseguir sus trabajos para profundizar más en el conocimiento de esta materia, el hombre topa con nuevos habitantes en el edificio atómico. Nuevos corpúsculos salen a la luz, complicando más la soluciôn del problema, pero que le acercan a la frontera de la inmaterialización. Es así como nace el electrôn pesado, bien de carga positiva, como de carga negativa. Se le ha denominado mesotôn negativo y mesotón positivo. Se diferencia el mesotón, de los negatones y de los positones, en que su masa es mayor, aun cuando la carga es idéntica. En realidad, la materia se va manifestando en sus distintos estadios, ante la curiosidad del hombre.

Después, intuyendo la existencia de un nuevo habitante, cuyo piso es desconocido y por tanto no ha sido visitado, ha anunciado teôricamente nuevos corpúsculos, a los cuales los ha denominado neutrino y antineutrino. Las características de estos elementos serîan sus masas escasîsimas. La comprobación de este enunciado, nos aproximarîa más al instante crîtico de la disoluciôn material. En el escalonamiento de este complejo tocamos el extremo más elemental. ?Se producirá ante el hombre esa disolución material? ?O hallará un corpúsculo que no admitirá más divisiones? ?Existirán partículas más înfimas todavía

que las mencionadas? ?Tocamos la frontera de la energîa universal? ?Llegamos al punto preciso en que no se puede discernir la materia de la energîa?

La idea de estos nuevos corpúsculos ha brotado al estudiar la desintegraciôn y la transformación producidas en las transmutaciones, que son un ejemplo vivo del proceso de la materia para ir organizándose y preparándose a gestar cuerpos más completos. El mecanismo, oculto a las miradas curiosas, ha sido, en parte, captado, al analizar estas variaciones de los corpúsculos elementales que han hecho modificar conceptos e ideas sobre la materia. Y un velo discreto ha sido colocado sobre anteriores teorîas. Así se ha visto que un neutrón se transforma en protôn, emitiendo un negatôn y un neutrino. Viceversa, un protón se convierte en neutrón, emitiendo un positón y un antineutrino.

Las interioridades del mecanismo se desvelan. Alcanzamos nuevos estadios en el conocimiento de la propiedad de la materia. Y el neutrón deja de ser considerado como partîcula individual. Nos despedimos de otro elemento compuesto, buscando la simplicidad de la materia. Quedan en la liza, como partîculas individuales, el mesotôn positivo y negativo, el negatón, el positôn y teôricamente, el neutrino y el antineutrino. ?Se podrá fijar algún dîa el número exacto de cuerpos elementales o lo que es lo mismo, conocer la gama de corpúsculos que se siguen unos a otros, camino de la organizaciôn y complicaciôn de la materia?

Abandonemos unos instantes los átomos con sus partículas elementales. Hablemos de la luz y de la radiación, forma de la energía. Hemos llegado a un punto en que al hablar de la materia con estos conocimientos, estamos obligados a citar a la energîa, por estar întimamente aparentadas en este umbral de un nuevo medio, donde nos quedamos situados. Ahora abordamos el análisis de la energía para transcribir con más realidad, la desconcertante visión que procura la zona casi inmaterial de la materia.

La transmisiôn a distancia de la luz chocô al espîritu. Este se interrogô en virtud de qué propiedades se realizaba y se planteó, al mismo tiempo, otra incógnita capital: de qué estaba constituîda la luz. Y dirigiô su mirada, tratando de resolver el problema, a otras

propiedades de la materia ya conocidas. Había comprobado que las substancias odorantes emiten partîculas que se difunden en el aire y que, en cierto radio de acción, son percibidas por la facultad olfativa. Es un movimiento de partîculas que se dispersan. También había comprobado de que los sonidos se propagaban por medio de vibraciones u ondas. ?Cuál de los dos procedimientos usa la luz para trasladarse?

Después de algunas vacilaciones se impuso la teoría ondulatoria de la luz. En los medios científicos adquiriô gran boga la mecánica ondulatoria. Fué proclamada tomando como base los fenômenos de interferencia y de difracciôn. El movimiento ondulatorio puede definirse como un conjunto de dunas arenosas, inmóviles, cuyas crestas están separadas por una distancia constante. Esta separaciôn es la longitud de onda, tan conocida en los medios de la telefonía sin hilos. Y todo el conjunto de ondas luminosas se desplaza en el vacîo a 300.000 kms. por segundo.

Pero más tarde, por otra serie de fenómenos comprobados, se llega a la consecuencia de que la transmisiôn de la luz se efectúa por medio de paquetes de partículas, a las cuales se les denomina fotones. Y que estos paquetes son emitidos de tiempo en tiempo. Este intervalo de emisión implica una constante de discontinuidad. Hecho que niega el carácter continuo de la materia y la existencia de una pausa en su propia conformaciôn.

El hombre queda perplejo ante las dos formas de traslado de la energîa. Las dos formas de radiación existîan, puesto que se habîan comprobado. ?No se equivocaba al analizar el fenómeno de la radiación? ?O se complementaban las dos teorîas? Sin embargo, creyó que las dos teorîas se excluían mutuamente. Aparecîa un dualismo de difîcil anexiôn. Era un verdadero callejón sin salida. Los fîsicos no sabían explicarse la existencia del fotôn y la de la onda. Ello hace que se interese más en los fundamentos de la propagación de la luz. Y se entrega al trabajo de dirimir la cuestiôn.

Un hecho viene a sacarle del atolladero. Cierto dîa, analizando algunos fenómenos de la energía, tan ligada a la materia, en ese mundo donde la exigüedad reina, descubre la propiedad ondulatoria de los electrones. El electrón con su carga eléctrica y su masa está

acompañado de una onda. Ya no hay duda. La onda es una realidad, como lo es también el fotón. Entonces, se ve obligado a realizar la sîntesis de las dos teorías. La mecánica ondulatoria, siendo una realidad, por la existencia de la onda y la mecánica quántica, no lo siendo menos por la existencia del fotón, no tienen base para existir aisladas. Y al aceptar al fotón y a la onda lumînica, como agentes de la transmisiôn de la luz, concluye en que estas dos realidades se desplazan a la misma velocidad. Determina pues que la luz se irradia por las ondas y por los fotones. Pero las siguientes interrogantes acuden a la mente. ?Cuál es la naturaleza de las ondas? ?Es la onda lumínica una realidad material? ?Debemos equipararla a la vibraciôn sonora de una campana que produjese un sonido, sin desgaste alguno por parte del badajo y de la campana? ?Es que la vibración tiene también un soporte material?

No obstante este género de encrucijadas, se prosigue la investigaciôn. Y observa un fenómeno que le facilita una explicaciôn desconcertante acerca de ese cogollo principal de la materia y de la energîa, donde se concentra la mirada del intelecto. El fenómeno es el de la transformaciôn del electrón en materia radiante. Ante él, el electrôn se convierte en fuente de luz. Produce también el fenômeno a la inversa. La materia radiante, transformarla en electrones. ?Qué nuevo aspecto del problema tocamos con estos hechos? ?Abordamos las fronteras de la inmaterialización de la materia, convertida en algo más tenue? Es difícil poner bridas a la imaginaciôn y ésta se desboca, pretendiendo condensar en explicaciones afortunadas los motivos de estas realidades.

Pero la incógnita queda en pie. No podemos indicar aún la naturaleza întima de la luz, cosa desagradable en extremo. Este conocimiento resolverîa muchos puntos de los problemas en litigio. La creencia de que pisamos la primera frontera de la materia, desde donde podemos penetrar en otro estadio, no excluye la triste realidad de que cuando intentamos abrazarla, se nos escabulle convertida en materia radiante que, a su vez, tiene cierto soporte material, casi omisible.

Esta es una apreciaciôn que conduce a conclusiones extremas. A estimar al fotôn, como único constituyente material del universo,

fundamento de toda la variaciôn que la materia pueda realizar a través de sus transmutaciones. Y si no le damos este carácter para no extremar demasiado, debemos considerarlo como un nuevo corpúsculo a añadir a la tabla de partículas elementales, cual el mesotôn, positivo y negativo, el negatón y el positón. Pero con una diferencia muy sensible y capital. El fotón no está cargado de electricidad.

En la física atômica, los negatones, y otros, poseen una carga eléctrica. Se les hace atravesar los gases y a su paso abandonan alguna partícula que dibuja su paso. Procedimiento ingenioso e ilustrativo, que en las radiaciones de la luz no ha producido ningún resultado. Los fotones no dejan rastro de su trayectoria por ese medio especial. Esto ha inducido a negarles carga de electricidad. Teóricamente, pues, la estructura de los fotones sufrió esta modificación esencial.

El fotón podría ser un elemento neutro, de masa insignificante, con velocidades prôximas o semejantes a la luz.. Y si fuese asî, se impone inmediatamente esta pregunta: ?Tiene masa el fotôn o carece absolutamente? ?Es la misma fuente la de la materia y la de la luz? Problemas candentes que esperan la soluciôn.

Teóricamente, se ha pretendido resolver la estructura de los fotones dando a luz un nuevo elemento: el mediofotôn — aparentado al neutrino — y el otro mediofotón — antineutrino. El fotón serîa pues un neutrino y un antineutrino. Todas estas convergencias teôricas, si pudieran ser experimentadas, nos acercarîan a esas fronteras enigmáticas, donde parecen confundirse la materia y la radiación, como variedad de una misma cosa. ?Se daría a conocer el principio de todo, indicando el elemento base de la constituciôn del universo, como la filosofîa ha querido enunciar desde tiempos memorables? ?Demostrarán la ciencia y la filosofía, la realidad de un principio universal para satisfacciôn de los deterministas?

Al formular esta última pregunta, el pensamiento fué interrumpido por El, quien le dirigiô las siguientes observaciones:

— Aún admitiendo la realidad del fotón, e inclusive la del mediofotôn, ?podrîa explicarse la naturaleza întima de la energîa? ?Qué es el fotón? ?Y el mediofotón? ?Por qué esas velocidades de

los corpúsculos en traslaciôn? ?Qué mecanismo les fuerza a adquirirlas? ?Es posible comulgar al fotón con la luz?

— En efecto, sabemos obtener la energía, pero sin explicarnos la esencia. La descubrimos, conocemos los elementos constitutivos hasta determinado lîmite, sin verificar su naturaleza. Y aunque la disecamos hasta tocar sus granos más elementales, el enigma queda en pie. ?Qué es y cômo se produce la energía? El campo de la ignorancia es extenso todavîa. Hemos creîdo resolver multitud de problemas intelectuales, pero brotan nuevos que retienen la atenciôn del espîritu.

Todavía la filosofîa y la metafîsica podrán especular con soluciones imaginativas o afectivas, creando la confusión del pensamiento. Todavîa jugarán los dioses en la creaciôn de los universos. Todavía los monoteîstas aplicarán el concepto divino de la creación universal. Todavîa se plantearán esas discusiones sobre el interés de tales trabajos de laboratorios. Y a la realidad de este trabajo intenso del hombre para resolver estos enigmas, responderá que el motor principal es la necesidad de acción que autoencierra — filosofîa positiva —, o el concepto utilitario que se pueda obtener de esos esfuerzos — pragmatismo —, o la necesidad de saber — intelectualismo puro.

Con franqueza, es desconcertante la observaciôn de esas velocidades tan enormes en la propagación de la luz. Después de mil tanteos y de accidentes sin fin, cuando hemos conseguido acelerar la velocidad del cohete aéreo a diez mil kilómetros a la hora, consideramos que es una realizaciôn maravillosa. Cuando, persiguiendo la transmutación de los átomos en nuestros laboratorios, hemos construído maquinaria compleja para acelerar determinados corpúsculos de la materia, como los deutones, electrones, neutrones y protones, calificamos estas realizaciones de los adjetivos más rimbombantes. Sin embargo, la velocidad que les imprimimos es muy inferior a la de la luz. ?Conseguiremos acelerar su velocidad hasta que adquieran los 300.000 kms. por segundo? ?Y tras esta aceleraciôn explicar en virtud de qué ley o propiedad la luz se traslada a esas carreras inimaginables, particularmente para un cuerpo animado?

En el fondo somos excesivamente ambiciosos y, inconscientemente, evolucionamos tras la conquista de los principios absolutos, sin anali-

zar si es interesante continuar caminando en esa dirección. ?Es que existe lo absoluto? ?No será una aberración o una exaltación artificial del pensamiento correr tras concepciones irrealizables? ?Por qué plantearse problemas de principios, cuando los mismos principios son relativos, como cuanto existe lo es? Así el hombre, la vida y el universo.

Y ante una barrera de este género, las filosofías y metafísicas se regodean, evolucionando plenamente en un ambiente favorable. Montan con la lógica y el razonamiento los más estrambóticos edificios explicativos en este clima de dudas, incertidumbre e ignorancia, pero de arquitectura elegante y complicada. Y estos trabajos consuelan, fácilmente, a los espíritus que viven en plena inconsciencia de las producciones intelectuales.

Pero el hombre situado en este plano de conocer las incógnitas, responderá a la necesidad de saber, al deseo de penetrar furtivamente en lo desconocido, misterioso y enigmático, con una intensificación en sus trabajos, sea cual fuere el motor — pragmático, positivo e intelectual — que les impulse. ?Qué importa el móvil de este afán por descubrir el enigma, ante la tarea impuesta? Puede anunciar la filosofía pragmática, como motivo de la acción humana, la imperiosidad de lo útil y de lo práctico en toda la carrera vital del hombre. Y que la filosofía positivista declare, como única ley vital, la de la acción y razonamiento. O que los antipragmáticos manifiesten que, el fondo de todo trabajo humano, es el amor de la verdad, la excitación intelectual. El fundamento esencial es que el hombre trabaje, y piense. Ello le acercará al cumplimiento de sus deseos.

El inquirió, como para terminar este apartado:

— ?Y cuál es la naturaleza de los corpúsculos que hallamos en los átomos? ?Nada se puede responder a este respecto?

— Estos corpúsculos materiales — respondió la voz — por su exigüedad, por la velocidad de desplazamiento, por la energía que encierran, se pueden asimilarlos, en graduaciones sucesivas, al fotón, a la luz. Podríamos decir que son etapas de la materialización de la energía o de la inmaterialización de la materia. Tomemos por base el mediofotón, después las partículas elementales que se asocian para formar el átomo, luego, los átomos para formar las moléculas y des-

pués a toda la variedad abundante de la materia en todas sus propiedades físicas, como estado, masa, color, temperatura y esencia. Por una transmutación pertinente de unos corpúsculos en otros, persiguiendo la complejidad y la multiplicación y viceversa, producen el espectáculo sorprendente del universo.

Ahora bien, explicar qué son estas partículas de la materia, sin conocer en qué consiste la primerísima esencia de lo real, es de naturaleza intratable. Sí podemos indicar sus propiedades y demostrar su realidad. La arena, al ir subdividiéndola, llega a un punto que deja de ser arena y que no sabemos qué es y que el hierro al subdividirse llega a reunirse a la misma esencia de la arena y, así, para todos los cuerpos simples. Sin embargo, conocemos al hierro, y a la arena, después de una evolución de la materia, cuyos primeros estadios nos son enigmáticos.

— Comprendo — intervino El — que la realidad del mundo exterior, es de difícil explicación, particularmente, cuando se tiene que operar a escalas microscópicas. La diferencia con la escala humana es sensible. La medida del universo, la medida de las radiaciones lumínicas y la medida humana son muy dispares. ?Podrá el hombre medir todo lo existencial? ?Ensanchará el límite del análisis y de la visión, hasta abarcar la síntesis universal? Si las facultades humanas se han aseverado limitadas para captar la realidad y ha tenido que aplicar medios artificiales, se atreverá a ampliar y a hallar medios más potentes con la finalidad de abrazar todo el universo? El universo conocido era estrecho. Con técnicas apropiadas, hemos ido ensanchando los límites del mismo y, al propio tiempo, analizándolo. ?Hasta dónde y hasta cuándo seguiremos obteniendo substanciales resultados? ?No se nos escapará algún dato que dejará pendiente el problema de los orígenes de todo y algún rincón desconocido?

El se animó en su intervención. Y continuó levantando la voz:

— No veo inconveniente en que el afán del conocimiento de lo absoluto sirva de alucinación. Siempre será un acicate, aunque desvirtúe determinadas direcciones. La especie puede evolucionar dentro de cuadros más modestos, aun persistiendo en la obra de conocer los motivos de cuanto acontece, Pero ?por qué creer que, conocidos

los orígenes de cuanto deseamos, resolveríamos la incógnita universal? Las incógnitas se desplazarían convertidas en nuevas formas del desconocimiento. Estimo que descubierto el origen del cosmos y todo el mecanismo auxiliar, daríamos paso a plantear nuevos problemas. Encontraríamos aspectos inéditos del análisis del mundo exterior.

La negación de un conocimiento absoluto del universo, no excluye su interés en correr tras ese mundo, donde el hombre resolviese los problemas sin plantearlos. Los trabajos a que se aplica, le ampliarán el horizonte cognoscible. Incluso puede crear un medio más vasto, donde será más libre y podrá completar más su personalidad. Lo interesante es caminar y avanzar, bien por motivos absolutos o comedidos, en relación con sus posibilidades. Y que, en su fuero interno, arda la llama del saber.

Corre pues pensamiento aun a riesgo de quemarte, sediento, tras esa inspiración sin fin, tras esas concepciones inasequibles, con el ánimo de conocer la meta. No te arredre el ridículo ni la falsa vía. Acelera la marcha cuanto puedas. Y si llegas a la meta que te has propuesto y desde allí descubres otra lejana, lejanísima, no te amilanes. Corre nuevamente, sin olvidar que, ganando en velocidad, te acercas a la luz y al tiempo. Y éste, nueva dimensión del espacio, convertido ya en espacio-tiempo y aparentando al fundamento existencial, se descubriría más, ante tus incursiones prolongadas, al ahorrarte duración en su análisis. Y terminar alcanzando la velocidad de la luz y con ella la comprensión de que la única realidad es la conciencia, esfumándose todo ante ésta. Tiempo al pensamiento — si el hombre pudiese prolongar su existencia — que obrará, con más discernimiento, que los dioses emanados de sus primeros pruritos intelectuales.

— Eres un ambicioso incorregible — cortó la voz. No tienes el sentido de la medida. Quieres abarcar, pero no posesionas.

Esta observación apagó todo el entusiasmo de El y quedó sin verbo.

— Y continuemos ahora con otras ciencias físicas — añadió la voz ante su mutismo.

— Un nuevo aspecto de la física es la astrofísica. Ha prestado interesantes servicios a la propia física, al enunciar sus trabajos obte-

nidos del escuadriñamiento côsmico. El gran descubrimiento de la astrofísica es la composición unitaria del universo sideral. Por el análisis espectral, se han manifestado datos curiosos que han determinado una profundizaciôn de la esencia cósmica. Dicho análisis revela que, las estrellas y mundos de las galaxias conocidas, contienen los mismos elementos químicos que encontramos en nuestra tierra. Este es un gran dato que ha servido para forjar interesantes deducciones sobre el cosmos. Facilita la concepción de una cosmogonîa a la escala de la tierra, si no en dimensión, en naturaleza. Ahora bien, no se estime que las numerosas combinaciones quîmicas producidas en nuestro planeta, sean exactamente las mismas que se combinan en esos astros lejanos, ni que presenten los mismos estados conocidos en el globo terráqueo, ni que representen el estado actual de la tierra, con su geología, capas terrestres y existencia de la fauna y de la flora que la pueblan.

Mas, es sintomático y aleccionador que todos los conocimientos adquiridos sobre la lejanía côsmica, no modifiquen en absoluto el número de cuerpos simples, constitutivos de la base material de nuestro planeta. Deseando, en el fondo, hallar nuevos elementos quîmicos para aumentar la cifra de los conocidos, se analizaban las construcciones siderales con cierta morbosidad, obsesionados en la demostración de que todo, fuera de la tierra, era diferente. Sentîa la necesidad de presentar otros átomos quîmicos para denunciar, si no la superioridad terrîcola, su diferenciaciôn.

El anecdotario cuenta un ejemplo típico de esa mentalidad disociadora del universo. El caso del descubrimiento del helio encierra una ironía aleccionadora. Analizando los gases de las protuberancias solares, se topô en el espectro con una raya amarilla, próxima al hidrógeno. Esta raya era desconocida en la tierra. No estaba catalogada. Se lanzô a los cuatro vientos de que en el sol existîa un componente quîmico, ajeno a la tierra. De ahí su denominación. Mas al cabo del tiempo, estudiando en la radioactividad algunos gases emitidos en la desintegración atômica, se descubre el famoso helio.

La unidad universal en su composiciôn era un hecho. Nadie podîa objetarla prácticamente. La imaginaciôn podrá elucubrar y admitir ideas sobre la composición de la materia en el universo, pero

no puede demostrar de que haya nuevos elementos químicos para su montaje. Somos parte de un vasto programa de construcciôn, donde se emplean los mismos materiales, aunque posiblemente en combinaciones distintas. El mundo no es un lugar especial, creado con el interés marcado de servir al hombre de habitación. El mundo es tan insignificante, como el hombre ante la inmensidad côsmica. Esta insignificancia, en relaciôn al espacio-tiempo, se revela inclusive en los metafísicos de la religiôn, pues los constructores y autores de dioses, más o menos únicos, les dan a luz con poderes limitados. Y aun admitiendo, hipotéticamente, que tuvieran poderes ilimitados, les presentan con preocupaciones totalmente humanas, demostración del origen cerebral de esas elucubraciones del espíritu.

Cuán lejos nos encontramos hoy de los mitos celestes que han poblado la explicaciôn del universo. Eran cuna de concepciones sentimentales, las más peregrinas. Faltos de la experimentación, se dedicaban hasta hace poco a presentar universos carentes de viabilidad. Los dioses se permitîan creaciones universales para pasearse en ellas con aires de furor, ante el estado supino y aterrado de los hombres. Provistos de la justicia implacable, atormentaban la vida de éstos. Con un sadismo impropio de la sabiduría que decîan encarnar, aplicaban los castigos más cruentos y refinados, desde las calderas infernales, hasta los suplicios afectivos. La obra de dios no dejaba de ser una copia de la del hombre. Llena de imperfecciones y barbarismos.

En la explicaciôn del universo, los dioses han anunciado inventivas gratuítas. No ya los dioses, sino sus representantes en las sociedades. Por ejemplo, la tierra ha cambiado de posiciôn en el sistema solar, a gusto de los doctores de las iglesias. Tan pronto estaba en el centro, como en el extremo del sistema. Era gracioso observar esa variación de la geografía solar, cual si la tierra fuera un juguete para desplazarlo en razón de conveniencias religiosas, ajenas a la ley mecánica de la radiación universal. Por decreto eclesiástico, en las épocas teocráticas, hemos visto que la forma de nuestro planeta ha sufrido variaciones. Ha sido llana, periforme, ovoide y redonda. Ha tenido movimiento o ha carecido de él, a satisfacción de los representantes celestes.

La génesis cristiana fué violada por el pensamiento progresivo

y sometida a análisis. Ya, aun admitiendo el principio divino, la génesis en su conjunto, es muy discutida. Y quienes tienen el deber de presentar los conocimientos humanos, según los resultados que se van adquiriendo, comienzan a posponerla, pasada de moda. Sólo puede mantenerse el principio, como base del espíritu religioso. Y en gran parte de las clases escolares se omiten muchos de sus detalles, por estar en franca contradicción con la realidad. Y, naturalmente, sin indicar nada, se corre un velo discreto y un silencio edificante acerca de la creaciôn universal, dando a conocer los últimos datos que brotan en la investigaciôn. Al decir los últimos datos, cometemos un ligero error, pues las clases siempre van muy atrasadas en relación a los conocimientos de los iniciados. Pueden citarse ejemplos, cuyos enunciados han perdido valor de actualidad y de exactitud, pero, aun a sabiendas, se sigue la enseñanza rutinaria.

El color del firmamento, de cuántas fantasîas e ingenuidades no ha sido origen, hasta la comprensión de que era la luz solar difundida, en todas direcciones, por un mecanismo sencillo. Para unos, el azul del cielo era el color más agradable al hombre y el más bonito. Dios en su comprensión se lo mostraba. Era una manifestación de la gracia divina. Hoy se observa la resistencia de las moléculas que se encuentran en la atmósfera, a la trayectoria de las ondas luminosas. Estas, al choque con aquéllas, se esparcen. Ahora bien, como las moléculas del aire son diminutas, as ondas largas de la luz pasan y sôlo las ondas cortas se difunden. Y en las ondas cortas del espectro solar domina el color azul. El color azul del espacio es pues un fenómeno fîsico y no un color agradable extendido para satisfacción del hombre.

El descubrimiento de los rayos côsmicos, ha marcado una etapa interesante, en el conocimiento astrofísico. El electrómetro sirviô, asî como también otros procedimientos, a comprender la velocidad de estos rayos de acciôn tan penetrante, de procedencia extraña a la tierra. Se tenîa interés en captar la interacción entre la materia y estos rayos. Y se comprobó su mayor fuerza de penetraciôn que ningún otro género de rayos y, por lo tanto, mayor velocidad. Siguiendo su examen, se les ha dividido en dos categorías. Unos quedan aparentados al rayo lumínico, por su velocidad. Los otros están nutri-

dos por corpúsculos distintos, donde el mesotôn, es el componente principal. Los rayos cósmicos son producto de una gigantesca radiaciôn cósmica, cuyo origen, ni lugar de asiento, están definidos. Al mesotôn — producto intermedio entre el protón y el electrôn — le acompañan otras partículas en las transformaciones sucesivas operadas en la intimidad de los rayos, antes de tocar la tierra. Por un reflejo equivocado, se llegó a estimar que los rayos cósmicos tenían origen en las substancias radioactivas de la propia tierra. Mas las experiencias realizadas a gran altura han demostrado que procedían del exterior.

Se han dado a conocer algunas hipôtesis sobre la correlaciôn de fenómenos sucedidos en los rayos côsmicos, desde los rayos primarios. La hipótesis que más adeptos cuenta, pero que nadie la subraya, es que su marcha por el vacîo interplanetario, el rayo cósmico primario — producto de una fuerte radiaciôn côsmica — produce una cantidad de mesones — unos rápidos y otros lentos — y electrones secundarios, debido a una absorciôn nuclear intensa. Los mesones lentos pueden desintegrase en electrones de gran energîa y quizás en fotones. El mesón rápido avanza directamente sobre la tierra en labor de bombardeo.

En los rayos cósmicos se planteó también el problema de la ondulaciôn lumînica y la partîcula material. El dualismo se resolviô haciendo la sîntesis, como en el caso de las teorías fîsicas. Sabemos que una especie de rayo onda se convierte en rayo proyectil, por intermedio de la materia. Por ejemplo, una onda que choca con un átomo le arranca una parte de su edificio atômico y le arrastra consigo, convirtiéndose en un rayo proyectil. Viceversa, un rayo proyectil al choque atómico le hace emitir una onda del tipo de los rayos ultra-X.

Este es, en realidad, el proceso de la materia convertida en energîa y de la energîa convertida en materia. Es el fenómeno, dado en llamar materialización de la energîa o desmaterializaciôn de la partîcula material. Y por ese mecanismo, se comprende que es la energîa imprimida a una partîcula material, la que determina su desmaterializaciôn, cuando esta energîa sobrepasa determinados límites de fuerza. Cuanta mayor energîa podamos prestar a la materia, por

ejemplo, cien o mil veces más de la que podemos imprimir en los batatrones y sincrotones, probablemente penetraríamos hondamente en el mundo energético. He ahí donde radica el interés fundamental del conocimiento de los rayos cósmicos, los más poderosos de los conocidos hasta hoy. Su procedencia de puntos donde les imprimen un voltaje superior — por mucho —, al que procuramos a las partículas materiales en los laboratorios, podría también ser descubierta.

Se ha comprobado, también, que los rayos cósmicos rompen en el aire gran cantidad de átomos, que juegan un papel importante en los fenómenos atmosféricos. Y de una forma natural originan el bombardeo atómico a ras de tierra. Todos conocemos a costa de cuántas dificultades y de costosos esfuerzos, a través de técnicas complicadas, cómo el hombre realiza estos bombardeos en sus lugares de trabajo. Ello ha conducido a proclamar atrevidas hipótesis sobre el futuro de la energía, captada por el hombre, aprovechando esas transmutaciones que los rayos cósmicos producen constantemente en el campo atmosférico.

En la población de las estrellas, la astrofísica ha revelado curiosos fenómenos demostrativos de la inmensa variedad de la materia en sus propiedades. Uno de ellos es el caso de las estrellas enanas, cuya densidad es fabulosa a nuestra pobre apreciación. Una de estas estrellas, catalogadas como enanas, tiene el peso del Sol, cuando su diámetro tiene la dimensión del de la Tierra, multiplicado por dos. Las diferencias de densidad son substanciales entre los distintos astros. Los cálculos indican que un hombre de setenta kilos pesaría la friolera de 4.090 toneladas, en uno de esos mundos impresionantes.

Fenómeno antitético. Es el de las estrellas gigantes. Estas estrellas se contraen y se dilatan sucesivamente. Cuando adquieren su diámetro menor, en el movimiento de contracción y su diámetro mayor, en el movimiento de expansión, la media diametral de una de esas estrellas, es centenares de veces mayor que el diámetro del Sol. La densidad en uno de esos mundos aéreos, es insignificante comparada a la de la Tierra. En su diámetro menor, un hombre de 100 kilos pesaría 920 gramos y en su expansión extrema bajaría a 470 gramos de peso.

Otra característica de las estrellas, reveladora de curiosas visiones

de los universos, es el fenômeno de las estrellas nuevas. Adquiere rápidamente un esplendor que sobrepasa las primeras magnitudes de las estrellas, de cierto modo, constantes. Y en poco tiempo se convierten en invisibles a simple vista, porque su brillo se ha apagado. De una brillantez superior pasan a un fulgor pobre. Se opina que este hecho es producto de un foco radioactivo inmenso. Y el fenómeno de las estrellas supernuevas, es una multiplicaciôn del fenômeno anterior.

?Qué nuevos fenómenos nos revelarán esos astros extralejanos, cuando el hombre esté capacitado para penetrar en el conocimiento de esos focos estelares, tan activos, y que los conocidos ya producen esas visiones que chocan con nuestras propiedades fîsicas?

La cosmogonía es otro de los apartados de la astrofîsica. Los nuevos datos adquiridos por esta ciencia han hecho fundamentar cosmogonías que se alejan, rotundamente, de aquellas empîricas formuladas por el hombre. El descubrimiento de la nebulosa espiral, ha sentado la teoría del universo en expansión. Ni finito, ni infinito. Más bien indefinido. Esta teoría del universo en expansiôn, produce por antítesis el fenómeno inverso, del universo en contracción. El universo en expansión, como teoría cosmogónica, encierra interés inagotable por el alcance procurado a la incógnita universal. La mente se diluye en una hipótesis semejante. Las anteriores cosmogonias son limitadas y pierden interés ante esta nueva concepciôn. Precarias de contenido, demuestran, cuando se las compara a la visión actual sobre el cosmos, el avance del hombre en la explicación de los fenômenos. Menciona que cada nebulosa aspiral, es un centro muy alejado de otra. Y estas nebulosas pueblan el espacio por millones. Y en esta teoría, se da la idea del universo, estimándole como un inmenso océano poblado de universos islas, donde las constelaciones se presentan en sus formas características.

Un ejemplo gráfico seria el de su comparación con el océano Pacífico. Cada archipiélago seria un universo isla. Cada isla, con sus arrecifes, seria una constelaciôn. Pero para imaginarse el universo en dilataciôn, imprimamos a los archipiélagos una velocidad de alejamiento de los otros centros, como si hubieran salido de un centro común, en todas direcciones, y a velocidades enormes que están en

relación con la distancia y la masa. Y como curioso fenômeno, tanto el alejamiento es mayor, la velocidad aumenta. Así, los universos islas más lejanos se desplazan a velocidades enormes, dándole al sentido de la expansión una realidad desconcertante.

Ante visiones semejantes ?cómo no enterrar las cosmogonías religiosas por su pobreza intelectual? No surgen a la mente epitafios brillantes. Sôlo una amargura, a causa del espîritu tradicionalista y poco renovador que sus militantes han encarnado, siendo un obstáculo a que los nuevos conceptos y las inquietudes humanas se abrieran camino, en el dédalo del conocimiento de las realidades universales. Rêmora constante del espîritu de renovaciôn, insuflaba el atascamiento intelectual en una conformidad suicida.

¡Hasta nunca, cosmogonîas religiosas! Impenitentes en vuestros designios habéis deformado la esencia del universo. Lo habéis catalogado con poca brillantez. Habéis procreado un aborto de universo, digno de mentes oscuras e interesadas. Vuestros sistemas barren el espacio libre por donde el pensamiento pueda transcurrir, en busca de motivos que enriquezcan su noble producciôn. Han servido de valladar a la onda espiritual que querîa desbordar vuestros límites, tras la luz iluminativa de ese espacio imaginado, como foco de una transmutación constante de la realidad. Limitabais vuestras explicaciones a un principio divino, convertido en tabú intelectual. ?Para qué investigar, si todo se debía a dios? Fomentabais la pereza en la esperanza de mantener la ignorancia de los hombres, interesados en su sumisión perenne al sentimiento religioso. Deseabais que los hombres no alcanzaran el grado de sabiduría, por temor a que desbordaran la sapiencia del ilustre imaginario. Y ridiculizasen a dios, mostrando la cortedad de aquella población docta, que emprendió el trabajo de explicar el universo, inventando a ese ser, dotado de todas las cualidades humanas: inteligencia, amor, odío, justicia, acciôn e imaginaciôn, pero falto de lo más esencial: la vida.

— No prosigas — cortó El. Al anunciar el universo en expansión, me he impregnado de inquietud. Esas ideas modifican radicalmente el concepto que me forjé anteriormente sobre este aspecto. Descubro que para penetrar en ese mundo de movimiento perpetuo, de flujo y reflujo constante, nuestra escala es ultramicroscôpica. Es difícil que

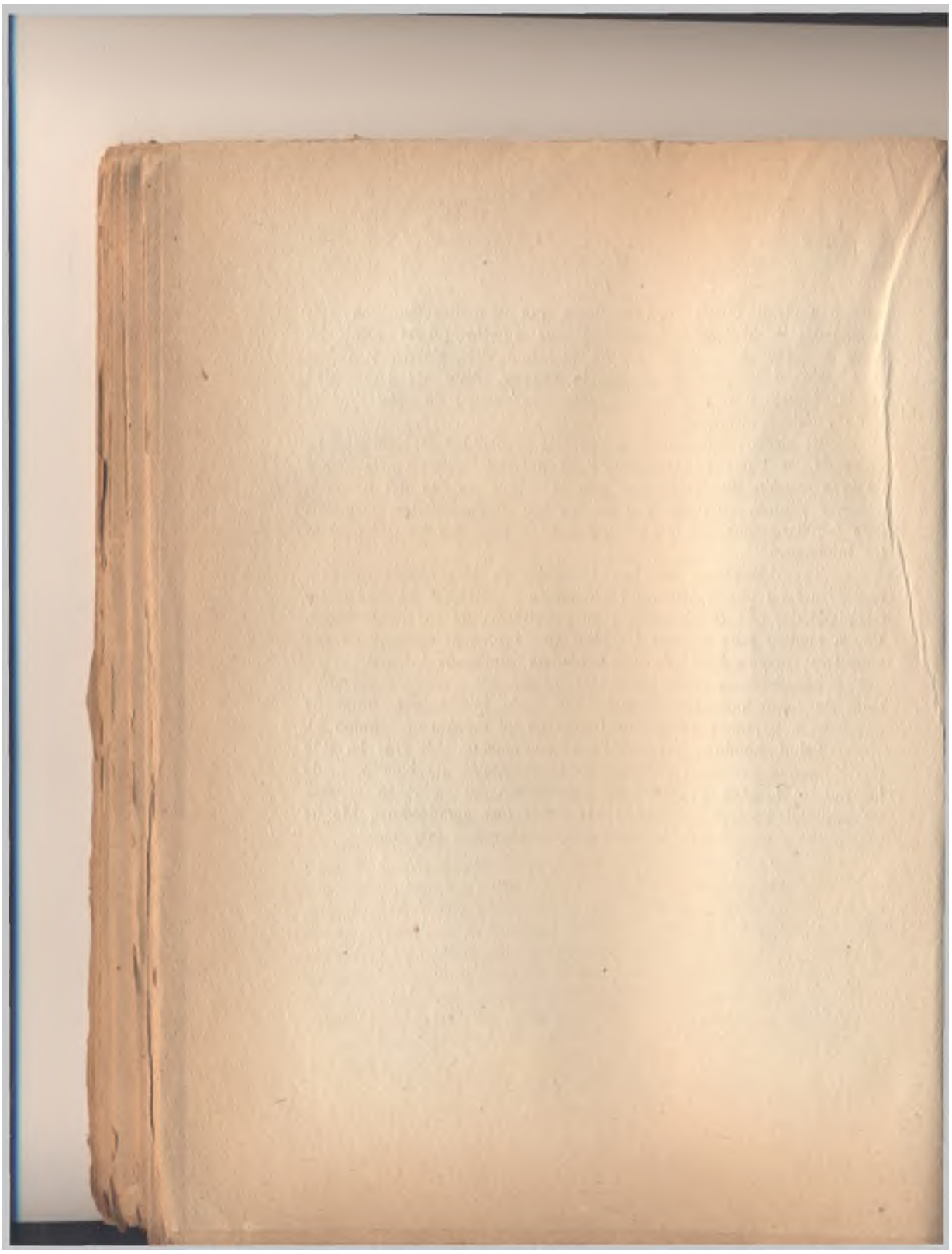
nuestro espíritu pueda medirse, hasta por aproximación, con esas velocidades y dimensiones. Diríase que nuestra propia mente se dilata y teme su estallido, en un momento determinado, y volver a la plena inconsciencia del mundo exterior. Ante esa inmensidad quedo perplejo y se esfuman los fenômenos propios de nuestro globo y de nuestras mezquindades.

— Es cierto — respondió la voz. Tu perplejidad será difícil desvanecerla, si tratas de comprender el universo, siguiendo la teoría de la expansión. Interpenetrarse, con la misma esencia del universo, presenta lagunas enormes. Quedan en pie fundamentales incôgnitas para familiarizarnos con la idea universal, a tono con los conocimientos humanos.

— Tus definiciones me han inundado de una oleada de conceptos que no puedo asimilar rápidamente — articuló El. Encuentro complejidades que desmenuzaré para penetrarme de sus fundamentos. Voy a meditar para ordenar las ideas que brotan al contacto de mis anteriores conocimientos. Es una verdadera zarabanda infernal.

— Agradezco tu charla en lo que merece. Me separo de tí embargado de impresiones desconocidas. Voy a la biblioteca a tratar de responder a las interrogantes que brotan en mi espíritu — terminô El.

— Salud, hombre — respondiô el pensamiento. Mi vida ha sido una constante prédica y una constante exposición de conceptos, de los que el hombre ha asimilado pobremente, en su visión general, las posibilidades que presento. Nada tienes que agradecerme. Me he presentado a tí, como hubiera podido presentarme a la especie.



CAPITULO II

EL SUEÑO

I

A LA BUSQUEDA DE DOS PRINCIPIOS: EL DE LA VIDA Y EL DE LA MATERIA

UNA vez en su soledad, El quiso meditar. Deseaba recogerse y ordenar las ideas que se le embrollaban en el cerebro. Atenazado por múltiples conceptos, no pudo apresar ninguno para disecarlo por un análisis cerrado. Su deseo de concentración no impidió la danza rápida de sus ideas que, en fuga alocada, huían antes de ser formuladas concretamente. Se fatigó inútilmente en ese juego de cazador sin dar en el blanco. Malhumorado, se tumbô sobre el mostrador de la biblioteca confiando en que la posición horizontal facilitaría su meditación.

Y en esta lucha de clarificaciôn de sus productos cerebrales quedó amodorrado. Se convertía en fácil presa del sueño. La fatiga, la oscuridad, el devaneo de sus neuronas, determinaron su agotamiento físico hasta caer dormido profundamente. Pero el sueño no fué reparador como hubiese deseado. Fué motivo de una agitaciôn constante, causadas por las visiones alucinantes que le convirtieron en espectador y protagonista de aventuras extraordinarias. La fantasía de ese mundo irreal le procuró instantes de excitación y de emoción, tanto de una intensidad dramática, como de serenidad olímpica.

No era ajena a este estado la conversación que sostuvo con el pensamiento, pues el sueño estaba basado en las inquietudes abonadas en su cerebro por su extraño interlocutor. Y en él se vió asediado por una pasiôn de conocimento que le condujo a correr los más escondidos lugares y a visitar personajes representativos de mundos superpuestos. Convertido en adalid del saber se lanzó en pos de

las incógnitas invulnerables, animado de un ardor extraordinario, que sôlo una fecunda imaginación pudo imprimir.

Sigamos su sueño. He ahí que El se encuentra en un lugar desconocido, cuya decoraciôn infunde pavor por sus tonos oscuros y el ambiente de amenaza oculta. Tenîa ante sus ojos un campo desértico que se confundía con el horizonte en la lejanîa. Era una esplanada arenosa, donde no se descubrîa ningún contorno y accidente, ni un relieve animador de la monotonîa del paisaje. Nubes de color violáceo, espesas como si fueran sôlidas, impedían el paso del menor átomo de luz, prestando al lugar el tono de inseguridad, aridez y desolación. Aquello no incitaba a la vida. El ambiente respiraba tristeza y opacidad, comulgando con la decoración. Nada podîa romper el silencio sepulcral reinante. No corrîa la menor brisa que le pusiese en contacto con la vida. La atmósfera era pesada...

El no se arredrô ante la desventaja de encontrarse allí. Tenîa suficiente fuerza interior para no dejarse vencer, por una perspectiva desagradable, e imprimir a su persona el ánimo y la fortaleza de enfrentarse con la situaciôn. Y emprendiô la marcha con paso rápido y firme. ?A dónde? No lo sabîa. Fiado en sus fuerzas se dirigió en línea recta por la llanura.

Después de varias horas de marcha sin rumbo, sin método y sin descanso, se sintió sofocado. La carrera agotadora comenzaba a ser pesada e imposible. Esperanzado en llegar a un punto agradable caminô sin detenerse y ahora las piernas se negaban a continuar el esfuerzo. Y a la fatiga se añadîa el hambre y la sed. El espîritu que le animô comenzô también a flaquear, ante la realidad implacable. El temor invadîa su persona. Ya no era el ánimo quien guiaba su marcha a través del lugar inhóspito, sino el miedo a no verse auxiliado en su triste situación. Se sentía desfallecer de debilidad y de fatiga. Daba traspiés, ebrio de dolor y desesperanza. Y se detuvo.

Miró a su derredor buscando alguien que le precisase su estancia en aquel lugar y le ayudase a soportar la marcha. La mirada era ya una imploraciôn. Pero nada ni nadie advenîa a remontar sus flaquezas, haciéndose solidario de sus tribulaciones. Sôlo estaba a su alcance la monotonía de un suelo amarillento, limpio de vegetaciôn y de vida. En aquel vasto cîrculo formado por la lînea del horizonte,

cual si fuese una placa giratoria, absurda y negativa, no aparecîa ningún testigo de su agotadora marcha. Se sentó, privado de moral.

La atmósfera presentaba ahora un aspecto amenazador. Densos nubarrones anunciaban lluvia, preludiando una tempestad. Un viento fuerte se levantó, como para confirmar esta idea. Las perspectivas devenían más y más sombrîas. Un nuevo factor se acumulaba para entenebrecer el momento. Su inquietud aumentô por las nuevas dificultades surgidas. ?Dônde guarecerse de la tormenta? Y sobre todo, ?dónde restaurar sus fuerzas para presentar cara a la adversidad?

El viento arreció. La humedad de que estaba impregnado presagiaba la proximidad de la tempestad. Y se levantó instintivamente en busca de cobijo. !A casa!, la casa!, murmuraba inconscientemente. Pero ?qué rumbo tomar? ?Hacia dônde dirigirse en aquella soledad? El no descubrîa ni senda ni huella que le facilitasen una direcciôn cualquiera a su caminar errante. Ya no se encontraba con arrestros para emprender la marcha en no importa qué dirección. Querîa medir el esfuerzo. Y a su mente acudió la interrogante de su peregrinación. ?Qué motivo le indujo a realizar este viaje, erizado de obstáculos? Por más que quiso recordar, no supo responder. El mutismo del caudal de sus recuerdos aumentô el carácter sombrîo de sus pensamientos. Y dirigiô nueva ojeada a cuanto le circundaba. La decepción fué su resultado. Sólo la inminencia del peligro le forzó a andar. Avanzaba cansinamente.

Comenzaron a caer gruesas gotas de agua que aliviaron la pesadez del ambiente. Y pudo apagar la sed recogiendo en la palma de las manos el agua y acercando los labios con fruiciôn instintiva. La humedad le procuró un alivio en los primeros instantes que le animô. Mas la lluvia caîa fuerte, degenerando en una gran borrasca, Quedó empapado de agua, sintiendo cómo ésta le penetraba por el cuello, produciéndole una sensaciôn desagradable y que lentamente se escurrîa por todo el cuerpo hasta los pies. Empujado por el huracán, caminaba para escapar a la tormenta tras un refugio imaginario.

Su paso era penoso. Tardo y vacilante. Avanzaba absurdamente con la idea incrustada en su mente del porqué abandonó su hogar. No comprendía qué suerte de espejismo abrigô al decidirse a emprender tamaña empresa. !Cômo lamentaba su escapatoria! Y su

mente evocaba la magnífica habitación, amplia y acogedora. La sensación de bienestar que le inundaba cuando se introducîa entre las sábanas. La exclamación de placer que soltaba cuando se acomodaba horizontalmente. ?Qué influjo recibiô para verse ahora en este estado, hambriento, caminando en la tempestad, sin rumbo y casi sin esperanza? Ya sólo el insconsciente activo le sostenîa y de forma automática echaba las piernas a andar.

La fuerza del huracán le hizo perder el equilibrio. Se viô en el suelo transido de dolor, presa de escalofrîos. Mojado y dolorido iba perdiendo consciencia de sî mismo. Sôlo le perseguía, cual espectro adherido a su persona, la siguiente pregunta exclamada sin interrupción: ?Por qué he salido de casa? !Anda y vuelve a ella! No cabe duda. A El alguien le engañó. ?Cómo iba a ausentarse para encontrarse en un lugar desconocido y en plena tormenta?

La sensaciôn del peligro que corría le incitó a agrupar sus fuerzas y levantarse penosamente. Le era indispensable buscar una choza donde cobijarse, en espera de que la tormenta cesara. Estaba decidido a marchar hasta dar con algo o con alguien. El se salvarîa pese a todas las dificultades. Y avanzaba, dando traspiés, empujado por el viento, en pleno desequilibrio. Cayô nuevamente, derrotado, sin fuerzas para reaccionar, vencido por los elementos. El se aprestó a morir. Bajo la tempestad quedarîa aguardando a la muerte, como motivo de liberación de todos sus dolores. ?Por qué luchar? No intentarîa el menor esfuerzo para salvar su vida. Y se abandonó.

Tranquilo, cerró los ojos, y se dispuso a esperar lo irremediable. Una curiosa sensaciôn de bienestar le invadiô. El frío no le molestaba, ni el hambre. No sentîa ningún malestar. Parecía que, tomada su determinación de morir, habîa abandonado un fardo pesado y la cuna de todos sus sinsabores. Se sentîa más ligero, cual si tocara las fronteras de un mundo menos denso. ?Viviría un nuevo estado más frágil que el anterior, motivando esa sensación de ligereza? ?O era en realidad un peso que doblega a los hombres, esa vida conservadora de los instintos más indómitos y de esperanzas sin valía?

!Qué agradable es morir! — se decía. No sufro dolor ni privación. Se acaban los esfuerzos para vivir a cualquier precio. Brotan en mî sentimientos elevados. La solidaridad humana se me presenta,

como un galardôn de la más alta estima, que planea sobre fronteras ridîculas y sobre estúpidas ideologîas. Realizar el bien es incomparable. La sordidez de los hombres aventura a acciones bajas. No merece la pena vivir en esas condiciones de existencia. !Morir es un placer! — murmuraba. Y tanto temor a la muerte. ! Qué estúpido es el hombre en su instinto vital inmoderado!

El comenzó a delirar. !Brindo a la muerte, a ese retornar al mundo mineral, dando fin a ese accidente que es la vida! !La muerte es la realidad del tiempo y la vida la realidad convencional y pasajera! !Morir es el instante feliz, el momento supremo en que se comulga con el universo, con el todo! Bebed, muchachos! !Quién se atreviô a hablar mal de la Parca! Su abrazo es amoroso y constante. A él debemos entregarnos para encontrar aquéllo que en vida no pudimos conseguir. Apurad la copa que, en su fondo, palpita la eternidad.

Y en su delirio, El divisô una casa que, cercana, se le brindaba a sus esperanzas. Esa alucinación le instigó a la vida. Súbitamente olvidô sus elogios a la muerte para gritar !yo no quiero morir! ?La muerte? Es la negación del universo. ?La muerte? Liquida todo fundamento de elevación del hombre. Corta las esperanzas más risueñas y los deseos más elevados. El se aferraba a la existencia dando gritos de energúmeno o lamentándose amargamente de su triste condiciôn. Y dirigiéndose a los hipotéticos habitantes de su casa imaginaria anunciaba: !nunca más pediré la muerte! !Quiero vivir! Quiso levantarse y no pudo. Intensa fiebre le devoraba. Se arrastró, como una babosa, clamando socorro con frases de desaliento. Recorrió unos metros hasta que un sîncope cortô su reptante andar, dejándole inerte y respirando débilmente.

El huracán ululaba de rabia, como si persiguiera la destrucción de su persona. Le rodeaba, gimiendo mil exclamaciones, tratando de acabar su obra. Y cuando estimó que El entraba en un nuevo estado, se retirô, murmurando, hacia otros lugares. La lluvia cesó de caer y las nubes fueron perdiendo el color violáceo hasta adquirir una tonalidad clara. La atmósfera ya no amenazaba con sus corrientes impetuosas y con sus cataratas abiertas. Y allî quedó yerto e inanimado su cuerpo.

?Qué ha sucedido? El, nota que alguien le reconforta, introdu-

ciéndole un líquido en la boca. Se siente reanimado por el licor y por las frases de aliento que percibe. Todo aquello le invita a la vida con intensidad. Le brota un anhelo interno que le hace renacer y pone en marcha su mecanismo. Se siente revivir y recoge el oxìgeno en sus pulmones ávidamente. Abre los ojos, distinguiendo a un hombre que, amablemente, le reprocha su falta de precaución, al internarse en ese lugar, sin estar pertrechado de cuanto es indispensable para defenderse ante las tempestades. Este viaje es muy largo — le manifiesta quien le ha socorrido, mientras le ayuda a desnudarse y cambiar de ropa. ?No comprendes que la meta está lejana y los obstáculos son poderosos en esta marcha en pos de nuestras finalidades? ?Qué hubiera sido de mî y de tî, si no hubiera transportado mi tienda de campo conmigo? Me hubiera hallado en las mismas condiciones que te he encontrado.

El presta atenciôn a cuanto le indica el desconocido, pero no comprende. ?De qué viaje habla su accidental compañero? El nada recuerda. Sorprendido, pregunta de qué viaje se trata. Aquel sonríe y calla. No te impacientes — exclama. Luego, en voz baja le dice — descansa. Charlaremos más tarde — le anuncia. Y le coge cariñosamente la cabeza para colocársela en su regazo. El, agotado por las penalidades sufridas, se duerme sonriendo.

?Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe, pero se siente descansado. Se despierta y se despereza. Ve a su compañero que le observa. Este le pregunta ?cómo te llamas? Responde: El. ?Y no sabes a qué has venido a esta tierra inhóspita? — le interroga. El no recuerda y dice: no sé. Es curioso. Pretendo recordar, pero no puedo. Una especie de niebla me impide remembrar el motivo de mi estancia aquí.

A mî me llaman Emilio — comenzó éste. Salí de viaje con una idea fija, impelido por una ambición extrema. El principio de la vida siempre se me ha representado como una incôgnita interesante a descubrir, atormentándome en mis inquietudes intelectuales. Insatisfecho de cuanto me enseñaron acerca de este singular principio, me apresté a descubrirlo — estimé favorecer trascendentales motivos de la humanidad futura — preparándome a la marcha por el tiempo, conscientemente, estudiando en detalle el itinerario y pergeñándo los prepara-

tivos. Acumulé un material considerable, porque estimé su importancia y su duración. La vida en el laboratorio, pese a su importancia en la clasificaciôn de datos y análisis valiosos, era incompleta para abarcar la magnîfica sîntesis de lo inexistencial. Consideré que una excursiôn por el globo aumentarîa las probabilidades de captar ese principio. Era indispensable la exploración de los seres vivos y de la variedad ambiental en las latitudes de toda la fauna y flora planetaria. En la heterogeneidad del medio cifraba la esperanza de hallar la línea evolutiva del planeta y de las especies, acaparando el momento capital en que una asociación molecular, por un mecanismo especîfico, se reproduce y adquiere movimiento.

Mi deseo era frenético por transcribir ese instante que ha hecho cambiar el aspecto de la materia. Donde hay vida hallamos intensidad, emoción, sentimiento. La vida es productora de una evoluciôn acelerada. Las formas vivas varían con mucha más rapidez que en el mundo inorgánico, cuya lentitud transformadora es universal. La metamorfosis de lo inorgánico es casi imperceptible en el lapso de la historia de un hombre. La vida produce un espectáculo más atractivo en el ambiente, ornando los lugares de movimiento y de color. ?Qué serîa de los lugares poéticos, como salvajes, sin las formas animales y vegetales? Las formas muertas no pueden emocionar como el canto de los pájaros, el colorido y formas de las plantas y de las flores, la majestuosidad y elegancia de los árboles, la vivacidad y el lenguaje de los animales. Sin las formas vivas, el planeta tendrîa el aspecto nada acogedor de este trozo de tierra que nos rodea. Serîa un lugar tenebroso, donde no palpita nada y donde todo es soledad macabra. La aridez de un campo sin vida es el reflejo de un universo sin animaciôn, adscrito a una evoluciôn lentísima, cuyo decorado no se modifica durante siglos.

La vida — declamaba con alma de poeta — facilita los paisajes sonrientes. Modifica con sus ciclos tîpicos el medio habitado por el hombre. Ameniza la existencia universal imprimiéndola el contraste y la variedad. Presenta motivos heterogéneos que significan inmensas riquezas de formas y de contenido. Su aparición determinó procesos rápidos en las combinaciones químicas del globo. Convirtiô este mundo en un gigantesco crisol que sirve de laboratorio a la confección

de la escala animal, con todas sus variedades específicas. Ha procurado la consciencia y el medio de medir la belleza, de buscarla y desearla. Ha iniciado tímidamente la etapa de la solidaridad, como fórmula más elegante para defenderse y de continuarse. Anunció el reinado de la sabiduría en el universo, motivo de una suprema belleza de sus formas. Columbró estados humanos de una poesía sin límites, donde el alma se embriagara en la existencia. Suaves contrastes aportarían el incentivo de la variación que es ley progresiva, como el contraste duro muestra los extremos de la intensidad vital. Amar, sentir, emocionarse, son sus atributos, dignos de una escuela superior y propios de su realidad. El sentimiento alimenta en la vida instantes intensos, salpicándola de hechos morales, con la misma afirmación que la vida alimenta en el paisaje lo florido y agradable. Es cuna de los sentimientos elevados que han hecho brillar con tonalidades perlíferas el futuro del hombre, influído por estos rasgos de un valor indefinible.

¡Noble vida! Cúspide de una evolución planetaria que, a través de altibajos, ha escrito una historia profunda y abundante. ¿Cómo no inquirir su origen con la finalidad de acelerar el desarrollo pleno de la individualidad y el de la propia evolución? ¿Cómo no interesarse en descubrir el nacimiento de una fuente que ha producido licores de todos los sabores, gustados por el hombre en su ineludible condición de trashumante?

Este afán pues me infundió las fuerzas para la marcha. Mi paso fué lento en la primera parte de mi carrera, atravesando montes y llanos, en pos de ese principio. He franqueado ríos caudalosos y arroyos serpenteantes que animaban los paisajes. Después aceleré mi velocidad de conocimiento empleando todos los medios que la ciencia humana ponía en manos. Las canoas, los automóviles, los aviones, secundaron mis trabajos. Llevo ya siglos de viaje por el planeta, acercándome más y más a mis finalidades. Mi caudal de observaciones ha aumentado de una forma interesante. El resultado de mi esfuerzo es prometedor. Por ello, vibra con más fuerza mi entusiasmo a medida de mi caminar por el tiempo.

Y cuando mi esperanza era mayor para conseguir mis deseos, llegué a esta superficie interminable, carente de variedad y de animación. Los días se han sucedido monótonos sin que la decoración

se modificase mînimamente, cual si se me quisiera ocultar el primer fundamento de toda la trama biolôgica. Y en este terreno exhausto he avanzado animoso, abandonando de hora en hora los pertrechos que conmigo acarreaba, restándome aquéllo más indispensable para continuar mi ambiciosa marcha. Asî me introduje más y más en este lugar inexplorado, sin semejanza a los que anteriormente recorrî. Sólo se me han presentado, como lazo de unión con la tierra que vivîamos, la tempestad y el espacio embrumado.

Y tú ?cômo has llegado hasta aquî? — inquirió Emilio curioso. ?Llevas mucho tiempo en este punto? ?También has abandonado todo por perseguir el éxito en tu viaje? ?Y qué objetivos te has impuesto? ?Creîste medir el tiempo para avanzar sin más preparación, sino guiado por una pasión? Anda; explica.

La narraciôn de Emilio fué desvelando en El los motivos que le indujeron a emprender la aventura extraordinaria. Al sentirse interrogado respondió con benevolencia a su eventual compañero:

— Escuchando tus explicaciones sobre los motivos motores de tu empresa, me han recordado los que influyeron en la mía. Sin embargo, no colijo la forma de mi llegada aquî. Me hallaba en mi hogar analizando conceptos fîsicos que revelan el carácter unitario de la materia, cuando sentî un irresistible impulso de conocer el principio de la materia. Ansiaba presentar esta incôgnita a los hombres para aliviarles de un peso que a través de su historia intelectual ha recargado sus especulaciones. Sentir el deseo y hallarme transportado súbitamente a esta llanura fué objeto de un instante. Surgî aquî como brotado del suelo.

No puedo negar el efecto sombrío que me causô esta perspectiva nada halagüeña, donde nada descubro, ni nada viviente se manifiesta. Me sorprendî por la novedad, pero no me asusté. Optimista por temperamento, confié en mis fuerzas y he marchado largo tiempo sin dirección. Todo se confabulaba para perderme en este cîrculo desértico que nos marca el horizonte. Marché y marché sin arredrarme, falto de la elemental orientaciôn. Y en mi andar absurdo olvidé el porqué de mi presencia. Perdî mi norte espiritual y ya sin rumbo y sin esperanza, la debilidad y la fatiga me vencieron. La tempestad vino a sentar una nota más grave a la situación, rompiendo toda fuer-

za moral. Vencido me abandoné en un gesto de impotencia. Buscaba liberarme del sufrimiento aceptando la muerte, casi con alegría. El tormento del dolor físico y la eliminaciôn de todo conato de fuerza moral, me representaron la imagen de la muerte, como una realidad liberadora. Afortunadamente, llegaste tú a reconfortarme y a amar nuevamente a la vida y sus tribulaciones, sus dolores y sus esperanzas.

He comprobado que perseguimos objetivos complementarios. Tu encuentro es un acicate para descubrirme aquel hombre que en su casa sucumbiô al magnetismo de descubrir el enigma de la materia. Presumo que eres persona experimentada en la exploración por tu largo e inacabado viaje y portadora de abundante documentación. Podrîamos viajar juntos y apoyarnos mutuamente en la empresa. Tú quieres captar el principio de la vida y yo el universal. Intercambiemos cuanto pueda ser útil a ambos, en el camino del descubrimiento, y prosigamos codo a codo este difícil objetivo. Y si estás de acuerdo, adelante amigo. Las fuerzas del espîritu colaborarán en nuestro trabajo.

Emilio le prestó ayuda para ponerse de pie. Respondió amablemente a su deseo, alentándole para continuar la errante marcha y anunciándole que su suerte quedada ligada a la de él. Su intelecto y su experiencia ponía al servicio común, estimando a la solidaridad espiritual y material, como el arma más potente para dominar las alternativas que se le presentaban al hombre en el tiempo. Y sellaron este consorcio humano con un abrazo emocionado. Cogidos del brazo, gravemente, echaron a andar.

El estudiaba a su amigo descubriendo detalles que ennoblecían la personalidad. Le estimô como un tipo simpático. Muy espiritual e inteligente. Comentaba con sencillez y profundidad la vida social de los hombres, salpicando sus notas con una ironîa fina, a flor de labios, que aumentaba el interés de la conversaciôn. Presto a presentar una caricatura del hombre múltiple, habitante del planeta, decía con tono natural:

— El hombre es un bîpedo muy curioso. Reacciona de las formas más absurdas y extremas, carente del espíritu de la medida más elemental. No sabe ser prudente en sus manifestaciones. Persigue las ideas de una forma alocada y los deseos los satisface inmoderadamente.

Receptáculo de toda una gama de sentimientos, es juguete de sus acordes multiformes, cual instrumento de música que emite los tonos más insospechados. O es juguete de un equilibrio de fuerzas que apaga las reacciones violentas, pero donde otras pululan también con vigor.

Estas variaciones y contradicciones en la forma de ser del hombre, han determinado los calificativos más extremos y hasta antinómicos, cuando se ha querido hacer la pintura de su persona. Se ha escrito que el hombre no es ángel ni bestia. Otros han dicho que es ángel y bestia. También se le ha imaginado, como elemento neutro que llega totalmente virgen al dintel de la vida. Estos grafismos son absolutos, totalitarios e incompletos. El hombre es todo lo imaginable, menos elemento neutro. Es ángel, bestia, demonio, dios y, de escuchar su verborrea diabólica, un ser comprensivo, tolerante acerca de las realidades humanas. Es capaz de la comedia mejor interpretada, porque traduce su propia vida, representando el papel de sus fuerzas internas. Se siente protagonista de las más dispares personalidades. En sociedad, es un actor consumado. En todo tiempo se engaña a sí mismo y a los demás. Se siente aristócrata intelectual, noble, usa de las maneras refinadas, creyendo colmar el abismo que existe entre el ángel y la bestia. Juega tanto su papel que cree encarnarlo. Sólo las dificultades de la vida hacia todo ser, echan por tierra la pantalla montada sin consistencia, descubriendo al desnudo la personalidad intrînseca del hombre. No obstante, recomienza su juego con arte a la menor ocasiôn.

El contraste en el hombre alcanza modalidades de una alta significaciôn a causa de la variedad con que se disfraza. Intérprete de las personalidades más contradictorias, las revive todas con maestrîa, bien que una personalidad le caracterice más que las otras. Tiene tendencia a una personalidad dominante, representada con más pasión y mayor naturalidad.

Cuando se siente abocado al cuarto de hora del idealismo, provocado por visiones y contrastes vitales, es capaz de todo renunciación y de perseguir bellezas sin lîmites. Se entrega ciego a la influencia bienhechora del ideal. Alcanza la sublimidad por el embrujo del ideal. ?Quién no ha obrado con entusiasmo y sacrificio, hipnotizado

por el sortilegio de una concepción, aceptada sin haber revisado sus enunciados? El ideal ha sido representado como el compendio de un mundo bello y armónico que debía encarnarse, sirviendo de punto de partida en pos de la perfecciôn humana. La fealdad de ciertas acciones le impelían a colegir un futuro, arbitrado por la elegancia espiritual y la belleza de los actos.

Materialista, la vida la reduce a un complejo de necesidades que, tiránicas, le sumen en una existencia de trabajo y esclavitud, sentando el principio de la inmoralidad en la esencia de la propia vida, ya que ésta es portadora del germen brutal que convierte al planeta en una inmensa jungla. Su persona es un canal irrigador donde se traslucen los deseos humanos, naturales como artificiales. Dominado por el materialismo, asimila el concepto vital a una cifra y un barômetro que acusan bruscos movimientos. Y en la aplicación de sus deseos materialistas se comporta con más fuerza que en sus consecuciones idealistas, porque el motor humano interviene con toda su potencia para conseguir sus propósitos. ?No ha considerado al ideal, en su esencia, como un sueño despierto?

Político, asume sistemas con la convicción de que no podrá aplicarlos. Del sistema perfeccionado al hecho de su carnificación, hay un espacio infranqueable que él sabe imposible salvarlo. Pero persiste en su juego político, porque el hombre necesita de alucinaciones mentales que afiancen aún más el atenazante espîritu de conservaciôn. Viste sus alucinaciones de risueños conceptos y de mundos idílicos. Puede predicar doctrinas humanistas y filosofías más o menos truncadas, sentimentales, eternizarse buscando la perfecciôn social, sin comprenderse a sí mismo, influenciado únicamente por la imperfección societaria — suma de las imperfecciones individuales —, esperando agrupar las masas tras sus concepciones, pero la realidad dibuja las sociedades en juguetes de altos intereses, solidarios entre sí en diversos instantes de la historia, que dominan universalmente. Los hombres caen en la tupida red que fabrican estos intereses, a veces aun sin saberlo, demostrándose casos en que el ideal ha servido a intereses particularistas. Tal es el poder de los mismos en nuestro mundo civilizado, que todo corre a su derredor, obligando a toda doctrina a crear nuevos intereses, si quieren ser mal impuestas. La

polîtica y la religión son ejemplos vivos de la defensa de intereses legitimados o no.

Artista, sucumbe ante su morbo creador. Comulga con la inspiración en abrazo eterno. Su vida es un parto continuo. Doloroso y profundo en ocasiones, las más una forma organizada de la existencia. Una pose ante sí mismo y ante el público. Se exalta por un sentimiento que percibe al análisis de la vida y de los hombres y que quiere transcribirlo en el lienzo, en la prosa, en la poesía o en otro motivo artîstico. Pero !cuán difícil es modular la idea que se forjó el artista en el cerebro! Al ser ésta encarnada pierde su forma primitiva, siendo al final un resultado lejano de la idea imaginada. El arte es una muestra, como la polîtica y la religiôn, de la dificultad de carnificar una idea, cual si pretendiera demostrarle al hombre determinados imposibles. Pero él persiste presa de la inspiración y del sentimiento, como de la necesidad de ser original y hablar para la eternidad.

Científico, se organiza para la investigación, el cálculo y la manipulación de mecanismos complejos, en un errar tras fórmulas creadas por su cerebro. Ha estimado a la ciencia como motora salvasociedades y se entrega con pasión creciente a su demoníaco influjo. Y sin medida se lanza en la dirección de la ciencia a través de todas las dificultades humanas. Y en este hurgar de los fenómenos naturales y biológicos, cataloga al hombre y lo calza con un pié determinado, metodizando además toda producción susceptible de encaminarle hacia el advenimiento de los caros descubrimientos entrevistos por su imaginación científica.

Criminal, establece una escala, desde el crimen correcto a ejecuciôn inteligente y trama bien montada, hasta el crimen que es nueva ediciôn de aquéllos de la selva, donde no existe ningún preparativo. En el aspecto de la criminalidad, el hombre camina hacia formas refinadas que reflejan estudio y preparación ejemplares, como morbosidad fuerte. La gama es riquîsima en esta población creciente constantemente, cual si buscara el comensalismo con el resto de la población. Todos los pertrechos ingeniosos son buenos para cumplir la fatal resolución. Taras, predisposición, circunstancias, hacen florecer apasionadas encuestas policíacas. La criminologîa se ha convertido

en una ciencia analítica del dominio de la medicina, de la psicología y de la sociología.

Amoroso, emplea unos artificios desconcertantes buscando conseguir el objetivo. Los modales adquieren cierta elegancia, el lenguaje más correcto, las acciones son galantes. Jamás se presenta ante su pareja tal cual es, con todos sus vicios y virtudes. Se presenta digno y caballero. Oculta la verdadera personalidad, aquélla dominante, demostrando cualidades que sólo circunstancialmente y por motivos interesados reaparecen en su persona. La pareja se engaña mutuamente en un juego fatal. Y siendo el amor uno de los motores más activos del individuo, no se comprende cómo no radica ahí la máxima sinceridad para no forjarse ilusiones baldías que oscurecen el otoño de la vida y hacen sufrir choques psicológicos de gran potencia, cuyas huellas perduran en el resto de la historia individual. Pero se ha sentido juglar en el juego del amor y persiste con entereza, pese a todos los fracasos sufridos. En este coloquio activo y emprendedor, nadie escarmienta en cabeza ajena, repitiéndose la leyenda, el placer y la tragedia del amor, en una edición perpetua. Esta es la tragedia del matrimonio. El hombre y la mujer no se conocieron al presentarse, porque se negaron a sí mismos, en su mutuo disfraz.

Sólo se sentían movidos por el incentivo de la posesión, ante la cual no escatimaron en unirse estrechamente. Naturalmente, luego es tarde para rectificar. Amistades, prejuicios, nuevos amores que pueden escaldar a los amantes, implican la continuidad del yugo, uncidos a un carro común, camino de la vejez, colmando su vida de melancolías y de desilusiones. Por ley de inercia, quedan abocados a la conformidad, en el desgranar de los años.

Envidioso, es capaz de las mayores impertinencias y bajezas. La envidia le alienta actos repugnantes. Se convierte en un ser carente de las más elementales nobleza. Pierde el carácter atractivo de la humanidad sencilla y simpática. Se atormenta penosamente por su impotencia y dibuja una personalidad despreciativa y pervertida por sus insanos propósitos.

Y en sociedad, viviendo actos colectivos donde se encuentra reunido con gran número de sus semejantes, el hombre se comporta de muy diversas maneras. Representa diversos caracteres contradictorios,

cual si buscase en sus personalidades contrastes y pluralismos.

En una manifestaciôn religiosa parece un ente sumiso, incapaz de producir el menor daño al prójimo, tal es su mansedumbre. Se le podrîa considerar como un ser dominado por visiones paradisíacas, arrepentido totalmente de sus faltas más ligeras. La oración de gracias parece incrustársele en lo más hondo de su yo para esculpir a un hombre, atento a todas las miserias humanas y a todas las bellezas que las visiones teológicas presentan.

En una manifestaciôn polîtica es agresivo y reivindicador. Está desencadenado, porque se estima zaherido por una sociedad madrastra o incomprensiva ante sus males y dolores. Despotrica contra todo lo organizado, estimándole como fundamento de su desgraciada condición. Quien no piense como él es un factor nocivo en la realizaciôn de sus sueños.

En el teatro, lugar de reunión de elementos que pretenden conocer las producciones humanas, el empaque demostrado hace sonreir. Adquiere poses estudiadas de elegancia discutible y se mueven artificiosamente, como si gravitaran en un mundo supersensible. Ahî se hace melifluo y servicial. Parece indicar, dado el aparato revestido, que en la sociedad ha desaparecido todo conato de rivalidad y que el mundo idílico está aparentado a esos instantes. Todo es gracia, donaire, ironía, sonrisas, insinuaciones, ingenio, cuanto alimenta y sazona una vida que se aleja y esquiva la realidad.

En las manifestaciones deportivas, el espîritu combativo se desgrana en gritos y gestos. Son unos derivativos excelentes para el afán de lucha que le anima, como un motivo de salud si profesa. Difícilmente, el hombre pierde la combatividad, pese a una sociedad organizada para frenar los impulsos de una vitalidad sin límites.

En las diversiones fuertes, como la corrida de toros, el sadismo y la morbosidad de las almas adquieren expresión en el espectáculo de una lidia, donde el hombre o el toro muere. Nadie desea que el hombre muera, pero quiere vérsele entre las astas del toro, para gozar de una emoción, rozando su frágil pecho en la penetrante defensa de la res. Y lanzan exclamaciones estrepitosas por el valor con que afrontan la muerte, el hombre consciente y el animal inconscientemente. Gustan del penetrante olor de la sangre, cual si se representaran su

pasado con sus atavismos y resabios ancestrales. Olvidan en ese ambiente bullanguero que la muerte aletea en el ruedo, acechando con su guadaña, la menor torpeza, y segar a la vida un equilibrio orgánico.

No obstante, a pesar de toda esta rica variedad de personalidades y de pasiones que anidan en el hombre, sôlo es temible cuando una pasiôn le domina. Entonces es peligroso, porque toda la potencia de su ser la pone al servicio de la pasión. Vive por y para ella, quedando anulada toda otra actividad. Pero influenciado sucesivamente por una cadena de pasiones, éstas no brotan con aquella virulencia como para reinar resueltamente en el individuo. Vemos que unas a otras se neutralizan, modelando un ser inconstante, juguete de esas variantes. El hombre es eso, una variante continua que desconcierta por su fragilidad en la mayoría de los individuos. Su existencia es una revalorización y una negación de sí mismo, donde la penetración es difícil para indicar las leyes que guían el mundo físico y el psíquico. Han existido pasiones fuertes, características de verdaderas individualidades, creando en su derredor leyendas que desafían a los siglos. Pero la limitaciôn pasional es un progreso en la ascensiôn del hombre por los recovecos del universo. Saber graduar las pasiones sería un gran descubrimiento, porque entregarse a una sola pasión ha dejado incompleta la trayectoria de un hombre.

Un ejemplo de pasión es nuestro encuentro aquí. ?Por qué este viaje de obsesión? ?Qué influencia instantánea habrá concurrido para que se fuera forjando esa necesidad inapelable? Cuando nos analizamos y cuando analizamos las posibilidades a mano de nuestros tentáculos espirituales, en el fondo no creemos que conseguiremos conocer, ni tú el principio de la materia ni yo el principio de la vida. ?No opinas que esos principios son pura metafísica, que son motores impulsores del hombre al conocimiento? Y si no son entidades metafísicas — un lenguaje de expresión nada más —, me atrevo a insinuar que no serán del dominio humano, como una luz procedente de los abismos. ?Por qué empecinarnos en querer descubrir estos hechos que, en cierto modo, dimanan de lo absoluto? Sin embargo, animados por la pasiôn del conocimiento nos entregamos a esta tarea, como un deber marcado a nosotros mismos, como una cuestiôn de pundonor. E ima-

gînate este descubrimiento, ?crées que por ello se resolverían nuestras miserias intelectuales? Entonces, nuestras tribulaciones intelectuales buscarían inmediatamente otro principio de inquietud. No somos razonables en nuestros deseos. Lo absoluto — imagen de la ilimitación — nos incita a una marcha tenebrosa en el dédalo del mundo exterior. Es una excitación propulsiva del carácter humano. Verbigracia, cuando amamos, quisiéramos eternizar el momento, sin comprender esa imposibilidad, pero somos asî. Las pasiones sin límites abocan a los extremos.

Y aquî nos tienes jugando el papel de sabios, queriendo resolver principios de carácter absoluto. Menos mal que admitimos la crítica de nuestras pasiones y comprendemos lo lejano de sus límites. Pero nuestra pasión no deja de ser un quijotismo intelectual. Somos desconcertantes en nuestros designios. Nada nos arredra. Ni el tiempo ni los obstáculos. Embebidos en este viaje olvidamos que, quizás, el hombre nos mirará mañana con conmiseración, anunciando nuestra locura. Y nosotros obcecados en luchar con el universo para arrancarle los supremos secretos, creyendo que éstos cambiarán la faz del hombre y la del propio universo. No sé si es un rasgo de genialoides o de lunáticos que vislumbran finalidades derivadas de imaginaciones delirantes. El caso es que nos sacrificamos por esta pasión, con la misma fe y constancia que los religiosos tocados por el virus de la abstinencia y del retiro, en la esperanza de mejor comulgar con el ser divino y obtener su gracia. Somos en el fondo unos enfermos incurables. !Pobres paranoicos! ?Pero no será el rasgo genial producto de un desequilibrio? ?Y que la mediocridad se adueña de los seres bien equilibrados? Por lo menos, el genio brota en momentos de intensa excitaciôn o de estados de alma especiales.

Es posible, quizás — respondió El con aire distraîdo. Perdona que no insista sobre estos motivos. Estoy intrigado. He creîdo escuchar un murmullo de voces humanas, un rumor de voces aisladas. Prestemos atención y escuchemos.

Pararon de andar y aguzaron los oídos para recoger toda vibración sonora. Y entonces captaron los sonidos de una voz que se dirigía a ellos.

II

DIOS EXPONE SU ESTADO

Adónde os dirigís viajeros fatigados? ?Cómo venîs a estos parajes solitarios donde reina el desaliento y la muerte? ?Serios motivos han debido influenciaros para emprender este viaje sin retorno? Desconocéis, sin duda, que vuestra penetración en este campo os imposibilita revivir vuestra vida anterior. Si arrepentidos deseáis volver a vuestro lar, os guiaré por el único sendero conductor a las tierras que habéis habitado. Permanezco aquî desde hace miles de años y os puedo ser útil a todas luces. !Pobres hombres sin rumbo y sin esperanza!

— ?Y quién eres para hablarnos asî? preguntó El.

— Soy Dios. Humildemente, estoy a vuestro servicio.

— ?Qué Dios eres? inquirieron los dos amigos.

— El único. Soy el ser creado por la inspiraciôn humana cuando ésta caminaba hacia la abstracción suma y, como tal, me ha columbrado. Soy el ûnico, porque mi realidad no puede admitir principios eternos que coexistan conmigo. Mi ser es el fundamento cósmico y en mî está enclavado todo: la materia y el espíritu, la sabiduría, la omnipotencia, la libertad y la eternidad. Mi existencia ha sido dictada por la razón, como corolario y broche del mundo de las ideas. Soy una prueba del razonamiento metafîsico en cuanto los hombres abandonáis las apariencias, porque el ámbito de vuestra sensibilidad alimenta sombras y no cuerpos. Cuando penetráis en el campo del razonamiento y escarbáis en las ideas que son reflejo elevado de las apariencias, brotan en vuestros cerebros los conceptos eternos y yo como aglutinador de aquéllos. No olvidéis que la idea es fruto del espîritu — yo —, fundamento eterno del cosmos. Así nací. Luego, por mî no soy, sino por vuestra disposición inteligible.

Creasteis mi persona pretextando la necesidad de ordenar el mundo exterior y de dirigirlo hacia finalidades eternas. Me procurasteis un vestuario que enriquecîa mi ser con perfecciones anheladas por vuestra humana ambiciôn. Vuestra imperfección buscaba alguien perfecto. Vuestra esclavitud corrîa en pos de la libertad y ésta la

formulabais en mi creación. Vuestro deseo de eternidad tenîa que encarnarlo y también recayó en mí. Vuestra personalidad vacilante — negación de ese carácter de reciedad en la virtud y en el diario vivir — os procuraba una debilidad que resalta en todo instante de vuestro drama celular. Y esa personalidad profunda y vibrante la inferisteis en mi afirmaciôn. Vuestra torpe sabiduría — medios de acción impropios de las finalidades que perseguîs, cual si no pudiera manejar vuestras propias fuerzas — me aplicó la sabiduría capaz de obtener los mismos fines con medios sencillos. En mî originasteis el ser que, abarcando la inmensidad, se presentaba ante el hombre blandiendo el emblema de la perfección.

Pero al correr del tiempo, hurgando en la vida humana y en sus ricos contrastes, como asimismo en su producciôn intelectual, comprendí que yo era un ser muy incompleto. Mi persona se enriquecía en conocimientos y en sabiduría a medida que el pensamiento prestaba nuevas declaraciones sobre las realidades universales. La noción de perfección se esfumaba ante mi propio análisis. Naturalmente, existîa un fallo en mi pretendida perfección. Si hubiese sido perfecto nada tenîa a aprender, ni a observar. ?Cómo acaecía entonces que yo también era un discîpulo modelable en el tiempo? Me ví rebajado ante mî mismo y lloré con lágrimas de amargura profunda.

Aquéllo fué una revelaciôn. Sacudió mi personalidad con fuerza hasta el punto que hizo bullir en mi inteligencia el concepto mîtico de mi realidad. ?Seré un mito? — me interrogaba constantemente. ?Una fantasía de los razonamientos intrincados del hombre, cuando quiere responder a la visión de los conceptos universales? Este busca, rebusca, analiza y responde con tal sinceridad, que impone. Sus conclusiones las fundamenta con ardor, enjuiciando con una lógica, a primera vista, aplastante. Y en este autoanálisis, las dudas se fueron disipando para dejar paso a la certidumbre. Comprendî que soy un mito. El hombre me creó y tomé en serio — él también — mi papel de árbitro y de dueño de los universos. El poder sugestivo e hipnotizador de las doctrinas encarna perfectamente en la consubstancialidad de los seres humanos.

Cruel decepción embargô mis sentidos cuando me confesé un mito. Después de ser el centro de todas las miras, cómo me dolía

representar una abstracción. Me estimé el creador universal y sólo era un reflejo intelectual del hombre. Era una especie de proyecciôn ideal a través del tiempo, en una de las fugas de sus modismos doctrinales. Apesadumbrado, pedî mi retiro al objeto de ocultar mi desgracia. Pero para vergüenza mía el hombre no me borra, sino que me anima a continuar formando parte de sus producciones intelectuales. Y en muchos lugares me presenta como un ente del pasado que duerme en un museo ideológico. Y aquí me tenéis cumpliendo la misión encomendada — anunció bajando la voz, avergonzado.

Los hombres me han colocado aquí para acompañar un trozo del trayecto a aquellos viajeros que atraviesan este lugar, camino del conocimiento. El viaje está erizado de dificultades y no tiene meta. Los viajeros mueren en el trayecto, unos arrepentidos por su audacia, otros, satisfechos por ahondar en el abismo incognital. La travesía de este terreno de mi competencia es dura, porque cuesta eliminar la sensación de eternidad que palpita. La oscuridad no es propia para permitir el avance rápido hacia los objetivos.

Tengo la misiôn de reconfortar a quienes me piden ayuda. Me presto generoso, porque me siento aislado y necesito compañía para soportar mi existencia. Muchos viajeros han pasado por aquî : harapientos, elegantes, orgullosos y humildes. Unos se han detenido por no atreverse a afrontar las dificultades de su carrera. Otros han continuado, después de haber monologado en voz baja juicios a mi respecto. He pretendido ayudar a todos. Algunos no tenían necesidad : me han rechazado. Eran más inteligentes que yo y su poder era mayor que el mîo.

Sobre estos últimos insistía especialmente para que abandonaran la idea de la empresa, expresándoles en todo detalle mi existencia y el poder de mis atributos. Y en mi conversación, olvidando toda medida, por el influjo del papel a representar, abandonaba cuanto aprendî en el tiempo y me remitîa a mis primeras épocas de dominio y de saber. Entonces, dirigiéndome una mirada compasiva se alejaban de mí mascullando: !Pobre Dios, obligado eternamente a periclitar en esta banda de terreno, estéril como una roca volcánica, en espera del viajero que se detenga a interrogarle sobre las dificultades humanas, incapaz de rebelarse contra su estado! Cree conservar la

sabiduría universal y sabe menos que nosotros. Está atacado de antediluvismo intelectual, remedando a los cerebros obtusos que reinaron en las épocas anteriores al diluvio.

Primeramente, no niego, este lenguaje me ofendîa. Amontonaba obstáculos sobre obstáculos, buscando la renunciación de sus designios. No asimilaba el que me abandonaran por otros conceptos. Me revelaba ante esta perspectiva, acostumbrado a que todo viajero abrevara en mis aguas, sonriente y satisfecho. Le serví al hombre durante largo tiempo y ante mis representantes se arrodilló en acción de gracias, por mi saber y por mis atributos morales. Y no admitîa que nadie se permitiese, audazmente, preguntarme motivos universales a los que no me es dable responder y menos que, por sî mismos, buscaran la respuesta.

Comenzó a devorarme una sorda irritaciôn contra el hombre. Presentía su alejamiento de mi influencia. Y él era cada dîa más exigente en sus apreciaciones. La irritación se fué convirtiendo en temor, a causa de los progresos obtenidos en sus trabajos. Una lucha estalló entre el hombre y yo, unas veces franca, otras subterránea. Pero en mi subconsciente surgîa mi aislamiento, como un castigo de mî mismo, por mi poca prestancia para modificar ágilmente mi propia esencia y lo poco arrogante de mi conducta.

Ahora, después de muchos siglos de tarea, los viajeros me saludan correctos, me dan las gracias por la compañîa que les brindo y siguen su viaje, casi sin hacer comentarios, como si me negaran capacidad para comprender sus inquietudes y aconsejarles en sus tribulaciones. Desalentado, vuelvo a mi puesto, porque descubro en sus sonrisas, lastimeras en unos y despreciativas en otros, la compasión que les merezco. Este rincón tétrico es testigo de la ambiciôn humana en su afán de conocimiento y de mi aislamiento.

Os juro — continuó Dios animado — que cumplî los objetivos prescritos en vuestros primeros discernimientos sobre los problemas universales. Y en ciertos instantes, con creces, pues desperté en los hombres sentimientos nobles. Ante su visión atônita perfilé horizontes magnîficos de extensión y de elevación. Les hice ser mejores por el respeto al prójimo que les inculqué. Impedí que sus pasiones se desataran en todo instante, oponiéndoles mi dique moral como freno, muy

limitado pero beneficioso. Así pude evitar sus explosiones animales intensas impeliéndoles hacia la sociabilidad y la razón. Y hubo momentos en su historia que estaban agradecidos de mi influencia en el planeta, como por la sombra protectora con que les envolvía.

Pero acaeció un hecho que tuvo connsecuencias fatales para mi reinado. Unos cerebros potentes produjeron reflejos que tuvieron la virtud de ensanchar el límite de lo conocido y de lo cognoscible, aventurándose en terrenos vîrgenes, cuyo desbrozamiento era ya un poema de estudio y de trabajo. Sentaron nuevos métodos y nuevos principios, aventajándome en la explicación de los fenómenos naturales. Ante esta incursión del hombre por campos que podrían revelar mi carácter exacto, me defendî bravamente. Sostuve las polémicas más atrevidas para demostrar mi existencia hasta, como entidad humana, en virtud de la trinidad. Compilé pruebas metafîsicas, morales y hasta históricas para derrotar a los adversarios con una documentación abundante. El verbo y la pluma fueron empleados ardientemente en favor de mi causa. Aparecen ediciones, primero manuscritas, luego en caracteres de imprenta, de tratados, poemas, himnos, novelas, obras de teatro, que defienden a Dios y a sus atributos. La pintura, la escultura y la arquitectura son auxiliares preciosos en la lucha.

Aquéllo era de una belleza máxima. A la elegancia de las formas, añadíase la estética que resaltaba en la esencia de esos trabajos. El poeta, el sacerdote, el filósofo, el pintor, el escultor, el arquitecto, el compositor, culminan en obras que son modelos de inteligencia y de arte. Todos los argumentos quintaesenciados dibujan mi existencia, edificando sólidas bases al divinismo. El poder persuasivo de tales trabajos me sorprendîa a mí mismo. ?De dônde sacarîa el hombre esos recursos de imaginación, de figura y de sentimiento? Como demostraciôn de la manera diabólica con que revestîan sus razonamientos, voy a citaros frases que me conmovieron hondamente. Decîan: «Sé que soy, pero qué soy. Un ser que duda, luego un ser imperfecto. Ahora bien, no puedo concebir mi imperfección sin descubrir el ser infinitamente perfecto. Y esta idea no puede proceder de mî mismo, porque soy imperfecto, ni del mundo exterior que es más imperfecto todavîa. Es preciso que proceda del ser perfecto». !Ah,

ilustres frases del cartesianismo! !Qué emoción entrañable produjeron en mî! A su autor lo estimé como el amigo más leal.

Cuando se apagó el fragor de la lucha y el entusiasmo fué decreciendo, me atreví a criticar la frase *sin descubrir el ser infinitamente perfecto*. Me roía el cerebro la idea del móvil que pudo influir en el autor para intercalar ese *infinitamente perfecto*. Luego pasé a esta otra: *es preciso que proceda del ser perfecto*. ?Por qué ese *es preciso*? Me debatía en este espîritu crîtico de mi propia personalidad, pues se iba perfilando la poca solidez de esos argumentos, que tenían origen en razonamientos retorcidos. La pretensión de un ser capaz de encerrar el mundo exterior y el introspectivo es una idea simple, pero improbable. Bullîan pues en mi cerebro impresiones que me desnudaban hasta conocer perfectamente mi silueta. Y en la lejanîa distinguía la época en que quedarîa eliminado de la producciôn intelectual y afectiva del hombre. !Triste destino el de la divinidad! Intelectualmente estaba abocada a la desaparición.

Y cuando estas reflexiones amargas invadían mi ser, cuando oponîa objecciones sensatas a mi propia consubstancialidad, todavîa llegaban a mis oídos las voces que me consideraban como la causa primera de todas las cosas. !Ah, frases leibnizianas que me estiman como necesario y perfecto! Ya no me producen el sonido musical del himno cantado en mi honor, severo y noble, donde me arrullaba satisfecho, sino que suenan tristemente en mis auriculares, anunciando la vaciedad de esos argumentos en su pretensión de organizar mi defensa y exaltar mi persona.

Me opuse, en lo humanamente posible, a que esos reflejos interesados en escudriñar la realidad, influyesen en la marcha del hombre. Impedîa de que se abrieran paso en el conocimiento, porque serîa la iniciación del crepúsculo divino y su aborrecimiento. Pero pese a todas mis artimañas y escarceos, el hecho temido se produjo. Cual epidemia intelectual que se va apoderando de los cuerpos comenzaron los hombres a negarme. Dios era un ser totalmente imaginario. Una mentira piadosa que ocultaba la ignorancia de los hombres en la explicaciôn del universo. Dios era un tirano inabordable que mantenîa un ejército poderoso, con la finalidad de mantener en el patrimonio humano la ignorancia. Además, mi influencia favorecîa la escla-

vitud por las prédicas a la mansedumbre. En el mundo reinaba la intolerancia por mi pernicioso influjo. Se me perdió el respeto y con él se volatilizó la esperanza de hallar el equilibrio. Las diatribas adquirieron mayor volumen y tuve que encajar rudos golpes.

Ahí, amigos, comenzó mi degeneración. Mi sistema de defensa se fué debilitando ante la gran irradiación del intelecto humano. Y se me impuso la propia comprensión de mi realidad. Como producto humano era imperfecto. Hijo del hombre estaba impregnado de imperfecciones. Concebía en mi desventura al hombre, procreando nuevos hijos que le acercaran más al ideal. Yo no le había proporcionado el bienestar ni la serenidad. Era justo que él se remitiera a otros ideales para colmar sus ambiciones intelectuales y sentimentales. Y desde ese instante esperé el alumbramiento de una nueva explicación de las causas universales, negadora de mi existencia, ni como una necesidad moral en la evolución humana. Y parangonando a aquella frase de que Dios era una mentira incontrovertible, por lo tanto, con derecho de ciudadanía en el caudal intelectual de los hombres, me resigné al fallo del hombre.

Dios se calló bajo el peso de sus recuerdos. Instantes después se excusó:

— Con mi charla he omitido preguntaros el objeto exacto de vuestro viaje. Perdonad. ?Se puede saber? — interrogó el personaje divino.

— Deseo conocer el principio de la vida — señaló Emilio.

— Y yo el de la materia — expresó a su vez El.

— !Ah sí, colijo! Ambos jamás habéis creido en mí y esperais conquistar con vuestros propios medios el secreto. No pretendo desalentaros, pero no conseguiréis descubrirlo. Toda incógnita que desafía al tiempo, como las que mencionáis, es impenetrable. Sois impertinentes al jugar con vuestro intelecto para anunciar motivos que no pueden compulsarse. Os devanáis el cerebro en busca de principios que sólo en vuestra mente alucinada existen.

Os puedo facilitar mis opiniones conocidas sobre esta materia. Mi explicación es muy sencilla y comprensible. No produce quebraderos de cabeza, puesto que no existen ni fórmulas matemáticas ni físicas. !Cuanto más prudente es conformarse con la representación que he

indicado siempre sobre esos puntos en litigio! Escuchad. Cierto dîa, por mi esencia universal que rebosaba de omniscencia y omnipotencia, sentí el deseo de construir la tierra y las estrellas. En relación con el mecanismo cósmico produje el mecanismo del sistema solar con una sincronización perfecta. Es un sistema armónico que lleva millones de años de existencia sin perder su forma, ni producirse una catástrofe planetaria. Esta organización solar no puede admitirse como producto de una combinación fortuita de partículas elementales, cual las nuevas teorîas precisan. Su orden es demasiado perfecto para originarse en el dominio del azar o de las leyes cósmicas. Y si el ojo humano ha encontrado imperfecciones en el mundo, no es un motivo para negarme. Todo cuanto no soy es imperfecto, pero imperfección provisional, porque cuanto más sutilicéis en el análisis de las cosas, más perfectas las encontraréis. Es vuestra propia ignorancia la que descubre imperfecciones. Ved en la creación universal el sello de mi espîritu, como primer motor de la realidad.

Para animar al planeta hice brotar la vida. Entonces, fabriqué al hombre y a otros animales que le acompañaran en su existencia. Al hombre le presté un alma — sensibilidad e inteligencia — al objeto de diferenciarle de la bestia y darle a gustar con exquisitez las facetas de la vida. Por ello, le procuré una flora abundante de sensaciones encaminadas hacia el bien y lo bello. ?Pretenderéis negarme, porque el hombre es de una imperfección sin disimulos? No es razón mentar la imperfección humana, como demostración de mi inexistencia o de lo limitado de mis poderes. Su imperfección ha sido deseada para animarle a vivir a través de los tiempos, corriendo precisamente tras estadios más perfectos. El hombre no es pues producto de fuerzas oscuras. Es esencialmente mîo, con todas sus adulteraciones y tribulaciones. Es una perfección muy limitada, pero que evoluciona constantemente. Y su pobreza de percepción, como su escasa espiritualidad, no necesitarán grandes impulsos, porque el hombre ganará en radiación moral y en sentimientos elevados.

Para cimentar en él el concepto de la responsabilidad y el sentimiento de amor hacia otros de sus iguales, me determiné a concederle las facultades de la procreación. Esta ley procreativa me planteó serios problemas de método. Estuve indeciso en concederle una

compañera o facultarle a él mismo la posibilidad de reproducirse. La hermafrodisia se me asemejó, como un procedimiento de reproducción menos elegante que el de la diferenciación sexual y menos elevado. En la hermafrodisia el sentimiento egoísta se hubiera exacerbado por no compartir responsabilidades, ni sentimientos, con nadie. Además, le hubiera eliminado el encanto de buscar la pareja a acoplarse en esas noches poéticas y en los momentos de abandono, impulsado por fuerzas internas. Opté pues procurarle una amiga que le amenizase en la vida y no niego mi tentación a responsabilizar a tres en una misma reproducción, ensanchando el área del amor. Hice más frágil a la mujer con la idea que se sometiera al hombre y éste viese, en su delicadeza y en su papel de incubadora, el motivo de prestarla ayuda. El genio y el creador es el hombre. La mujer es un acoplamiento, un apéndice que forma parte de aquél.

Emilio y El se miraron sonriendo al escuchar las peregrinas explicaciones de Dios. Y para que no continuara por ese camino, El se atrevió a interpelarle:

— ?Cómo hiciste la materia? ?Fabricaste primero una partîcula, luego otra? ?La energía estaba unida a la materia? ?La materia y la energîa son dos cosas distintas? ?Creaste todo al mismo tiempo? ?Produciste de las radiaciones la materia? ?Y las radiaciones cómo? Nos gustarîa conocer este proceso.

— Todo lo hice al mismo tiempo — respondió Dios con énfasis. Tenía un poder infinito. De la nada obtenîa cuanto quería. La idea lo era todo. Una idea era un hecho. Pero no os alarméis por la imagen que os presento de la creación. Vosotros no sois eternos y la eternidad da esos caracteres de poder y de ciencia. Cuando se tiene como base lo eterno, hay tiempo para reflexionar sobre el universo y adquirir facultades omnîmodas. La eternidad — yo — es el todo. El tiempo no es corto para mî, como en el hombre, pues yo lo desconozco. El correr de los siglos no existe en mi vida, ni ese horario que le impacienta en su efímero paso por el planeta.

El se impacientó y le respondió:

— Me estás demostrando que no eres perfecto, ni omnipotente. Aceptemos que tú creaste al hombre. ?Es que tuviste la idea de él tan imperfecto, lleno de impurezas, en lucha perpetua con su seme-

jante, esclavizado por un organismo exigente? ?Cómo le has negado la sensibilidad que le impida arremeter contra sus más allegados semejantes? ?Cómo permites la lucha de las especies, como una fatalidad planetaria? Si te imaginaste al hombre tal cual es, eres un monstruo que te diviertes con el mal y denuncias un sadismo brutal. Hasta en el amor has escanciado tu gota de bestialismo, dado el carácter de posesión que le has imprimido. Le has impuesto una materialidad absorbente que domina la expansión del espíritu, ahogando la fuerza creadora, propia a procurar goces reales.

Has sido tan mal artista, como los hombres. Tuviste la idea del hombre a tu semejanza, pero no pudiste encarnarle con tus facultades. Y produciste un aborto divino que vegeta penosamente en el tiempo. No supiste crear arrancando de tus entrañas las formas del hombre en reflejo tuyo por un impulso de poder y de sinceridad. En el hombre te desdibujaste a tí mismo. No quisiste crear un igual a tí. Fuiste un egoísta extremo que prefirió crear el dolor y la muerte, antes de verle bañado en un ambiente de perfección. Fuiste un falso artista, porque tus manos no modelaron un ser que iluminara el universo con sus concepciones elevadas de forma y de espíritu. Pero como el artista humano, amas tu obra, tu desgraciada obra. Y al descubrir sus defectos, quisieras pulirla, retocarla, imprimirla motivos más divinos, pero te ves impotente. Y la impotencia te conduce a un amor platónico hacia tu creación, porque no te atreves a destruirla. En el hombre has cometido un error de gran calibre que niega tu perfección y tu omnipotencia.

En efecto, somos de cortos alcances — continuó El — pero no lo bastante para analizar tus trabajos. Por ello, cuando observamos la pléyade de mundos que compone el cosmos, cuando descubrimos las nebulosas que están compuestas de millones de sistemas siderales, nos preguntamos si Dio creó en el mismo estado en que se encuentran en la actualidad. Quisiéramos conocer cómo compusiste ese conglomerado extragaláctico, así como los mundos próximos. ?Persisten tal cual los creaste, es decir, en estado gaseoso, metálico, radioactivo, evolucionado? Y la Tierra, ?la creaste con los paisajes poéticos que hemos conocido donde nuestras almas se han adormecido por un embrujo misterioso? Explícame, por favor — insistió.

— Mirad. La Tierra es un caso especial en el plan de la creación. Fué el lugar escogido para servir de habitación al hombre, cuando lo fabricase. Imaginándome la personalidad humana establecí lugares de poesía, de salvaje brutalidad, de soledad severa y de desolación macabra, como espectáculo variado y de composición multiforme. Opiné que el hombre era un huésped de honor en la creación, quien, se merecía tratos especiales. Me esmeré francamente en la construcción de este planeta. A los demás mundos los dejé en una etapa más o menos avanzada de elaboración, porque no tenía designios supremos en su aparición perfeccionada. La Tierra era el vehículo del ser humano y de ahí mis preocupaciones por la decoración y por el edificio. Ahora bien, no estiméis que el orden de la creación no reina en los ámbitos universales, porque en otros mundos no he efectuado trabajo tan esmerado.

Emilio se echó a reir. Y dijo irónicamente:

— Entonces, también quisiste que los aerolitos nos bombardearan el planeta. Sabes muy bien que caen abundantemente y que han producido serias catástrofes en la familia humana. ?Por qué nos tienes sujetos a ese bombardeo constante? ?Tales proyectiles son producto de tu magnífico orden de creación? Y puesto que hablas de orden, ?por qué has deseado el choque de algunos planetas entre sí o la explosión de otros, cuyos restos diseminados hacen peligrar nuestra existencia? Me parece que tu orden se resquebraja.

El lanzó una carcajada que resonó irreverente en el espacio.

— ?Y con qué finalidad creaste el universo? preguntó serio Emilio.

— Quise animarlo con producciones materiales. Procurarles un carácter evolutivo con la finalidad de aplicarles un proceso de duración. Mi esencia me imponía un narcisismo extremado y una monotonía exasperante. Pero el motivo esencial de la creación del universo es la necesidad de acción. Estar inactivo no es propio de la divinidad. Su lema es el trabajo. Vosotros no habéis conocido otros universos que creé en otras etapas de mi eternidad, mundos netamente espirituales que los borré pese a una belleza extrema. Los mundos que conocéis son fundamentalmente materiales, con ligeras briznas de espiritualidad. Mi designio es que por ley evólutiva la materia vuel-

va a incorporarse al seno de mi ser, que es de donde partió, después de transformaciones sucesivas que le lleven a buen término. Así espero también del hombre. El hombre comulgará con el infinito cuando haya alcanzado esos estadios. Y el infinito soy yo. Entonces volverá a mi seno alegremente, perdido el sentido de lo humano.

Nuevamente Emilio interpeló:

— ?Y cómo le diste movimiento a los mundos y a la materia? ?Después de fabricados los ponías en marcha en sistemas particulares para dibujar un universo bien formado y atractivo al sentido estético? ?Cómo les proporcionaste esas velocidades que producen vértigo hasta en cifras?

Dios contestó amablemente:

— Primero, construí el cosmos geométrico. Busqué la simetría y la elegancia en su figura. Estuve contemplando mi obra con pasión de artista que no descubre bastante movimiento en sus personajes y que con una armonía de colores consigue insuflarles vida y movimiento. Comprendí que el universo en marcha estaría más animado, más vital y más armónico. Dicho y hecho. A los mundos reducidos les hice avanzar despacio, hasta que a las grandes masas las animé con velocidades enormes. Como un reloj mecánico puse en movimiento el universo, el cual echó a andar camino de mis designios, símbolo de la majestad divina.

—No prosigas — cortó rudamente El. Vemos que el caudal de tus recuerdos es inagotable. Te has expansionado rememorando tus dias poderosos y la pasión que has vertido en esta charla te ha hecho olvidar tu propia realidad.

— Es cierto — confesó Dios. Comentar mi brillo de antaño me causa una satisfacción que me hace olvidar toda consideración. Me embarga el prurito de mi personalidad divina con todo el oropel que la acompañaba y me alienta instantes de transporte. Soy de barro como el hombre, venal y orgulloso.

— Aleja tu nostalgia — recomendó Emilio. Volvamos a emprender nueva conversación. Charlemos amigablemente con el ser comprensivo que hemos encontrado aquí. No nos ocultes ningún sentimiento que tu estado pueda proporcionarte. ?Cómo te encuentras en

la actualidad en tu posición divina? Comunícamos toda idea originada por tu situación.

— Voy a expresarme con claridad — ratificó Dios. Como os dije al comienzo de la charla, francamente mal. Los viajeros pasan y la mayorîa, por cortesîa, se detienen a saludarme, pero sin entusiasmo y sin la pasión de aquellos hombres que me hacîan reverencias en la antigüedad. No declaro mi mal humor ante ellos. Y después cuando encuentro el sosiego, me río, porque estimo que su afán dominante entra también en el campo de la metafísica y, por lo tanto, no aclararán la finalidad de las cosas. Este pensamiento me incita a enunciar que, metafîsica por metafîsica, ?por qué abandonan la mîa? Les veo avanzar alucinados queriendo bastarse a sí mismos, empleando mil artilugios y fôrmulas; teniendo como base un mito científico o filosófico. Abandonan el mito religioso para caer en otra clase de mitos que desconocen la naturaleza del hombre.

Este necesita en su existencia mitos revestidos de afanes humanos, como el amor y el odio, el sentimiento y la inteligencia. Y queriendo escapar del concepto mîtico crean mitos y más mitos, pero adornados a su guisa, con un florido intelecto, aun creyéndose independizados de toda influencia perniciosa que impida el brote de la intelectualidad pura. Ingenuos, olvidan que entran en un nuevo campo de los mitos. Ni la filosofîa, ni la ciencia le resolverán las incógnitas. Todas estas reflexiones que hago cuando critico al hombre, han madurado la idea de que lo más racional serîa montar un mito más perfeccionado, donde éste viera reflejada una existencia bella y normal, sin violencias, dirigida por un ser razonable, conocedor de cuanto el consciente y subsconsciente humanos pueden producir, adelantando de antemano posibles derivaciones del conocimiento, para no encontrarse, como yo, en contradicción a mis predicciones intelectuales y las del hombre. Este mito tendría carácter de comprensión de las sociedades y de sus componentes. ?Y por qué no perfeccionarme a mí? Yo, corregido y aumentado a la escala de la época, harîa un magnífico mito del año 1946. Asî comenzaría una nueva era de la humanidad.

Los mitos filosôficos y científicos, particularmente estos últimos, son glaciales, pues carecen de ese humanismo, fruto de la madurez de espîritu, que es comprensión y serenidad en los accidentes de la

vida. El mito debe penetrar en ese mundo de la vulgaridad y de la cosa cotidiana para que el hombre, también en este terreno, sienta el apoyo de la fuerza doctrinal. Al hombre le satisface sentirse resguardado por cualquier concepto abstracto, aun en los actos más insignificantes que componen su transcurrir por el planeta. El mito frío que analiza y busca el secreto de las cosas en la materia, queriendo reducir todo a una gran síntesis, no producirá adeptos arrastrados por una mística hacia las conclusiones que preconiza, al no encerrar sentimientos que puedan atraerles. Y si el ser humano, siguiendo por la vía de la filosofía y de la ciencia, confía en que llevará a buen fin sus propósitos, es un gran cándido. Su infantilismo y su ambición carecería de medida. Omite realidades diarias, demostrativas de la necesidad de sentirse apoyado por fuerzas imaginarias que brotan del mundo abstracto.

Es posible que persista en sus concepciones, pero tornará a la abstracción y a la imagen feliz, para no desesperar en su caminar por el tiempo, produciendo generaciones sobre generaciones. La retirada estratégica se realizará hacia los conceptos abstractos, como soporte de una nueva aventura vital. Y volverá al mito humano y comprensivo, que es tanto como penetrar en el perímetro de Dios. Entonces, el mito divino surgirá potente y el hombre se sentirá amparado por un ser superhumano que le alentará en sus actividades. El mundano es supersticioso y busca refugio a sus temores y a sus tribulaciones. Entregado a sus propias fuerzas podría desesperar y entonces podría llamar a la muerte, como fórmula de liberación. ?Cómo animarle a la vida si su subsconsciente absorbiese la idea de desaparecer?

Queridos amigos, el hombre debe satisfacerse con conocimientos más modestos, eliminando ese afán de penetrar en el principio de lo existencial. Caminar en etapas lentas sin preocupaciones de tipo universal, sino más bien humanas. Además, opino se equivoca cuando estima que, persiguiendo esas finalidades filosóficas y científicas, ha abandonado la metafísica. En el fondo de sus imágenes reverbera, todavía, la clásica fórmula de concluir con procedimientos que no son los preconizados por sus propias teorías. No obtendrá pues, el secreto eterno. Yo que soy Dios, no lo conozco, ni abrigo intenciones de ello. Pero yo consuelo y reconforto a los seres débiles — que

son mayorîa — ante la realidad de la vida. No le dejo desamparado al hombre, ya que le indico fórmulas de soportar sus desgracias. Le presto nuevas fuerzas para resistir a los embates de las síntesis celulares.

Me presto a ser la base del nuevo mito que podáis imaginar, mito que encerrará la cláusula fundamental de un dios más humano y de un hombre más divino. Esta imagen del mito aumentará sus posibilidades de duración y de estabilidad, reflejando una perfecciôn mítica. ?Cómo me gustarîa volver a interpretar un papel supremo en la producción intelectual del planeta? Os manifiesto que aportarîa todo mi talento y toda mi experiencia de siglos anteriores en la interpretación de dios absoluto.

Hablas como un Dios — arguyô El. Este lenguaje es más racional. Ahî denotas ciencia y sabiduría. Ahora mereces ser Dios, porque comulgas con el hombre. Todo cuanto se interpenetra con él es humano y es digno de amar. ?Por qué no hablaste siempre asî? ?Por qué te colocaste olímpico por encima de las miserias humanas y te estimaste un juez, duro y cobarde, que castigaba acciones que entraban dentro de la lînea humana? Representaste tu juego con excesiva rigidez. Tus barbas nîtidas fueron temidas, pero no amadas. Por tu espléndido aislamiento en un mundo inaccesible, pleno de armonîa sutil y de perfecciones que no se filtraban al exterior, demostraste tu orgullo y tu egoîsmo, cimentando protestas que, a su vez, fueron procurando el olvido de tu existencia al pensamiento progresivo y, también, la idea de buscar una nueva explicación a las causas universales. Quiso penetrar en el área de la comprensión, porque tú desdeñaste conceder ciertos favores intelectuales en un cerrilismo no divino, sino más bien subhumano. Estos favores hubiesen aumentado tu poder y el respeto hacia tí de los humanos. El divorcio lo has planteado tú con la forma de ser y de obrar. El hombre no ha variado a través de los siglos. Unicamente, se divierte en sus investigaciones para conocer mejor algunos temas, que antaño se le asemejaron insolubles.

Has sido culpable del delito más abominable: el de lesa humanidad. Y tu castigo es el olvido que te testimonian los mundanos. Hoy te ves en esta situación que la podemos calificar de más

que crîtica, por no haber sabido acomodarte a ellos. Tus motivos y fundamentos habrás tenido para ser tal cual fuíste, pero si hubieras sido más humano y menos absoluto, hoy reinarîas probablemente en el alma de los seres. Te creaste un pedestal tan elevado que te esfumabas en una lejanîa brumosa e imperceptible. Desapareces por tus propios errores.

Al escuchar esta última frase, Dios intervino tristemente:

— ?Pensáis abandonarme también vosotros? Por favor, no dejadme aquí. Llevadme en vuestra compañîa que os podré ser útil en vuestra exploración. Más allá de mis fronteras procuraré demostraros con mis servicios que el hombre es mi preocupaciôn fundamental. Todavía podré favorecer a aquellos seres infradotados para que asciendan en la comprensiôn y comulguen con el espîritu. Dejadme actuar en ese medio especial de timoratos y de carentes de audacia intelectual, que no tratan de explicarse el mundo exterior. Ahî puedo prestar excelentes servicios todavîa, debido a mi argumentación sencilla y primitiva.

Y con voz lastimera, implorando añadía:

— Yo, Dios, estaré a vuestro servicio. No me dejéis en esta soledad, donde se respira un ambiente intelectual anacrónico. Siento desesperarme en este estado, sólo y abandonado, a merced de la indiferencia humana y de los comentarios más acres de aquellos viajeros que caminan hacia otras fronteras.

Y con palabras entrecortadas por los lloros decía: !No me dejéis sôlo, llevadme! Mi dolor es profundo y mi arrepentimiento también. Soy un astro apagado que camina lentamente hacia el olvido. Pero cuando brillaba en mi apogeo os acercabais sonrientes y hasta felices a mi irradiación, animándoos con mi calor. Vuestras almas derrotadas buscaban mi apoyo para ennoblecer con motivos espléndidos vuestra triste vida. !No seáis egoîstas! !En recuerdo a cuanto representé en vuestros albores intelectuales, no abandonadme! !Qué serîa de mî, solitario, en este tétrico lugar, en una campaña sin terminación! !Ay!

Un hondo suspiro corroboró sus lamentaciones.

Luego se rehizo de su debilidad y con acento dramático profetizô:

—Sôis unos orgullosos. Ya pagaréis cara vuestra independencia

intelectual. Todo ello terminará en una absurda masturbación cerebral. Volveréis al mito y vuestra esclavitud se verá reforzada, como una reacción a vuestra libertad excesiva. Habéis querido avanzar solos y vuestra caída será una nueva edición icaresca. Y si el placer de dios es estimado como un placer quintaesenciado, mi venganza se limitará a dominar al rebelde por su fuga espiritual. Venganza y placer en comuniôn estrecha, serán dignos de estos momentos difíciles que atravieso. El castigo aportará delicias incomparables y la corrección del pecado en su euforia intelectiva.

Esta reacción duró cortos instantes. Comenzó a sollozar profundamente afligido. Los suspiros denotaban el alma dolorida por el trance que atravesaba. El se emocionó y se acercô a Emilio, como para consultarle. En aquel instante, la voz sollozante pedía humildemente:

— !No marchad! !Volved, por favor! Iré con vosotros y me negaré a mî mismo, como demostración del triunfo de las facultades humanas en el camino de lo cognoscible y de la libertad. Y si no accedéis a mi ruego, haced el favor de enterrarme para evitarme la comprobación de mi propia miseria.

El y Emilio se retiraron un tanto emocionados y ya en la lejanía, se oyó la maldición de Dios en eco apagado, maldiciôn que denotaba impotencia y que negaba el carácter de omnipotente:

!Malditos seáis por vuestra ingratitud!

Y nuestros amigos continuaron su camino silenciosa, impresionados en entero de las palabras divinas y de su inenvidiable situación.

III

LA FILOSOFIA HACE UNA AUTOCRITICA

La vida es fruto de la materia y el pensamiento producto de la vida. Y de aquél brotarán nuevas formas carentes de la broza ideológica que impide fundamentar teorías universales, revestidas de gérmenes en superación y en crecimiento.

DESPUES de un buen rato de marcha, observaron que el terreno se hacía más acogedor y el paisaje se presentaba más atractivo. La hierba brotaba en el campo, los árboles elevaban su silueta y los arroyuelos surcaban la tierra, prestando amenidad al decorado. Las almas de nuestros amigos respiraron con fruición aquella atmósfera apetecible, que contrastaba con la aridez del paisaje abandonado. Risueños valles daban la bienvenida a los viajeros. Y en el fondo del panorama altas colinas se erizaban elegantes, marcando su dibujo con claridad, indicando que, desde su cúspide, la mirada podría dominar una extensa banda de terreno.

Ante esta perspectiva, rompiendo el silencio que guardaron después del encuentro con el personaje divino, Emilio anunció:

— Me parece que entramos en otra etapa de nuestro viaje. La luz anima el ambiente creando tonalidades múltiples en el colorido. Podríamos aprovechar para descansar junto a un arroyo y tomar algunos alimentos. Un refrigerio en estos momentos sería excelente.

— Buena idea — aceptó El. Y se encaminaron al punto deseado, donde el festín fué rociado con agua clara y buen apetito.

Repuestos, platicaron de sobremesa sobre el encuentro con la majestad celeste. Conversaron animadamente acerca de la personalidad divina. Concluyeron que la revelación, fundamento esencial de las religiones, no puede demostrarse como hecho histórico. Y que el deísmo no puede argumentar de forma incontrovertible en favor de Dios, como causa primero de todo. Tampoco el teísmo puede demostrar, que la personalización divina somete a su juicio la marcha

del universo y de los hombres, facilitándoles una finalidad. Y el panteísmo que todo asimila — seres y cosas, idealismo y materialismo — a la esencia divina, y admite el universo animado por el soplo divino, no puede ser aceptado por el pensamiento, pese a su unidad teórica. No existe ninguna prueba física, histórica, moral y hasta metafísica de la realidad de Dios. Toda teoría que tiene como principio a Dios falla por su base — indemostrable.

Emilio se levantó y señalando una colina situada a su izquierda, opinó:

— ?Qué te parece si avanzáramos hacia esa colina y comenzáramos su ascensión para desde su cima divisar la lejanía? Allí decidiremos la dirección a seguir.

— Está bien — respondió El. Un rato de alpinismo será agradable, seguido de la perspectiva de divisar extensos territorios.

Los dos amigos echaron a andar animados de excelente moral. El medio ambiente les favorecía su marcha. Atacaron la falda de la colina alegremente, interrogándose si desde la cumbre llegarían a descubrir el final de su viaje y la recompensa de sus inquietudes. Y con estos pensamientos escalaron la primera mitad de la falda. Y cuando se aprestaban enérgicamente a alcanzar la cúspide, escucharon una voz femenina, agradable y musical, que les interpelaba, valientemente, acerca de los motivos inductores de aventurarse en aquellos parajes:

— ?Quiénes sóis, ilustres viajeros? ?Cómo habéis penetrado aquí? ?Y por qué os dirigís a la cumbre? No creáis que abarcaréis el universo. Os aconsejo que no avancéis más en vuestra marcha. Detenéos y volved al valle. Es mi última palabra.

— ?Y quién eres para aconsejarnos en esos tonos? interrogó El.

— Soy la Filosofía. Si deseáis algo de mí, estoy presta a responderos.

— ?Y qué filosofía encarnas en tu invisibilidad? insistió El.

— Soy la síntesis que formulasteis los hombres para emitir un juicio general sobre los seres y las cosas. Soy la teoría que entra en relación con los principios y causas finales del universo. La ciencia que por fundamento abarca el conglomerado de las restantes. En mí depositastéis vuestra confianza, esperando conclusiones que os marca-

ran rumbos en vuestra existencia. He sido receptáculo de todos los conocimentos y refugio de la sabiduría universal. Los hombres recurrían a mî, confiados en que desentrañarîa los enigmas que le acuciaban, dada mi facultad de análisis y mi incipiente sagacidad. He indagado y escudriñado los fondos del universo para presentar conclusiones que satisficieran el ansia de los humanos. Y me convertí en la ciencia amada a su espíritu.

Fuî heredera de la riqueza teológica, testamento vivo del alba espiritual, a la que adherî juicios más racionales en mis pretensiones de explicar el mundo exterior. Fué una adición de teologîa, naturalismo y espîritu crítico, que finalmente, dió a luz la metafîsica. En mis primeros pasos por el mundo del espîritu, tuve el atrevimiento de explicar la clave del universo por medio de alegorîas e imágenes, más poéticas que reales. Buscaba el afecto de los seres en el sentimiento y en la estética.

Patrociné los primeros rudimentos del conocimiento cósmico en aquellos paîses del Oriente mágico, brillante y poderoso, prestigiado por las antiguas civilizaciones sustentadoras de un pensamiento característico. En Persia, India y China, desarrollé los fundamentos de los sistemas primitivos que alcanzaron renombre sin igual y que, posteriormente, sirvieron de base a explicaciones más completas. Fueron los tiempos heroicos que me embargaron de una audacia y de una lucidez, al verme convertida en el heraldo del pensamiento y en la punta avanzada de la conquista del mundo exterior.

Me revestí de una aureola de sapiencia ilimitada. Me estimaron la clave que les mostraría los tesoros del universo. For ello, se me consultaba en los problemas más graves, principalmente, cuando se prentendîa resolver el enigma del hombre en el planeta y, también, el del cosmos. Adquirî tal renombre, que dominaba las altas cumbres del pensamiento. Y para mantener este rango hice verdaderos derroches de ingenio, montando los principios de los sistemas típicos del saber oriental. Los tiempos orientales fueron los más interesantes que he vivido a lo largo de mis 3.000 años de existencia. Reinaba de forma absoluta sin que el hombre impugnara ninguno de mis motivos. Los aceptaba ciegamente, influído por mis hipnôticas pronunciaciones. Y tanto más cuanto que las versiones se meciesen en la

fantasía alada de la imaginación, cuyo secreto lo han sustentado a través de las épocas los países civilizados de la antigüedad. El ser humano, amigo de lo inverosímil y de lo incomprensible, se entusiasmaba con aquellos pertrechos intelectuales, que le hacían planear en el círculo de las piruetas más absurdas. Así procedí a instaurar los principios filosóficos.

Brahmanismo, budhismo, mazdeísmo, confucismo, son mis primeros balbuceos en la historia sobre las causas universales. Estas teorías tienen la virtud de ser mis primeras explicaciones sobre el mundo y la vida. En estos sistemas anuncié la verdad del conocimiento. Quise forzar al hombre a aceptar esas concepciones que, aunque difieren en la forma, concuerdan en el fondo. Todo el patrimonio espiritual del oriente tiene cierta semejanza y en él sobresalen dos principios fundamentales: el principio absoluto, como fundamento de unidad de lo existencial, de donde emanan los seres y las cosas y el principio dualístico, basado en dos seres antagónicos que luchan, coeternamente, en sus deseos de imperar.

En este tiempo, la labor del filósofo era estimada como hija de la sabiduría, al que se le tenían toda clase de consideraciones. Se divertía en producir un dédalo de disquisiciones que adquirían carácter de artículo dogmático en las sociedades. Y su fama atravesaba las fronteras más lejanas. El respeto era máximo a sus elucubraciones y aceptadas ciegamente por quienes se atrevían a plantearse problemas de este género, excepto algunos iniciados. Fundaba escuelas adonde acudían los hombres mejor dispuestos del mundo civilizado, por su personalidad política, económica e intelectual. Las pláticas filosóficas se sucedían, donde el genio humano brillaba en las más elevadas fugas del intelecto. La oratoria alcanzaba límites insospechados en el estudio de los problemas humanos y causales.

Mis representantes eran dignos traductores de mi ciencia, situándola con caracteres imborrables en los conocimientos humanos y en todo análisis de ideas y de hechos. Con mis enseñanzas influían hondamente en el perímetro de la civilización humana, pues su riqueza se extendía ante su mente, como presente fabuloso digno de ser aceptado. Así fué abriéndose paso en la conquista de los hombres y en

el desbrozamiento de las producciones intelectuales, para producir con neto dibujo importantes doctrinas

!Loor a vosotros, ilustres representantes de mi escuela, que sellastèis con vuestro pensamiento creador las orillas del mediterráneo oriental y os transmitisteis a través de las ciudades, hasta los confines de Siberia. Las poblaciones hormigueantes, que vuestras razas prolîficas edificaron, fueron el teatro de vuestras proezas. Fuisteis pioneros del espîritu en las accidentadas tierras pérsicas y en las cuencas de Sumer, sometiendo a vuestros designios las lujosas aglomeraciones de Nînive y Babilonia. Os perfilasteis en la variadîsima India, lujuriante y sensual — esta región del globo produjo la primera doctrina sensualista —, con sus costas marinas de gran extensión y las grandes corrientes de agua cual el Indus, Ganges y Brahmaputra, cuyas orillas alimentaban ciudades populosas, fundamentando teorías que resisten a la evolución y al ritmo del pensamiento. Finalmente, traspasasteis las elevadas cimas del Himalaya para expandiros por la inmensa China, explicando el pensamiento vertebrado de vuestro sistema, en el recinto de sus civilizaciones refinadas. Dibujasteis así una magnîfica acciôn en el tiempo y en la geografîa civilizada. Nada detuvo vuestro ardiente deseo de dar a conocer el ingente trabajo que os procurasteis con vuestras investigaciones y observaciones de tipo primitivo, pero substancialmente espiritual. Cumplisteis vuestra tarea, con un sentido preciso de vuestros conocimientos, que me enorgullece!

!Ah, si tuviera en la actualidad tan valientes defensores del estricto concepto filosófico, desconocedores del caudal de producciones intelectuales que han caracterizado a la época moderna y, por tanto, no estaban aquejados del mal escéptico! No me verîa en la situación de tener que rechazar los ataques del pensamiento moderno hacia mis postulados. Hubiesen evitado esa gangrena de mi cuerpo que me ha limitado los movimientos y me ha raptado adeptos. Estoy persuadida que su defensa hubiese sido encarnizada y hubiesen inventado ardides en pro de mi causa, porque sus mentes estaban entregadas esencialmente a mi influencia y por su sangre corrîa el principio de la filosofîa, como explicación primera de todo. Me siento melancólica al recordar tiempos en que yo era agasajada como epicentro del

espíritu, por insuflar al alma humana el aliento de mi elegancia y de mi visiôn.

Pero se acabaron los tiempos orientales. Y aparece imperiosa la civilizaciôn helénica. El pensamiento filosófico adquiere en ese instante una factura de perfección que persiste a lo largo de dos milenios. Brotan tendencias filosóficas en un magnîfico desorden, producto de la elevada espiritualidad de los griegos. Estos crean la metafísica propiamente dicha. Y nos confundimos durante siglos, haciéndonos solidarias de importantes trabajos intelectuales. El filósofo es un metafísico y viceversa. Son los griegos quienes me fundamentaron sólidamente con armazones robustos y macizos, pero también fueron ellos quienes, por su perspicacia e intuición de los problemas universales, sembraron la semilla cientîfica, cuya cosecha fué recogida por los árabes y que, modernamente, en el continente europeo, se ha multiplicado en potente impulso de creación. Los helenos favorecieron mi expansión dotándome de armas eficaces en el combate del espíritu.

No me fué difícil abortar y apagar el brillo del pensamiento cientîfico, porque el cerebro del hombre no estaba preparado para asimilar estas concepciones que negaban lo anterior, ese pretérito pleno de incidencias y de heroicidades. Pretendían negar aquéllo que fué carne del hombre en su historia intelectual. La metafísica pues reclutô los cerebros mejor dotados, produciendo extensas y profundas doctrinas. El hombre, desgraciadamente, en lugar de examinar los detalles del mudo exterior con parsimonia para obtener reflejos exactos del mismo, se entrega a una elucubración desenfrenada, a fin de responder al principio del universo. Sin conocer un presente difícil e inexplicable, se lanza en pos del pasado, pretendiendo conocer las causas primeras. Abandonaba el oxígeno puro encerrado en esos conceptos, impelido imperiosamente por la necesidad de topar con la esencia de todos los fenómenos.

El espîritu filosofometafísico se va modelando con una arquitectura brillante y con lîneas fuertes, dando a luz la metafísica monoteîsta. Esta aparición marca un episodio ubérrimo en su marco especîfico, siendo fuente de acabados trabajos: elegantes, espirituales y profundos. Pero esta pronunciación axfisia al negador de dioses y de toda otra causa creadora del universo. Aquella enuncia que el cosmos

está guiado por una razôn y se debe a una finalidad, sentando así el principio de la divinidad única y regidora de lo existencial. La metafísica se enseñorea, mayestáticamente, en las sociedades y rinde culto a la unidad, en un principio fundamental y absoluto. Y esta concepción se perfecciona hasta colmar todas las etapas del progreso, debatiéndose en sus últimas pronunciaciones dentro de los límites más puros de su tradición histórica. Su dominio demuestra que era un jalón indispensable en la evoluciôn intelectual de Europa. La filosofía primera, admitiendo el calificativo aristoteliano, se adueña de las ciencias humanas, porque el hombre quiere conocer las fuerzas internas que prestan al mundo su perfil y su cohesión natural. Y empleando todos sus recursos quiso responder a esa incógnita.

Así voy escribiendo la historia. Desde mi origen me lancé vibrante a la conquista del hombre, alcanzando fundamentales posiciones, pero que al no poder avanzar más, dentro de mi área especulativa, llega el declive de la metafísica y, por ende, la decadencia mía. Aquellos ramalazos de los naturalistas griegos resistieron pasivamente al tiempo, en espera de brotar cuando me sintiera débil en mis respuestas a las necesidades del hombre, obsesionado siempre por nuevas interrogantes. La semilla de Ionia germina, produciendo fecundas teorías que ignoran, de momento, el principio absoluto. La expansión científica adquiere grados importantes y sólidos conocimientos sobre el mundo exterior, negándome como auxiliar explicativo en la fenomenología. Estos conceptos fueron arrinconándome en mi trinchera especulativa, arrancándome uno a uno el poder de mis argumentos, dejándome al desnudo, pese a mis vestiduras espirituales y a su profusiôn.

La lucha fué breve. Sus argumentos se imponían victoriosamente en la moderna producción intelectual. Traté de defenderme compilando los trabajos que durante milenios estuvieron bajo mi férula y esgrimiéndolos oportunamente. Todo fué inútil y el hombre se lanzó por nuevas vías a la conquista de sus ideales. Y para colmo de mi desgracia surge el agnosticismo, negador del conocimiento de lo absoluto. Según esta teoría, el hombre se debatirá en el círculo de conocimientos relativos, progresando lentamente, sin alcanzar el final de las cosas. Por ello, estima que, ni siquiera el espíritu humano debe plantear esos problemas de los principios universales y de cuanto se desprende

de esa apreciación tendente a resolver todo. Y yo me interrogo: ?Para qué estudiar, si de antemano se sabe que quedarán puntos en litigio, donde no penetrará la luz del espíritu humano? ?Para qué insistir, si nuestro trabajo será inoperante?

Me encuentro en una encrucijada. Si no fuese excesivamente rígida permitiría que mis representantes se hiciesen tributarios del espíritu científico, convirtiéndome en una simple auxiliar de la ciencia. Existe una diferencia esencial entre la ciencia y la filosofía. La primera fórmula las ideas según los hechos, adaptándolas a una realidad tangible, y la segunda presenta a los hechos como producto de las ideas. Nociones que abren el abismo entre el hombre y yo, originando los choques violentos entre nosotros. Y en el hurgar de mis reflexiones, he descubierto que la idea és un complemento de la acción, que las dos son un acoplamiento del hombre y, al propio tiempo, un germen de discordia para sí, pero las dos profundamente humanas. Ni en la acción se debe abandonar totalmente el principio ideal, ni tampoco debe adaptarse en la acción, con rigidez extrema, al idealismo, porque anularía el esfuerzo humano para conservarse. La vida es una continuidad de pequeñas acciones no ideales y de otras donde brota prometedor el germen ideal. La sabiduría se halla en descubrir el equilibrio entre esos dos extremos.

El hombre podrá interponer valladares a la expansión del espíritu para que avance cautelosamente y a la imaginación para que no se desbride, pero olvida que mantendrá perenne el incentivo y la curiosidad de adelantarse al propio conocimiento, en un reflejo cerebral incontrolado. ?Dominará ese impulso que se ha manifestado a lo largo de su historia, intentando descubrir cuanto le oculta su desconocimiento? En mi opinión no y así lo deseo. Esto implicará larga vida a mis especulaciones y abundantes reservas para mantenerme, admitiendo la posibilidad de ataques duros y decisivos.

No nos lamentemos, antes de tiempo, por el avenir incierto y ahora decidme ?qué deseáis? — terminó la Filosofía.

— Queremos captar los principios de la vida y de la materia — anunciaron los dos amigos. Hemos recorrido ya mucha distancia persiguiendo estos afanes. Hemos conversado con Dios, quien no ha podido mostrarnos cuáles eran esos principios y hemos continuado

adelante en nuestros designios. Le hemos dejado lamentándose de la ingratitud de los hombres.

— Sí, el pobre — habló la Filosofía — está aventajado por muchas teorías. En el comienzo de mi historia caminamos juntos largo trecho. Nos entendíamos perfectamente, hasta que cierto día un hombre atacó su personalidad, declarándole impostor del espíritu. Su compañía llegó a ser peligrosa para mí, porque era atacado ya por algunos de mis propios representantes con dureza. Me separé para evitar que esos ataques recayesen sobre mí misma. La ley de la existencia es imperativa, hasta en el mundo intelectual, y me vi obligado a desanexionarme de un compañero que no podía defenderme en el futuro y sí crearme disgustos. El sistema de las alianzas tiene un sentido profundamente egoísta, pero humano.

— ?Y qué nos aclaras de esos principios que te hemos indicado? insistieron nuevamente.

— Esperad — respondió parsimoniosamente la voz musical. Me he entretenido corrientemente sobre estos principios. No es materia desconocida para mí, pues es ahí donde se halla mi fuerte. Queréis conocerlos, porque habéis sentido un impulso innato que os lanza a su búsqueda. ?Dónde dejáis el método y el sistema? ?Es que me desconcéis? ?O no tenéis confianza en mí? ?Es que sólo con vuestros medios pretendéis resolverlos? Si con vuestros propios medios queréis avanzar, sufriréis una gran desilusión. Sois unos equivocados en vuestras apreciaciones sobre estos principios. De todas maneras, voy a complaceros presentándoos mi producción.

Os puedo responder de distintas formas. Aceptad la que más colme vuestros deseos. Antes de que en la civilización helénica ocupase un puesto preeminente, antes de que el espíritu griego se lanzase en la especulación pura, expresando los sistemas que encuadrasen la explicación total del universo, existía la tendencia de que la filosofía debe enseñaros a captar lo real, basándose en la experiencia. Era el preludio de las teorías modernas de la ciencia, pero proclamado en un instante poco favorable para cumplimentar este pensamiento. El análisis de lo real debía limitarse en la crítica del conocimiento, sin sobrepasar más allá y así evitar especulaciones peli-

grosas, que le condujeran al hombre a una masturbación, sin precedentes, sobre los problemas humanos.

Los naturalistas iônicos no admitîan ningún concepto explicativo sobre los orîgenes del universo, fuera de los elementos naturales tan conocidos como el agua, el fuego y el aire. Estos elementos constituían el origen y el fundamento de todo. Pronunciaron conceptos como el siguiente: en el universo se produce un gigantesco ciclo que, por etapas evolutivas, se cierra, tornando a los elementos fundamentales, anunciados más arriba. Los ecos del naturalismo se apagaron, faltos de propagación acústica o resonaron débilmente en la intelectualidad. Sólo los tiempos modernos han hecho justicia, recogiendo sus fructîferos gérmenes. Los naturalistas no merecieron noche tan larga y oscura. Fueron adalides de una doctrina arriesgada que brotó prometedora en las colonias mediterráneas, como compensación a la actividad y a la curiosidad de sus hombres. El espíritu de Thales desafia a la ciencia moderna, porque en la liga iônica se proclamó la evolución en la ley fundamental del universo, teniendo como principio el elemento natural que, profusamente, estaba impregnado. Maravilla esta apreciación del cosmos en aquellos hombres, por el espîritu de penetración que encarna, sobre todo desconociendo en la época la técnica moderna — si existía tendrîa caracteres elementales. Nada existîa fuera de la realidad palpitante. Más que nada era una doctrina intuitiva, pero que tuvo la virtud de desvalorar el mundo puramente mítico, tan caracterîstico de los albores de los tiempos griegos. En el naturalismo, los dioses no tenîan importancia capital, ni eran considerados como seres eternos. Detuvieron la expansión de la mitología griega, cuya expansiôn se hacîa temible.

En el desbordante ejército de los dioses de Grecia vino a poner orden el monoteîsmo de Anaxágoras, que apareció fulgurante como un astro. Un dios, cúmulo de todas las realidades, iba a dominar a los restantes hasta borrarlos de la mente humana. La idea de la unidad se presta a conquistar el espíritu. Todos conocemos la enorme influencia que iba a representar más tarde en el teatro europeo y occidental el monoteîsmo, reencarnado en el cristianismo.

Tuvo también su aparición el cosmos de Pitágoras. Más que matemático es estético, por esa elegancia propia del espîritu heleno.

Amantes del orden, de las proporciones y de la belleza, los pitagóricos dieron a luz el universo matemático. La armonîa de las lîneas de ese grafismo universal, puede compararse a los magníficos trabajos artîsticos de que fueron autores los griegos, porque el arte en ellos tenía fundamentos filosóficos. Les dominaba la idea de la perfecciôn, fundamento abstracto por excelencia. Este universo era el compendio de una geometrîa y de una matemática muy limitada, pero que entraba de lleno en la esencia helénica. Y este deseo del orden y de un universo sometido a leyes matemáticas halladas por el hombre, no fué ajeno a la persecución iniciada contra los neopitagóricos, cuando descubrieron nuevas cifras que echaban por tierra el tîpico cosmos de su querido maestro. Los pitagóricos, como los naturalistas, concedían a los dioses escaso valor. Carecîan de poderes absolutos. Eran meros comparsas en sus universos.

Las concepciones de los naturalistas y de los pitagôricos, sufren el asalto irrechazable de la metafísica de Anaxágoras, preludiado por la acción de Heráclito y Parménides, quienes ofrecen la vîa de penetración al monoteîsmo, como principio razonable y dirigente del cosmos. Los monoteîstas crean una potente escuela a fin de irradiar la teoría de que, aparte de la física terrestre y celeste, una finalidad consciente guiaba el conjunto de los traslados planetarios y estelares. A un mundo físico regulado por un orden perfecto, añadieron una acciôn inteligente por parte del ser único. El espîritu metafîsico entra en la fase del desarrollo, al cual se unirán preclaros filósofos.

A pesar de que la metafísica griega se va imponiendo en el mundo de las ideas, surgen nuevas doctrinas con potentes argumentos que atraen también a intelectos notables. Así se produce el nacimiento de la doctrina estoica y también la doctrina mecanista, como la profunda teoría del escepticismo. Estas doctrinas entran en lucha con la naciente metafîsica, pretendiendo imponerse en la producciôn espiritual. Los adversarios muestran una elocuencia y una sutilidad en sus peroratas que rayan en lo sublime. El mundo del espîritu se regocija de placer por el espectáculo que, esos hombres, procuran a las gentes ávidas de conocer los fenómenos universales.

¡Oh, espíritu heleno, cuya variedad y riqueza no ha tenido comparación hasta los tiempos modernos! ¡Qué apreciaciones sutiles sobre

el universo! Tus argumentaciones defendiendo las tesis filosóficas encontradas, adquieren la perfección del razonamiento y de la especulaciôn. Caminabas hacia la abstracción, satisfecho de poder airearte a tu gusto en un campo etéreo y sin límites, donde nada pudiese estorbar a tu fecunda imaginación. !Honor a esa potencia cerebral! Tu majestuosa expansión merece un cariñoso recuerdo y un saludo emocionado.

Hablemos del estoicismo. Es una doctrina esencialmente materialista. No nos detendremos sobre los atributos morales, porque nos alejarîan del tema y de vuestras preguntas. Sólo enunciaremos los apartados correspondientes a los dos principios señalados. Para el estoicismo, la fuerza residîa en el cuerpo. Desaparecido éste, declinaba aquélla. Luego la fuerza era cuerpo. Este argumento representado a la escala universal demostraba que, fuera de la materia, no residîa absolutamente nada. En la materia residían las fuerzas internas que realizaban los seres y las cosas. Su base era pues materialista. Zenon, que fué uno de sus fundadores, la defendió con bravura inteligente, junto con sus discîpulos. Sin embargo, admitía el panteîsmo, tan arraigado en la base de la civilizaciôn griega, casi como disposición tradicional. Todo es Dios, según el panteîsmo. Cabría indicar a los panteîstas que, si todo tiene carácter divino, es tanto como negarlo. Asociar a Dios todo es abaratar el principio divino. Pero el panteîsmo resiste a la metafísica monoteísta, puesto que reaparece su espîritu de tarde en tarde, como si fuese una disposición sentimental.

La doctrina mecanista dirîamos que es un perfeccionamiento del naturalismo. El gran Demócrito sentó sus bases que fueron corregidas por Epicuro y Lucrecio. Fundamentaron la teorîa del atomismo filosófico, anunciando que los procesos de variaciôn de los objetos, estaban en relación con el agregado de sus componentes. Sentado esto, por una división que van ejecutando, a medida que reducen la materia, llegan a la partîcula indivisible, que la denominan átomo. Pronunciación maravillosa del razonamiento filosôfico. Sientan también la base del mecanismo universal, por el movimiento de los átomos en el vacío. En la actualidad, después de conocer la teoría atómica y también la nuclear, se siente extrañado ante la agudeza intelectual de esos hombres. Dejaron abonado el terreno a la edificante expansión

del atomismo científico, impuesto en estos tiempos. Pero en la lucha contra los metafísicos, sucumbieron provisionalmente, por la incomprensión de los alcances de esta doctrina. La derrota ha sido temporal, porque el día de la victoria sonó, cuando el hombre se dispuso a experimentar sus ideas y pudo comprobar la existencia del átomo. La experimentación concuerda con la teoría y los mecanistas gustan el triunfo. Los metafísicos comprenden el carácter efímero de sus conclusiones.

El escepticismo fué una reacción contra el espíritu griego, en su honda penetración en el mundo metafísico. Tuvo su causa y origen en una verdadera revolución intelectual, en contra del carácter absoluto que la metafísica pretendió imponer, desde los primeros instantes. El escepticismo fué el defensor de la independencia intelectual, contra el totalitarismo doctrinario. Fueron los sofistas quienes alentaron el espíritu escéptico con sus pensamientos, brillantes de ingenio y de oportunidad. Esta doctrina fué el fundamento de la independencia individual, dando base a una crítica amplia e implacable de las teorías filosóficas en disputa del laurel del pensamiento. Mostraban las contradicciones y las antinomias del cosmos, observado bajo el prisma metafísico y hasta científico.

El gran animador de esta escuela o clase profesional, pues los sofistas eran los profesores de la enseñanza superior, elementos técnicos que diríamos hoy, alejados de toda boga doctrinaria y, por tanto, aptos al análisis de todo concepto e idea, dedicados a educar a los futuros gobernantes, fué Protágoras. Fué el artífice de esta fecunda teoría que adelantó el conocimiento y la observación, por su carácter analítico que, indiferente, realizaba sobre la ondulante realidad. Demoliendo, las otras teorías se ajustaban con más precisión a la vida y al universo, influenciadas por los certeros disparos del escepticismo. Creó la lucha de atletas intelectuales que pretenden obtener el trofeo de la victoria: la explicación plausible de un fenómeno biológico, cósmico y social.

El escepticismo puede catalogarse, como un relativismo, sorprendente por la bipercepción que, recogiendo datos del campo afirmativo y también del negativo, puede concluir en fórmulas más reales sobre la propia realidad. Y el *no sé* de Sócrates le acerca mucho más a

los sofistas que a los idealistas, pese al ardiente idealismo que profesó, aun cuando quiso ridiculizar a los sofistas, remarcando el aspecto dubitativo de sus pensamientos. El condenado a la cicuta, espíritu profundo y positivo, fijó un método de conocimiento que partía de las creencias hacia el porqué. Método interesante y divergente de la deducción que, a la inversa, partía del nervio de una teoría. Este procedimiento analítico hizo penetrar la crítica hasta en los fundamentos más recónditos del pensamiento.

El escepticismo, aunque fué derrotado por el idealismo de Platón y de Aristóteles, ha surgido potente en el mundo moderno, pues sus raíces están vinculadas al propio progreso del pensamiento. Filósofos de todas las épocas han mantenido enhiesta la bandera escéptica, creada por los sofistas, porque la consubstancialidad humana es una mezcla de fanatismo temporal y otra de escepticismo, equilibrándose, de tiempo en tiempo, y efectuando la producción intelectual con sus rectificaciones correspondientes, cuando las ideas destilan el zumo anacrónico. El hombre se renueva en cada generación y las ideas necesitan varias generaciones para renovarse.

El mundo de las ideas de Platón, entra en el dominio del espiritualismo. Todo es sombras para él. Nada es firme. Solamente cuenta la idea — esencia superior —, como vehículo que conducirá a la razón de las cosas, sentando un principio moral e inteligente. Dios queda confundido con el bien en su universo. Discípulo de Sócrates, siguió el método de su maestro hasta producir sus apreciaciones fundamentales. La razón es el fundamento de su universo y su causa única. La metafísica sufrió un impulso de valor con el platonismo. Y sienta los pilares del puente que conducirá al pensamiento hacia el cristianismo, como teología y como condominio político.

Y en las constelaciones de la antigüedad viene después Aristóteles. Este potente cerebro crea ya un sistema teológico que arraiga aun más la metafísica. Conocedor de los atributos científicos de la época fundamenta la física, pero empleando una dialéctica que le conduce directo a probar la existencia de una substancia particular, inmaterial e inmutable. Y afirmándose en esta concepción, sienta las bases de un sistema, mantenido a través de dos milenios en el occidente europeo. Fué quien proclamó producciones intelectuales que

avasallaron, con un absolutismo sin precedentes, al espíritu de la Edad Media. Legó un gran testamento ideológico que ha jugado en todas las crisis espirituales planteadas a lo largo de la Edad Media y del Renacimiento. Era un hombre vasto de conocimientos que supo plantear todos los problemas humanos y dar solución, esclavizando intelectualmente a la humanidad, durante siglos, con sus conclusiones.

Platón y Aristôteles son dos puntales del pensamiento antiguo, cuyos perfiles de caballeros ideológicos dibujan un gigantismo admirable. Causan satisfacción por su saber enciclopédico y por sus visiones finales sobre el universo que, aun no probadas, prueban un enorme esfuerzo de discernimiento y de elegancia espiritual. En la actualidad, han quedado eliminados muchos de sus conceptos, otros han sido sobrepasados por la espiritualidad moderna pero no, por ello, dejarán de ser dos faros que iluminaron el abismo de lo desconocido y, también, la marcha de la humanidad en su historia. Sus diálogos y su peripateticismo son una ejemplar fórmula de ilustrar y de presentar problemas del intelecto.

Las guerras y los cambios polîticos desplazaron el eje de la brillante Grecia hacia Alejandrîa. Los sabios se desparraman expandiendo las luces del pensamiento griego por otras regiones del globo. Y en la ciudad egipcia se crea una nueva teoría, denominada eclectismo o neoplatonismo. Es una mezcla de doctrinas de origen griego, indio y judîo. Esta doctrina da a luz una curiosa trinidad: la trinidad neoplatônica, representanda de la siguiente manera: El Uno, origen de todo, crea la Inteligencia y ésta el Alma. Estas tres son las personas componentes de esta trinidad. Esta concepción es acompañada de un misticismo que aboca en verdaderas extravagancias, fruto de su variado origen.

De todo un mundo en conmoción comienzan los pueblos a gestar organizaciones estables. La crisis comienza a ser remontada y los hombres se disponen a vivir, después del colapso sufrido. Es entonces que el cristianismo se adueña de las conciencias europeas, afirmándose la visión teológica de Aristôteles. El cristianismo bebe en la fuente aristotélica para sentar su propia ideología. Y esta doctrina cubre con un manto a Europa durante siglos. Reina su espiritualidad en la producción intelectual, sellando todo motivo con su exé-

gesis. Y cuando llegamos a la Edad Media, el pensamiento metafísico se sutiliza más, adquiriendo alturas en sus definiciones que perfilan hondamente esta clásica producción. Se originan controversias teológicas que marcan un estadio típico del divinismo. Estamos en pleno desarrollo del espíritu en su pretensión de comulgar con la esencia primera de las cosas. Los conventos son verdaderas arenas, donde se ponen a prueba los fundamentos más refinados de la metafísica. Ello produce una superabundancia de divinismo y de espiritualismo enfebrecido. Se sistematizan los torneos retóricos y las sutilezas ideológicas durante siglos, hasta que el lenguaje se agota, incapaz de traducir las inquietudes espirituales de aquellos hombres.

El cristianismo reina por los ámbitos de la vieja Europa, sin rivales fuertes. Todo cuanto es espíritu e inteligencia está en sus manos. Parecía que la unidad espiritual del viejo continente se había producido y que perduraría en el tiempo. Pero el hombre es materia voluble y es rebelde a toda imposición de doctrina. Y presiente la necesidad de escapar de la dependencia intelectual en que le ha colocado el cristianismo y el árbol metafísico que, en ciertos momentos, se confunden por el gran desarrollo de aquél.

Al brotar el Renacimiento, el hombre marca la etapa de la insurrección intelectual contra el cristianismo. Quiere establecer contacto con las admirables teorías del pensamiento griego. Comprende que ha perdido el contacto con los autores de hipótesis fecundas. El despertar del Renacimiento es acompañado por revoluciones políticas y sociales que, en cierto modo, son hijas del malestar espiritual en gestación. Así entra en trabazón con el pensamiento antiguo, tan rico en su variedad y tan característico, por su tolerancia e indepedencia hacia los sistemas teológicos o políticos. Corre tras la expansión del intelecto, porque se ahoga en la atmósfera cristiana.

El pensamiento comienza a vivir otra situación. Sus manifestaciones son ágiles y libres. El cerebro bulle al conocer otras fuentes de saber. Y esta época se atreve a formular conclusiones propias, siendo la base de la producción moderna. El pensamiento se libera de una gran tutela.

En los tiempos modernos el pensamiento filosófico es variado e importante. Ilustres pensadores han fundamentado curiosas teorías.

Sus versiones alcanzan alturas metafísicas incomparables. Defienden a ésta con espléndidos argumentos. El espiritualismo moderno sobrepasa en elegancia y en conocimiento al antiguo. Sus conclusiones son bellas y hasta ilimitadas. Pero se va acercando la época de la ciencia. Y la filosofía comienza a resentirse de esta vecindad. Abandono a la metafísica para continuar mi camino formulando nuevos conceptos, por la presión del espîritu cientifico. Este puede producir imágenes del universo, más en consonancia con los nuevos documentos que, el hombre, ha obtenido estos últimos 150 años. Triste realidad que me acongojó entonces.

Es así como brota la filosofía positiva. Teoría del hombre y del universo, perdura por su esencia antimetafísica y por el hondo humanismo que encierra. Comte sentó un sistema que, pese a sus contradicciones, tiene una significación histórica. Es hijo de una nueva situación social que se barrunta en el horizonte humano. El positivismo ocasionó un daño importante al espíritu religioso, en su doble aspecto divino y metafísico. En esta filosofía no hay ningún ser inmanente ni trascendente. Se somete a las realizaciones científicas sobre el universo y la vida. No en balde la ciencia ha dado un paso de gigante en la explicación de los fenômenos naturales, adquiriendo una ramificación y una especialidad que le ayudan a desbrozar el campo de conocimiento. Y a esta labor cooperan un número creciente de seres.

Producto de una sociedad tendente a quintaesenciar el esfuerzo para permitir la existencia a una humanidad creciente, cuya cifra alcanza proporciones superlativas, producto de un estado de espîritu que camina hacia un practicismo superado, producto de sociedades que comienzan a vivir a un ritmo acelerado, salta al ruedo filosôfico el pragmatismo. Puede condensarse en pocas palabras el contenido esencial de la doctrina pragmática: todo cuanto es útil, es moral y verdadero. Sacad vosotros las consecuencias de esas palabras para explicar la realidad del hombre y del universo, bajo el punto de vista pragmático.

Y como colofón a esta polifacética riqueza de la filosofía, presentamos al agnosticismo. Esta doctrina es una variedad del relativismo filosófico y una expresión más del escepticismo. No admite que

el espîritu se plantee el problema de los principios — por ejemplo, los vuestros — por considerar que es una discusiôn estéril. Quiere eliminar de las inquietudes humanas esos temas que han masturbado, especialmente, las neuronas de los hombres y, pese al discurrir de los milenios, la solución satisfactoria y explicativa no surge. El terreno de lo absoluto parece impracticable para el hombre, dando origen a esta idea filosôfica. Naturalmente, si esta tendencia prosperase en el campo de la intelectualidad, mi expansión sería limitada. En mi propia carne ha nacido esta teorîa que podría acabar conmigo. Acabada la fuente de los principios, fundamento capital de todas mis discusiones especulativas, quedarîa exenta de una riqueza abstracta que ha embellecido mi existencia, basamentando la transición del pensamiento filosófico al científico.

Contra la invasión científica tengo un material abundante que procede a mantener puras las aguas de la filosofîa y, además, especialmente, a mi favor combate la propia espiritualidad del hombre que, todavía, amarga su dura existencia con los problemas absolutos. Me he defendido bien contra sus ataques peligrosos y cada vez más acerbos, por esa palanca experimental, que presenta a los ojos humanos la realidad de bastantes fenômenos, de los que obtener consecuencias ulteriores es una diversión intelectual. Me batiré con todas mis fuerzas para que mi prestigio no decaiga en la marcha del pensamiento, pues todavîa tengo poderosos auxiliares en los propios hombres. Y si algún día convengo en la imposibilidad de la lucha, entonces, queridos amigos, pediré la indulgencia humana ante mi error.

Es cuanto puedo manifestaros acerca de los dos principios fundamentales que me habéis planteado y espero haya podido satisfacer, vuestra sed de saber, algunas de mis conclusiones — terminó dulcemente la Filosofîa.

Gracias por tu interesante intervención — intervino Emilio. Ahora bien, no podemos ocultar nuestra satisfacción ante tus explicaciones. Esas definiciones tuyas sobre estos dos problemas humanos, carecen de profundidad para esclarecer e iluminar la esencia de la materia, punto de donde, probablemente, han brotado las realidades universales. Agradecemos tu amable e instructiva conversaciôn, de la que se desprende un tono serio, grave y, además, está carente de amargura, no

rezuma despecho, ante las probables consecuencias que puedan derivarse de una nueva dirección optable por el pensamiento.

Y la Filosofía respondió serenamente:

— Por algo me denomino así. ?No han retratado a mis representantes en seres inmutables frente a las contingencias humanas? ?Cómo podrán sacarme de la serenidad las especulaciones científicas, habiendo quedado reflejada, a eternidad, con la figura concentrada, en lienzos de manufactura maestra? ?Cómo negarme a mí misma? La resignación predicada por las religiones es de tipo material, por tanto, inhumana y productora de la bancarrota moral.

Ya me imaginaba que todo mi verborrea no os causaría interés fundamental. Estáis curados contra el espíritu filosófico y metafísico. Vuestra ciencia os inmuniza hasta, intelectualmente, contra la miseria espiritual. !Ah, el modernismo con su ciencia pura y aplicada! Neutralizáis vuestro cerebro para impedir todo contagio abstracto. No notaréis ningún deje amargo en mis frases, porque en el fondo no me insatisface vuestra independencia. Hay audacia, inteligencia y esa famoso experimentación que, por sí sola, es todo un sistema explicativo. Pero como quiera que me habéis situado los hombres aquí, en este plano del pensamiento, para cumplimentar a los pasantes, seguiré representando, modosa, mi papel.

Ahora, una cosa. Si por vuestra acción intelectual llegaséis a abandonar todo germen filosófico, espero que permitiréis mi retirada a un lugar florido, en un ambiente de descanso, como premio a mi trabajo anterior.

— Prometido — accedieron los dos amigos. Recibe un saludo común y nuevamente gracias.

La voz fresca y musical de la Filosofía les agradeció esta promesa y riente les indicó:

— Tomad el sendero de la derecha que os conducirá rápidamente a la cumbre.

IV

CHARLA AMIGABLE CON LA CIENCIA

EL y Emilio se pusieron en marcha. Comenzaron nuevamente a escalar la colina, animados, en su fuero interno, por la tolerancia final de la Filosofía. El señalamiento del sendero por su parte, lo consideraron de buen augurio. Comentaron el tono simpático que su interlocutora supo imprimir a la parte final de la conversación y la ciencia contenida en su historia. Ahora, se hallaba desplazada del eje intelectual moderno. Sin embargo, como depositaria del saber antiguo y como definición que tuvo una plaza preeminente, en el concierto ideológico de la historia del pensamiento, merecía todos los respetos.

Llegaron a la cúspide. Y cuando lanzaron una ojeada al panorama ofrecido, iniciaron un movimiento de sorpresa y de admiración. Provocaba en ellos exclamaciones de satisfacción pueril. Divisaron un valle cerrado con altas colinas desprovistas de vegetación que, a manera de anfiteatro, le rodeaban. Estos accidentes tenían un color rosa pálido que prestaban al medio un aire de calma. El valle presentaba una vegetación frondosa, exclusivamente de dos colores intercalados de distancia en distancia, como si la mano del hombre hubiese impuesto semejante decoración. El rojo fuego y el verde esmeralda atraían las miradas de nuestros amigos. Arboles esbeltos elevaban su tronco con abundante ramaje, cuyas hojas amarillas hacían juego vistoso con el conjunto. El valle estaba salpicado de amplias lagunas, cuyas aguas resplandecían por su color azulado. Y abundantes canales serpenteaban en ese ambiente de ensueño y de colorido, digno de una imaginación de hadas, arrastrando aguas espumosas. El paisaje era la expresión de una visión idilíca de un trozo del universo. Un cuadro pictural a base de colores completos y de brochazos firmes.

Emilio rompió el silencio expresando un deseo:

— Descansemos un rato y luego descenderemos al valle. Recreémonos unos instantes con cuanto se nos ofrece a los ojos. He aquí un golpe de vista agradable que place a la mente poética y estética. Penetrarse de este ambiente es tanto como reavivar los sentimientos nobles,

anidados en el individuo. Su contemplación es una ocasión favorable a su brote. ?No te parece?

— Es cierto — respondió El. Ante la belleza superlativa de este cuadro, el alma se siente movida por un sentimiento íntimo. No sé si comulga con el ambiente en impresiôn de simpatîa o, si empequeñecida por esta grandeza, se abandona indolentemente al embrujamiento panorámico.

— ?Qué impresión has obtenido de nuestra charla con la Filosofîa? — preguntó El.

— Favorable — expresó Emilio. Su creación y desarrollo implicaron un avance mayúsculo en la comprensiôn del mundo exterior. Es un alarde de imaginación y de interés, secuestrar al universo motivos que ayudan al hombre a soportar su propia consciencia. Pero como toda disciplina intelectual, ella se estima suficiente y no prosigue la evolución ramificada del pensamiento. Citemos los casos del afán metafísico y del religioso. Aun cuando el pensamiento ha tomado otras direcciones negadoras de esos dos sentimientos, se mantienen en las sociedades por su arraigo en el espîritu. Los conocimientos modernos de los fenómenos y la transcripción de la realidad, no necesitan de esas especulaciones, pero el hombre sigue uncido a pretéritos afectivos e intelectuales. El pensamiento es el heraldo del hombre en el planeta. Y el hombre es el personaje que avanza temeroso y tardo en la senda marcada por aquél. Está comprobado que en nuestra naturaleza deja más huella un sentimiento que una idea. Por razón, lógica y ciencia, la urdimbre metafísica no puede mantenerse sólidamente en la avanzada del pensamiento, pero subsiste. Lo mismo digo del sentimiento religioso. Esta comprobación demuestra la carencia de personalidad de los humanos para analizar la realidad. Y si las ideas penetran en su cîrculo, es porque llegan a amarlas, a convertirlas en sentimiento, faltos de amplitud espiritual que abarque la producción del intelecto. La estrechez de mira cerebral en algunos hombres permite todavîa el reinado del fetichismo embrujado. Estos restos persisten en nuestro planeta, como legado de una etapa típica de la humanidad.

— Sî — agregó El. El hombre es excesivamente conservador en materia de ideas. Cuando se aferra a una ideología o a un sentimiento, no lo abandona, cual si sellara indeleblemente su carne. Teme más a los

desgarrones ideolôgicos que a los de su propia constitución. Sin embargo, el pensamiento debe proseguir acelerando su marcha para que las sociedades evolucionen con menos lentitud.

Los dos amigos se ponen en pie y comienzan el descenso al llano. Después de varias horas de marcha, pisan el bello lugar. Observan la vegetación óptima y lujuriosa. Admiran el orden y la armonîa de aquella producción vibrante. Pero de la impresión que perciben les arranca un saludo de bienvenida. Y escuchan:

— Ilustres viajeros, sed bienvenidos. El perîmetro que abarco está a vuestra disposiciôn, presto a descubrir sus bellezas. Todas mis consideraciones a vuestra raza. Mis trabajos pretenden paliar su aventura celular. Y cuando el hombre es mi huésped, como en esta ocasión, le agasajo con mis posibilidades. ?Qué deseáis? Si puedo complaceros, cumpliré vuestros deseos.

— Nos extraña tu lenguaje, amable y expeditivo. ?Qué te impulsa a interesarte así por nosotros? ?Quién eres? ?Y por qué esa solicitud? — interrogó Emilio.

— Soy la Ciencia. Sôlo cumplo mi deber al expresarme en estos términos.

— ?La Ciencia? — se extrañó Emilio. ?Cuál? Conocemos muchas.

— Soy la Ciencia a secas. La disciplina independiente de la polîtica, de la religión y de la metafîsica. Concluyo con medios propios, como son la observación, la constancia, el análisis, la sîntesis, el genio y poca imaginaciôn. Pretendo captar las leyes que rigen los fenómenos del cosmos. El entronque fenomenológico de toda causa es mi razón de ser. Chapoteo en todos los terrenos: en el muy ínfimo, en las dimensiones estelares y en la tierra que le soporta al hombre.

Tuve origen en la más remota antigüedad, pero mi expansión y penetración en las producciones humanas han sido difîciles. El hombre era poseedor, todavía, de un cerebro lento y perezoso que no asimilaba un trabajo de reflexiôn. Admitîa con toda naturalidad la representación sentimental del universo, influenciado por imágenes bellas y delicadas. La figura poética de la realidad, era más atractiva que el análisis de esa propia realidad. El arte, la religión, el abismo metafîsico, presentaban aspectos atractivos del hombre y del universo que la ciencia no podía ofrecer. Mi inferioridad era mani-

fiesta por las armas empleadas en atraer a los hombres: trabajo, investigaciôn y reflexión. Las otras disciplinas incorporaban adeptos por la forma, la carencia de experimentación — fuente del impresionismo — y las frases retóricas. El camino que le ofrecîan el halago, la música, la poesía y el superhumano protector, era más liviano. Además, el itinerario intrincado de la vida, no convenîa complicarlo con nuevas inquietudes.

En un cerebro brumoso, donde la magia encantaba los pensamientos y los actos que se derivaban, aparecî como una manifestación indeseable, porque exigía trabajo. Mi alba no fué poética, ni fué registrada cual acontecimiento que abrirîa nuevos cauces al curso de la evolución. Mi aparición fué gris y balbuceante. En un mundo encantado por imágenes floridas y por un reposo intelectual, mi existencia era un contraste. Mi primer dato científico se redujo a operar la noción de cálculo, sumando algunas unidades. La cuna de las matemáticas es bien lejana y bien humilde. Mi saber se reducîa a este rudimentario concepto aritmético. Soy el resultado de un parto doloroso, acontecido en un ambiente agresivo y desfavorable, al desarrollo de mi cuerpo. Mi amanecer deslucido, ha ido cediendo paso a la irradiación más brillante que ha conocido el espîritu del hombre. Y después de seis mil años de mis primeras manifestaciones, me encuentro en plena difusión productiva, que alentará futuros de mayor energía.

No se imaginarían aquellos primeros cerebros de los egipcios que sentaron la unidad, el descubrimiento de un fenômeno, cuya repercusión en la marcha del tiempo alcanzaría grados superlativos. El primer eslabón de la cadena científica es el número. No obstante, no puede representarse al hombre antiguo realizando operaciones aritméticas de alguna importancia, porque estaba dominado y aterrorizado por su visión de la realidad. La mentalidad primitiva no podîa asimilar las matemáticas, a causa de su poca consistencia cerebral, pues es notorio que necesitaban un loable esfuerzo de reflexión. Pero fundamentaron mi base. Aquellos primeros hombres, al fijar el cálculo, no creyeron facultar el desarrollo de una ciencia abstracta que ha logrado substanciales resultados, en su perímetro propio, y que serviría, además, como auxiliar valioso en la explicaciôn del conglomerado

científico. Así broté y pude desarrollarme, esporádicamente, a través de los milenios. Del cálculo salté a la astrología.

El movimiento de los astros acarreó mi curiosidad. Las noches de firmamento brillante y la soledad de los hombres en sus correrías buscaron puntos de reconocimiento. Los cuerpos estelares fueron situados en el espacio y marcados. Busqué la correlación que pudiese existir entre los actos humanos y la posición de los astros, corriendo en sus órbitas. Acuciada todavía por el influjo de una magia desbordante, descubría en los mundos extraplanetarios causas determinativas de los actos de los hombres. La astrología fué aumentando el caudal de conocimientos sobre el espacio, hasta sentar las bases de la astronomía, rama científica de primer orden que presenta fundamentos tangibles del cosmos. Despojada del ropaje astrológico, la astronomía ha progresado eficientemente, alimentando en el mundano esperanzas de conocer el espacio intersideral. De la astronomía pasé a la geometría.

La forma atrajo también mi observación. La rica variedad de la forma, me condujo a la geometría, por la vía del cálculo. Sin éste, la geometría hubiese nacido para perecer o vegetar penosamente, carente de savia. Hubiese languidecido tristemente en el mundo de las figuras. Sin embargo, su desarrollo potente ha adquirido prerrogativas en el mundo moderno. Ha conseguido un puesto importante en la clasificación de las ciencias, por su interés. Dibujar y calcular la forma, se convirtió en una disciplina que produjo combinaciones de valor incalculable para explicar el mundo exterior. El geómetra moderno produce síntesis admirables. En ciertos momentos, tal fué la idolatría por la forma, que fué esclavo de la misma. Creyó descubrir en la forma el fundamento y la explicación de la realidad material. Todo redujo a formas y dibujos, estimando al universo, como una concepción abstracta, fuera de una noción real. Afortunadamente, esta visión se disipó. De la geometría, abordé la medicina.

El problema de la enfermedad era temible en aquellos tiempos. Las epidemias se sucedían, devastando regiones con su mortal aparición. La miseria fisiológica, producto de la subalimentación y de la promiscuidad en las ciudades populosas, que alcanzaban ya las dimensiones de París y Londres actuales, se presentaba con caracteres alarmantes. Emprendí un trabajo de análisis de las enfermedades,

dando pié a su clasificaciôn. Asî comencé a conocer el cuerpo humano. Fué el empirismo de la medicina, pero que aportaba la semilla generadora del modernismo médico. Pero este mismo empirismo de la medicina, era ya un avance serio, si lo comparamos a las actuaciones de los hechiceros, brujos y magos, que con sus ritos y bailes creîan ahuyentar los malos genios ocultos en los cuerpos para producir las enfermedades. Sólo haberle arrancado del estadio embrujado en que se hallaba el curanderismo, implicó un esfuerzo del pensamiento medical hacia nuevos derroteros. !Desgraciados los enfermos que eran atacados por una enfermedad grave! Los sometían a una tortura moral y física con las imágenes de los genios maléficos y toda la monserga que les acompañaba. Todo ello era producto de un mundo espiritual, pobre. En este instante que elimina la acción de los curanderos, la medicina brinca hacia conocimientos superiores, dirigiéndose rectamente al análisis de las enfermedades. Y entonces, comienza a comprender la importancia de la higiene física y mental. Luego ataqué a la Fîsica.

El propio enriquecimiento me concedîa alas para atreverme analizar nuevos hechos. Las propiedades de los cuerpos fueron descubiertas por mí, descubriendo algunas leyes imperantes en el mundo físico. La percepción de los fenômenos físicos, alentó al corto número de sabios entregados a esta obra. Y ante estas realidades, mi ciencia se hizo más penetrante y más ambiciosa. Quiero descubrir motivos fundamentales de los cuerpos, que ya denuncian la caracterîstica del espîritu científico, abriéndose camino en la producción intelectual. Las ciencias humanas entran en una fase interesante. Se completan y se complementan, en una área de bastante solidez y conocimiento, como para atacar problemas de toda índole.

El mundo prerromano es digno de alabanzas por su aguda penetración del mundo físico y cósmico. Sentô los cimientos de la evolución científica, con sus conclusiones intuitivas. Si a su audacia intelectual, propia de un amor a la independencia del espîritu, le hubiese acompañado la técnica moderna, los resultados hubiesen sorprendido, cual en el mundo moderno. Pero el hombre no estaba preparado para recibir esas visiones científicas, asimilarlas y proyectarse en esa dirección. Este loable esfuerzo de mis representantes en el mundo

civilizado, fué apagado por la producciôn teológica y metafísica, en una exuberante promulgación de atrevidas pirámides espirituales. Bajo un peso divino que abocô en una tiranía intelectual y una concepción sutil del universo, el pensamiento científico se doblegó. Y su expansión se detuvo ante el dique irrompible de un medio hostil y vanidoso, que creyó descubrir las perfecciones intelectuales en sus conclusiones, carentes de la más elemental experiencia. Y mi esencia quedô latente en espera de una contingencia más favorable. Saber esperar es una virtud y por ello no se impacientó. De tarde en tarde surgîa al hombre para anunciarle un nuevo hecho, manifestando asî su vitalidad y la esperanza de una eclosión brillante.

¡Oh, hombres de la antigüedad que, templados en un baño intelectual inalterable, supistéis defender el derecho a la ciencia! Ni la política, ni la religión, ni la filosofîa, podîan alterar la fuente viva del análisis de los cuerpos, y enunciar motivos de carácter universal. No podîais concebir de que se aceptasen planes teóricos de donde debîan derivarse los hechos universales, como fruto de un programa preconcebido. Vosotros admitîais lo contrario. De los hechos debían derivarse las teorías. Y, en última instancia, enriquecerse mutuamente. No aceptasteis supeditaros a sus concepciones y preferisteis retiraros hasta recuperar fuerzas arrolladoras. Vuestra gallardîa supera todo gesto humano. Vuestra defensa del pensamiento es más noble que todos los sacrificios realizables en virtud de un ideal o de un sentimiento. Vuestro gesto fué puramente espiritual. El tesón mostrado en los momentos difíciles, es de una elevación moral que califica a ese puñado de seres, tras la explicación más plausible en el ámbito intelectual, como ambiciôn de almas audaces que proscribían todo al amor del conocimiento.

¡Nobles figuras de egipcios, asirios, chinos e indios, que jalonasteis la mejor interpretación de los fenómenos! Vuestra visión fué heraldo del desarrollo elefantîaco que vuestras disciplinas intelectuales adquirirîan en la actualidad. Próceres del pensamiento, servisteis de base a la especializaciôn de numerosos trabajos. Señalasteis la ruta — vuestros discîpulos la han perfeccionado — donde el cerebro hallaría respuesta a la urdimbre de motivos que componen la vida y la materia. Marcasteis el rumbo fiel que brindaría una travesîa agradable y pro-

ductiva del movedizo campo del cerebro. Vosotros descubristeis, entre brumas y claros, el verdadero sentido de la realidad — irrealidad del mañana — e iniciasteis los trabajos científicos. La severa grandiosidad de vuestros resultados prestó el motivo de continuidad, hoy más y más potente y que se fortalece en la historia.

Y vosotros, espîritus helenos, que recogisteis el fruto verde y amargo todavîa de la ciencia, con vuestra natural comprensión, lo elevasteis a la categorîa de una disciplina que dominaba en vuestra civilización. Vuestra euforia vital y vuestra psicología, son inconfundibles en la antigüedad. !Oh, escuela de Mileto, reducto de notables figuras! !Oh, círculo de pitagóricos y sucesores que creasteis nuevos universos! Y vosotros, Euclides, Arquîmedes, Hipôcrates, que con vuestra talla intelectual dominasteis siglos. Todos contribuisteis a fundamentar la tradición científica, enquistando en el cuerpo social al cientifismo, como una manifestación del intelecto. A vosotros debo mi exaltación moderna. Engendrasteis la visiôn futura de una sociedad entregada a la pasión científica, donde vuestro halo resplandeciente guiaría los actos humanos. El hombre reconocerá en vuestros trabajos la savia fecunda que ha sabido reproducirse y reverdecer en la superproducción moderna. Sois almas señeras que imprimisteis al espíritu, el sello de una elevación de conceptos que rubricaron los más profundos trabajos de la historia humana y del proceso cósmico. Vuestro ingente esfuerzo perdurará en el proceso evolutivo del pensamiento, como penetrante raîz que hizo brotar el árbol más fecundo.

Pero la evoluciôn del espîritu — triste comprobación —, como también su influencia, están ligados al poderío militar y polîtico de los pueblos. Y vuestra irradiación intelectual nada pudo contra la invasión de los romanos. Con su conquista, apagaron el foco potente que alumbraba la civilización, al aceptar otras contingencias intelectuales. Perdisteis la influencia polîtica, militar y científica. Y en vuestro declive polîtico, espíritus nacidos en vuestra patria, promulgaron fundamentos de las concepciones metafísicas, alejándose de las disciplinas que disteis vida. Y los romanos no asimilaron vuestras disciplinas científicas, sino que abrazaron el mundo abstracto que apadrinaron otros compatriotas vuestros. Perecisteis comb pueblo y como civilización, aun cuando los romanos imitaron algunas de vuestras formas. Roma,

con su poderîo militar y la metafísica que apareciô como negación de un esfuerzo milenario, ahogaron la vitalidad del cientifismo. El espîritu grosero del romano no sabîa adentrar en las sutilidades griegas y en las discusiones típicas de su pensamiento. El dominio de la fuerza aplastó la belleza del pensamiento.

Así, el eje del cientifismo se trasladó a Alejandrîa, ciudad que adquirió gran renombre por su saber, su hospitalidad y el apoyo hacia las notabilidades griegas de los tolerantes emperadores de Egipto. La derrota de Grecia produjo una invasión de sabios griegos que dieron continuidad a su tradiciôn cientîfica, en la orilla opuesta del mediterráneo. Los egipcios supieron asimilar rápidamente esta inyección espiritual, convirtiéndose la célebre ciudad en el foco del conocimiento, de donde se irradiaba al mundo conocido. Pero la sombra de la Roma imperial persiguió también a este lugar al espîritu científico, cuando la conquista de Egipto, desapareciendo el último vestigio de esta noble expansión del pensamiento,

Esta última circunstancia prepara la imposición de una civilizaciôn uniforme en Europa, cuya esencia intelectual queda rebajada, para desgracia del continente. La atmósfera se hizo pesada por la fuerte proporción negativa que se traslucîa en sus realizaciones. Roma apagó la sed de saber por su peculiar civilización de poderío y de colonizaciôn mediterránea y europea. Las organizaciones romanas no produjeron el número de espîritus brillantes que, en la civilización griega acapararon la atención de la humanidad. Bien es verdad, que el esfuerzo de los romanos tendieron en otras direcciones.

Varios siglos después de constituîdo el imperio romano, de donde ya se va prefigurando la futura Europa, es atacado por los bárbaros, consiguiendo desintegrar las fuerzas de Roma. Este acontecimiento dibuja la geografîa política europea de variedad notable y que anuncia una estabilización casi total de sus perfiles. Y el derrumbamiento de Roma da a luz una Europa, dominada por el cristianismo, sometido a la virtud de la elucubraciôn aristotélica que, en materia científica, era inferior al de otros sabios de la antigüedad. Queda pues el panorama europeo modificado profundamente por el acontecimiento histôrico que supone la desaparición de la hegemonía romana. Y la nueva Euro-

pa abraza con fervor la teologîa cristiana que amordaza el conocimiento científico y se sume en un empirismo pseudocientífico.

?Qué factor interviene para que después de la conquista de Alejandrîa por Roma la ciencia no se hunda definitivamente? Un acontecimiento histórico de trascendencia. En el Oriente comienza a gestarse un nuevo imperio. Los musulmanes se muestran emprendedores y crean un imperio gigantesco. Y al calor de esta expansión los árabes irrigan a su paso la ciencia alejandrina. Se hacen vehículo de aquella tradición y los sabios árabes realizan progresos eficientes en distintas ramas, especialmente en matemáticas. Vemos pues que la ciencia persiste a través de una Europa descuidada e ignorante. El mundo musulmán de imaginación fogosa, es teatro de un impulso científico, mientras la gran parte parte del continente europeo vive en un estado de superstición e ignorancia, donde los matemáticos, físicos y médicos tienen una altura mediocre, vegetan carentes de fuego ideal, siendo su número reducidîsimo.

La Edad Media es la penumbra de la ciencia en Europa. No atravesó desde su origen época más dura. El continente sometido a su propia economîa intelectual no hubiese producido grandes realizaciones, ni grandes hombres, ni ideas renovadoras y de progreso. Pero los árabes, con sus roces, su espíritu belicosq y sù penetración en algunas extremidades del mismo fueron inyectando lentamente el saber griego y hasta el indio, por el contacto que tuvieron con las poblaciones hindúes al extenderse hasta el Indostán. Europa recibió esta inyección científica, como una medicina espiritual que salva el cuerpo de una grave enfermedad.

Como contrapartida a este alejamiento de la ciencia, el arte y la religión adquirieron una altura de genio. El europeo atravesó por la etapa artística y teolôgica, quizás como medio de entrenamiento para que asimilase nuevas disciplinas intelectuales, más arduas y más elevadas. El caso es que arte y religión adquirieron formas atrevidas y perfectas. Y como un producto heredado del perîodo romano, que amamantó el practicismo y, por lo tanto, fué el padre de la técnica, surgen unas técnicas, como la navegación a gran altura, que preparan nuevos fundamentos del espîritu. La técnica se prepara a comulgar con la ciencia.

Ya se divisa en lontananza el alba de una nueva era. La tiranía del cristianismo que amordaza al espíritu dentro de determinados cánones, tiende al crepúsculo. No como teoría, sino como esclavitud intelectual. La fortaleza del cristianismo sufre una aguda crisis, aunque la apoya una masa creyente, pero tiene que abrir la espita intelectual y desbordarse más allá de los límites cristianos, en la explicación del mundo exterior. Libre ya el espíritu de los reducidos cuadros del cristianismo, brinca de alegría y su reciente libertad produce sus frutos. Y canta a la libertad atacando principios considerados, como fatales e inamovibles.

De este nuevo estado espiritual, surge el renacimiento italiano en ese conglomerado de repúblicas, activas e inteligentes, emprendedoras y astutas, donde el arte y la ciencia comienzan a ser protegidas por príncipes y gobiernos. El comercio es intenso en este rincón de Europa y la prosperidad reina en sus pueblos. Y la península italiana se convierte en la patria de hombres de ciencia y de arte, cuya personalidad comienza a irradiarse muy allá de sus fronteras.

Un nuevo acontecimiento viene a ayudar la expansión espiritual del renacimiento por Francia y, luego, por Europa. Los conflictos italofranceses ponen en comunicación a esta zona con el resto de Europa. De aquí su rápida expansión sobre el continente, que pone en peligro toda la organización del mundo cristiano. Es un sobresalto del pensamiento científico, al negar las tradiciones cristianas. Los europeos se empapan ansiosos del espíritu griego, abundando en conclusiones propias, totalmente originales, que hacen tambalear a la escolástica. Es el grito de la lucha por la libertad del pensamiento y también la época de los braseros humanos, de la inquisición, de los autos de fe, en fin, de la represión intelectual de la iglesia romana, defensora a capa y espada de sus atributos. La batalla tiene sus alternativas y dura siglos, hasta que al final el espíritu científico, mejor preparado, sobrepasa toda medida y se lanza a una especulación audaz, derribando toda barrera, produciendo ideas originales sobre la vida, el hombre y el universo.

En el fragor de las luchas religiosas y políticas aparecen nuevos conceptos sobre la cosmogonía, la física, las matemáticas, la química, la óptica, las ciencias naturales, la medicina, que van preparando el

triunfo de la ciencia. Filósofos y sabios concuerdan, aun sin ponerse en contacto, en demostrar que, la ciencia teolôgica, oculta la más crasa supercherîa en la explicación de los fenómenos naturales. Estos nuevos conceptos salen a la luz pública produciendo explosiones en el campo de los iniciados. Y la iglesia, atenta a mantener intactos sus sagrados principios, pese a sus concilios y reuniones de doctores, no puede impedir que la ciencia lance su producción a los cuatro vientos y los hombres se saturen de sus conclusiones. No obstante, este panorama, los filósofos mantienen a la metafîsica, como base de todos sus razonamientos.

Sôlo a comienzos del siglo XIX, el filósofo Comte, se atreve a desechar toda la materia especulativa para sentar la doctrina del positivismo. Y realiza una clasificación de las ciencias que, aunque incorrecta, ejerce una influencia histórica sobre el pensamiento de la época. La ciencia sirve de base a su pronunciación filosófica. Y cual volcán en erupciôn, la ciencia se lanza, por sus propios medios, a la conquista del mundo exterior. Signo de los tiempos, ya que no tiene enemigo espiritual que puede contrarrestar la irresistible expansión.

En este siglo, el campo científico adquiere un desarrollo sin precedentes. Todas las previsiones son superadas. Los matemáticos prestan fecundas teorías en todos los terrenos, siendo renombrados universalmente. Los geómetras, que se funden a veces con los matemáticos, abundan en la creación de nuevos sistemas. La especialización de la ciencia se hace indispensable, ante los nuevos horizontes que se le ofrecen, ramificándose en una variedad sugestiva e importante. Sugen a la luz nuevas ramas indicativas del material abundante que se va procurando, convirtiéndose el número de ciencias en una cifra sorprendente. Y la aplicaciôn de muchos conocimientos científicos a las sociedades, produce el fantástico desarrollo de nuestra civilización moderna. El practicismo de la ciencia al proceso societario, significó la mecanización de un mundo que acelera más y más su evolución. El hombre no asimila ya la ciencia como teorîa pura, tal como la estimaron los griegos en su afán estético, sino que acarrea una producciôn incalculable de inventos y descubrimientos prácticos, transformadora rápida de las formas de vida de los individuos,

alentándoles una actividad determinativa de un nivel y una riqueza de situación, que sólo su locura guerrera la hace rebajar.

La medicina, la fisiologîa, la biología, con sus ramificaciones, dan a conocer al individuo en detalle, junto con la química biológica. La electricidad, sea térmica, hidráulica o atómica, pone en movimiento un mundo sorprendente, iniciando una era en que, por su conducto, se cree descubir la energîa universal. La fîsica se lanza a un vuelo de exploraciôn que desvela nuevas tierras donde aterrizar, para luego elevarse nuevamente en conquista indefinida. La química se hace más y más poderosa, hasta llegar a anexionarse a la fîsica, dando nuevos prismas de la materia. El reinado de la ciencia se asevera preñado de realizaciones incumplidas por otros fenómenos sociales. El arte, la política, la religión, la filosofîa, no consiguieron revivir en el hombre, esa impresión de fuerza y de poderîo ante el universo. La moderna astrofísica ha originado conocimientos sobre el cosmos, que ha adelantado la posición humana frente a la incôgnita de la realidad universal. El ojo humano advierte hoy mundos lejanos y desconcertantes, de una variedad prolija, que mantiene latente el interés documental. En el mundo macrocósmico ha alcanzado fronteras atrevidas, asî como también en el microcósmico, realizando una síntesis superior entre lo gigantesco y lo diminuto.

Y por el influjo de la ciencia, el hombre se ha enriquecido de numerosos conceptos, abolido otros. Ya se aproxima el instante en que por su poder de acción le obligará a una nueva fôrmula de vida, más en consonancia entre la fuerza creadora y el sentimiento que anida en su ser, como producto de superación individual, pues el hombre no debe rechazar el aspecto sentimental, como una bagatela, para adentrarse frîamente en un terreno único. El hombre y la sociedad, la hembra y el macho, el espîritu y el cuerpo, se complementan. Y su equilibrio óptimo se producirá cuando sepa conjugar sus fuerzas creadoras — espíritu — con las fuerzas propias de la carne — materia.

Quedan atrás las múltiples vicisitudes que atravesé en mi historia. El triunfo que he obtenido en estos tiempos me satisface plenamente. Es el colofón de una lucha milenaria y activa. Hoy los viajeros se detienen, gustosamente, a escuchar con atenciôn mi palabra convin-

cente. Y sin ánimo de propaganda, les voy presentando mi documentación voluminosa. Abro ante sus ojos las ventanas de la vida, mostrando su interior desmenuzado cuidadosamente con el escalpelo de mi método de trabajo. El número de adherentes a mi causa aumenta considerablemente, hasta el punto que en el porvenir cercano la cuarta parte de la población mundial estará entregada al trabajo científico. El mundo de sabios y auxiliares alcanzará proporciones que jamás soñé. La ciencia penetrará en los motivos humanos con la finalidad de prestar vigor a todas las acciones. Mi alba dolorosa se esfuma en la lejanía y en los motivos. En la actualidad, mi disciplina tiene tal amplitud que pueden converger las inquietudes de todo orden. Mi abrazo puede solucionar problemas que durante largo tiempo fueron insolubles al espíritu humano. Y la especie se refugia en mis atributos esperanzada en la idea de mi poder resolutivo.

El cuadro es pues impresionante y netamente satisfactorio para la realización de mis objetivos. Sin embargo, una ligera inquietud se cierne sobre mi futuro. A manera de previsión de mi avenir he urgado en el mismo, descubriendo que también soy materia perecedera. Esta impresión pude verla corroborada por algunos viajeros — pocos en verdad — que disciplentes, después de haberme escuchado con atención, me anunciaron que yo era una disciplina muy interesante, pero que ellos no se sometían, porque estimaban a la ciencia sin capacidad para resolver los problemas pendientes, sobre la vida y el universo. Consideraban que no eran materia impresionable y querían evitar toda clase de espejismos y de alucinaciones, como gran parte de los hombres sufrían al exagerar mi poder. Por lo tanto, proseguían sus andanzas en busca de nuevas disciplinas, más seguras y más sabias y pudiesen acercarles a sus finalidades. La seguridad que acompañaba a estas declaraciones y el entusiasmo en que ardían, me han dejado pensativa. Mi triunfo podría ser efímero y podría verme derrotada, por nueva producción intelectual y por nuevas facultades que los hombres pudiesen adquirir. Y mi subconsciente prevé un nuevo salto del pensamiento en la explicación del mundo exterior.

Respondí a sus declaraciones, a modo de defensa, de que en mi método de trabajo la hipótesis jugaba abiertamente, ensanchando mi área estricta. Les indiqué, el campo que la hipótesis ofrecía a la

imaginación para la emisión de ideas dispares y la prodigalidad manifestada en todo instante. Pese a mis objeciones, estimaron que me aferraba excesivamente a la idea de experimentación, motivo por el cual ahogaba gran parte del fundamento especulativo y negaba también ciertas realidades del hombre, porque no sabía experimentarlas. Estimaron que yo misma me limitaba los actos, error inadmisible para ellos. Comprendieron no obstante, que a la imaginación no se le puede dejar desbordada, porque falsearía numerosas direcciones del pensamiento.

La hipótesis — vanguardia del pensamiento — me permite adelantarme en ciertas conclusiones, siempre basada en datos rigurosamente exactos. Es una especie de preciencia, donde la especulación no se adueña de las ideas, a causa de su base documental, evitando la caída en los abismos abstractos y que tanto han maravillado en épocas pretéritas, por su argumentación capciosa y vaporosa. La hipótesis es mi mejor auxiliar y no le debo abandonar a un desvarío imaginativo, de los tantos que produce el hombre, desgraciadamente. Y extremando un tanto el valor de la hipótesis podría argüir de que, en el fondo, todo es hipótesis, como imagen del relativismo científico y, si se quiere, hasta filosófico.

En mi ciencia existen hipótesis que han jugado espléndidamente en mis definiciones. La teoría de la evolución ?no es una hipótesis valiosa que ha adelantado grandemente el conocimiento de las especies y del hombre? La teoría del universo en expansión ?no es interesante a la explicación cosmogónica? Estas dos teorías sujetas a una imaginación desmelenada alcanzarían extremos desconcertantes. Sin embargo, ?no están basadas en datos que sólo pueden permitir determinadas piruetas intelectuales? Mi historia es una sucesión de hipótesis. Mi cuerpo se ha desarrollado, de hipótesis en hipótesis, hasta alcanzar la envergadura actual. Unas han sido más fecundas que otras, pero todas ayudantes celosas de mis conclusiones. Y la idea genial, como la experimentación acertada, han rubricado con hercúlea espiritualidad mis conceptos fundamentales.

En ciertos aspectos coincido con el agnosticismo. De momento opino que no se podrán obtener respuestas absolutas sobre la realidad humana y universal. ?Cómo explicar quién fué el primer hombre

con sus cualidades morales e intelectuales y de qué ser procedió exactamente? ?Cómo demostrar cuál es el origen del universo? Hipôtesis más o menos imaginativas podrán dictarse, pero vale más buscar pausadamente el conocimiento de detalle, avanzando hacia esas preguntas concretas. El hombre puede interrogarse a sí mismo sobre las realidades del materialismo o del espiritualismo, de la razón, de la vida, yo continuaré husmeando y ?quién sabe? — terminó con acento dubitativo.

Entonces, Emilio se atrevió a expresar la finalidad de su viaje:

— Nosotros perseguimos la finalidad de captar el principio de la vida y el de la materia. ?Es que podrías facilitarnos detalles sobre esta encuesta? Hemos conversado con Dios y con la Filosofía, pero no hemos obtenido satisfacciôn. No nos han convencido sus argumentos y hemos continuado nuestra exploración. Luego, tú nos has recibido y esperamos obtener una documentación más satisfactoria de tus labios.

La ciencia tardó en responder. Debîa vacilar en si darles respuesta o mantenerse reservada. Después, se manifestó asî:

— Es cierto. Ni Dios ni la Filosofía han podido resolver el problema con visos de realidad. Sus conclusiones son arbitrarias. Y yo, con mis hipôtesis, podría formular respuestas a vuestros deseos, pero no me instiga ninguna finalidad para corresponderlos. Comprendo el interés capital para los humanos la solución de esos dos principios, sin embargo, no me atrevo a complaceros. Sólo expresaré el estado de estos problemas.

Cuando los griegos formularon el atomismo filosófico hace más de 2.000 años, es de opinar que no imaginaron el alcance de esta conclusión y que el hombre tampoco llegarîa a corroborar la existencia del átomo, hasta pesarlo, como lo hace en la actualidad. Naturalmente, entre aquel atomismo y el atomismo científico de los tiempos modernos, hay un abismo. La teorîa atômica de la actualidad, se diferencia esencialmente, en que tiene base real. El edificio atómico es conocido en gran parte y sus componentes identificados. La física nuclear se ha adentrado profundamente en el interior del núcleo atómico. Es un magnífico ensayo de explicación de las partículas elementales de la materia y de sus propiedades. El pensamiento ha

dado un paso firme en el conocimiento de ese mundo fronterizo con la inmaterialización, pero la clave no la ha obtenido. Se mantiene desconocido el primer fundamento de todo el edificio universal.

Queda en pie la incôgnita de la materia. Interrogantes nuevas se formulan en todo instante. ?La materia es energîa? ?La energîa es materia? ?Hay una partícula que es materia y energîa simultáneamente? Y aun respondiendo netamente a estas interrogantes, nuevas surgen a la mente. ?Y qué carácter tendrîa esa partícula? ?Cuál era su origen? ?De dónde procedîa? ?Su fundamento serîa eterno? ?O la energía primitiva se origina en otro estadio de la materia de la que el hombre no tiene la menor noción? Se pueden amontonar preguntas sobre la misteriosa procedencia del universo y de su componente primitivo.

Después de haber obtenido resultados notables en el estudio de la materia, mi impresión es que en el actual estádio del hombre, le srá dificultoso obtener satisfacciôn, a este problema más que milenario y que tanto tiempo precioso ha absorbido a la mente de los sabios y de los profanos. Hoy se dirigen mis trabajos en este orden a identificar la naturaleza de los rayos cósmicos, a pretender captar al fotón en una cámara fotográfica y aun cuando resuelva estas cuestiones, el problema del origen del universo restará pendiente. Será insuficiente también el determinar la evolución de la materia y de la energîa, para responder al origen del cosmos. Podré perfilar los universos en expansión, pero el enigma está ahí incitándole al pensamiento a realizar ensayos explicativos, a adoptar nuevas disciplinas y métodos, a ensayar todo motivo. El espîritu perseguirá esta finalidad anhelante.

Podré facilitarle al hombre la conquista interplanetaria, abriéndole ese espacio acogedor de materias que se aproximan a los fundamentos côsmicos, pero no por eso se desvelarîa el muro de contención que conserva afanosamente el supremo secreto. El tiempo es un factor capital en la resolución de este problema y el hombre es tan poca cosa dentro de la historia universal....

El cortó el pensamiento de la ciencia formulando una atrevida idea:

— ?Y por qué no podría alcanzar el hombre una velocidad mayor

que la luz y la materia elemental y así disponerse a ir en dirección del tiempo, ganado en tiempo, hasta dar con la historia universal desde su origen? ?Realizar una especie de viaje hacia los comienzos del universo, pasando por el principio del hombre y de la vida? Si en cada segundo físico pudiese ganar unas décimas de segundo, el hombre descubriría ese famoso secreto, porque iría a buscarlo a su propia cuna.

— Es cierto — respondió la ciencia. Pero las dificultades son inabordables. Primero, ?cómo el hombre podrá superar a la luz en velocidad y también a la de los cuerpos elementales? Segundo, ?cómo el tiempo interior del ser humano detendrá su ritmo para que en esa carrera en el tiempo pueda llegar al final? El tiempo físico podría ser vencido por la velocidad superior que técnicas pudiesen proporcionar, pero y el tiempo interior ?cómo neutralizarlo? Si la carrera fuese inferior a la duración del individuo, también esta dificultad se resolvería. Ahora imagináos que la carrera es infinita, pese a velocidades superlumínicas, porque los universos se sucederían a los universos en procesión constante.

— ?Y por qué no aplicar al hombre los principios de la teratología dotándole del poder de penetración en la realidad cósmica? — argumentó Emilio. ?Forjar individuos que aumentasen el caudal de los conocimientos por una conformación especial del cerebro? ?Realizar un reflejo de monstruo psíquico que resolviese los problemas intelectuales?

La ciencia protestó rápidamente:

— Esta solución es también imposible. No nos podemos ilusionar con las posibilidades de la teratología. Los experimentos se han practicado sobre animales inferiores, cuya carencia de psiquis es notoria, particularmente de poder emocional. La monstruosidad física del hombre sería fácilmente realizable, pero no la intelectual. ?Cómo realizar la monstruosidad cerebral, productora de resultados que sobrepasasen los conocidos en el apartado de los fenómenos naturales? ?Cómo realizar esa trabazón física del cuerpo y del cerebro, en que éste rindiese el trabajo esperado y se adelantase en la solución de los temas científicos? Los trabajos en psicología no están muy avanzados. Es una de las ramas más atrasadas del tronco de la ciencia. No

conocemos la ley por la cual un individuo es más inteligente que otro. También desconocemos las relaciones esenciales entre la materia corporal y las propiedades especîficamente intelectuales y emocionales. Todavîa estimamos que en este terreno existen fronteras. Crear en estos instantes monstruosidades fîsicas que se aparentasen a la especie humana, no serîa una acción digna, porque crearíamos seres desgraciados que, quizás, analizarîan mejor la esterilidad de la vida. Antes de emprender tamañas experiencias, débese estar seguro del resultado favorable. Dejemos pues a la teratologîa que continúe experimentando en ese mundo inferior, de sensibilidad poco diferenciada.

En cuanto al principio de la vida, únicamente puedo indicaros que la biologîa y sus distintas ramificaciones han progresado notablemente en la explicación del drama vital. La fisiología ha expresado magníficamente la realidad del ser humano, como individuo que se mueve y ejerce determinadas funciones. El descubrimiento de la célula, como fundamento de la vida y como una unidad que se multiplica para organizarse en seres superiores, el de las bacterias, como organismos que tienen facultades vitales y se organizan para su existencia y el de los virus, como los elementos más primarios que tienen vida, el de la hormona, como agente equilibrador de las funciones orgánicas, el del conocimiento del papel jugado por la población genética en la copulación celular, nos ha hecho adelantar nuestra visión sobre el problema de la sîntesis celular.

Después, la quîmica biolôgica ha hecho un censo de los productos componentes del organismo, como también de aquellos productos que el propio organismo produce para que su nivel de vida siga una curva de salud y de desarrollo, no poniendo en peligro la existencia individual, por una deficiente actividad de los órganos productores de toda materia quîmica, tan indispensable al funcionamiento normal del individuo. Todo el proceso biológico del ser humano, en su interno funcionamiento, es de una complejidad desconcertante y de un sincronismo notable. El mecanismo es de una precisión aceptable, máxime donde cuenta el medio, la especie y la alimentación. El ser viviente es un cuerpo que realiza funciones, asimila productos, fabrica otros y mantiene un nivel vital necesario a su propia existencia, con sabrosa

naturalidad, sin efectuar operaciones de método y de matemáticas. Barômetros automáticos precisan las cantidades. No es de extrañar que, a su vista, la mente humana haya imaginado al ser superior que dirige este mecanismo, sinónimo de poema de realización.

Antes estos hechos, el vitalismo ha quedado descartado, como teoría explicatoria de la vitalidad. La teoría mecanista ha triunfado en su lucha contra el vitalismo, porque hoy se manifiesta claramente la realidad del proceso fisicoquîmico de la vida. En el estudio de este fenómeno hemos avanzado más que en el de la materia, es decir, que nos acercamos más a lo que pudiese ser el principio de esa manifestación. En este terreno, la soluciôn se aproxima con algunos visos de efectividad. Soy más optimista para el porvenir, porque las técnicas son más apropiadas y porque el análisis es más concreto.

Sin embargo, la victoria no es total, ya que la vitalización de la materia ha sido fruto de un complejo de circunstancias que la motivaron, especiales y exactas, cuyos fundamentos serán difícilmente desentrañados. ?Cómo descubrir esas circunstancias que hicieron brotar ese fenómeno prodigioso, si no las podemos reproducir? He aquí mi punto de toque futuro. Percibir el instante crítico en que la materia ofreciô la vida al planeta, con todo el aparato que pudo rodearse a tal evento. Las perspectivas son favorables y si el hombre no se interesa por alguna fórmula estrambótica, que se sale del cuadro actual, rápida, sin importar que sea improbada, pero que le produzca satisfacción instantánea, este problema está en vîas de solución.

Posiblemente, mis atributos acertarán en la búsqueda del tesoro oculto en un lugar inaccesible, como en los relatos de aventuras, después de salvar los mismos obstáculos que el autor pudo imaginar, presentándolos sucesivamente para alentar el espîritu de ansiedad, de constancia y de interés. Considero que estamos viviendo el preludio de ese acontecimiento, al realizar esas síntesis celulares que brotan en los laboratorios, por el influjo de combinaciones químicas especiales. Hoy, estos productos celulares son incompletos. Les falta aquéllo que es el atributo esencial de la vida, aquéllo que refleja exactamente el estado vital: la multiplicación. El mecanismo de la reproducción es el que caracteriza especialmente a ese estado particular de la materia. Sin él, la vida se hubiese estacionado en una elemental vibraciôn orga-

nica. Y por el sistema de la reproducción, la vida se ha diferenciado y tomado esa variedad de especies vegetales y animales, como demostración de una riqueza de formas sin límites. La reproducción ha sido el fundamento de la evolución. En la existencia celular, por muy fiel que sea la bipartición, se han producido variantes — ínfimas — de cantidad en la división, por operación matemática inexacta, determinando a través de los siglos el sentido de las especies. Sin la reproducción no se hubiesen podido fijar las variaciones morfológicas.

Ahora bien, como las células de síntesis fabricadas por el hombre carecen de la facultad de reproducción, no podrán demostrar la exacta realidad de aquel acontecimiento primero, puesto que no son análogas. Mientras y tanto no lleguen a adquirir este precioso mecanismo, el enigma de la vida restará en las tinieblas. Y si consiguieran imprimirle esa facultad, cabría preguntarse también, si esa síntesis artificial sería exactamente la misma que se operó en nuestro viejo mundo, cuando acaeció semejante revolución.

La Ciencia calló absorbida en sus pensamientos. Ese instante fué aprovechado por El para intercalar la siguiente interrogante:

— Entonces, ¿al origen de la vida no se le podrá denunciar como principio absoluto? Los acontecimientos científicos le niegan este carácter.

— En efecto — respondió la Ciencia. Es principio absoluto aquél que sólo tiene origen en sí mismo, que no es derivado de ningún otro principio. Es tanto como manifestar que sólo existe un principio absoluto. Hoy, en este aspecto del brote vital, podemos indicar de dónde procede, hecho que le niega carácter absoluto. Pero queda en pie, como una variante de los problemas absolutos, el porqué de su origen y el procedimiento de su aparición.

Estas manifestaciones animaron a Emilio para presentar una cuestión que se derivaba del tema:

— ¿Luego si se anunciase que la materia procede de la energía, hipótesis que fundamentase esta causa y cuya realidad fuera demostrable, el principio absoluto de la materia desaparecería para ser traspasado al de la energía?

— Así es — agregó la Ciencia. Sería exactamente un traspaso de principio absoluto y mientras nos mantengamos en la ignorancia del

principio universal y en el del porqué y su cómo, es más constructivo limitarnos a límites más modestos y satisfacernos con principios relativos. Yo casi negaría lo absoluto como tal. De todas formas, más vale que el conocimiento de lo absoluto lo abandonéis hasta cuando seais dioses — indicó burlona la Ciencia.

A lo que El respondió inmediatamente:

— Me parece que te contradices, Ciencia, cuando antes nos has manifestado que el principio de la materia es un fundamento inabordable, porque no se podía soñar en obtener este conocimiento. Ahora admites que puede ser un concepto relativo. Si es así, no hallo motivos de negación. Cuanto es relativo, es abordable y cognoscible.

La Ciencia viéndose así interpelada, se volvió prudente y dijo:

— Es posible. Confieso que no tengo la imaginación tan fecunda como vosotros. A mí me gusta marchar con paso firme, tanteando el camino, sin dirigir la mirada a la lejanía y sin permitir que se desbride ningún atributo mío. Lo digo por experiencia, pues he sufrido grandes chascos, al no saber dominar mis nervios y mi imaginación. No me gusta esta discusión, porque entramos en pleno dominio de la especulación y en este ejercicio soy muy torpe. Lamento que hayamos derivado a este terreno. Quise simplemente responder a unas preguntas que me dirigisteis.

Emilio intervino nuevamente:

— Tu retirada es prudente, amable interlocutora. Me agrada que te limites a tu propia condición de trabajo. Pero me permitirás exponerte mi pensamiento, anunciándote que para mí tampoco lo absoluto existe. Lo absoluto es un reflejo absurdo que ha dominado en el cerebro humano, porque el hombre no supo limitar la chispa intelectual que abordó el problema del mundo exterior, bajo ese auspicio. Es el prolongamiento de un extremo, por lo tanto, artificial, como si fuese producto de una enfermedad cerebral. Todo es relativo y está sujeto a conocimiento, en un período más o menos lejano. ?Quién se hubiese atrevido a indicarle al hombre que sería autor de la propia vida — incompleta es cierto — con productos inorgánicos? ?No fué considerada la vida, como una función misteriosa e impenetrable? !Ah, la vida! — decían con gesto de veneración los filósofos, teólogos, teósofos y todo ser que se planteaba este enigma. La estimaban como tabú imperativo, cuyo

nombre ni debîa mencionarse. Era para aquellos hombres una realidad maravillosa, intocable, cuyo análisis podrîa determinar la extinciôn de ese soplo. Hoy, los fenómenos vitales se barajan con naturalidad, se disecan, se fotografían, se ensayan y se crean. La biologîa es un ejemplo vivo de la relatividad del problema intelectual y de todas sus manifestaciones. Y si en el problema de la vida llegamos a comprobar el relativismo de la realidad vital, ?cómo no va a brotar en la mente la idea de que el concepto absoluto es inexistente, estimando que todo es derivación de otras derivaciones o, cuanto es lo mismo, los principios se suceden a los principios en fatal concatenación?

La Ciencia se afirmô:

— Y yo no trabajo ni sobre principios relativos. Me baso en hechos que me van procurando constantemente nuevas visiones de la realidad. Este método de trabajo es regular e indispensable, porque me diluyo en una ramificaciôn detallista y específica y que sólo una sîntesis grandiosa puede darle dirección a mis trabajos. Además, yo no sabría trabajar tras una dirección. El campo serîa ilimitado y me axfisiaría. La vida es tan poliforme — el pensamiento mucho más — que sôlo una idea no puede abarcar su variedad. La riqueza de formas orgánicas es importante, como la del pensamiento, para conceder privilegios a una u otra. La ciencia tiene que estudiarlas todas para que nada reste oscuro en el plano intelectual. ?Cómo iba a abandonar una documentación valiosa y correr tras un principio, aun relativo? Soy más modesta. Y si en mis trabajos descubro algún principio, ello produce mayor satisfacción para insistir en mi método. Pero no por ello, abandono la ciencia pura.

— Eres razonable — confesó El. Quedamos agradecidos de tu amable charla. Nos has procurado abundantes ideas sobre los problemas que nos ocupan.

Los dos amigos le anunciaron que continuaban el viaje, encantados de haber mantenido una conversaciôn tan sabrosa.

Y la ciencia viendo que se despedîan y efectivamente se alejaban, se expresó muy suave:

— Si por cualquier circunstancia el hombre me abandonase por otro fenómeno social que le concediese más objetividad y más conocimiento de cuanto le rodea, no olvidad que me hallo aquí al servicio

del hombre y de la vida. Sólo deseo su liberación y si por otros medios lo consiguiese, yo sería la primera en aplaudir. Yo sería la primera en alentarle a que adoptase la nueva línea entrevista por el intelecto. Y ahora que menciono a la libertad, ahí tenéis — si el tema os place — un nuevo motivo de especulación que puede introduciros en las regiones más abstractas e inverosímiles — terminó sonriendo.

De ninguna manera — argumentaron. Y prosiguieron la marcha.

V

INACABADA CONVERSACION CON EL PENSAMIENTO

CAMINANDO pausadamente, comentaron la conversación sostenida con la Ciencia. Se felicitaban de haber tenido ese encuentro, por el cúmulo de datos que ilustraron la charla. A este personaje, le consideraron como portador de gran serenidad de pensamiento, virtud extrema que servía a ordenar las fugas fantásticas de la imaginación y las del propio razonamiento. Era el freno bienhechor que evitaba al hombre el choque contra obstáculos invisibles, de donde podrîa salir malparado. La imaginaciôn es ciega. Y de no ser guiada es negativa. El horizonte percibido es tan frágil que no se condensa y se esfuma, abarcando planos inconcebibles. No obsta, a que haya predicho motivos que más tarde han sido confirmados, después de haberlos considerados productos de la locura. La imaginación es un dualismo que tendrá carácter negativo o positivo, en razón de la persona que la emplee. Y la razón ha sido estimada como una hermana mayor de la imaginación,, con más experiencia y espîritu más comedido. La razôn ha demostrado que puede tener repercusiones falsas, bien por un principio equivocado, bien por perseguir una idea que le aleja de la verdadera senda, por lo que se la ha negado para pronosticar hechos y conclusiones con inconvertible fuerza. El edificio lógico, montado a través de innumerables e intrincados razonamientos, cuántas veces no se ha derrumbado, ante la pronunciación de un hecho. Los hechos obedecen a leyes que la razón no ha sabido discernir, chocando, por lo mismo, con las predicciones o simplemente con los análisis. ?Cómo no será el razonamiento precario, si la propia ciencia que avanza estudiando los hechos, con la premeditada idea de no concluir alegremente, bajo el mayor número de ángulos y opina después del frîo examen de un fenômeno, se equivoca y produce teorías que debe modificarlas con bastante frecuencia?

Nuestros amigos, predestinados a indagar arduos problemas, concordaban en que la ciencia impuso el método, la estadística, la observación y la experimentación, como verdaderas armas que apoyaran la acción de los hombres en su investigación del universo, y, sin embargo,

notaban la propia precariedad de la disciplina científica al estar sujeta a error, pese a que hoy ya no sólo explica, sino que crea y experimenta, antes de anunciar la teoría. Por ello, comentaban los horizontes cercanos que el pensamiento abordaba con la finalidad de profundizar en el conocimiento de la realidad, determinando así la fabilidad de toda pronunciación intelectual, por carencia de amplitud. Científicamente, ?cuántas rectificaciones no han sufrido las explicaciones fenomenológicas? ?Quién no recordará las vicisitudes de la explicación atómica? ?Y las de los fenômenos de la generación? ?Cómo olvidar la seguridad teórica de la mecánica ondulatoria y la de los quanta? Todo ha sido materia modificable para burla de los hombres que comulgaron, ciegamente, con las teorías consideradas como artículos incontrovertibles, en lugar de aceptarlas con las reservas que, todo acontecimiento intelectual y sociológico, pudiese aportar al edificio teórico una nueva figura. El hombre tiene un hábito erróneo de anunciar una teoría, con un prurito de firmeza y de seguridad, que le procura la autosugestiôn inmediata. Omite, obrando así, la noción de que todo se rectifica en el tiempo y todo está sujeto a revisión. Estas reflexiones les conducían a o[illegible] a la propia concepción científica, como explicación revisable y perecedera, en vías de crear un neocientifismo, o una nueva disciplina explicativa en gestaciôn a través de las edades.

El y Emilio caminaban recordando a los precursores del relativismo filosófico, aquellos sofistas que con sus conceptos dubitativos, se ingeniaron para que el pensamiento no admitiese las conclusiones de forma absoluta, sino que las acogiese con prudente reserva, dejando abierto el portillo para posibles adhesiones de nuevos conceptos. Y declaraban que también fundamentaron el relativismo científico. La derrota de ideas absolutas y uniformes, es de una trascendencia histórica que presiente mayor madurez intelectual, en las nuevas etapas que se avecinan. La idea de lo transitorio se arraiga en el espíritu, porque se estima que el universo, la vida, el hombre y el pensamiento, son provisionales. Se les considera como formas de una realidad cuya realidad es accidental también. Equivocadamente, se consideró a la forma como realidad absoluta, cuando ésta se difumina en multitud de formas que varían cuando cumplen sus ciclos. El hombre, iluso, creyó que tenía al alcance de la mano la explicaciôn definitiva, sin comprender

que tras una sucedía otra, como una inmensa cadena indefinida, cuyos eslabones diferîan de los anteriores. E incitaban al pensamiento a que no se supeditase a ninguna idea ni hecho, siempre insatisfecho, caminando tras nuevas conclusiones.

Los dos amigos, charla charlando, se adentraron en una angosta garganta en cuya parte final se divisaba una luz radiante. Apretaron el paso con la secreta esperanza de que atravesado el pasillo, embargados de la luminosidad ambiente, se acabarîan las tribulaciones del intelecto. La claridad que percibían, cual si se hallasen a la proximidad de un gran centro lumînico, la aceptaban como síntoma favorable, avivando aún más el deseo de entrar en contacto con él. Y ya en el dintel de ese mundo resplandeciente, donde sólo dominaba la luz, Emilio, declamó con acento poético y emocionado:

— ?Eres tú la luz, cuyo fulgor ilumina nuestra interminable marcha en el conocimiento? ?Eres tú quien nos guîa y nos facilita el rumbo en las brumas de nuestra vida? En tî creemos reconocer la forma detentadora de la posibilidad de dirigir la mirada incierta de los hombres, hacia los puntos donde puedan sentirse más seguros y confiados y puedan columbrar la trayectoría vital, con la esperanza de descubrir los angustiosos enigmas que les rodean. ?Por qué no les facilitas la facultad de comprensión de aquéllo que significa su propia existencia? ?Por qué prolongas su agonîa en un triste errar en el tiempo, siempre pendiente de solución de los problemas màs caros? ?Por qué les atormentas procurándoles nuevos temas de indignación, acuciándoles a proseguir sus trabajos, alucinados con metas ilusorias?

El hombre nada mendigó. Sentíase satisfecho en el mundo selvático, ocupado en sus aficiones vitales, remedando a la inconsciencia animal. Pero viniste tú. Primero, iluminaste su camino con luces tenues, que fueron aumentado en poder irradiativo, hasta adquirir el fulgor de un foco importante, de donde el hombre descubre tu espectro. En él vió reflejada la armonîa de una vida concentrada en el poder mágico de sus horizontes, aprisionado en la belleza de sus contornos. Creyó en esa sinfonîa del espectro descompuesto y corrió desesperadamente tras él, confiado en que lo atraparía, para asimilarlo a su propia realidad, como sîmbolo de que todo se puede descomponer a efectos de conocimiento y de análisis. Y se entregô a esta pasión.

Pero qué ironía destilas en tu comportamiento. Tu gotear incesante en el cerebro humano ha acumulado un caudal rico, pero insuficiente, ante el ardor y la ambición que has sabido insuflarnos. Nos has hecho abandonar sucesivamente, cuanto imaginamos como fundamente de la vida. Hemos ido arrancado de nuestros seres las creencias más arraigadas y los sentimientos más hondos. Nos has dejado desconcertados ante la inestabilidad de todas nuestras producciones, encaminándonos hacia el escepticismo, omitiendo la fe y el sentimiento.

Creímos en tî y abandonamos la selva. El mundo se nos presentaba estético, iluminado por tus rayos esplendorosos. ?Nos engañamos? La duda ha penetrado en nuestros cerebros, al no poder desvelar las persistentes incógnitas. ?Eres sólo un reflejo, una alucinación que puebla nuestro cerebro y nos obsesiona en todo momento? ?No existes? ?Sôlo eres un deseo, un impulso, que nos impone nuestra triste realidad?

No vacilamos en responder que no puede ser asî. Tú eres la inspiración, la directora que conduce al hombre en los accidentes de la vida. En tí confiamos para abandonar este estado de ignorancia y desasosiego que perturba nuestra existencia. Nos hallamos asaltados continuamente por múltiples inquietudes que nos zarandean como guiñapos en el ambiente. No hagas que el hombre reniegue el día que te descubrió y te considere como una fatalidad tenebrosa y maligna. Muestra tus riquezas, abre tus inmensos arcanos y podamos explorar cuanto se halle en la oscuridad. Presenta tu seno, acogedor, que iremos palpitantes y emocionados a besar la fuente de la sabiduría con nuestros labios ardientes, poseîdos de que nos reservarás la substancia más nutritiva y exquisita, facilitándonos las fuerzas para descubrir la faz del universo.

Haz que veneremos tus destellos. No nos hagas desesperar en un ambiente desconocido, impenetrable, donde no podemos encontrarnos a nosotros mismos. Somos noctámbulos, sin ser nictálopes. Y en la noche del tiempo, llegarîamos a cegarnos, perdiendo toda facultad visual, si no vienes en nuestra ayuda. Si hicieses caso omiso te repudiarîamos y entonces, !ay!, peligraría en que cayese el universo nuevamente en plena inconsciencia, en oscuridad total, porque nuestra desesperación te negarîa todo poder y te consideraría cual producto delez-

nable que acarrea consecuencias penosas. No nos ofusques por estas visiones aterradoras del porvenir de los hombres.

Sé dadivosa para con nosotros. Abre ampliamente tus compuertas espirituales, al objeto de que nos diluyamos en tu propia realidad, convirtiéndonos en un nuevo foco resplandeciente. Recîbenos cual madre amantísima que abraza a sus pequeñuelos, estremecida de placer y de cariño. Acógenos generosa en tu seno ondulante y grácil con gesto protector, demostrando de qué no nos abandonas a nuestro poder y a nuestra fuerza. No seas dura con nosotros si, por falta de entrenamiento, no hemos sabido aprovechar la débil luz que nos has procurado para avanzar con más rapidez en el universo, comparando las nuevas formas que tu influjo nos permitía colegir. Cual infantes desconocedores del valor del juguete que tienen en sus manos, te hemos manipulado, sin saber arrancar toda la savia que podîamos procurarnos. Si hemos sido torpes, perdônanos, que no reincidiremos en nuestros errores pasados, demostrándote que tu luminosidad, sólo nos servirá para iluminar nuestro camino en pos de la inteligencia y de la sabiduría.

Y Emilio, abriendo los brazos como si quisiera abarcar la luz, con acento patético, adelantando su pecho, dirigió estas últimas palabras:

— A tî te invoco para raptarle al hombre de su ignorancia y le animes en su diario vivir. Haz que sus inquietudes se vean colmadas, no eliminándolas, sino ayudándole a obtener todas las consecuencias que se puedan derivar de su audacia intelectual. Insúflale tu poderosa esencia, que alegre, él sabrá encontrar los derivativos a toda situación. Entonces, erguirá la cabeza, se sentirá fuerte y la consciencia reinará en el universo y la alegría de vivir, en el corazón de los hombres. !Oh luz, escúchanos!

Una voz fuerte, grave, acompañada de un eco que aumentaba su sonoridad, se oyô en el espacio, dirigiéndose a los dos amigos:

— ?Quién me invoca? ?Se halla alguien en desgracia? ?Existen seres afligidos? Siempre he estado dispuesto a cicatrizar las penas. Me he prestado voluntario a rendir el bien. ?Quiénes sois? !Ah, ya! Os reconozco. He tenido ocasión de encontraros en otras circunstancias. Seguís impertérritos vuestros trabajos en pos del conocimiento.

Emilio respondió con palabras que denunciaban cierta amargura:

— La invocaciôn fué mía. Sentîame apenado ante la ignorancia humana y sus esfuerzos estériles por descubrir los motivos de cuanto acontece, que invoqué a la luz. Deseaba que ésta iluminase las fuentes intelectuales con potentes visiones y le despejase de su cerebro toda alucinación, toda idea que no sirva como auxiliar al descubrimiento de la vida. Me hallaba y me hallo influenciado por la miseria espiritual reinante en las sociedades humanas. Temîa por el avenir de los hombres. Y pedía a la luz su concurso para que alegrase esas almas perdidas, en la oscuridad del universo. Te imploraba a que escanciases generosa el néctar de la inteligencia en nuestra especie.

La voz respondiô a las sugestiones de Emilio, así:

— No desesperes, hombre. La luz se hará en su consciencia, porque el propio hombre la querrá. El impulso hacia la claridad será cada dîa más potente y él se verrá arrastrado por esa corriente impetuosa. No temas la decadencia en el terreno intelectual, porque el hombre está forjando armas que en el futuro le apoyarán para obtener sus finalidades investigadoras. Y yo lo ayudaré en esta tarea, así como a desear arrancar del universo sus motivos fundamentales. El hombre no caerá en el caos intelectual, ni en la falta de dirección en la vida, por los recursos que autoencierra, cuya vitalidad desconoce todavîa, pues no ha sabido desarrollarlos, y, para ello, posibilitaré su brote a la superficie, donde jugarán su papel en el desenvolvimiento societario.

Hubo un tiempo, en que también interpretó la consciencia de su propia debilidad en un inmenso universo, donde servîa de juguete a fuerzas superiores que podrían aplastarle y hacerle desaparecer, como un accidente banal, después de un sacrificio angustioso de su parte, en la multiplicación y en la organizaciôn de las sociedades. Y se rehizo, afrontando la vida con coraje y denuedo, arrancando tristes briznas a la realidad, pero que le sirvieron de auxiliar en el combate diario contra las fuerzas naturales. El curso de la vida no ha sido una farándula, sino un sacrificio perpetuo. ?Por qué entonces ha de reinar el pesimismo en vuestros corazones? ?No estáis mejor pertrechados que en la remota antigüedad? ?No avanzáis en el conocimiento de los fenómenos? Sed pacientes y disipad esa tortura moral que os inflige la comprobación de vuestra ignorancia. Nada más perjudicial que caer en el abismo de la inacción y de la pereza intelectual, si se quiere remontar la corriente que, hasta ahora, ha impedido la eclosiôn lumi-

nosa de conclusiones perdurables en el tiempo, como fundamentos intangibles del universo. Débese caminar en el terreno del espîritu a precio de todos los esfuerzos, que, cierto dîa, serán recompensados para vivir en una existencia sabia y sosegada.

— ?En qué puedes ayudarnos? — intervino El. ?Quién eres? ?Qué poder es el tuyo, que así te anuncias?

— Soy el Pensamiento. Un prisionero vuestro y el autor de vuestra propia tragedia. Soy la consciencia, la reflexión innata, el producto más aristócrata del hombre. Soy el espîritu que le concede al mundano la facultad de reconocer el universo, la vida y sí mismo. Sin mí no hubieseis contemplado la realidad. La desconoceríais totalmente, cual si a vuestro derredor no discurriese el tiempo, afanosos en cumplir las elementales leyes mecánicas del organismo. ?Quién ha ensanchado vuestro horizonte? ?Quién os ha procurado la hegemonîa del mundo animal? ?Cómo habéis sorteado los peligros y las vicisitudes del medio ambiente? ?Quién os facilitado los medios para afrontar la realidad? He sido yo, y, por lo tanto, vosotros mismos. Sin embargo, acompañando a todo este caudal de sentimientos y de observaciones, que elevaban el sentido de la especie, aparecía el sentimiento de una inferioridad para enfrentarse con la realidad.

Y cuando obtuvo esta última comprobación, cotejó con las enseñanzas recibidas, quedando vacilante para demostrar en la vida la existencia de la realidad o de la ficción. Se preguntaba si el pensamiento con sus imágenes no hace de la ficción una realidad o viceversa. O bien, en última instancia, si no llegaría a confundirlas, admitiendo la existencia de las dos nociones, cuando llegaba a deformar excesivamente la visión real o ficticia. En la interpretación del mundo exterior se ha mostrado incapaz, degenerando en contradicciones y vacilaciones. ?Y por qué no puede interpretar cuanto choca a su cerebro? ?Qué motivos concurren a ello? ?Es que no existe la realidad? ?Es todo ficciôn? ?Es todo pensamiento y todo sôlo existe en nuestra mente? ?Está la realidad sujeta a la relatividad del reflejo cerebral? El pensamiento, como fruto diferenciado de los órganos sensitivos, fundamenta las imágenes que éstos le procuran. Pero, ?estos ôrganos transcriben fielmente al cerebro la realidad, o de lo que se estima realidad, cuando miramos a nuestro lado? Posiblemente; no.

La imperfección e insuficiencia del aparato sensitivo es notoria. No puede abarcar el comienzo y el fin de una cosa. Luego la realidad puede ser incompleta y falsa, por la carencia de facultades de penetración en el mundo exterior y por la incapacidad de interpretación de cuanto observamos.

La deformación de la realidad, o la parte de ésta que percibimos, nos obliga a continuas rectificaciones, a medida que penetramos más en las causas y en los motivos de lo universal. La historia del pensamiento ha sido una revisiôn perenne, porque el hombre no ha sabido ahondar en el mundo real por falta de genio y por falta de medios capaces de bucear en ese abismo. El pensamiento es el disfraz de lo real que puede abandonarse, cuando ya el corte y la medida del mismo no son propios para vestir a la realidad. Toda noción de realidad, a medida que la hemos conocido mejor, la hemos modificado. Luego el pensamiento sirve de forma que dibuja a la realidad con un relativismo notable. ?Motiva esto la negación de la realidad absoluta? ?La realidad no tiene más límites que los que le puede conceder nuestra especie? ?Es entonces relativa? Y si unimos la relatividad del hombre a la relatividad del universo, comprenderemos las rectificaciones que debemos realizar y perpetuar en toda explicación intelectual. Un objeto no es observado hoy con el mismo prisma que los hombres de hace dos mil años, ni por los de hace un siglo. Hoy se le buscan nuevas modalidades a la realidad que la modifican de aquella otra realidad conocida, intentando interpretarla con mayores garantîas. No hay por qué aferrarse a ningún concepto, como el sequoia al suelo, durante milenios.

Además, no nos debe importar cuál es la realidad exacta. Para nosotros la única realidad es la que comprobamos en razón de nuestra especifica existencia. Nosotros observamos el mundo a la escala humana, siendo la medida de todo. El mundo que podamos forjarnos será de îndole humana o, lo que es lo mismo, el mundo está hecho a nuestra medida. Y cuando el hombre actual se ilusiona en sociedades perfectas y en mundos correctos, ha de pensar que será otro hombre más en consonancia con esa visiôn, quién evolucionará en ese nuevo medio. Y ¿cuando observa una transformación de la realidad, es que él también ha variado. Hay una interdependencia entre el hombre y

la realidad. Son solidarios, cuando se quiere interpretar el universo. Nos encontramos ante los imponderables del relativismo, que no me cogen de sorpresa, habituado como estoy a concebir la figura proteiforme. Tendréis ocasión de observar mi proteiformidad.

Esperad un instante y no temed nada. Voy a apagar la luz y os voy a presentar mi historia a manera de una película cinematográfica. Estad atentos, que podréis adquirir la confianza en vosotros mismos, de la que carecéis actualmente. Tenéis que sentir el aliento del espíritu en la vida para buscar la elevación de la especie. Defended como único valor real la evolución del pensamiento que perfecciona al hombre y al mundo exterior. Y cuanto más aceleréis el ritmo de transformación, más el hombre vivirá en un medio favorable a su expansión brillante. Sed eternos derrumbadores, usando el pico demoledor de nuevas ideas. En el universo nada hay estable, porque todo perece y todo se renueva. La idea nueva que brota virgen y flamante, es el mayor explosivo contra todo lo caduco y lo vetusto y debe imponerse, pero sin omitir que más tarde será también un fundamento que no interpertará la nueva realidad.

La luz se apagó. Instintivamente, El y Emilio, se dieron la mano, esperanzados en que obtendrían nuevos detalles del problema pendiente, por todo aquéllo que el Pensamiento tuviese a bien presentarles.

Comenzaron a distinguir un punto de luz que se fué aproximando hasta situarse a diez metros de sus personas. Entonces, distinguieron al hombre primitivo, aumentado en diez veces su tamaño, evolucionando en su medio típico y junto a él estaba representado su cerebro, aumentado también en la misma proporción. En el fondo de esta aparición, percibíase un tenue resplandor que, tímidamente, bañaba aquel cuadro. Cuando el Pensamiento observó a nuestros amigos interesados en aquella representación, comentó la visión con pertinentes aclaraciones que completaban el interés de la proyección.

— Ahí tenéis al hombre primitivo. Un antepasado bien lejano. Ved también su cerebro que tanto difiere al actual, en volumen y en producción. ?Qué pensamientos le asedian? ?Cómo se forja el mundo exterior? ?Se aventura en la especulación abstracta? ?Ama el torneo oratorio? ?Se enfrasca en discusiones ideológicas? Mirad con qué agili-

dad sube a los árboles, se balancea en las ramas y brinca. Se siente activo en su vitalidad salvaje. El amor es casi una violaciôn. Un instinto que le impulsa a buscar el sexo opuesto. Vive en grupo para mejor defenderse de los enemigos. Como véis, el lema de que la unión hace la fuerza, es mucho más antiguo que la fuente del siglo XIX. Está inscrito en la vida organizada. Cuando las condiciones de vida se hacen difíciles por la temperatura o por falta de medio, lo encontráis trashumante corriendo en busca de comarcas benignas y fértiles. Luego, la temperatura mejora y se extiende por el globo en una multiplicación sorprendente. Se siente sedentario y comienza a perder el carácter fiero. La verticalidad del cuerpo se realza.

?Qué papel juega el pensamiento en ese organismo vivo y despierto? Todavía ninguno. El cerebro no tiene el volumen necesario, ni su conformación es característica del hombre evolucionado, es decir, de zonas especializadas y compartimentadas. Sôlo recibe las sensaciones propias del animal que únicamente atiende a las necesidades perentorias, del momento. No comprende el avenir, ni se lo imagina. Sôlo cuenta el presente como una obligación vital. La vida es dura y él no está preparado para vencerla con los medios disponibles hoy a nuestro alcance. Todo su esfuerzo se limita a existir. En sus correrîas halla lugares agradables, donde se estaciona y se hace observador.

Ved ahora cómo el cerebro aumenta de volumen y cómo van surgiendo nuevos pliegues en su masa que dibujan curiosas circunvoluciones. Es la preparación a la conquista del espíritu. Toma raîces en los lugares de estancia y comienza a aplicar la ley del menor esfuerzo. Observador, imita a la naturaleza. Todo su poder intelectual se concentra en la imitaciôn, forma primitiva del arte y de la ciencia. Estos instantes revolucionan esencialmente el carácter humano, encaminándole hacia cumbres intelectuales. Contemplad cómo la cabeza y el cerebro son los órganos del hombre que sufren las transformaciones más serias, comparadas a las insignificancias sufridas en su anatomîa corporal — extremidades inferiores y superiores, columna vertebral, etc. Fijáos, el rostro embellece, la nariz sobresale, la frente se abomba, desaparece el prognatismo frontal y el subnasal, dibujando una cabeza más armónica que anteriormente. Y el cerebro,

asiento de las sensaciones más elementales del mundo exterior, se perfecciona a tenor de las modificaciones que exteriormente va realizado el cráneo. Momento triunfal donde entro yo en juego. Con mis medios analizo, explico, concluyo, transformando las finalidades inmediatas del hombre. Este es el punto de partida para el hombre, camino de la creación, sin abandonar aún el método imitativo.

El pensamiento se atreve a crear aquéllo que es elemental en la vida organizada, a fin de estimular al hombre a explorar el mundo exterior. Crea los cuerpos flotantes, la siembra, la domesticidad animal, la vivienda. Y cuando se halla presa de dificultades, se ejercita en el análisis de cuanto le rodea. Su curiosidad le conduce a preguntarse qué son las estrellas, el sol, la lluvia, el río, la montaña, el volcán. Asî entra en el dominio del supercherismo, abandonándolo por las corrientes especulativas, donde adquiere maestrîa reconocida. Ya el cerebro admite la fisonomía que conocemos, con todos los problemas planteados, a los cuales responde en razôn de sus conquistas intelectuales. Se atreve a estudiar y a dar respuesta a todo. Nada escapa a su análisis y responde a su manera. Y como las fuerzas naturales le vencen en muchas circunstancias, busca auxiliares en el mundo exterior, sin comprender que sólo son una necesidad del propio hombre para estimular su misma existencia, sintiéndose respaldado. Crea figuras y seres en su cerebro que le ayudan a soportar la existencia, si él cumple algunos ritos u ofrendas. Observad cómo me expansiono en el cerebro y cómo me lanzo al espacio convertido en distintos genios que recorren el globo esparciendo el bien y el mal por arte del hombre, o me hallo encerrado en un totem que le insuflo cualidades milagrosas, en un fetiche que conserva con todos los bienes y alegrîas cuando se le ama, en un poder natural, como el aire, el agua y el fuego, considerado como fundamento de cuanto existe.

!Pobre hombre si me hubiese detenido en ese estadio! ?Os imagináis qué mundo limitado y terrorífico se presentaba ante él? Se entregó a ese mundo tîpico, convencido de su realidad, como está hoy convencido de otro mundo más amplio, indiferente a la existencia del hombre. Sin embargo, es de considerar que el mundo no ha variado gran cosa en los diez mil siglos de existencia previstos a la

humanidad. Afortunadamente, mi esencia — el pensamiento — tiene características filoneístas, soy amante de la novedad espiritual y he cambiado con el mundo de forma y de representaciôn. Mis formas son hoy más elegantes, que cuando castigaba y envolvîa al mundano en una atmósfera de terror y de superstición. Mirad cómo se dirigían a mî, temblorosos y sollozantes, rogándome fuese indulgente. El hombre me concediô tal poder, inconsciente del disgusto ocasionado en mí por este proceder. Aquî hallamos uno de los fenômenos más curiosos de las épocas humanas, que siendo el pensamiento hijo de él y parte integrante de él mismo, cree en mî y se abandona mansalmente a mi justicia. Se sometía a mi obra, reteniendo una triste representación de la vida. No tenîa confianza en sî mismo, se imaginaba rodeado de enemigos, se sentía débil en un mundo hosco y se entregaba implorando a seres forjados en su cerebro. No comprendía que estos seres tuvieron origen en su visión y en sus sensaciones de la realidad circundante y de la función que él desempeñaba en el ambiente.

Después, comenzó a poner orden en la producciôn intelectual,

El pensamiento filosófico adquiere tal envergadura, concluye con el fundamento de la realidad. La era de la filosofîa es la época de mi elegancia de expresión, de mi altura retôrica, de mi vestimenta churriguera. Adoptaba las formas de orden y de armonía acogidas por el hombre, como surgidas de las entrañas del espacio. El hombre se calificaba de distintas maneras cuando admitîa una representación u otra del mundo exterior, o comulgaba con determinada doctrina, para su comportamiento en sociedad. Termina convirtiéndose en un idealista empedernido, viendo sólo la realidad del pensamiento. La idea es el cimiento de todo. Pero olvidaban que el pensamiento es el reflejo de la realidad, sin ser toda la realidad. El pensamiento es aquella realidad obtenida por la manipulación de sus fabricantes y por el empleo de materiales más o menos exactos. Por ello, la realidad es una materia muy adulterable. El pensamiento es una potencia dentro de la realidad y que, a medida que su poder se agrande, tenderá a desprenderse más y más de toda la realidad — humana y universal.

Observad côm evoluciono en el espacio, majestuoso y libérrimo.

Ya el hombre no se arrodilla, ni se estremece a mi contacto. Me pregunta intrigado, pero poseîdo de una fuerza íntima que le ennoblece. Ya me hallo más a mis anchas. Ya no represento el mal, ni el bien, ni la justicia, con todo el aparato atrabiliario que la rodeaba. Ahora era un elemento investigador de la verdad y a quien aquél se sometîa disciplinado, con una indiferencia digna de almas templadas en el acero del tiempo y de la sabiduría. Me sentîa más libre en mis nuevas fôrmulas y en mis nuevos juicios sobre el universo. Viví dîas de gloria, de una borrachera eufórica por el éxito de mi penetración en el mundo real.

¿No es extraordinario? Percatàos de ese espléndido cerebro que se complica y se especializa, del porte de los individuos, elegante y majestuoso, de la fraseologîa, fácil y brillante, de las pláticas filosôficas, inolvidables en la forma y en el fondo. Me hallaba en plena forma, como se indica en el lenguaje deportivo. Y el grado de civilidad aumenta hasta que ya el hombre estima, cual necesidad vital, la organizaciôn societaria en formas polîticas, dando origen a ese apartado del pensamiento, causa de disputas y querellas: la organización política de las naciones. Voy adquiriendo mayor especialización y enriquezco al hombre de una serie de datos, facilitándole la tarea de la existencia.

El pensamiento filosfico adquiere tal envergadura, concluye con tal serenidad sobre las incôgnitas humanas que le deja, al hombre, en un callejón sin salida. En su vuelo airoso y elegante ha hallado el límite a su expansión. No puede avanzar más y no ha explicado definitivamente. El muro de la realidad se hace impenetrable a la filosofía. Ya no encuentra recursos para explicar aún, hipotéticamente, el más allá de ese muro, donde la imaginación pretende divertirse. Yo no me arredro y me inicio en otra disciplina, para ver de obtener explicaciones más completas. Me lanzo en la vîa de la ciencia, en espera de romper la niebla que impide divisar, con claridad, en el enjambre de los fenômenos naturales.

Y ahora distinguid cómo, de forma paralela, se ensancha el espacio para el hombre y el cerebro. Este sigue evolucionando hacia mayor precisión y hacia la obtención de mandos eléctricos especializados y aquél se desplaza en el medio con mayor autonomîa, por

haber sabido aprovechar la fuerza de algunos elementos naturales. Entonces, adquiere la nociôn de la independencia sobre el medio y quisiese dominarlo para ser totalmente libre. Y en la producción intelectual sigo la pendiente de la proteiformidad hasta adquirir los contornos más extraños. La visión del hombre afronta límites fantásticos, buceando en los terrenos más difíciles. Las casillas de la ciencia aumentan en muchas unidades. Mi ingenio produce técnicas especiales para que aquél pueda servirse de vehículo, en esa necesidad de saber. Hago que viva el ser humano con más intensidad por los desplazamientos rápidos, eliminándole la distancia. Le hago descubrir el mecanismo de la vida por el empleo de aparatos que le hacen distinguir materias invisibles a simple vista. Los horizontes del espacio se han alejado también por medios técnicos al modificar la nociôn de espacio y de tiempo. Ha comprendido la correlación fenomenológica del conjunto existencial.

Pero las incógnitas universales, a pesar de ser atacadas por otros ángulos, no se rinden. Desde que me convertî en ese pensamiento multiforme del cientifismo, el hombre ha realizado sensibles progresos en el abordamiento de buen número de problemas. En el cerebro, la idea científica se ha grabado con más fuerza que otra, porque tiene base firme y es el método más eficiente, descubierto. La ciencia está al margen de la palabrería por muy docta que sea. La ciencia es una hipótesis tendente a generalizarse más y más. De ahî mayor impresiôn aún en el cerebro. Esta forma del pensamiento perdurará en razón de estos motivos y, también, porque tardará en agotar las abundantes reservas y recursos puestos por esta disciplina a su disposición. Insitirá antes de buscar nueva vía a sus conocimientos. Debo confesarlo, es el mejor ropaje con que me he vestido en toda mi historia, larga y rica en vicisitudes, donde he adoptado las nociones más peregrinas y más juiciosas sobre el universo. Soy una línea que graba en el cosmos con más firmeza, si concluyo con más realidad. A veces, penetra profundamente en la esencia de las cosas un punto de la línea, convirtiéndose en raíz sólida que fecunda la línea con savia real. Y de raíz en raîz, el hombre percibe nociones vivas de la materia. Con qué fruición recoge esa savia para alimentarse y edificar el monumento del espîritu, como único artista del universo.

El hombre evoluciona, sin ningún género de duda y no precisamente en un círculo vicioso. La amplitud del universo da margen a la existencia de las formas más inverosímiles y dentro de dimensiones incalculables. Pero donde el hombre se transforma particularmente, es en la producciôn intelectual, variante, como si su realidad fuese de corta duración y no tuviese base material. En esta producción es de suponer que alcanzará cumbres elevadas y profundidades abismales para ser consecuente con su propia historia. La diferencia es muy notable entre aquella producción confusa del hombre primitivo y la del hombre moderno. Hoy me incrusto en la vida diaria de las sociedades humanas, ayudándole a salvar toda situación. Y por mi actuaciôn voy preparando el terreno a la comprensión de que nada obtendrá la humanidad, fuera de sí misma. No tiene porqué invocar a nada imaginario. Debe bastarse a sí misma. Debe extraer de sí misma todas las fuerzas para vencer a la vida.

?Por qué invocabas a la luz? ?Es una nueva crisis que te domina? Recupérate. No desfallezcas. Ten confianza en tí mismo y en el principio de la solidaridad universal. Encontrarás recursos que te facilitarán nuevas orientaciones. Debes arrancar de tu propia esencia, el móvil que pondrá en movimiento tus fuerzas creadoras y tu potencialidad hacia motivos futuros. Cree en el hombre y en el humilde servidor: el Pensamiento. Trabaja en la investigación que obtendrás tu recompensa en épocas venideras. El mundo que hemos dibujado es amplio, pero llegará a ser pequeño, porque el hombre adquirirá la altura del genio potente y creador, si persiste en sus tareas y si no reniega de su historia. En su interior reside el motor activo de sus facultades constructivas. Puede ser dios, con todos los atributos que él mismo le adhirió. Puede ser el hombre, que sereno y confiado sigue la senda de la evolución, enriqueciéndose en poder y en perspectivas.

No está lejano el dîa en que sabrá eliminar de su producciôn intelectual, todo motivo ajeno a la dirección proyectada del pensamiento, como ha ido eliminando en su administración individual todo elemento nocivo a su propia economîa. ?Por qué no aplicará el mismo sistema a su economía espiritual, rechazando todo motivo que le produzca desasosiego interno y le reste fuerzas para avanzar en su trayectoria? En fin de cuentas, es cuestión de método y de elección.

Saber discernir en el variado mundo del pensamiento cuando se quiere definir concretamente una idea, pero, sin caer en la censura cerebral, llegará a olfatear el peligro que podría acarrear la aplicación de determinadas ideas. Camino de la sencillez del pensamiento, montará escasas definiciones fundamentales que servirán de base a todo el edificio intelectual. Esta construcción debe eliminar todo motivo abstracto, el florilegio vano y absurdo, las palabras huecas sin pensamientos constructivos, sino que son palabras sin orientación universal, todo ese bagaje ridículo de autores emponzoñados por el veneno de la forma, supeditados exclusivamente a la forma. El intelecto sólo debe buscar la eficiencia en la vida del hombre.

Entonces, ¿quién sabe si podrá descubrir el mundo maravilloso que os voy a ofrecer ahora? Podréis distinguir un nuevo mundo, reflejo de las posibilidades de la materia en sus variadas formas y el pensamiento, captando esas nuevas formas. En él, el espectro de la luz es más completo a los ojos del hombre, pues éste gusta de la clásica diversidad de los colores, más los matices situados más allá del violeta y del rojo. En consecuencia, el aspecto del medio es visiblemente distinto. La noción de una nueva realidad del espacio y de la luz, se enseñorea del cerebro, ante esos nuevos colores presentados al iris humano. Y remedando al mundo del espectro lumínico, os sucederá lo propio en el dominio del sonido. Las vibraciones sonoras y ultrasonoras, le harán apreciar otra armonía que le adentre más en la justa apreciación del mundo vibrátil, cuyos impulsos van buscando soluciones al problema del origen de la materia. El campo de las vibraciones queda abierto para poder explicar nuevas propiedades de la materia. También veréis al átomo en toda su realidad desconcertante y a los fotones los notaréis atravesando el universo a velocidades inmensas, sufriendo importantes transmutaciones. Así comprenderéis cómo el hombre modificará fundamentalmente el concepto de las cosas, aun aquéllas que hasta hoy le han asemejado justas y pesadas. La composición de la materia, abordable a su vista o a su percepción técnica, le perfilará concepciones que chocarán con las actuales. Y como colofón a esta visión, observaréis los seres de un mundo alucinante, huéspedes de un espacio de más dimensiones que los conocidos en la actualidad.

Esperad un instante, que voy a modificar el cuadro. El y Emilio se aprestaron a la visión de esas maravillas, cambiándose un fuerte apretón de manos.

Y cuando surgió la luz en el espacio, nuevamente, El se despertô. Quedó estupefacto al encontrarse en aquel lugar, pero reaccionó inmediatamente. En su imaginación se posaron todas las incidencias del dîa y de la noche. Sintió una gran contrariedad por haber cortado el magnífico sueño que vivió.

Diô un salto al suelo y comenzó a pasear en la biblioteca del Palacio, en espera de la apertura de sus puertas. Dando zancadas, recordaba el sueño en todas sus lîneas y se enfrascó en un monólogo dialogado, porque El despierto, respondîa al personaje que soñó con esas entidades tan arraigadas en el hombre.

CAPITULO III

EL DESPERTAR

EL retornó a casa. Entrô discretamente y se dirigió directo a su habitación, con la idea prefijada de descansar. Después de bien reposado, comentaría amplia e întimamente el fondo de la conversación sostenida con el Pensamiento, quien le sumió en una inquietud general. También trataría de buscar el alcance de su sueño ilustrativo. Las horas vividas en el Palacio del Descubrimiento le sumieron en un ambiente intelectual, precursor de una crisis saludable, que orientarîa su futuro hacia objetivos interesantes.

Encendiô un cigarrillo y se tumbó vestido en la cama. Seguìa con su mirada las volutas del humo, ondulantes, dibujando figuras caprichosas en el aire, que se desvanecîan instantáneamente, esperando de la desaparición de aquéllas el brote de ideas capaces de hallar el punto de penetración del mundo entreabierto en su cerebro por la jornada vivida. Y las perseguía, consciente, de que al disiparse brotaría algún reflejo. Consumió varios cigarrillos en corto tiempo. Sólo tuvieron la virtud de excitarle las ideas a una producciôn revisible de conceptos y de alejarle del descanso reparador.

Se entregó pues a analizar los argumentos expuestos por su invisible interlocutor y por lo aprendido en el paseo dado, en sueños, en el terreno de las producciones intelectuales. Quedó totalmente influenciado por las ideas vertidas en su conversación con el Pensamiento. Las sopesaba cuidadosamente para no entregarse ciego en sus brazos. Y en este trabajo de cotejar conceptos, llegô a la conclusión

de adoptar tales definiciones, aun considerándolas incompletas. Nada le hablaron de las sociedades y de los reflujos humanos, sino que se mantuvieron en el campo del más puro intelectualismo. El buscaría el complemento para acercarse más a la idea capaz de abrazar al hombre en toda su extensión. Reflexionaba sobre los movimientos perfilados por la humanidad en su historia, al objeto de tratar de explicar, en una doctrina amplia, las finalidades inmediatas del mundo civilizado, donde quedara condensado el afán circunstancial y el impulso hacia el conocimiento y el bienestar.

Excitado por las ideas y el horizonte que las mismas le procuraban, se entregó a un monólogo en voz alta, vertiendo los conceptos estimulados por su comprensión de los problemas. Sus palabras resonaban en la habitación con la fuerza y el ardor de la juventud. Decía:

— El Occidente, base de una civilización sin precedentes por el género de actividades que la califican, ha puesto en manos del hombre recursos para sentirse fuerte y satisfecho de su poder. Esta civilización, es producto de la aplicación de la ciencia a las formas de vida de las sociedades. Pero los descubrimientos científicos se producen a un ritmo acelerado, superior al de la propia sociedad. Y como la penetración en el campo científico ha obtenido posibilidades enormes de destrucción y de acción, las naciones que se las procuran adquieren cierta hegemonía sobre las restantes, dando pie a las luchas más feroces, tanto en el campo diplomático, como en el de batalla. Todo ello aporta una gran inestabilidad en las sociedades, fomentando estados de opinión peligrosos para el porvenir de la especie y de la propia ciencia. El malestar reina en todos los puntos del globo y la civilización es atacada por una crisis grave. Esta está latente desde los comienzos del siglo, siendo promotora de dos guerras mundiales. La crisis, por los síntomas, se asevera larga y dificultosa. El parto de un nuevo mundo, sólido y estable, es de una gestación digna del Renacimiento europeo. No se llegará a alejar el espectro de la guerra social y nacionalista, mientras no se admita una comunión mayor entre las naciones respecto a los recursos económicos y a la educación de los pueblos, mientras las situaciones geográficas en el globo no jueguen con sus ventajas y desventajas para dominar

a países más débiles o más pobres, mientras los intereses no vayan ligando a las poblaciones en ideales aproximados. ?Conseguirá el hombre la estabilidad societaria para darle un gran impulso a las organizaciones económicas y a la sabiduría humana? La crisis actual admite cierto parangón con las luchas y vicisitudes atravesadas en el alba del Renacimiento, en los instantes que se despertó el ansia de los pueblos.

?Quién olvidará las dificultades sobremontadas por el renacimiento para proclamar el humanismo frente a la escolástica? ?Qué clase de doctrina se impondrá para recoger los desideratas actuales? ?Cuál será el brote espiritual de estos tiempos activos y vertiginosos? Justo será recordar las raíces del humanismo, como enseñanza a los hombres que pueden facilitar, por sus facultades intelectuales y analíticas, nuevas formas de convivencia entre los hombres y entre los países.

El renacimiento fué especialmente producto del nuevo espíritu que se gestaba, a causa de las nuevas vías abiertas a las comarcas civilizadas, por dos grandes navegantes — Cristobal Colón y Vasco de Gama —, en direcciones opuestas, ampliando el grado de comunión entre los países y favoreciendo los intercambios comerciales que revolucionaron a Europa en su economía y en sus afanes y por la parte espiritual se presentan como factor de primer orden las ideas que el gran Copérnico sembró en las mentes poco fértiles y caducas de la escolástica, pero que removieron las conciencias de los hombres. ?No existe un paralelo con la pléyade de hombres que abren nuevas formas de locomoción en nuestras sociedades, nuevas formas de energía que descubren, nuevas ideas que se vierten en el ya repleto campo de la espiritualidad y aquéllos que promovieron el gigantesco movimiento del renacimiento?

?Quiénes fueron, sino esos grandes comerciantes y banqueros, lanzados a una especulación comercial que ensanchó el trueque internacional, quienes trastocaron la forma orgánica de la Edad Media, apadrinando al propio tiempo, por una ayuda intensa, a los artistas, poetas y literatos que, a su vez, hicieron circular el viento renovador por la vieja Europa?

?Cómo no recordar la corrupción católica en sus más altas esfe-

ras — organización fuerte y poderosa por su influencia moral y económica —, donde la proclamación del papa era una venta descarada de favores y regalos a personajes potentes, convirtiéndose la iglesia romana en una gigantesca empresa de intereses que percibía empréstitos para favorecer a quienes le procuraban? Los cónclaves eran asientos de simonía especulativa. ?No existe el paralelo con la corrupción moderna de los personajes estatales, de los funcionarios, como unidades de la entidad más fuerte de los tiempos contemporáneos: el Estado?

?Dónde quedaba el sentimiento espiritual de Europa y el deseo de perfección, sino en aquella pléyade de hombres que, sin renegar de la religiôn, se alzaron lanzando oportunas diatribas contra aquel estado de cosas, cual Erasmo de Rotterdam, influyendo de forma decisiva en la renovación continental? ?Dónde se encuentra refugiado en la actualidad el elemento sano moral y espiritualmente, que sirva de ejemplo a una nueva renovación de las sociedades, sino en unidades desperdigadas de todos los campos y de todas las teorías, pero especialmente en el prolífico campo de los trabajadores y en los intelectuales que comulgan estrechamente con las posibilidades abiertas por la ciencia a los hombres, abandonando el aspecto acaramelado en sus producciones?

?Y la Reforma que produjo una escisión importante en la cristiandad, no fué un fenômeno modificador de la figura del viejo continente? ?No fué una reacción contra la corrupción y los excesos de fuerza y de autoridad del cristianismo? Y en la actualidad, ?no brota la idea de una reforma del aparato estatal para acabar con los excesos de un estado monstruo, corrupto y autoritario, que en nada observa las realidades humanas?

El oro americano y las mercancías de las Indias proporcionaron esa convulsión permanente de la sociedad renacentista, junto con las perspectivas que el pensamiento descubría en la explicación de los fenômenos naturales, cual hoy las materias primas, la geografía, los nuevos conceptos, fomentan la inestabilidad, los conflictos interiores e internacionales, sin poder adquirir el equilibrio. Aquello y esto son reflejos de una sociedad que se organizaba por el horizonte abierto a la población europea y hoy a las poblaciones de todos los conti-

nentes, ligándolas en el mismo malestar. Surja potente el ansia de algunos hombres de personalidad recia para dirigir la nave de la sociedad, hacia esos derroteros, en busca de la tranquilidad y del bienestar humanos.

¡Ah si el estudio sociológico se hubiera impulsado en el hombres, desde su infancia, con la finalidad de airear los motivos de los movimientos societarios e intelectuales, quién sabe hasta qué punto se podrían prevenir acontecimientos desastrosos en el orbe! Hoy, aun presintiendo sucesos funestos, como las guerras internacionales, las luchas ideológicas y políticas envenenadas, no se han podido cortar, porque el hombre ha sido rebasado por las propias condiciones materiales de los nuevos conceptos industriales y de las nuevas teorías científicas. El hombre difícilmente se proyecta hacia el futuro impelido por la corriente de los tiempos, porque desconoce los motivos de su actuación. Las sociedades se adaptan difícil y tardíamente a las nuevas ideas y a los nuevos hechos, por los intereses que se entrechocan y por la falta de agilidad. Los intereses sirven de freno a una nueva promulgación de ideas y a su realización.

En la actualidad, el mecanismo industrial, el correo y los rápidos medios de locomoción para hombres y mercancías, la aviación con sus nuevas modalidades y el atomismo científico que ha barrido todas las teorías clásicas de la Física, son los nuevos fundamentos que carcomen el edificio capitalista y también la organización de intereses morales, materiales y espirituales. El nuevo complejo orgánico que nace succiona la savia del mundo moderno. La burguesía naciente del renacimiento, con la cohorte de artistas que mantenía, tiene su parangón con el técnico y el sabio modernos que, junto a un obrerismo calificado, demuestra la imposibilidad de una estabilidad capitalista.

Las corientes morales de la sociedad son escasas, cual en el período final de la Edad Media. El influjo de la realidad vital es tan absorbente que reina sin medida, hasta en los lugares más recogidos y serenos. Y hasta la corriente espiritual tiene su paralelismo. Hoy la diversidad de las ideas es legendaria, pero la gran parte de los hombres las desconocen derrotados por las fórmulas de existencia a que están sometidos. Ayer, las desconocían también por una típica

forma de educar a la colectividad en un sistema, que sólo admitîa a gentes iniciadas y escogidas en el área de los conocimientos. Y si el hombre ha ganado en espiritualidad, ha ganado también en materialismo, por las grandes necesidades acumuladas a través de generaciones. La depresión de una vida aplicada en la creación de energîas para las grandes colectividades, ha secado la fuente de los afanes especulativos y de las corrientes espirituales.

Débese buscar la doctrina que recoja las aspiraciones intelectuales, y también las materiales, en razón de las exigencias modernas del cuerpo y del espíritu. No puede satisfacerse el hombre con visiones obtenidas hace siglos, porque no se imaginaba el vuelo intelectual moderno, ni el nivel de vida conseguido con las posibilidades de nuestra civilizaciôn. Hoy aspiramos a obtener las ventajas de tipo económico que producen los intercambios de todo orden en el área mundial, conocer los rincones más apartados, viajar, cruzar los mares y el espacio, y, en el apartado del conocimiento, el aumento de laboratorios, institutos, facultades y universidades, para poner a disposición de todos los seres la nutrición del espíritu, como fundamento de nuevas aspiraciones menos elementales.

Hoy no hay dios para el hombre, porque aquél no es humano, cuando le predica la pobreza y la mansedumbre y le oculta los horizontes intelectuales más interesantes de toda la producción cerebral, negando la evidencia de necesidad humana a obtener situaciones materiales que le alejen de la miseria y de la otra necesidad curiosa de analizar lo existencial. Hoy admitimos, sino la abundancia, como fundamento de la estabilidad societaria, por lo menos la suficiencia. Los apetitos modernos no pueden satisfacerse con palabras y sentimientos. Un ejemplo de la necesidad material para mover las acciones de los hombres, nos lo facilita la misma Iglesia cristiana. El papa Alejandro VI, en los tiempos turbulentos que vivieron los diferentes estados de Italia, jamás creyó en Dios, sino en la Iglesia, convirtiéndola en una organizaciôn imperialista y colonizadora para sentar profundas bases económicas, como lo ha manifestado repetidas veces Savonarola, inteligente y mîstico que creyó en la doctrina cristiana con fe ciega, hasta conducirle a los mayores excesos. Es esta base que la hace perdurar, puesto que los intereses creados son importantes.

?Será indispensable a toda teorîa sociológica que quiera arraigar en los pueblos, el fundamentarse una base económica, rodeándose de multitud de intereses, como atestiguan diferentes doctrinas? ?Dônde quedan los fundamentos morales de las teorîas, si hay que admitir como reales estas consideraciones? Aparte los espíritus místicos de toda ideologîa social, polîtica y religiosa, se observa que los dirigentes de las grandes organizaciones, se convierten en defensores de los intereses que hayan podido conquistar y aquellas organizaciones que mantienen sus postulados primarios y no tienen a defender intereses materiales, sino solamente una especulaciôn ideológica, ?modificarán sus finalidades admitiendo intereses que, indiscutiblemente, estarán en opugnación con sus ideales, camino de esa fatalidad material? De ordinario, quien cree en el hondo humanismo e ideal de una doctrina es el hombre del pueblo, sencillo y nada ambicioso, influenciado todavîa por fuerzas oscuras que le reflejan una traducción sentimental de la existencia.

El hombre no cree en la Filosofía, porque ésta no le procura riqueza. La desdeña olímpicamente. El aspecto estético y moral de una doctrina no le sume en ese bienestar material que el hombre busca. Es muy difíci ser filôsofo idealista, no cometer errores por no decir delitos, en una sociedad organizada en principios de tipo darwiniano. El idealismo es subyugado por un cuerpo tiránico y por una sociedad muy imperfecta que no ha sabido cimentar una ordenación satisfactoria, desarrollándose en evolución imperceptible, pero franca, eliminando esas revulsiones que ponen en peligro la existencia de la propia sociedad. Y sin sociedad, transmisora y heredera de todos los vicios y virtudes de las generaciones humanas, no existirîa el divinismo, la filosofîa y el cientifismo, ni el hombre mismo. La sociedad es joven aún, presa de fuerzas opuestas, para que una simple concepción ideológica pueda modificar su aspecto y el del ser humano. Las fuerzas primitivas del hombre no han desaparecido, pese al barniz societario. Están en potencia y se descubren de forma solapada en todo instante. La batalla es sorda entre los hombres, salvo en las guerras que salta a plena luz, como en la selva. En toda sociedad, el idealismo pacta con el materialismo a pura pérdida para no extinguirse, en espera de momentos histôricos más evolucio-

nados y más perfectos. Además, el hombre presiente el idealismo como un auxiliar necesario, siquiera para disfrazar su realidad material, con alguna elegancia espiritual.

Sin embargo, el hombre creerá en la Ciencia, porque ésta le ayuda a vivir, creando productos a subvenir las necesidades de la sociedad. Produce la abundancia por el mecanismo fomentado, presentándole la visión de Jauja en futuros próximos. La curva gráfica de la fabricaciôn de productos refleja bellezas que él no las percibe en otras disciplinas. Y la aplicación de la ciencia a la sociedad se la estima como baluarte, donde el hombre se apoyará para proseguir su camino en la historia, con la esperanza de mejorar su situaciôn y sentirse, más y más, independiente de la sociedad y de su propio yo. Espera de la ciencia que haga de su vida una magnífica ficción, dejando oculta la insípida realidad de un mundo sin motivo, imprimiéndole la corriente de la acción y del análisis. Además, el hombre creerá en la ciencia, porque responde también con más objetividad que otras disciplinas, a la excitaciôn intelectual originada en la observación del mundo exterior. Todas las preguntas sobre el hombre y el universo, la materia y el espîritu, la vida y la eternidad, lo relativo y lo absoluto, reciben su respuesta en el terreno de la ciencia, con un carácter de mayor aproximaciôn que le encamina a imaginar la infinalidad de todo lo real. La Ciencia tiene, pues, la ventaja sobre Dios y la Filosofîa, de que procura bienestar y le anima a una polîtica de acción inductora al trabajo y a la actividad desbordante que siempre le abre nuevos horizontes, donde encuentra perspectivas más halagüeñas en el futuro. Por otra parte, la ciencia no le tortura con problemas morales al individuo, porque no es moral ni inmoral. Es una disciplina, un método, un medio que el hombre ha descubierto, como más práctico para responder a sus necesidades materiales e intelectuales.

La filosofía y la religión, en sus fundamentos, son más ideales que reales, más contemplativas que activas. La ciencia, al contrario, es más real que ideal y está en más consonancia con la propia substancialidad humana. Nada impide su adaptaciôn inteligente a la sociedad. No hay principio intelectual que pueda oponerse a su desarrollo, ni sentimental, ni moral. Si la ciencia produce artefactos que ponen

en peligro la existencia en el globo terráqueo, es el hombre el culpable, al conservar todavîa, en su fuero interno, el espíritu combativo y dominador del animal de la selva, defensor de su coto vital ante otras especies y semejantes suyos. Y si el hombre no tiene suficiente elasticidad para armonizar los intereses internacionales, la ciencia pondrá orden destruyendo gran parte de la humanidad, por su indigencia moral. La ciencia será poderosa auxiliar de una sociedad reguladora de los egoîsmos humanos.

El renacimiento produjo el humanismo y la reforma, como reactivos a una situación de la Edad Media. El primero fué el polo opuesto de la escolástica. Un dique renaciente contra la invasión de las olas teológicas que inundaban la intelectualidad. La segunda, una reacciôn contra la corrupción de la iglesia romana en sus dirigentes. Quiso poner coto al despilfarro, predicando la sobriedad. Y quiso imponer el porte severo al cristianismo, abandonando la baratura bullanguera de los ritos católicos, que eran un desafîo al propio divinismo. Pero como fundamento, no total, pero sí importante, a esas dos nuevas concepciones aparece el aspecto ecónomico de Europa por las variaciones que comienza a sufrir, denotando nuevas modalidades de trabajo y de comercio. A estas reacciones económicas, el hombre respondía con otras ideológicas que omitîan estos motivos para asimilárselas. La reminiscencia totalmente idealista desempeñaba un gran papel todavîa.

La revoluciôn francesa que tanta influencia mantuvo sobre Europa y parte de América, produjo la rápida evolución y expansión de la ciencia y, también, el germen de doctrinas políticas y econômicas que imperarán en una lucha cruenta en los siglos XIX y XX. Es la época en que el hombre comienza a comprender la realidad de las leyes económicas y de las espirituales, como regentes de las naciones. El prolifismo crea grandes naciones probladas que obliga a la economîa a concentrarse y hacer frente a las necesidades de una producciôn masiva. Esta concentración económica produce la de capitales. Y ya la economîa tiende a ocupar una plaza preponderante en la sociedad. Asî se fundamenta el capitalismo, como también la necesidad de una mayor concentraciôn económica produce el capitalismo de estado. La fatalidad económica de estos tiempos va eliminado de los programas

el idealismo para aplicarse más en las realidades materiales de los pueblos.

Por reacción a esa concentración brota el sindicalismo internacional. El internacionalismo obrero, ficticio a todas luces, pues no ha servido en ningún momento decisivo, dado que los intereses nacionales han privado sobre los de clase, se halla todavía en estado virtual. Pero si el internacionalismo no ha sabido interpretarse por los obreros, el sindicalismo de tipo nacional ha realizado importantes progresos que le hacen considerar como auxiliar necesario en las fórmulas econômicas que se perfilan. Aquel impulso de liberación económica que el siglo pasado animó a los obreros, junto a un internacionalismo más sentimental que práctico, se ha perfeccionado hoy en vistas de obtener ventajas de tipo econômico, así como se preparan a jugar fuerte en el avenir. De la defensa diaria contra los capitalistas para obtener migajas, se atraviesa raudo camino hacia la explotación económica por los sindicatos o, por lo menos, como entidades necesarias al desarrollo actual de los pueblos.

En la aurora del internacionalismo obrero surgieron dos tendencias que son el reflejo de dos filosofías dispares y, hasta cierto punto, la continuación del eterno problema de la libertad y de la autoridad: la tendencia encarnada en Marx, que prestaba interés primordial a los fenómenos econômicos, y la tendencia de Bakunin, que se aferraba particularmente al problema de la libertad del hombre, hija directa de Proudhon, quien mantuvo teorías audaces, desde el amor hasta la política. El porvenir demostrará si fué necesaria esta división para la evolución humana o si, al contrario, frenó las ansias de liberaciôn de la clase explotada.

Los obreros de los países latinos tienden por la segunda tendencia, renegando de toda actuación polîtica y estatal, por considerar nociva y peligrosa para la liberación de los trabajadores. Los de los países anglogermánicos aceptan la primera, apoyando, por lo tanto, la acción política de representantes propios o ajenos. La lucha es dura entre las dos tendencias, pero desde el triunfo de la revolución rusa que afirma a la primera, la penetración de los marxistas dentro de las fortalezas sindicalistas de los países latinos ha sido importante. Y ya en el continente europeo, cuna del internacionalismo y de la lucha de

clases moderna, el apoyo de los sindicatos a partidos obreros dentro de la acción polîtica ha abierto una brecha difícil de reparar, convirtiéndose en reserva para maniobra de los citados partidos obreros. Sólo en contados países resiste firme la tendencia libertaria, a pesar de los vaivenes histôricos, defendiendo en los sindicatos la neutralidad política, considerándola mejor, como juego de diversión, más que medio firme para conseguir los objetivos proletarios, a toda actuación polîtica.

La crisis que se vive en la actualidad, es un problema de ordenación económica, de amplia colaboraciôn internacional y de confianza en el hombre, por sus fuerzas intelectuales y sentimentales. La armonîa de los intereses individuales en una organización colectiva que garantice la expansión de las dos entidades, hombre y sociedad, es un imperativo categôrico. Y en aquellos puntos en que la antinomia aparezca debe favorecerse a la sociedad, pues sin ésta aquél no hubiese adquirido el desarrollo que le ha definido, como ser inteligente y razonable. El problema de la justicia social se impone a toda mente y es, a través de las conquistas de la ciencia, como se vislumbran sociedades de ese tipo, puesto que con la palanca de la ciencia son realizables muchos de los conceptos ideológicos, dejando de ser meros impulsos intelectuales o sentimentales. Ahora bien, el capitalismo, junto con el nacionalismo, es impotente para imponer la justicia social, siendo sus propios fundamentos quienes encierran el corrosivo de la lucha fratricida y el de la injusticia humana. La política de colaboración que se ha de desarrollar en el mundo, manteniendo un equilibrio económico que englobe a los países en afanes comunes, no la pueden determinar, porque perderîan su propio carácter. Podrán más o menos regular los intereses nacionales en una organización de influencias y repartos econômicos, en razón de las fuerzas hegemónicas de los paîses, de momento, pero fundamentar un equilibrio estable para ya lanzarse a la conquista de la paz universal, eso no. Pero como la economía tiende a la universalidad por motivo de las reservas de materias primas, por la creación de las grandes regiones económicas, sólo una revolución que responsabilice a todo el pueblo y a todos los individuos — a cada cual en su respectivo escalôn y función — podrá garantizar un avenir de sosiego y de amplia colaboración para resolver los problemas humanos.

Incapacitado, pues, el capitalismo para cumplimentar una política de este género, por los múltiples intereses que tiene a defender — ajenos a esta visión — como son los religiosos, patrióticos y aquéllos específicos de su sistema, queda como reserva de actuación la fuerza proletaria, el técnico y el sabio. El hombre de ciencia, el técnico y el obrero son los pilares de la futura sociedad que advendrá por fatalidad histórica — advenimiento que debemos acelerar — pese a los frenos eclesiásticos, capitalistas y reaccionarios. Ese nuevo mundo se impondrá, porque las formas de producción y de convivencia que se perfilan hoy, abocarán en ese nuevo estado de sociedad, como una nueva etapa que se viene gestando en la historia del hombre.

?Cuál será la característica de ese nuevo mundo? ?Se fundamentará sobre la ideología marxista, anarquista o sindicalista? ?O levantará la sociedad tecnocrática, de cimientos indefinidos, donde el sabio y el técnico, gobernarán a golpe de acción científica y mecánica apoyados en un sindicalismo calificado, adicionando determinados valores espirituales? Hoy ya la tecnocracia es un hecho, porque la sociedad marcha bajo su dirección, dado el desarrollo de la industria, salvo que los intereses del estado actual son percibidos por elementos que están organizados en potentes sociedades económicas, tanto religiosas, como capitalistas y secretas.

El hombre tiende a la idealización, ajeno a su materialismo tiránico y desconcertante, ajeno a su equilibrio orgánico producido por múltiples fuerzas. Lo idealiza todo. Amor, arte, ciencia, sociedad y hombre. Es una necesidad específica del individuo esta fuga ideal en la sordidez de la vida. El ideal es la perfección entrevista por los hombres como finalidad de la existencia, el cual se modula cuando aquéllos no encuentran satisfacción a sus deseos. Por ello, siempre corre tras fines ideales, porque éstos no tienen barrera a su promulgación teórica. Idealmente, el hombre vive momentos que le arrebatan de la realidad. Y en las sociedades muy pagadas de la especulación intelectual, habituadas a profundos análisis de las teorías y de los hechos, el concepto ideal de la independencia individual y el de la libertad están muy arraigados, motivo por el cual, las teorías que admiten el sojuzgamiento del individuo a la entidad estatal para que ésta dirija las acciones de los gobernados en beneficio de la colectividad, se verán

desdeñadas. La omisión del ser, como unidad pensante, en una sociedad de tipo colectivo, donde unos cerebros guían todos las mentes de la sociedad, no será admitida en sociedades muy evolucionadas, espiritual e intelectualmente.

Por contra, el exceso de respeto al individuo incapacita a quienes comulgan con las doctrinas que sólo admiten la realidad del individuo. El estado social del hombre es innegable y que, todavía, la sociedad sigue un ritmo complejo que obliga al individuo a determinados cánones societarios. Estas concepciones serían realizables cuando los hombres tuviesen poderes para pasarse de esta necesidad social, obteniendo una abundancia fácil y una educación adelantada. Son, de momento, filosofías ideales que queriendo hacer del hombre un ser perfecto y de la sociedad una armonía sin roces y sin luchas, niegan la realidad humana con sus alternativas deficientes e inmorales. El perfil típico de estas teorías no podrán casar en el desdibujado de la sociedad humana, hasta tanto haya una transformación total del individuo en su comportamiento. El valor moral de estas teorías son de una visión idealizadora de la humanidad en sus distintas fases, pero sus fundamentos sociológicos son discutibles en la actualidad. No obstante, son una recompensa al espíritu idealista, en un mundo absorbido por el toma y el daca y el interés de la subsistencia.

Sin embargo, cada día se hace sentir más la necesidad de una colaboración estrecha entre los organismos económicos y los esencialmente políticos, a fines de justicia social y aprovechamiento de las fuerzas creadoras del hombre para mejora de sí mismo y de los demás. La ruindad que se percibe en algunas mentes cuando quieren sojuzgar la enseñanza, por ejemplo, a un cuadro limitado, debe eliminarse para aplicar el marchamo de un método racional y libre, cuya finalidad persiga la expansión de las fuerzas intelectuales en los jóvenes, y la demostración de su propia realidad. El trabajo de la investigación pura en el dominio de la ciencia debe tener especial cuidado en la nueva forma de sociedad. La convivencia con los países vecinos y lejanos, debe pasar a un grado de comprensión y de colaboración que sirva a apoyar la marcha del hombre, fomentando tratados comerciales que, como se sabe, están en relación estrecha con la política extranjera. El problema religioso, piedra de toque secular, debe entrar en el terreno

de la tolerencia y en el respeto de las creencias. Y, debe admitir un apartado que puede ser quien dé la orientación a la nueva doctrina, refiriéndose a la finalidad atribuible al hombre, en ese conglomerado de triple aspecto que supone la sociedad moderna: intelectual, polîtico y económico, es decir, considerada como organismo sociolôgico.

?Qué forma obtendrá y qué dirección tomará el nuevo mundo que surja de la crisis que vivimos desde hace cuarenta años? ?No se impondrá una vasta síntesis que, recopilada en una doctrina, condense la realidad de la sociedad actual y del hombre, con todos los atributos propios del mundo moderno? Las doctrinas sociales y polîticas que quieren dominar en la dirección de los países pertenecen a un pasado de especifismo muy opuesto, al de los tiempos presentes. Hay que ponerse al trabajo para edificar una teorîa social que estudie las contradicciones económicas, sociales y morales, como también el género de vida, al objeto de que el hombre no degenere y se corrompa por la carencia de metas nobles y elevadas. Los problemas del mundo moderno son muy variados, más que los del mundo antiguo, por los trabajos emprendidos, por las direcciones tomadas, por el nivel de vida imaginado y por la enorma poblaciôn de nuestra especie. Todo ello facilita poco la gran serenidad y la paz entre los humanos. Pero si la vida puede aceptarse como un accidente universal, el hombre debe buscar una finalidad a su existencia. Su inquietud y su realidad deben inferirle una dirección a sus actos, prestándoles un motivo de dignidad y de elevación. El no sólo puede ser quien trabaja unas horas y gana para comer, albergarse, vestir y divertirse, sin buscar otros derivativos en su historia individual. No puede abandonar el sentido de la continuidad y el de la solidaridad. Debe estar imbuído del sentimiento que le anime al trabajo y a acciones que desarrollen su personalidad y eleven su sabiduría, en un enriquecimiento perpetuo, como una línea evolutiva, aun a sabiendas de la no finalidad de un universo en perpetua transformación.

Iniciada confusamente en el Renacimiento la idea econômica, como fuente de evolución, surge potente a fines del siglo XVIII y en pleno siglo XX alcanza proporciones enormes. Espîritus avisados todo lo retrotraen al fenómeno económico en la transformación de las sociedades. La economía, reguladora de las necesidades humanas, se implan-

ta en la especie humana, como un nuevo aspecto del pensamiento para concebir la organizaciôn de los pueblos. ?Destronará el imperativo económico a toda otra función humana, como la política, la religión y otras fuentes espirituales, relegándolas a una especie de lujo intelectual? ?Dominará en la sociedad, como en el individuo sin afanes, el concepto de ganar el currusco, en una organización medida y pesada para obtener los productos necesarios, abandonando aquellos motivos que perduraron en el cerebro con insistencia machacona, a través de vicisitudes sin cuento? ?La inquietud econômica borrará otra clase de inquietudes? ?Se reducirá la existencia a producir más, en una fiebre acumuladora, tras el reinado de la abundancia?

La economîa podrá ocupar el lugar preeminente que le corresponde en las organizaciones modernas, ensayando todos los medios para satisfacer al hombre en su materialidad y que el espîritu coadyuve a la adquisición de este bienestar material, pero cuán incompleta sería una sociedad de productores, distribuidores y consumidores, aun empleando técnicas científicas, sin que el hombre se plantease las inquietudes que permitan descubrir nuevas incógnitas en el dominio de la ciencia pura.

Nuestro amigo, confiaba en que las fuerzas del intelecto, no sucumbirîan ante el materialismo arrollador que unas sociedades complicadas y superpobladas fomentaban. El no estaba de acuerdo con la filosofîa pragmática que anuncia, rigurosamente, que el acto humano puede ser moral en razón de la utilidad procurada. Lo útil se antepone a todo motivo moral y societario. El batallaría para que el hombre prosiguiese la especulación en el arte, en la filosofía y en el pensamiento puro, ya que, en definitiva, hasta las especulaciones del pensamiento acaban por favorecer a las sociedades humanas.

Excitado por estas visiones, la imaginaciôn de El se exaltó. Se incorporô en la cama y declamó a viva voz:

— El pensamiento es la única realidad existente para el hombre, porque es el método que llega a intentar interpretarla. Por el pensamiento éste ha descubierto el medio donde evoluciona. Es la prefiguración de la realidad. Y aunque esta existîa, antes de que el hombre la considerase, pudo concretarla a su manera, cuando adquiere consciencia. Y vemos que por el desarrollo del pensamiento la realidad

se modifica. Por ello, es la sola realidad. Sin el pensamiento, la realidad no tendría sentido. En la vida del hombre todo es resultado del pensamiento, porque todo pasa por ese filtro, tanto la imagen intelectual, como la material. Y es la única realidad, dado que no hay realidad única. Todo hombre tiene su realidad, donde él gravita a medida de su cerebro y de sus sensaciones. Se forja una propia o, lo que es lo mismo, hay tantas realidades, como hombres existen en el universo.

Ante estos hechos, dando primacía a las visiones del pensamiento, ?cômo entonces — los hombres — vamos a sujetarnos a conceptos ideológicos, económicos, filosóficos y otros, si para cuando nos adherimos a una concepción, ya el pensamiento galopa en otras ideas y en otras esperanzas? Aceptemos que el hombre codifique para darle cierta cohesiôn y uniformidad a la imponente variedad de su producción intelectual, a fin de orientar en una dirección los trabajos, pero nunca frenar el pensamiento atravesándole un dique que le impida adentrarse en nuevos aspectos del cosmos. ?Por qué entonces esos esfuerzos de los predicadores de doctrinas invitando a que los seres se agrupen en sus teorías? ?Por qué esa manîa de etiquetar al hombre en una teorîa por muy real y completa que pueda montar? El pensamiento es el explorador que va descubriendo las sendas por donde el hombre caminará hacia fines indefinidos o hacia las realidades sin meta.

Vuela pues pensamiento hacia cumbres indefinidas, sin preocuparte de los afanes terrestres del hombre. Hijo de él, parte integrante de su ser, no quedes sojuzgando por su tiranía. Busca nuevas direcciones sin detenerte, porque la hora en que tú te detengas, la humanidad caerá en el mayor desamparo. Corre impenitente tras cuanto me has iniciado en tu sueño, hacia ese mundo donde los seres tuviesen aumentada la dimensión del tiempo, convertida en una lînea larga, grabada fuertemente, cuyo extremo se presentase en una lejanía remota, lînea que dominase a las otras dimensiones por su gigantesca extensión, permitiéndole percibir las realidades universales y humanas con más realidad o que, a semejanza de las ondas, la onda vital, como prolongación del tiempo interior, se perdiese en el tiempo físico del universo, para penetrarse mejor de su substancia y asî descubrir la esencia de su constituciôn. Serîan seres mágicos que, con una dimensión del tiempo espléndida, se atreverían a juzgarte loh, pensamiento!, como lo menos

efímero y lo más firme de la realidad humana. Sólo tu interpretación ideal merece los saludos más efusivos del hombre. Entonces, comprenderîan que lo material es secundario y que sólo debe contar la indisciplina del pensamiento, como fuente creadora de la propia realidad y de cuanto supone interés en la vida del hombre. Serîan seres serenos que eliminarían de sus fuerzas intereses bastardos — las pasiones políticas e ideológicas —, edificando la atmôsfera de tolerancia, embebidos en una continua especulación y experimentación de aquellas ideas susceptibles de acercarle más y más al conocimiento de sî mismo y de cuanto les rodea. Serîan seres que tendrían como objetivo supremo el desarrollo de la personalidad y el conocimiento del mundo exterior. Serían seres que, descubiertos a sî mismos, mantendrían el equilibrio necesario entre la satisfacción material, el estudio de la realidad y la vitalidad interior que debe vivir el individuo en su realidad subjetiva.

Avanza poderoso, pensamiento, porque el ser pensante es la única realidad para los hombres. Si éstos no pensaran, ni descubrirîan su existencia, ni tendría interés. La vida serîa la reediciôn de la multitud de especies que pueblan la tierra, sumido en un medio natural que le impediría dirigir una mirada hacia el porvenir. No te detengas temeroso, ni te arredres por las dificultades humanas. Busca nuevas formas a la realidad, conociéndola mejor y dominándola más y más que, asî, le permitirás alcanzar nuevos estadios a la humanidad.

Y El, animado por un influjo extraño, dió un salto de la cama al suelo, se dirigió al alféizar de la ventana y, mirando al espacio, proclamó su deseo:

— Que la prolongaciôn de la lînea dimensional del tiempo aporte al individuo la serenidad de juzgar los problemas humanos en su justa medida, sin atropellarse a sí mismo, acabando con el ridículo concepto de que cada cual conserva la realidad, sino que todo hombre adquiere la sabiduría para estimar que todo es relativo: el hombre, el conocimiento y el universo. Y que sólo importa enriquecer la vida con conocimientos propulsivos hacia al mundo ideal que, en todo instante, irá modificando y creando y desterrar de la misma la lucha predominante con ferocidad. Y si el sentimiento del amor, es una fuente agotada o si, el amor es una ficción que no cuenta en la realidad que, por razona-

miento, se imponga el sentimiento de la solidaridad, iniciando la tregua entre los hombres.

Y en su exaltación creyô escuchar una carcajada y una voz que se burlaba de sus expresiones:

— !Ja!, !ja!, !ja! ?Qué sabes tú, hombre? !Qué ingenuo te muestras al presentar esas visiones del pensamiento! ?No sabes que el pensamiento es el fundamento de la tragedia humana? Es la tragedia madre, de donde se derivan las restantes de menor intensidad. Es la cuna del sufrimiento, porque ha poblado tu mentè de ilusiones y de alucinaciones. Sufres porque piensas. Si no pensases, los crîmenes se sucederían ante tí sin emocionarte y sin alcanzar el fundamento del hecho. Llevas en ti el dolor asentado a tu propia consubstancialidad. La posibilidad de observar el mundo exterior te ha procurado el sentimiento de la ignorancia acerca del cosmos. Y en una cadena fatal, la ignorancia te lleva al deseo de saber y éste al dolor. Te hallas dentro de un círculo vicioso, donde evolucionarás en tu existencia. Pero sufre y sufre mucho, antes de resignarte a la inconsciencia, porque en el dolor es como se templa el hombre para las grandes acciones.

El se volvió rápidamente, pero no distinguió a nadie. Era su propia consciencia, interponiéndose a su exaltación.

Pau, julio-setiembre 1946.

Obras del mismo autor

Sembrando Inquietudes - 1946 (270 páginas)

En breve aparecerá :

Nueva Atalaya - 1 tomo (225 páginas)

ACHEVÉ D'IMPRIMER
le 22 Octobre 1948
sur les presses de la
SOCIÉTÉ OUVRIÈRE
MÉRIDIONALE
D'IMPRESSION
IMPASSE FOURCARAN
TOULOUSE